

# narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 47  
Octubre-Diciembre 2017

ISSN 1886-2519  
Depósito Legal: Z-729-2006

## • Ensayo

*Actancialidad de huellas deconstructoras en Piel de lobo* de Lara Moreno, por Francisco Javier Higuero  
*Una reunión de ciegos auténticos: el lugar de iglesia en los primeros poemarios de Oliverio Girondo*, por Micaela Moya

## • Relato

*De los seres de este reino*, por Ricardo Bugarín

*Proyecto amante*, por Rebeca Becerra

*El americano y el mar*, por Kalton Bruhl

*Un poeta de pueblo*, por Juan José Sánchez González

*La luna de Pancho*, por Alberto Quero

*La cometa*, por Ramón Zarragoitia

*La piel*, por José Luis Díaz Marcos

*Klaus Schuppanzigh (1703-1769)*, por J. A. Santos

*Ovación y vuelta al ruedo*, por Eva María Medina

*La espera*, por Enrico Boasso

*Microrrelatos*, por Rolando Revagliatti

*Espacio, espacio*, por Carlos Suchowolski

*Fundé Troya*, por Gisela Vanesa Mancuso

*El armario*, por Ramón Araiza Quiroz

*El alejamiento del punto de partida (La Cascaraña. cuarta parte)*, por Edgardo Hernández Mejía

*Por una cabeza*, por Domingo Alberto Martínez

## • Narradores

Rosa Ribas

## • Aniversarios

*Jane Austen (200 años). Retrato de toda una época*, por Pedro M. Domene

## • Miradas

*Mujeres arrojadas. La literatura sureña e insumisa de Kate Chopin*, por Jesús Greus

*El hipócrita que faltó en el catálogo. Comentarios al margen de La virtud de la hipocresía de Luis Quintana Tejera*, por Jesús Humberto Florencia Zaldívar

## • Reseñas

*"Malayerba"* de Javier Valdez Cárdenas, por José Luis Muñoz

*"La noche antes de irse"* de Ramón Acín, por María Dubón

*"El molino del oso"* de Tito Bassi, por Nerea del Rocío Tovar Romero

*"Lánguidos sueños"* de Carlos Manzano, por José María García Sánchez y José Vaccaro Ruiz

*"Madrid: frontera"* de David Llorente, por José Luis Muñoz y José María García Sánchez

*"Las huellas del Lobo"* de Francisco Javier Aguirre, por Carlos Manzano

*"La regata"* de Manuel Vicent, por Antonio Tejedor García

*"En los umbrales del hades"* de Osvaldo Reyes, por José Luis Muñoz

*"Diario del artista suicida"* de Antonio Beneyto, por Francisco Javier Aguirre

*"El secreto de las beguinas"* de Pedro M. Domene, por José Luis Muñoz

*"Margen interno. Ensayos y semblanzas"* de Juan Malpartida, por Juan Fernando Valenzuela Magaña

*"Delincuentes de medio pelo"* de Gene Kerrigan, por José Luis Muñoz

*"Orgullo y prejuicio"* de Jane Austen, por María Dubón

## • Novedades editoriales

**N**arrativas es una revista electrónica surgida como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. Inicialmente editada en formato PDF, dada la similitud de este formato con las tradicionales revistas hechas en papel, hemos decidido también publicarla en formato ePub, de modo que sea perfectamente legible en el conjunto de dispositivos electrónicos de lectura cada vez más presentes en nuestra vida cotidiana.

\*\*\*

**Envío de colaboraciones:**

La revista Narrativas versa sobre diversos aspectos de la narrativa en español. Está estructurada en tres bloques fundamentales: ensayo, relatos y reseñas literarias. En cualquiera de estos campos, toda colaboración es bien recibida. Las colaboraciones deberán enviarse por correo electrónico como archivo adjunto en formato DOC o RTF. En su momento, los órganos de selección de la revista decidirán sobre la publicación o no de los originales recibidos. No se fija ninguna extensión máxima ni mínima para las colaboraciones, aunque se valorará la concisión y el estilo. Se acusará recibo de cada envío y se informará de la aceptación o no del mismo. Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada texto; únicamente ceden a la revista Narrativas el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

**SUMARIO - núm. 47**

<i>Actancialidad de huellas deconstruidoras en Piel de lobo de Lara Moreno, por Francisco Javier Higuero</i> .....	3
<i>Una reunión de ciegos auténticos: el lugar de iglesia en los primeros poemarios de Oliverio Girondo, por Micaela Moya</i> .....	13
<i>De los seres de este reino, por Ricardo Bugarín</i> .....	18
<i>Proyecto amante, por Rebeca Becerra</i> .....	22
<i>El americano y el mar, por Kalton Bruhl</i> .....	25
<i>Un poeta de pueblo, por Juan José Sánchez González</i> .....	26
<i>La luna de Pancho, por Alberto Quero</i> .....	30
<i>La cometa, por Ramón Zarragoitia</i> .....	33
<i>La piel, por José Luis Díaz Marcos</i> .....	35
<i>Klaus Schuppanzigh (1703-1769), por J. A. Santos</i> .....	38
<i>Ovación y vuelta al ruedo, por Eva María Medina</i> .....	44
<i>La espera, por Enrico Boasso</i> .....	46
<i>Microrrelatos, por Rolando Revagliatti</i> .....	54
<i>Espacio, espacio, por Carlos Suchowolski</i> .....	55
<i>Fundé Troya, por Gisela Vanesa Mancuso</i> .....	59
<i>El armario, por Ramón Araiza Quiroz</i> .....	61
<i>El alejamiento del punto de partida (La Cascaraña. cuarta parte), por Edgardo Hernández Mejía</i> .....	63
<i>Por una cabeza, por Domingo Alberto Martínez</i> .....	66
<i>Narradores: Rosa Ribas</i> .....	72
<i>Aniversarios: Jane Austen (200 años). Retrato de toda una época, por Pedro M. Domene</i> .....	78
<i>Mujeres arrojadas. La literatura sureña e insumisa de Kate Chopin, por Jesús Greus</i> .....	82
<i>El hipócrita que faltó en el catálogo. Comentarios al mar- gen de La virtud de la hipocresía de Luis Quintana Te- jera, por Jesús Humberto Florencia Zaldívar</i> .....	86
<i>“Malayerba” de Javier Valdez Cárdenas, por José Luis Muñoz</i> .....	89
<i>“La noche antes de irse” de Ramón Acín, por María Du- bón</i> .....	90
<i>“El molino del oso” de Tito Bassi, por Nerea del Rocío Tovar Romero</i> .....	91
<i>“Lánguidos sueños” de Carlos Manzano, por José María García Sánchez y José Vaccaro Ruiz</i> .....	92
<i>“Madrid: frontera” de David Llorente, por José Luis Muñoz y José María García Sánchez</i> .....	94
<i>“Las huellas del Lobo” de Francisco Javier Aguirre, por Carlos Manzano</i> .....	96
<i>“La regata” de Manuel Vicent, por Antonio Tejedor García</i> .....	97
<i>“En los umbrales del bades” de Osvaldo Reyes, por José Luis Muñoz</i> .....	98
<i>“Diario del artista suicida” de Antonio Beneyto, por Francisco Javier Aguirre</i> .....	98
<i>“El secreto de las beguinás” de Pedro M. Domene, por José Luis Muñoz</i> .....	99
<i>“Margen interno. Ensayos y semblanzas” de Juan Malpar- tida, por Juan Fernando Valenzuela Magaña</i> .....	100
<i>“Delincuentes de medio pelo” de Gene Kerrigan, por José Luis Muñoz</i> .....	101
<i>“Orgullo y prejuicio” de Jane Austen, por M. Dubón</i> ..	102
<i>Novedades editoriales</i> .....	105

## ACTANCIALIDAD DE HUELLAS DECONSTRUCTORAS EN *PIEL DE LOBO* DE LARA MORENO

por Francisco Javier Higuero

Lo primero que tal vez sobresalga, a la hora de iniciar el estudio de la novela de Lara Moreno, que lleva como título *Piel de lobo* (2016), es la exploración de un cúmulo de sentimientos padecidos principalmente por dos hermanas, Sofía y Rita, abocadas a recordar y compartir ciertas experiencias en las que han participado, no siempre libremente, desde su más tierna infancia hasta llegar al momento en que se va relatando la historia narrada. Por consiguiente, la función actancial que ejerce la memoria de ambos personajes se convierte en un motivo temático digno de ser tenido en cuenta. Ahora bien, los mencionados recuerdos ponen de relieve ciertas ausencias, repletas de ineludibles presencias, nunca desaparecidas por completo. Dicho nexo existente entre ausencias y presencias se manifiesta a través de huellas destructoras que contribuyen a mover el dinamismo de los acontecimientos narrados, con todo lujo de detalles y desde diversas focalizaciones perspectivistas. Las páginas que siguen se proponen destacar la actancialidad manifiesta que caracteriza a tales huellas, hasta llegar al final abierto del discurso diegético en cuestión. Convendría precisar, a este respecto, que, desde planteamientos narratológicos, dentro de lo connotado semánticamente por el concepto de actancialidad, habría que incluir todo aquello que, sin duda alguna, impulsa y hasta modifica el curso de los acontecimientos, ya sea a nivel anecdótico, propio de lo relatado en la historia, o en el plano marcadamente discursivo. Para expresarlo de forma algo diferente, la actancialidad fomenta la inteligibilidad de la estructura diegética en la que se hallan insertos diversos motivos narratológicos. Dicha función textual tiene en cuenta, con frecuencia, aunque no exclusivamente, las contribuciones de los personajes al movimiento de las acciones relatadas. Ahora bien, que haya una interdependencia verificable entre personajes y acontecimientos no induce a concluir que aquellos se encuentren subordinados a estos o que sean reducibles simplemente a nombres propios, según parece sugerir, sin disimulo apaciguador, Roland Barthes en *S/Z* (1974). Mostrando su desacuerdo con lo defendido por dicho crítico, Fernando Ferrara en «Theory and Model for the Structural Analysis of Fiction» (1974) coloca a los personajes en una posición de pronunciada relevancia para quien se halle interesado en aproximarse, con rigor y precisión, al estudio de determinadas narraciones. A todo esto, conviene agregar el hecho de que la adopción por un personaje del papel funcional de actante en la trayectoria diegética de una novela en modo alguno implica la exclusión de fuerzas vectoriales que también y, con toda propiedad, se encuentran en condiciones de ser calificadas de actantes. No resulta extraño encontrarse con relatos en los que el dinamismo diegético engendrado por uno o más personajes vaya encaminado en diversas direcciones mutuamente reforzadoras de los propios actos, según sean las circunstancias, pudiendo llegar a poseer connotaciones excluyentes y hasta antagónicas.<sup>1</sup> Por otro lado, tal vez conviniera insistir, a este respecto, en que no está de más hacer uso de lo connotado semánticamente por el concepto estructuralista y destructor de actancialidad, sin por eso negar la autonomía completa de personajes cuyo comportamiento se presta a ser esclarecido pertinentemente.<sup>2</sup> A todo esto se precisa agregar que,

---

<sup>1</sup> A nivel de estructura textual profunda, Vladimir Propp en *Morphology of the Folktale* (1968) y Etienne Souriau en *Le Deux cent Mille Situations dramatiques* (1950) han propuesto una tipología básica de los actantes cuya manifestación en la superficie narrativa correspondería a lo realizado en unos casos o padecido en otros, por actores, los cuales serían los que con exactitud recibirían el nombre de personajes. Aun reconociendo el valor pionero de los estudios de Propp y Souriau, en el presente artículo se advierte que los actantes desempeñan un papel diegético en diversos niveles narrativos y, por tanto, no se los segrega ni se reduce su campo de influencia dinámica a la estructura profunda.

<sup>2</sup> La utilización de términos técnicos procedentes de estudios realizados en el ámbito propio correspondiente a diversas especializaciones de teoría literaria, para esclarecer lo narrado en un relato, no se constituye en una tarea superflua e innecesaria. De acuerdo con lo advertido por Tomas McLaughlin en "Introduction" a *Critical*

algunas veces, dicha actancialidad, en el caso de los personajes, es compatible con una inequívoca autonomía, ya que, de no ser así, tal vez no llegaría a mover, en última instancia, el dinamismo de los acontecimientos, sino que este sería movido por algún otro agente, propenso a hallarse caracterizado como impersonal e indefinido.

En lo que se refiere a los percances, reflexiones y sentimientos aludidos a lo largo de lo relatado en *Piel de lobo*, convendría no perder de vista que son determinadas huellas deconstructoras las que se convierten en los motivos actanciales que mueven la trayectoria diegética de dicha novela. El estudio de tales huellas exige prestar atención a categorías temporales con el fin de poner de relieve aquello que había hecho acto de conflictiva presencia en oposición manifiesta a lo que se encontraba ausente por fuerza de lo ya acaecido. No obstante, en modo alguno debería enfocarse tal contraposición diegética como si fuese una dicotomía binaria en la que uno de los términos enfrentados lograra prevalecer contundentemente sobre el otro. De hecho, en el itinerario narrativo de *Piel de lobo*, tal bipolaridad es deconstruida, pues la presencia de tiempos pasados no es eliminada por completo, sino que a ella se alude una y otra vez tanto por parte de un perspicuo narrador heterodiegético, que, con frecuencia, parece ser omnisciente, como también por la propia Sofía, convertida en narradora homodiegética en algunas secciones de la novela. Los acontecimientos relatados por ambos narradores pueden muy bien considerarse como huellas simulacrales de presencias que no necesariamente son segregadas al ámbito definitivo y olvidadizo de ausencias irremediabiles. Se precisa tener en cuenta, a este respecto, que, desde planteamientos deconstructores, tal y como ha sido explicado por Jacques Derrida en *La diseminación* (1975), *Posiciones* (1977), *Margins of Philosophy* (1982) y *La escritura y la diferencia* (1989), la huella vendría a ser lo que excede a lo connotado semánticamente por esa dicotomía binaria en la que se integra la bipolaridad causante del tal vez inevitable enfrentamiento de la presencia con su contraria, la ausencia.<sup>3</sup> Para expresarlo de otro modo, la huella se convierte en el simulacro de una presencia que se disloca, se desplaza y remite a otra huella o nuevo simulacro de presencia, en predisposición a continuar tal proceso de dislocamiento.

En conformidad con lo que se está observando, el carácter deconstructor de la huella desmantela la dicotomía binaria presuntamente integrada por los respectivos ámbitos semánticos de presencia y ausencia. Teniendo en cuenta tal aseercción crítica, no resulta difícil, en modo alguno, enfocar el estudio de *Piel de lobo* en función de parámetros temporales que evidencien cómo en un entorno cronológico determinado se detectan huellas manifiestas y tal vez imposibles de eliminar presencias que, aunque desvanecidas y hasta casi inexistentes, no han sucumbido con irremediabilidad al embate que una ausencia definitiva pudiera, de hecho, implicar. De lo relatado en dicha novela se desprende que las huellas deconstructoras abocadas a poner de relieve tal confrontación más o menos disimulada entre presencias y ausencias pudieran muy bien agruparse taxonómicamente en torno a acontecimientos en que se han visto involucrados los siguientes personajes: 1º.- El padre de Sofía y Rita. 2º.- La madre de ambas hermanas. 3º.- Julio, el marido de Sofía. 4º.- Rita. 5º.- Sofía. 6º.- Leo, el hijo de Sofía. 7º.- Paul, el amigo de Rita. 8º.- Los primos de Sofía y Rita. Ahora bien, conviene puntualizar que la propuesta diferencia existente entre la actancialidad narratológica promovida por tales personajes involucrados en las respectivas huellas deconstructoras posee un valor puramente metodológico y va encaminada a

---

*Terms for Literary Study* (1990), en donde se recogen un conjunto de artículos escritos por relevantes y atestiguados pensadores contemporáneos, los términos sirven para delimitar con rigor y precisión, conceptos difíciles de ser explicados sin la merecida utilización concreta del léxico específico elaborado para tal menester. Por consiguiente, no vienen a resultar acertados los comentarios expuestos en tono generalizador e intransigente por Alicia Yllera en *Estilística, poética y semiótica literaria* (1979), al afirmar, sin precisión alguna, que uno de los aspectos más negativos de la crítica estructuralista, y en general de la lingüística moderna, consiste en la tendencia desmesurada al neologismo y a multiplicar la terminología, mostrando así un desprecio por todo intento de verificación. Este desdén y antagonismo visceral ostentado por Yllera en contra del proceder de la crítica literaria especializada y no solo estructuralista, como ella piensa sin apreciar ni advertir los consiguientes matices, parece ocultar un desconocimiento del desarrollo contemporáneo gozado por aproximaciones textuales de signo teórico, que en modo alguno son desdeñables.

<sup>3</sup> La praxis de la estrategia deconstructora, según se desprende de numerosos estudios de Derrida, se encuentra alejada de cualquier tipo de formulación sistemática. Por tanto, no puede ser considerada ni siquiera como una metodología firme en la que asirse. Antes por el contrario, al aludir a esa estrategia se está insinuando una tarea de prudencia y minuciosidad, pero también de destreza y eficacia, aun en medio de la inestable apertura inherente a todo texto que se resiste a ser clausurado.

esclarecer las connotaciones semánticas de lo relatado en la novela. No debe olvidarse, a este respecto, que, de hecho, las ocho huellas mencionadas se encuentran entremezcladas, algunas veces, existencialmente entre sí, aunque sin llegar a perder de vista la relevancia indiscutible que desempeñan las dos hermanas aludidas, abocadas, de hecho, a participar en una reconfortante comunicación emocional, sobre todo al aproximarse ya el final abierto de lo relatado en *Piel de lobo*.

La 1ª huella deconstructora que afecta al tiempo discursivo de lo que se va narrando posteriormente en la novela alude, con explicitéz manifiesta, a la muerte del padre de Sofía y Rita, que había fallecido repentinamente, un año antes, de un eficaz infarto cerebral, sin haber podido ser acompañado por nadie durante tal desenlace imprevisto. Por un lado, en dicha muerte confluyen dos concepciones diferentes de la existencia, tratadas teóricamente por Martin Heidegger en *El ser y el tiempo* (1951). Dicho pensador tiene a bien distinguir entre el nivel ontológico de la existencia, consistente en el ser limitado por la nada y el ámbito óptico materializado en el miedo sentido ante posibles amenazas concretas, que se pueden manifestar de un modo u otro.<sup>4</sup> Al nivel ontológico pertenece la angustia sentida por la muerte que no puede ser compartida con nadie, pues cada cual está abocado a morir su propia muerte en irremediable soledad. Tal es lo que le acaece al personaje aludido en la primera huella deconstructora de *Piel de lobo*. Ahora bien, dicho nivel existencial no es el único que afecta a semejante desenlace lúgubre, pues el padre de Sofía y Rita murió también, de hecho, afectado por una soledad óptica en una casa de pueblo. Este lugar se convierte en un relevante motivo circunstancial y en una huella deconstructora de lo relatado durante gran parte de la novela. Dicha soledad óptica fue favorecida por la 2ª huella deconstructora protagonizada por la madre de Sofía y Rita, quien parecía haber abandonado, al padre de sus hijas, para irse a vivir en las islas Canarias con un psiquiatra divorciado, pueril, pero muy amable. No obstante, semejante ausencia no eliminó, por completo, la presencia desempeñada por tal personaje en la vida de sus hijas, pues las visitó en la casa del pueblo, tratando de aleccionarlas maternalmente, sin obtener más respuesta que un ostensivo rechazo, en conformidad con lo ejemplificado por las siguientes expresiones del narrador heterodiegético de *Piel de lobo*:

... Entonces la madre, de quien por un momento parecían haberse olvidado, dice te lo dije hace tiempo, deberías haber tenido otro niño, pero, hija, tú a tus cosas. Sofía se gira hacia ella sin reaccionar, se pregunta si en vez de haber pronunciado esas palabras su madre le ha dicho algo del tipo y encima ha vuelto a fumar. Musita un qué dices, mamá, demasiado leve, humo de cigarro, y es que Rita se ha despertado y erguida observa a su madre con sarcasmo.<sup>5</sup>

Tal vez, la reacción de Sofía, frente a los aleccionamientos maternos que recibe se deba, en gran parte, a los sufrimientos por ella padecidos, al convertirse en víctima de la ruptura de su matrimonio, pues le había abandonado Julio, su marido. La ausencia de este personaje no es total, ya que no deja de esgrimir una cierta comunicación con Sofía. Tal comportamiento viene a ser manifestación de la 3ª huella deconstructora que no deja de atravesar diegéticamente lo relatado en *Piel de lobo*, debido, sobre todo, al hecho de que esa esposa abandonada, cuando se enteró de la decisión de Julio, le dijo, sin disimulo alguno, que ella continuaba amándole. Para esforzarse por superar la ruptura de su matrimonio, Sofía decide ir a pasar, con su hijo Leo, una temporada en la casa del pueblo, a la que también acude Rita, con el fin de hacerle compañía, al tiempo que le aconseja a su hermana que hable con Julio, antes de informarle sobre la separación a su hijo. No obstante, las dos hermanas protagonizan un conflicto, relacionado con algunas obras y modificaciones que Sofía deseaba introducir en la terraza de la casa, ante el desagrado y oposición manifiesta de Rita, que decide ausentarse, integrándose, así pues, en la 4ª huella deconstructora de lo relatado en *Piel de lobo*. Desde planteamientos narratológicos, convendría no perder de vista que de tal conflicto se había producido una mención avanzada, cuando con ocasión de la muerte del padre de ambas hermanas, Sofía había propuesto alquilar la casa, en vez de venderla, pero Rita se inclinaba por esta segunda opción, a pesar de que no era precisamente

---

<sup>4</sup> Para un mayor esclarecimiento de lo connotado semánticamente por la diferencia entre los respectivos ámbitos existenciales de lo óptico y lo ontológico en el pensamiento de Heidegger, deberían consultarse los penetrantes comentarios de que hacen gala tanto William Barrett en *Irrational Man* (1962), *What is Existentialism?* (1964), como también Michael Gelven en *A Commentary on Heidegger's "Being and Time"* (1970).

<sup>5</sup> Lara Moreno, *Piel de lobo*, pp. 118-119.

ella quien necesitaba el dinero que se podía obtener de dicha venta.<sup>6</sup> A todo esto se precisa agregar que, con anterioridad inmediata a esta confrontación que provocó la ausencia de Rita, involucrada en la 4ª huella deconstructora, Sofía había vuelto de la playa, ya al anochecer, mientras el mar se iba alejando, retrayéndose y descubriendo una arena plana de marea baja. Semejante fenómeno atmosférico de la retirada del mar no solo constituye una ambientación simbólica del regreso de Sofía a su casa, sino también del mencionado conflicto provocado por el distanciamiento, cada vez más explícito, entre ambas hermanas. Según se explica en *A Treatise on the Novel* (1947) de Robert Liddell, adoptando posicionamientos teóricos de carácter estructuralista, la función discursiva desempeñada por tal recurso narratológico consiste en acompañar de cerca a las acciones y sucesos relatados, llegando a estar estrechamente unido a ellos, de tal forma que se pierde el carácter de neutralidad del mismo. Esto es lo que, de hecho, se halla ejemplificado, cuando, de acuerdo con lo relatado en *Piel de lobo*, al tiempo que el mar se va alejando de las arenas movedizas de la playa, Rita también se distancia de la casa en donde se hallaba Sofía, para volver a su ciudad de residencia habitual. Por otro lado, no resulta superfluo constatar que, de modo semejante a como las aguas del mar volverán a cubrir parte de la arena de la playa, también Rita regresará a la casa del pueblo, esta vez acompañada de un presunto amigo desconocido. De la siguiente forma, el narrador heterodiegético de *Piel de lobo* describe la apariencia externa de este personaje, que logra paralizar la presencia de Sofía:

...La acompaña un tipo alto, desgarbado, con el pelo más sucio que ella, barbilampiño y de piel blanca, nada más una sombra bajo los ojos cueva, unos ojos distraídos que miran alrededor, pasando por Sofía como si no estuviese, es un mueble más de ese lugar al que lo han traído para seguir, para continuar lo que quiera que estuvieran haciendo, los ojos son azules y sonríen, al final de su brazo largo y delgado, de su mano larga y delgada, hay un pack de seis latas de cerveza, y Sofía está inmóvil.<sup>7</sup>

Al haber llegado a la casa del pueblo Rita y Paul, observa Sofía, que su hijo Leo se encuentra feliz con ellos y decide dicha madre ausentarse e irse a la ciudad, produciéndose así la 5ª huella deconstructora de lo relatado en *Piel de lobo*. No obstante, transcurre una jornada, en la que Sofía, en compañía de una antigua amiga, se siente presa de un atosigador aburrimiento, quebrantado por una llamada telefónica de Paul, recibida hacia las dos de la madrugada. Este personaje dice hallarse presuntamente en Portugal y le comunica a Sofía que Leo se había perdido. Semejante noticia interrumpe la ausencia implicada en la 5ª huella deconstructora y provoca un primer viaje a Portugal de Sofía y Julio, para, después de haber hallado a Leo, volver de regreso a la casa del pueblo. La pérdida de Leo se materializó en una ausencia imprevista que, aunque resuelta, se constituye en una mención avanzada de la determinación adoptada por sus padres de que ese niño inquieto acompañe a Julio en unas vacaciones fuera del pueblo, en donde estaba con su madre. La consiguiente ausencia de Leo se integra, así pues, en la 6ª huella deconstructora, ejemplificada ya hacia el final de la trayectoria diegética de *Piel de lobo*. No mucho después del viaje emprendido por Julio y su hijo, Sofía cree disponer de suficientes pruebas del daño que Paul le está causando a Rita y toma la firme determinación de expulsarlo de la casa del pueblo, ocasionando otra ausencia, relacionada directamente con la 7ª huella deconstructora de dicha novela. Convendría no perder de vista que, si se tienen en cuenta las aportaciones conceptuales de carácter ético proporcionadas por Carlos Thiebaut en *De la tolerancia* (1999), las connotaciones semánticas proyectadas por la experiencia del mal no coinciden en modo alguno, con las del daño. Advierte el discurso argumentativo de dicho escrito ensayístico que el mal vendría a ser un suceso que parece no haberse podido evitar, pues el ejecutor del mismo tal vez no sea, al menos de forma directa, ningún ser humano y si lo fuera no dispondría de ineludible libertad para actuar, con conocimiento de causa, de modo diferente. Tal es lo que presuntamente acaeció al morir el padre de Sofía y Rita, como consecuencia de un lamentable e imprevisto infarto, sufrido en una pragmática de texto de ineludible soledad y ausencia óptica, a la que se ha aludido al tratar de la 1ª huella deconstructora con que se inicia la trayectoria narrativa de *Piel de lobo*. En conformidad con lo que se argumenta ensayística-

<sup>6</sup> La mención avanzada se limita a insinuar, de forma más o menos velada, lo que acaecerá con cierta posteridad en el discurso diegético del relato. En consecuencia, dicha estrategia textual no puede ser considerada como prolepsis, ya que esta, según lo explicado por Scholomith Rimmon-Kenan en *Narrative Fiction. Contemporary Poetics* (1991), no resulta ser sino una anticipación a nivel discursivo respecto a hechos de la historia que tendrán lugar más tarde.

<sup>7</sup> *Piel de lobo*, p. 171.

mente en *De la tolerancia*, mientras el mal vendría a ser consecuencia de eventualidades sobre las que no existe algún tipo de control total y satisfactorio, el daño se materializa como efecto de lo realizado por un agente humano concreto, que siempre poseía una mínima libertad como para no llevarlo a cabo.<sup>8</sup> De acuerdo con las consideraciones narratológicas proporcionadas por Seymour Chatman en *Story and Discourse* (1983) y *Coming to Terms* (1990), habría que decir que el mal se convertiría en una ejemplificación concreta de lo entendido como suceso, mientras que el daño sería, más bien, una muestra de acción.<sup>9</sup> En lo que respecta a lo relatado en *Piel de lobo*, no solo el comportamiento de Paul respecto a Rita se presta a ser considerado como una ejemplificación manifiesta de daño, sino también y sobre todo los acosos sexuales que padeció este personaje, durante más de cinco años, por parte de un primo, cuando ella era una niña sumamente vulnerable e indefensa. El recuerdo de tales hostigamientos, ya hacia el final abierto del itinerario diegético de *Piel de lobo*, contribuye a integrar tanto al perpetrador principal de los acosos, como también a su hermano que parece haberle sugerido la ejecución de esas acciones, dentro de la octava y última huella deconstructora de lo narrado. Del modo siguiente expresa el narrador heterodiegético lo que le había comunicado Rita a Sofía, implicando a los dos primos en los hostigamientos ejecutados:

Y Rita habla ya suave, suelta su cuerda, hilo mil veces chupado, por esa boca dibujada, entre esos dientes perfectos y fuertes, encías rosadas como fresas en agua. Rita habla con la conciencia del que ha vivido, no del que escucha sin querer. Quiero decir lo que estoy diciendo, yo siempre he creído que cuando le echaron la bronca al mayor él estaba presente y recogió el testigo, supongo que le dieron la idea, que se dio cuenta de que *conmigo* se podía hacer *eso*. ¿Hacer el qué? A Sofía le pesa la lengua dentro, zumbido, pero Rita no responde, no hay nada que decir, en medio de ellas dos está todo, pez sucio boqueando, y entonces pregunta: ¿y desde cuándo? Pues desde entonces. ¿Desde entonces? Sí, desde los cuatro o cinco años.<sup>10</sup>

Ante el daño sufrido, parece ser que Rita se había visto obligada a guardar silencio durante muchos años, tal vez, como efecto del poder que el agresor no dejaba de ejercer todavía sobre ella. Tal actitud contribuye a ejemplificar lo explicado, en términos teóricos por Augusto Ponzio en *Interpretazione e scrittura* (1985), *Rossi-Landi e la filosofia del linguaggio* (1988), *Soggetto e alterità. Da Lévinas a Lévinas* (1991), *Production linguistique et idéologie sociale* (1992), *Trasemiotica e letteratura. Introduzione a M. Bachtin* (1992) y «El silencio y el callar. Entre signos y no signos» (1995). De la lectura de estos estudios altamente esclarecedores se desprende que el silencio no permite sino la percepción del sonido y las correspondientes señales caracterizadas por su univocidad y por depender completamente de algo convencional. En tal ámbito se mueve tanto la lingüística saussuriana como el estructuralismo taxonómico o generativo-transformacional que nada pueden decir, según el juicio crítico de Ponzio, con respecto al presunto sentido de la ausencia de enunciación directa, del sobreentendido, del descentramiento del decir, de lo que Roland Barthes, en algunos ensayos de *The Rustle of Language* (1986) y *The Semiotic Challenge* (1988) ha denominado la capacidad de cambio.<sup>11</sup> Siguiendo tal línea racionante, podría afirmarse que la lingüística del código es la del silencio, ya que este permite la

<sup>8</sup> La diferencia existente entre el mal y el daño no es siempre tenida en cuenta, con cierta precisión esclarecedora, por Aurelio Arteta en *Mal consentido* (2010). A pesar de la relevancia manifiesta de lo argumentado en dicho escrito ensayístico, los racionamientos expuestos por tal pensador, a este respecto, no alcanzan el rigor fenomenológico que caracterizaban a sus reflexiones anteriores, esgrimidas en *La compasión* (1997) y *La virtud en la mirada* (2002). Ahora bien, la presunta identificación del mal con el daño, o la consideración del primero como efecto del segundo se reitera a lo largo de los racionamientos argumentativos diseminados por el discurso ensayístico de *La limpidez del mal* (2013) de Ana Carrasco. El posible motivo de tal error filosófico parece deberse a la estricta fidelidad que este escrito demuestra esgrimir respecto al pensamiento de Friedrich Wilhelm Joseph Schelling, quien en *Escritos sobre la filosofía de la naturaleza* (1996), *Sobre la esencia de la libertad humana* (1969), *Sistema del idealismo trascendental* (2005) y *Del Yo como principio de la filosofía* (2004), abre sus planteamientos éticos a interrogaciones, en una infatigable evolución, que nunca descansa, sino que se refunda constantemente, removiendo sus propios fundamentos y principios. Por consiguiente, no deja de ser posible que futuros estudios sobre el conjunto de la producción intelectual de Schelling, siguiendo la línea iniciada en *La limpidez del mal*, quizás contribuyan a rastrear motivos conceptuales más que suficientes para favorecer y apoyar las valiosas connotaciones que se estudian, desde diversas presuposiciones fenomenológicas, en *De la tolerancia*.

<sup>9</sup> Chatman agrupa tanto las acciones como los sucesos bajo la categoría narratológica de acontecimientos.

<sup>10</sup> *Piel de lobo*, pp. 249-250.

<sup>11</sup> Para tratar el progresivo distanciamiento de Roland Barthes respecto a postulados estructuralistas, el estudio de Michael Moriarty, *Roland Barthes* (1991), constituye una monografía crítica de valor inestimable.

percepción de las señales que se transmiten. Semejante tipo de lingüística parece no estar al tanto de obstáculo alguno, a no ser de la interferencia procedente de la apreciación perceptiva del ruido, el cual se reduce a una imperfección del canal transmisor o a una carencia de reglas restrictivas entre código y mensaje que permiten la aparición de la ambigüedad. En cualquier caso, se trata de una ruptura del silencio, el cual resulta imprescindible para la percepción de la señal que se dice transmitir. El que haya silencio es una condición necesaria impuesta por el que ordena algo para así hacerse oír. Tal silencio impide hablar, pero no facilita el acto de escuchar, el cual, según lo advertido por Mikail Bakhtin en *The Dialogical Imagination* (1981) y *Speech Genres* (1986), está abierto a formas múltiples de diseminación polisémica y de yuxtaposiciones variadas que obstaculizan cualquier tipo de univocidad directa, impuesta de la forma que sea. De todo esto se desprende que el silencio así obtenido corresponde a una concepción textual monológica, en la que no cabe espacio para el disenso, la multiplicidad enriquecedora de opiniones y la libertad existencial que permita establecer transacciones relacionales espontáneas y abiertas. En los estudios citados, Ponzio se refiere a una pronunciada diferencia vectorial entre el silencio, creador de univocidad rígida, y el callarse, promotor de una genuina comunicación, en la que se tenga en cuenta y se respete la subalteridad.<sup>12</sup> El silencio estaría integrado en la mera señalidad estructural, mientras que el callarse formaría parte de la signidad, la cual rebasa los límites de la lingüística de la codificación y se preocupa por las relaciones dialógicas. Estas presuponen la libertad de palabra y tienen como condición la posibilidad de callarse por parte del hablante, interesado también en la escucha, sin forzar de manera alguna lo que se quiere decir. Por consiguiente, el callarse es el lugar de la plurivocidad diseminatoria de significantes múltiples, preocupados por la subalteridad dialógica. Ahora bien, conviene no olvidar que el callarse no está al servicio de la palabra, no siendo funcional ni productivo. Por otro lado, tampoco es solamente mutismo, sino que se resuelve en un cierto enmudecimiento, caracterizado algunas veces por el hablar indirecto, la palabra distanciada, la risa y hasta una multiplicidad de gestos carnavalescos.

En lo que respecta a la actitud adoptada por Rita, a lo largo de lo relatado en *Piel de lobo*, se precisa constatar que el silencio frente a los acosos recibidos predominó casi hasta el final abierto de la narración.<sup>13</sup> Sin embargo, cuando dicho personaje explicita lo ocurrido, en la mencionada conversación con Sofía, prevalece un posicionamiento de dialogismo carnavalesco repleto de expresiones que, con toda propiedad, se prestan a ser consideradas como un callarse propiamente dicho, en oposición manifiesta al silencio impuesto por el poder que sobre Rita habían ejercido los alienantes e injustos comportamientos de sus primos. La relevancia fenomenológica de tales agresiones es digna de ser tenida en cuenta, pues, contribuye a discernir los motivos y antecedentes emocionales del cúmulo de problemas psicológicos que padecía Rita, incluidos entre ellos, por supuesto, una amenazadora drogadicción que parece no era capaz de superar tal personaje, al menos solo por sí misma. Sin embargo, la indiscutible ayuda que le proporciona su hermana Sofía, no solo es, a todas luces, reconfortadora, sino que se aleja, con acierto, del tratamiento que reciben personajes, afectados por problemas similares en novelas tales como *Naturaleza infiel* (2008) de Cristina Grande o *Barrio cero* (2010) de Javier Reverte, sin olvidar *Secreta Penélope* (2003) de Alicia Giménez Bartlett. La impersonalidad y deshumanización a que se ven sometidos tales personajes en centros de desintoxicación o mediante un ineficaz tratamiento psicoanalítico han sido sustituidas por la entrañable proximidad fraternal que le otorga Sofía a Rita. Para expresarlo de modo algo diferente, al sentirse unidas ambas hermanas, se abre todo un horizonte esperanzador, frente a los percances e infortunios implicados en las ocho huellas deconstructoras que atraviesan el conjunto de la trayectoria diegética de *Piel de lobo*.

---

<sup>12</sup> La distinción existente entre silencio y callarse, con sus correspondientes connotaciones, parece que la toma Ponzio de *Speech Genres* de Bakhtin.

<sup>13</sup> El final abierto de un relato posee connotaciones deconstructoras de estructuras diegéticas fijas y aprisionadoras, en conformidad con lo puesto de manifiesto por el discurso diegético de novelas tan emblemáticas de la producción narrativa española, como pudieran ser *Todavía tú* (2007) de María Tena o *El guardián invisible* (2013) de Dolores Redondo. En el caso concreto de lo narrado en *Piel de lobo*, se precisa advertir que tal estrategia deconstructora se yuxtapone al cúmulo de huellas repletas de presencias inestables que se ven subvertidas por ineludibles ausencias, dignas de ser tenidas en cuenta. La inconclusividad implicada tanto en la mencionada apertura, como también en las huellas deconstructoras de presencias no desaparecidas por completo no solo contribuye a desencuadrar las respectivas trayectorias narrativas de estas novelas, sino que, al mismo tiempo, tal vez, se preste a proyectar connotaciones e indicios un tanto esperanzadores de cara a un futuro existencial abierto a posibles rectificaciones, implementadas del modo que fuere.



A modo de corolario, convertido en suplemento de lo explicado en las páginas precedentes, convendría tal vez añadir que de lo expresado tanto por el narrador heterodiegético de la mayoría de las secciones que estructuran la historia relatada en *Piel de lobo*, como por la propia Sofía, convertida en la narradora homodiegética de un número reducido de secciones de dicha novela, se deduce que para gran parte de los personajes aludidos, de un modo u otro, hablar o expresarse no consiste meramente en modificar una experiencia disponible, sino en hacerla existir. Por consiguiente, lo que manifiestan estos personajes pone de relieve una profunda intimidad e interpenetración genuina existente entre sus pensamientos o emociones, por un lado, y los actos realizados o palabras emitidas, con más o menos disimulo y ocultamiento, por otro. Explicado de otro modo, tales palabras se cubren de necesidad expresiva para que se vayan desarrollando los sentimientos pertinentemente involucrados. De hecho, lo aludido por los respectivos narradores evidencia que las palabras pronunciadas por algunos personajes cumplen una función heurística, dirigida a promover, de un modo cada vez más penetrante y hasta exacto, tanto el propio conocimiento, como también el de aquellos que les rodean, formando parte de su circunstancia.<sup>14</sup> Ahora bien, en dicha tarea cognitiva resulta imprescindible recurrir una y otra vez a la dimensión corpórea de la existencia, conforme lo ha reconocido, en términos teóricos y racionales, Maurice Merleau-Ponty a lo largo de lo especulado tanto en *La estructura del comportamiento* (1976) como también en *Fenomenología de la percepción* (1957).<sup>15</sup> No debería olvidarse, a este respecto, que, de acuerdo con lo advertido por Paul Ricoeur en *El discurso de la acción* (1981) y *Sí mismo como otro* (1996), el cuerpo humano se conceptualiza de manera más eficaz cuando se le considera como un objeto empírico, siguiendo el procedimiento de las ciencias experimentales. Por otro lado, en tanto el cuerpo no es solo una realidad observable como objeto, sino una dimensión del propio ser experimentado peculiarmente, se podría llegar hasta cuestionar el monopolio que la ciencia empírica parece tener, en general, sobre el conjunto de la corporeidad. En contraste con planteamientos científicos, la fenomenología se complace en destacar la experiencia existencial, irreducible a objetivaciones conceptuales reduccionistas.<sup>16</sup> De la conducta reflejada por la mayoría de los personajes, insertos en las huellas deconstructoras detectadas a lo largo del itinerario narrativo de *Piel de lobo*, se podría muy bien deducir que la percepción de la corporeidad, tanto propia como ajena, puesta de relieve de un modo u otro, forma parte de la riqueza existencial de la experiencia vivida, aun en medio de todo tipo de impertinencias, agresiones, violencias perpetradas, y sufrimientos implacablemente padecidos. Dicha experiencia se resiste a integrarse en objetivaciones promovidas por presuntas y posteriores consideraciones científicas, propensas siempre a ser deconstruidas, incluso desde las bases discursivas proporcionadas por la misma fenomenología. Al haber conseguido poner de manifiesto la experiencia vivida por diversos personajes, caracterizados por rasgos taxonómicos diferentes y hasta contrapuestos, el discurso narrativo de *Piel de lobo* contribuye a enriquecer el panorama literario español del segundo decenio del siglo XXI.

© Francisco Javier Higuero

\* \* \*

---

<sup>14</sup> Ha sido José Ortega y Gasset quien en *Meditaciones del Quijote* (1975) se refiere a la circunstancia no como algo adyacente que rodea a la subjetividad del yo, sino como parte fundamental e inasequible del mismo. El concepto de circunstancia, en el pensamiento de Ortega, vendría a coincidir en parte con las connotaciones proyectadas por el de creencia, en marcada contraposición al de idea. Para un mayor esclarecimiento de dicha dicotomía, lo expuesto por tal filósofo en *Ideas y creencias* (2001) no deja de ser relevante, en modo alguno.

<sup>15</sup> Si se deseara prestar atención al nexo existente entre la fenomenología de la corporeidad y una ontología no exenta de proyecciones epistemológicas, deberían consultarse los acertados comentarios esgrimidos por José Luis Arce Carrascoso en "Ontología y conocimiento en Merleau-Ponty" (1996) y "M. Merleau-Ponty: el hombre como unidad ontológica y proyectiva," (2001), lo mismo que los razonamientos altamente esclarecedores evidenciados por Richard Shusterman en "The Silent, Limping Body of Philosophy" (2005) y Xavier Escribano en *Sujeto encarnado y expresión creadora* (2004).

<sup>16</sup> La relevancia que cobra la fenomenología, a la hora de pretender desenmascarar las insuficiencias de planteamientos científicos identificados con un positivismo reduccionista, se ha convertido en objeto de lo estudiado por José Manuel Chillón, en *El pensar y la distancia* (2016).

## **BIBLIOGRAFÍA**

- Arce Carrascoso, José Luis (1996), "Ontología y conocimiento en Merleau-Ponty," *Convivium. Revista de Filosofía*, 9, pp. 92-116.
- . (2001), "M. Merleau-Ponty: el hombre como unidad ontológica y proyectiva," *Convivium. Revista de Filosofía*, 14, pp. 144-167.
- Arteta, Aurelio (1997), *La compasión. Apología de una virtud bajo sospecha*, Barcelona, Paidós.
- . (2002), *La virtud en la mirada. Ensayo sobre la admiración moral*, Valencia, Pre-Textos.
- . (2010), *Mal consentido. La complicidad del espectador indiferente*, Madrid, Alianza Editorial.
- Bakhtin, Mikhail (1981), *The Dialogical Imagination*, Austin, University of Texas Press.
- . (1986), *Speech Genres and Other Late Essays*, Austin, University of Texas Press.
- Barrett, William (1962), *Irrational Man. A Study of Existential Philosophy*, Garden City, New York, Doubleday.
- . (1964), *What is Existentialism?*, New York, Grove Press.
- Barthes, Roland (1974), *S/Z*, New York, Hill and Wang.
- . (1986), *The Rustle of Language*, New York, Hill and Wang.
- . (1988), *The Semiotic Challenge*, New York, Hill and Wang.
- Carrasco Conde, Ana (2013), *La limpidez del mal. El mal y la historia en la filosofía de F. W. J. Schelling*, Madrid, Plaza y Valdés.
- Chatman, Seymour (1983), *Story and Discourse: Narrative Structure in Fiction and Film*, Ithaca, Cornell University Press.
- . (1990), *Coming to Terms. The Rhetoric of Narrative in Fiction and Film*, Ithaca, Cornell University Press.
- Chillón, José Manuel (2016), *El pensar y la distancia. Hacia una comprensión de la crítica como filosofía*, Salamanca, Ediciones Sigueme.
- Derrida, Jacques (1975), *La diseminación*, Madrid, Fundamentos.
- . (1977), *Posiciones*, Valencia, Pre-texto.
- . (1982), *Margins of Philosophy*, Chicago, University of Chicago Press.
- . (1989), *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos.
- Escribano, Xavier (2004), *Sujeto encarnado y expresión creadora. Aproximación al pensamiento de Maurice Merleau-Ponty*, Cabriels (Barcelona), Prohom Edicions i Serveis Culturals.
- Ferrara, Fernando (1974), "Theory and Model for the Structural Analysis of Fiction," *New Literary History*, 5, pp. 245-268.
- Gelven, Michael (1970), *A Commentary on Heidegger's "Being and Time"*, New York, Harper & Row.
- Giménez Bartlett, Alicia (2003), *Secreta Penélope*, Barcelona, Seix Barral.

- Grande, Cristina (2008), *Naturaleza infiel*, Barcelona, RBA Libros.
- Heidegger, Martin (1951), *El ser y el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Liddell, Robert (1947), *A Treatise on the Novel*, London, J. Cape.
- McLaughlin, Thomas (1990), "Introduction," Frank Lentricchia and Thomas McLaughlin Ed. *Critical Terms for Literary Study*, Chicago, The University of Chicago Press, pp.1-8.
- Merleau-Ponty, Maurice (1976), *La estructura del comportamiento*, Buenos Aires, Librería Hachette.
- . (1957), *Fenomenología de la percepción*, México, FCE.
- Moreno, Lara (2016), *Piel de lobo*, Barcelona, Lumen.
- Moriarty, Michael (1991), *Roland Barthes*, Standford, Standford University Press.
- Ortega y Gasset, José (1975), *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Revista de Occidente.
- . (2001), *Ideas y creencias (y otros ensayos de filosofía)*, Madrid, Alianza.
- Ponzio, Augusto (1985), *Interpretazione e scrittura*, Verona, Bertani.
- . (1988), *Rossi-Landi e la filosofia del linguaggio*, Bari, Adriatica.
- . (1991), *Soggetto e alterità. Da Lévinas a Lévinas*, Bari, Adriatica.
- . (1992), *Production linguistique et idéologie sociale*, Montreal, Les Éditions Balzac.
- . (1992), *Tra semiotica e letteratura. Introduzione a M. Bachtin*, Milán, Bompiani.
- . (1995), "El silencio y callar. Entre signos y no signos," José Romera Castillo, Mario García-Page y Francisco Gutiérrez Carbayo, Eds., *Bajtín y la literatura*. Madrid: Visor, pp. 27-45.
- Propp, Vladimir (1968), *Morphology of the Folktale*, Austin, University of Texas Press.
- Redondo, Dolores (2013), *El guardián invisible*, Barcelona, Ediciones Destino.
- Reverte, Javier (2010), *Barrío Cero*, Barcelona, Editorial Planeta.
- Ricoeur, Paul (1981), *El discurso de la acción*, Madrid, Cátedra.
- . *Sí mismo como otro*, (1996), Madrid, Siglo XXI.
- Rimmon-Kenan, Scholomith (1991), *Narrative Fiction. Contemporary Poetics*, New York, Routledge.
- Schelling, Friedrich Wilhelm Joseph (1996), *Escritos sobre la filosofía de la naturaleza*, Madrid, Alianza.
- . (2005), *Sistema del idealismo trascendental*, Barcelona, Anthropos.
- . (2004), *Del Yo como principio de la filosofía o Sobre lo incondicionado en el saber humano*, Madrid, Editorial Trotta.
- . (1969), *Sobre la esencia de la libertad humana*, Buenos Aires, Juárez.
- Shusterman, Richard (2005), "The Silent, Limping Body of Philosophy," Taylor Carman and Mark B. N. Hansen Eds., *The Cambridge Companion to Merleau-Ponty*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 151-181.
- Souriau, Etienne (1950), *Le Deux Cent Mille Situations dramatiques*, Paris, Flammarion.
- Tena, María (2007), *Todavía tú*, Barcelona, Anagrama.

Thiebaut, Carlos (1999), *De la tolerancia*, Madrid, Visor.

Yllera, Alicia (1979), *Estilística, poética y semiótica literaria*, Madrid, Alianza.

---

**Francisco Javier Higuero** ejerce la docencia universitaria en Wayne State University (Detroit). Su campo de investigación se halla focalizado prioritariamente en el pensamiento contemporáneo y en la filología hispánica de los siglos XIX, XX y XXI. Ha publicado libros tales como *La imaginación agónica de Jiménez Lozano* (1991), *La memoria del narrador* (1993), *Estrategias destructoras en la narrativa de Jiménez Lozano* (2000), *Intempestividad narrativa* (2008), *Narrativa del siglo posmoderno* (2009), *Racionalidad ensayística* (2010), *Argumentaciones perspectivistas* (2011), *Discursividad insumisa* (2012), *Recordación intrahistórica en la narrativa de Jiménez Lozano* (2013), *Reminiscencias literarias posmodernas* (2014), *Conceptualizaciones discursivas* (2015), *Desgarramientos existenciales* (2016) y *Potencialidades dubitativas en la novela del siglo XIX* (2017), lo mismo que numerosos artículos en revistas especializadas, de reconocido prestigio internacional.

## UNA REUNIÓN DE CIEGOS AUTÉNTICOS: EL LUGAR DE IGLESIA EN LOS PRIMEROS POEMARIOS DE OLIVERIO GIRONDO

por Micaela Moya

Jorge Monteleone destaca en su artículo «Mirada e imaginario poético» que la mirada se constituye como una «fuente de sentido del mundo» (Monteleone, 29). Mirar es, para el crítico, un modo de instaurar la intersubjetividad que «se funda en esta red basada en el acto primordial de mirar y ser mirado» (Monteleone, 31). En este sentido, el crítico entiende a la literatura y especialmente a la poesía como una posible mirada del mundo, así destaca que:

La poesía se plantea a menudo como un ojo: de pronto, el poema *mira* su objeto, con su opacidad elusiva, su contorno y su materialidad. El poema, también, *propone* su objeto, como un modo de mirar, siquiera como el arte de las semejanzas que gobierna todas las analogías. El poema, en fin, se halla a punto de producir una ilusión: transformarse en su objeto (Monteleone, 31).

En este sentido, la producción poética de Oliverio Girondo constituye un caso peculiar, dado que esta mirada recorre un mundo conocido —la Buenos Aires de *Veinte poemas para ser leídos en un tranvía* (1922) o la España de *Calcomanías* (1925)— pero no da cuenta de los espacios de un modo realista o mimético, sino que experimenta o rompe con las formas establecidas. De este modo, el montaje, entendido como la acción de combinar distintas imágenes, que en el caso de Girondo forman un todo en el que priman la yuxtaposición, se convierte en una de técnicas más utilizadas a lo largo de toda su producción poética. El poema no sólo hace un recorte de aquello observado en el transcurrir de la ciudad, sino que también actúa y acciona sobre la realidad mirada, modificándola. En este sentido, podemos señalar, en la producción de Girondo, la presencia de la mirada imaginaria que, en términos de Monteleone, se define como «una facultad a partir de la cual el sujeto imaginario establece todas las fantasías respecto de lo que se halla tanto dentro como fuera del campo visible» (Monteleone, 32). Delfina Muschietti, en este mismo sentido, caracteriza la obra poética de Girondo como una «actividad trituradora contra los códigos del lenguaje y la obsesión violenta por lo material, que insiste en descomponer el lenguaje y re-armar por trozos miembros palpables, objetos nuevos y resistentes» (Muschietti, 142). Para Mónica Bueno, por otro lado, la obra poética de Oliverio Girondo se caracteriza por presentar: «una mirada que desorganiza las imágenes para despojarlas de la familiaridad que las hace convencionales y, de esta manera, pone en conflicto la capacidad referencial del signo» (Bueno, 14).

Como hemos señalado, la crítica coincide en destacar dentro de la producción de Girondo un efecto de extrañamiento y desautomatización, que está en clara consonancia con el movimiento en el que inscribe su poética: la vanguardia. Pero, además de estar dominados una mirada que desorganiza, los poemarios iniciales de Girondo presentan, tal como Beatriz Sarlo apunta, una crítica a las instituciones burguesas. Sarlo señala en su artículo «Vanguardia y criollismo: la aventura de Martín Fierro» que la poética de los integrantes de la revista *Martín Fierro*, entre los que se encontraba el propio Girondo, se caracteriza por presentar un ataque moderado a las instituciones burguesas. Sarlo entiende que este ataque es moderado porque lo compara con las críticas realizadas a la burguesía y sus instituciones por parte de las vanguardias europeas. La crítica afirma que:

El moderatismo del periódico y de toda la vanguardia argentina habla no sólo de los límites ideológicos de sus integrantes, sino fundamentalmente del campo intelectual y de la sociedad que lo contiene. La represión sexual y moral, el apoliticismo, la disciplinada afirmación de la nacionalidad y el poder del Estado, tienen que ver con ideologías sociales todavía tradicionales en sus estructuras profundas, que en este plano producen una vanguardia poco cuestionadora del orden social. Si el martinfierrismo no bromea con la familia, con la patria, con la religión ni con

la autoridad; sí, en oposición al proyecto de Bretón, la vida literaria es más literaria que vida, no puede dejar de reconocerse sin embargo que reformaron de manera decisiva las costumbres literarias del campo intelectual argentino. (Sarlo, 15).

Aún así, advirtiendo sobre la moderación de las críticas de la vanguardia argentina en vinculación con la europea, Sarlo destaca la figura de Oliverio Gironde como aquel que, dentro del grupo marti-fierrista, lleva el ataque a las instituciones burguesas a su punto máximo. De este modo, la institución se concibe como un sistema reglado que el poeta va a poner jaque. La ruptura que, como habíamos anticipado, se percibe en el plano formal a partir de la presentación de un conjunto poético que desordena las imágenes urbanas y las desnaturaliza, lo que genera en el lector una sensación de extrañamiento, es acompañada desde lo temático, a partir de la crítica a las instituciones propias de la burguesía que organizan y reglan los espacios urbanos que recorre la mirada del poeta.

El presente trabajo se propone indagar en los primeros poemarios<sup>1</sup> de Oliverio Gironde (*Veinte poemas para ser leídos en un tranvía* (1922) y *Calcomanías* (1925)) aquellos poemas en los que se evidencia una crítica a una de las instituciones burguesas de mayor relevancia: la Iglesia. En el inicial *Veinte poemas para ser leídos en un tranvía* (1922) Gironde introduce la crítica a las instituciones religiosas en los dos poemas que dan cierre al poemario: «Sevillano» y «Verona».

«Sevillano», que toma su título del lugar en el que se produjo la escritura del poema, se plantea como una descripción del interior de una Iglesia. El poema inicia con una estrofa en donde se caracteriza al espacio central de la institución religiosa: el atrio. El comienzo del verso («En el atrio:») crea un espacio que, junto con el uso de los dos puntos supone que, a continuación, se procederá a enumerar los elementos que están presentes en este sitio. Pero, por el contrario, el poema no nos muestra objetos, sino sujetos. Son los sujetos allí presentes los que definen al atrio. Así, en el atrio hay «una reunión de ciegos auténticos, hasta con/ placa, una jauría de chichelos, que ladra por una perra». Dentro de los procedimientos que generan el efecto de desautomatización, característico de la poética de Gironde, podemos destacar la animalización de los sujetos que se observa aquí en relación a los chicos, a quienes se define como una jauría que ladra (en lugar de canta, si consideramos que este grupo es probablemente el coro de la Iglesia) y también se dota de características animales al objeto de su canto/ladrado «ladra por una perra». El uso del femenino nos hace suponer que aquí se trata de un canto a la Virgen, a quien se iguala con una perra. La desacralización de la imagen de las vírgenes continúa en el poema ya que se las describe a partir de lo artificioso y lujoso de sus imágenes, a las que el poeta ridiculiza: «Bajo sus mantos rígidos, las vírgenes enjuagan lágrimas de rubí». Además, se satiriza el sufrimiento de estas figuras, que suele asociarse, sobre todo, a la Virgen María y se lo plantea como un dolor fingido o una puesta en escena: «Algunas tienen cabelleras de cola de caballo. Otras usan de alfiletero el corazón». Por otro lado, otra fuerte crítica a la institución eclesiástica aparece cuando se caracteriza a los ministros o monaguillos como «ciegos auténticos», en relación con su fe religiosa. Además de la animalización de los sujetos que ya hemos señalado, en «Sevillano» encontramos el procedimiento inverso: la humanización de los objetos. Así, en los versos «La iglesia se refrigera para que no se le derritan los ojos y/ los brazos... de los exvotos», además de la humanización del edificio, encontramos la idea de que los sujetos constituyen o forman al objeto. Esta misma idea se plantea en la estrofa anterior en donde se define al atrio a partir de los sujetos que se encuentran en él. En la tercera estrofa del poema, la sinestesia permite el ingreso de la sacristía, otro de los sectores de la Iglesia: «Un cencerro de llaves impregna la penumbra de un pesado/ olor a sacristía». Además, aparece otro de los procedimientos característicos de la obra de Gironde que tiene que ver con la metamorfosis de los sujetos, no entendida desde una perspectiva sórdida y negativa como la kafkiana, sino abordada de manera humorística, casi lúdica. En

---

<sup>1</sup> En *Espantapájaros* (1932) el poema "15" también funciona como una crítica a la institución religiosa pero el procedimiento utilizado es aquí otro ya que la sátira se centra en la biografía de Jesucristo, que se reescribe con un tono humorístico y desacralizador. Esta nueva biografía dinamita el discurso religioso en torno a la figura de Jesús y también el referido al Espíritu Santo que aparece en los primeros versos, al momento de la concepción. Es interesante destacar que no se menciona en ningún momento el nombre del hijo de Dios, pero como hay una parodia de muchos de los episodios que relata la Biblia acerca de la vida de Jesucristo, el lector puede inferir fácilmente de quién se está hablando. No hemos tomado este poema dentro del corpus a analizar porque en este texto no aparecen mencionados los devotos y las celebraciones religiosas, elementos centrales en los poemas de nuestro corpus a analizar ("Sevillanos", "Verona" y "Semana Santa").

este sentido, podemos interpretar el verso: «Al persignarse revive en una vieja un ancestral/ orangután» en el que se satiriza sobre el poder que el rezo tiene para los exvotos. En la última estrofa, hay una vuelta al altar, el espacio central de la Iglesia, pero visto desde otra perspectiva: la de las mujeres que presencian la misa. Aquí ingresa el erotismo, otro de los puntos centrales en la poética de Gironde, pero asociado a una figura esencial para el catolicismo: Jesús. La desacralización adquiere aquí su punto máximo ya las mujeres que presencian la misa se excitan con la figura de Jesús, a quien nunca se nombra (como tampoco se lo nombra en el poema «15» de *Espantapájaros* (1932) que constituye una parodia de su biografía). La misa ha perdido su fin último y otros son los motivos de interés de las mujeres devotas: «a las mujeres se les licua el sexo contemplando un crucifijo que sangra por sus sesenta y seis costillas». Por último, el desinterés por la religión acecha hasta al mismo cura que «mastica una plegaria como un pedazo de “chewing gum”». No es un detalle menor el ingreso del vocablo en inglés que da cuenta del marcado cosmopolitismo de Gironde y que, además, refuerza la sátira. Como pudimos observar, «Sevillano» se presenta como una sátira mordaz a la institución religiosa y, además, presenta una imagen del interior de una Iglesia que se aleja de una descripción mimética y produce una descripción desordenada y fragmentaria, signada por una mirada que no sólo describe lo que se ve sino también «todas las fantasías respecto de lo que se halla tanto dentro como fuera del campo visible» (Monteleone, 32).

Tanto en «Verona» como en «Semana Santa», perteneciente a *Calcomanías* (1925), el foco de la crítica a la institución religiosa está puesto en la artificialidad de las celebraciones eclesásticas. Esta idea de que los fieles acuden a la Iglesia o a sus celebraciones por razones que no tienen relación con la fe religiosa, que ya se anticipaba en el final de «Sevillanos», es el núcleo de «Semana santa». En «Verona» (cuyo título refiere también al lugar en donde se produjo la escritura del poema) la crítica a la celebración religiosa está puesta en su artificiosidad.

El poema de *Veinte poemas para ser leídos en un tranvía* (1925) inicia con un verso que da cuenta de los motivos de la celebración: «¡Se celebra el adulterio de María con la Paloma Sacra!». De nuevo, la sátira es el procedimiento central y la concepción del niño Jesús se define como un adulterio (de María hacia José) mientras que el Espíritu Santo, quien engendró a María, se caracteriza como una «Paloma Sacra»<sup>2</sup>. En «Verona» la descripción de la celebración se torna, sobre todo, una caracterización del espacio y de los distintos elementos que participan en ella. Los devotos están casi ausentes en el poema, sólo se los menciona en una única ocasión y no se los nombra como fieles o religiosos sino como una multitud: «Entre los dedos de las arcadas, una multitud espesa amasa su desilusión». Además, se la caracteriza como «espesa», adjetivo que no suele utilizarse para referirse a personas sino para alguna mezcla de elementos, y sobre ella se predica que «amasa su desilusión». Es decir, se continúa con el campo semántico relacionado a lo culinario (que inicia con espesa y se confirma con «amasa») y además, se caracteriza la actitud de esta multitud que, pese a asistir a una celebración religiosa, siente «desilusión». Es por esto que podemos afirmar que aún con esta breve aparición de los devotos, Gironde continúa en la misma línea que en «Sevillanos»: no hay un sentimiento de fe genuino en los fieles. En este verso también se presenta uno de los recursos que ya hemos rastreado en «Sevillanos»: la humanización de los objetos. Así, el puente en el que se agolpa la multitud es descripto a partir de sus «dedos». Este procedimiento también se hace presente en la estrofa anterior en la que se presenta una Plaza lluviosa que «se hincha en globitos que navegan por la vereda y de repente/ estallan sin motivo» y hacia al final del poema, con los «Paraguas que sudan». Nuevamente, tal como indicábamos en «Sevillanos», se produce una desacralización de la figura de la virgen, imagen que se asocia con una fuerte artificiosidad: «La Virgen, sentada en una fuente, como sobre un “bidé”, derrama un agua enrojecida por las bombitas de luz eléctrica que le han puesto a los pies». El humor también ingresa aquí mediante la incorporación de un elemento cotidiano e impertinente como el bidé para describir al sitio en donde se encuentra la virgen. El poema cierra con una descripción del cielo que se aleja absolutamente de la idealización que tenía este elemento para los poetas modernistas (basta con recordar el juanramoniano «Te tenía olvidado

---

<sup>2</sup> La parodia del acto de concepción de Jesucristo alcanza su punto máximo en el poema “15” de *Espantapájaros* (1932) en el que se lo describe a partir de una pregunta: “¿Sabía que el ascetismo puebla la soledad de mujeres desnudas y que toda sabiduría ha de humillarse ante el mecanismo de un mosquito?”.

cielo...»). El cielo es ahora «del mismo color que el uniforme de los soldados», la desacralización también lo alcanza.

Por último, «Semana Santa» es un largo poema que cierra *Calcomanías* (1925) y se divide en distintas secciones que se corresponden con los momentos de la celebración de este momento: «Vísperas», «Domingo de Ramos (mañana) y (tarde)», «Miércoles Santo», «Jueves Santo» y «Madrugada y tarde del Viernes Santo». En las distintas secciones hay algunas constantes que nos interesa señalar: en primer lugar, este poema continúa la línea iniciada en *Veinte poemas para ser leídos en un tranvía* en relación a la desacralización de ciertas figuras con carácter sagrado dentro del catolicismo. Así aparecen «Con todas las características del criminal nato lombrosiano./ los apóstoles» o «las vírgenes atónitas, que rompen a llorar... porque no viene el peluquero a ondularles las crenchas» o «Sin asomar las narices a la calle, los santos realizan el milagro de que los balcones no se caigan». También en este sentido, se produce una burla al modo de nombrar a los santos del catolicismo durante la procesión en la que desfilan: «El Sagrado Pendimiento de Nuestro Señor, y Nuestra Señora del Dulce nombre//El Santísimo Cristo de las Aguas, y Nuestra Señora del Mayor Dolor.// La Santísima Cena Sacramental, y Nuestra Señora del Subterráneo», entre otros. Por otro lado, y como anticipábamos, hay una crítica permanente hacia los devotos que acuden a las celebraciones por motivos ajenos a su fe: «Frente a todos los espejos de la ciudad, las mujeres ensayan su mirada “Smith Wesson”; pues, como las vírgenes, sólo salen de casa esta semana, y si no cazan nada, seguirán siéndolo...» o «Mientras se espera la salida del Cristo del Gran Poder, se reflexiona: en la superioridad del marabú, en la influencia de Goya sobre las sombras de los balcones, en la finura chinesca con que los árboles se esfuman en el azul nocturno». Otro de los ejes que atraviesa esta serie de poemas es la visión económica de la celebración religiosa: «El “menú” nos hace volver en sí. Leemos, nos refregamos los ojos y volvemos a leer: “Sopa de Nazarenos” “Lenguado a la Pio X”» o «A vista de ojo, los hoteleros engordan ante la perspectiva de doblar la tarifa». Esto último también se puede observar en las exclamaciones que parecen dichas por un vendedor ambulante que se encuentra en la celebración (por ejemplo: «¡Agua!/ ¡Agüita fresca!»). De este modo, «Semana Santa» pone en primer plano lo artificioso de la celebración religiosa, así como también todos los intereses que se tejen en torno de ella, alejándola de su finalidad primera.

Para concluir podemos decir que Girondo crea «una mirada que revela en el humor, la metáfora y la ironía, los fragmentos de un mundo dinámico» (Bueno, 14). Mediante el montaje y la yuxtaposición de imágenes, Girondo logra una producción poética que desestabiliza al lector y le provoca una inevitable sensación de extrañamiento. La elección de una mirada imaginaria, en términos de Monteleone, que se aleja de lo mimético, no le impide al poeta realizar una crítica a las instituciones burguesas. En este sentido, la ruptura es doble: por un lado, hay una ruptura en el plano formal y por otro, un divorcio de las instituciones burguesas que regulan la vida en sociedad.

© Micaela Moya

\* \* \*

## **BIBLIOGRAFÍA**

### **Fuentes primarias:**

Girondo, Oliverio (1997), *Veinte poemas para ser leídos en un tranvía* [1922]. *Calcomanías* [1925], Buenos Aires: Losada.

Girondo, Oliverio (2008), *Veinte poemas para ser leídos en un tranvía* [1932], Buenos Aires: Losada.

### **Fuentes secundarias:**

Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo (1997), “Vanguardia y criollismo: la aventura de Martín Fierro”, en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires: Ariel.



- Bueno, Mónica (1994), "La escritura de Oliverio Girondo: la utopía de la vanguardia" en *CELEHIS*, n° 3, pp 11-26.
- Monteleone, Jorge (2004), "Mirada e imaginario poético" en *La poética de la mirada*, Madrid: Visor.
- Muschietti, Delfina, "El sujeto como cuerpo en dos poetas de la vanguardia", disponible on-line en: <http://biblioteca.cefyl.net/node/12947>.

---

**Micaela Moya.** Estudiante del Profesorado y la Licenciatura en Letras en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Becaria CIN. Integrante del grupo de investigación "Semiótica del discurso", dirigido por la Dra. Laura Scarano y codirigido por la Dra. Marta Ferrari.

## DE LOS SERES DE ESTE REINO (Microanotaciones)

por Ricardo Bugarín

### EL PECECITO DE LAS ESCAMAS PLATEADAS EN LAS QUE SE LEÍA EL PORVENIR (EL KRIY)

En las bahías del sur, donde desciende la meseta patagónica, solía verse en las estribaciones de septiembre la visita de un pez de escasa envergadura —cabía holgadamente en la palma de una mano de niño—. En la época de apareamiento, de esperanza, de augurar un porvenir, las aguas brillaban inusitadamente en las primeras horas del alba como si estuviesen festonadas de plata: era el KRIY —así denominado un pez plateado— que en grandes grupos festejaba el nacimiento de un nuevo tiempo.

No se le conoce con ninguna utilidad terrena. No se lo utilizaba de carnada ni como alimento. Era el pececito del augur.

Se lee en dos crónicas que el interesado en escrutar su fortuna debía internarse en el mar y estándose de pie entre las aguas, sobre su palma derecha extendida vendría a alojarse el diminuto Kriy. Esto significaba que ese pez cambiaba su mundo para entregarse al de ese hombre. Con la primera luz clara de la mañana se iba observando que en sus escamas, como una cota alfabética o como un juego de espejos, habría de reflejarse el futuro correspondido. Se lo usaba en cuestiones de amor. El agraciado o agraciada veía en él la imagen de su ser correspondido. Finalizada la lectura, el pez se evaporaba y solía quedar por largo tiempo en la palma de la mano la tibieza de ese ser ansiado y entregado.

Clymen Montoya (1889-1981) anotó, en su archivo de locuciones, los tres versos que siguen:

«amor de Kriy, amor paciente  
como de aquel que escruta el mar  
como un vidente».

\*

### LA IGUANA AMARILLA

Alcibíades Palosanto era el interlocutor de la iguana. Iguana amarilla, de ojos verdes. No se la conocía sino por una diminuta pictografía de una cueva santiagueña y la copia semejante que Palosanto llevaba en la espalda, cerca de su hombro derecho. Solamente fray Rodríguez pudo observarla y de él tomamos la siguiente anotación: «la iguana era consultada por el viejo y, según iba turnando su piel, en el color que ésta adquiría se iba leyendo la respuesta. La vi variar del rojo al azabache y de un color casi verde herrumbre que aquí llaman parno. El color celeste era el de la inocencia y auguraba, también, una futura parición».

Se dice que cuando desapareció Alcibíades, desapareció también la diminuta pictografía a la que se hace referencia.

De la iguana amarilla no ha quedado ni el cuero.

\*

### EL SEÑOR DE LOS ANILLOS

«Padrecito no me dejes, Padrecito tráigame  
al Señor de los Anillos que conoce el conocer».

Estas líneas se leían en un cartel a la entrada de una vieja y popular posada de Ambato. Junto a esas líneas se podía aún entrever la desdibujada figura de algo así como la de un leopardo de color amarillo-verdoso.

En el paraje de Cambados, en las primeras estribaciones serranas, hay una zona de monte raleado conocida como «Llano del señor de los anillos».

El regionalista Reusper consigna la aparición de esta especie a fines del XVI por la zona colombiana y se cree que desde allí fue transportada a la nuestra.

La figura grabada a la entrada de la posada de Ambato se asemeja a la que había en un portal de Agrigento y que puede verse, todavía, en algunas cerámicas locales.

En todos los casos conocidos se destacan perfectamente las manchas estrictamente circulares de la pelambre y una especie de medialuna que aparece en la frente, a la altura casi central de los ojos.

El Señor de los Anillos era rotundo vencedor de dudas porque, se cree, por esos círculos de su piel todo lo escruta y que su pensamiento y reflexión se centraba en la posesión ancestral de esa medialuna frontal.

Se estima que pudo haber vivido en cautiverio, pero era dueño de la libertad, la única manera que conoce el pensamiento.

No tenía tamaño mayor que el de un gato común.

\*

## **LAS HELIAS**

En la zona de Las Siete Cascadas, como es dada en llamar la región del río Miolo, se encuentran ubicadas diecisiete cavernas que la población ha identificado como la morada de las Helias.

Se las identifica con el aire, el destino y el transcurrir del tiempo aquí en la tierra. El cuerpo transparente y de gran movilidad, les permite un rápido desplazamiento. Se dice que intervienen mágicamente en la vida de los hombres y que su discurrir se asemeja a la brisa de primavera.

Se las suele representar de muy diversas maneras y, comúnmente, se las asocia con el color verde.

Existen cuatro tipos de Helias: están las que tienen que ver con la siembra, recolección y preparación de alimentos; las que se encargan de salvaguardar la salud de los enfermos; aquellas que interceden en asuntos de amores y deseos; las que tienen el secreto de la muerte.

Existen, también, tres Helias menores que se caracterizan por su curiosidad y que se las conoce como las Helias del suspiro, las Helias de los llantos, las Helias de la risa y la alegría.

Cayetano Arcidiácono Pelay en su serie «Documentales de la selva» narra la existencia de estos seres y en ese trabajo se han usado, como apoyatura literaria, cinco textos el poeta Hugo Mujica tomados de su libro *Canto Heliano*.

Carlos Urcado y su señora Elena Stimberls de Urcado conservan en su casa de Lomas del Mirador lo que se consideran restos de una Helia que fuera hallada en los jardines de Parque Luro.

La familia Urcado está abocada a la finalización de un tratado que, sobre estos seres y otras particularidades de su colección, habrá de publicar la Universidad del Sur.

\*

## **TAROS**

En Campo de Antaya, departamento de Colausto, sobre un gran arenal cercado por un bosque de algarrobo, manos anónimas dejaron tallada en la piedra la figura de un animal llamado Taros.

«Especie de camélido local de pelos color carmesí, ojos verdes muy oscuros y prominente boca terminada a manera de aguijón. Se alimenta solamente del fruto de un árbol conocido como algarrobo

que sus cuatro filas de dientes les permiten reducir a polvo». (Alfredo Toujas, *Caminos de Colausto*, Itinerario, Buenos Aires, 1936).

La *Enciclopedia del Pensamiento*, bajo la dirección del profesor Marcelo Rodolfo Stella, da como agregado a lo precedente el hecho de que «su voz vaporosa hace que la flora del lugar se robustezca y el sonido emitido puede escucharse a muy larga distancia».

Libertad Edith Sad en su *Nomenclador* (s/e.1978) agrega que «entre las virtudes que se dan a la especie del lugar es destacable la capacidad de adaptación al silencio y a la soledad que puebla esas inmensidades y que suelen ser representados por un conjunto de veintisiete círculos concéntricos grabados en piedra». Agrega, dicha estudiosa, que se han podido recuperar con el apoyo del Instituto Regulador Universitario (IRU) cuatro estelas «de más de 1,20 m de altura y no más de 0,40 m de ancho, en cuya base se ve la incisa figura atribuida a Taros».

Existe un juego adivinatorio que con veintisiete placas, a manera de barajas, permite medir la influencia de Taros en los hijos por venir. Norma Gutiérrez de Barbieri describe éste y otros métodos en su estudio *La permanencia del Yo en las actas adivinatorias*.

Se le otorga simbología tutelar.

\*

## ENEUYE PILOSTA

Ave acuática, de tres metros de envergadura, con un pico muy largo y ancho de cuya mandíbula inferior cuelga una gruesa membrana que forma una especie de bolsa para guardar su alimento. Su plumaje es de color amarillo con manchas rectangulares dispuestas de manera horizontal y de un fuerte color sangre, en los ejemplares adultos. Generosa cresta sobre su cabeza y un solo ojo central en su rostro.

Se dice que su voz es melodiosa y que con las lluvias de enero emite un sonido singular que se parece a la música de violines.

Anida en cuevas en el monte y su cría es totalmente marrón.

Se ha propuesto su reproducción en cautiverio, pero todo intento ha sido inútil. No sólo no se aparean, sino que va desluciendo su plumaje y se transforma en un animal totalmente mudo.

Curiosamente se ha comprobado que, a pesar de su sólida figura, no posee armazón óseo.

Su nombre significa «engaño».

\*

## EL YACĪ

Por el antiguo cauce del Bermejo habitaba el YacĪ.

El encomendero Ruiz de Loyola anota: «bicho de agua y tierra, de no más de dos dedos de alto y no más grande que un caldero; tiene manchas de todo tipo de verde, lo que le permite confundirse con la maleza típica del lugar. Emite un sonido que se le parece al llanto humano y que es común que se le pueda oír al ir anocheciendo».

El cuero del yacĪ se utilizaba a manera de cantimplora. Relleno de cenizas de árbol fuerte, se lo utilizaba para dolores reumáticos empleándolo a manera de almohadilla que se ataba a la zona afectada. Molido, con tres hierbas, era bueno para alejar la peste de la infancia.

Floro Alvar dice: «no creo que exista o haya existido, pero su nombre es característico de un canto monacorde de la gente del lugar» (*Voces*, Alberdi, 1917).

Juan Carlos Aldunate en *Reseñas de Comarca* (Sáenz Peña, Chaco, 1984) cita cuatro expedientes que atestiguan que, en caso de dudas o sospechas de muerte, la gente obrera de los montes emplea

cuero de yací, trenzado y secado al sol, que al ser frotado sobre el pecho del muerto aparece grabado en éste, y por muy corto tiempo, la figura del mal que le ocasionara la muerte.

En la comisaría de Albamonte se archivan varios casos dilucidados por este sistema.

© Ricardo Bugarín

---

**Ricardo Alberto Bugarín** (General Alvear, Mendoza, Argentina, 1962). Escritor, investigador, promotor cultural. Publicó *Bagaje* (poesía, 1981). *Bonsai en compota* –microficciones– (Macedonia, 2014), *Inés se turba sola* –microficciones– (Macedonia, 2015) y *Benignas Insanías* –microficciones– (Sherezade, 2016). Textos de su autoría han sido incluidos en antologías argentinas e internacionales. Diversas publicaciones periódicas y revistas especializadas han publicado trabajos suyos como es el caso de Suplemento Literario de Diario “La Prensa” de Buenos Aires, la revista “Letras de Buenos Aires” dirigida por Victoria Pueyrredón y Suplemento Cultural de Diario “Los Andes” de Mendoza, entre otras ediciones argentinas. También ha sido publicado en Ecuador, España, Italia, USA, Venezuela, México, Chile, Perú, Colombia y Uruguay. Textos de su libro *Bonsai en compota* han sido traducidos al francés y publicados por la Universidad de Poitiers (Francia). Integra las ediciones *Borrando Fronteras-Antología Trinacional de Microficción Argentina, Chile y Perú*; *¡Basta! Cien hombres contra la violencia de género* (edición argentina) y *Vamos al circo. Minificación Hispanoamericana* de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), México.

## PROYECTO AMANTE

por Rebeca Becerra

Me enviarán al correo alrededor de las 10:00 a.m., seguramente no habrá correspondencia. Antes de llegar al apartado 870 asignado a Proyecto Amante probaré la llave en el número 50, sé que algún día he de terminar y encontrar algo que me sosiegue. Para no perder tiempo entraré por la puerta trasera del edificio y cuando termine saldré por la puerta principal para observar a las recepcionistas acariciar las estampillas. Ojalá me enviaran a depositar alguna carta, el viaje sería más interesante, tendría más sentido esta vida: pegar sellos postales delicada y cuidadosamente sin lastimarlos para que lleguen intactos a manos de personas que ni siquiera conozco, no lo hace cualquiera. Me gusta mucho la recepcionista número cinco, no es que sea hermosa, al contrario, solamente a alguien como yo podría encantarle y tal vez a sus nietos, si los tiene, o quizás viva sola en una absurda colonia marginal de la capital, de esas que les nombran 15 de junio, 17 de marzo, 20 de noviembre, qué sé yo, para no complicarse la vida pensando un poco en buscar un nombre decente.

A mí no me gusta llenar las estampillas de saliva, es obsceno pasarles la lengua, con cuidado las lleno de pegamento y luego dejo deslizar la carta por la abertura de la pared, ¿interior o exterior? depende, después se escucha un roce, cae sobre otros cientos de cartas que desearía abrir en este momento. Me quedo un rato de pie frente a la pared esperando escuchar alguna voz, un murmullo, algo que me llame del interior, pero aún no sucede.

Ahora recojo esta basura, el jefe debe de estar por llegar, como siempre lo primero que ve es el piso, si brilla como a él le gusta me saluda amablemente, si está opaco ni siquiera me vuelve a ver y sube las gradas, tratando de hacerme sentir insignificante; cuando llega al escritorio llama a Sandra, la secretaria, y le pide que apunte en una libreta que el día de hoy el piso lo encontró opaco, Sandra me llama con esa voz chillona y coqueta que tiene y me da una copia de lo apuntado, luego sonrío y me dice «el jefe es el jefe» y se marcha moviendo el trasero como pata y graznando con los tacones de sus zapatos. Ahora llevo la escoba y el trapeador al baño del segundo piso, siempre deben de estar detrás de la puerta, en la oscuridad para que nadie los vea, eso es lo que me repite todos los días María Luisa, la administradora; hoy no ha venido, no ha de tardar, siempre es la última en llegar y yo soy el primero, a las seis de la mañana estoy aquí, para que a las ocho todos pongan sus traseros en las sillas olorosas. Las cosas limpias y relucientes a veces me hablan, yo las he escuchado. Por la tarde cuando salgo de trabajar quedan llorando llenas de huellas honestas y deshonestas, por eso me quieren y me cuentan sus secretos, se pegan a mis manos y algunas se marchan conmigo a casa; lo único que hago es salvarlas de la gente y la rutina. Ahí viene el jefe.

---

*El edificio donde trabajo está ubicado en su cima, ahí entre varias casas de estilo colonial emerge un rótulo que dice «Proyecto Amante: la solución a sus problemas sexuales».*

---

—¡Buenos días, Aníbal!, hoy metió gol.

Su estruendosa voz se escuchó en todo el edificio.

—¡Buenos días!

Pasa a mi lado y vuelve a sonreír, sube las gradas con ese caminado amanerado que tiene. Sigo al imbécil con la mirada. «Hoy metió gol», que frase tan linda irá diciendo, si supiera que no me gusta el fútbol.

Está gritando la pata, debería de subir corriendo, pero voy a esperar, que venga a llamarme, que traiga el dinero aquí, que baje las gradas y me diga «por favor, Aníbal, vaya cómpreme lo mismo de siempre»: «un pan con frijoles y un jugo de naranja», yo sonreiré, tomaré el dinero y saldré a la calle con la cara apretada de la cólera, al regreso tocaré la puerta, fingiré que dejé olvidada la llave,

ella aparecerá por el balcón, «aquí van las mías», dirá. También fingiré que no puedo abrir la puerta, entonces bajaré, me abrirá, le daré el encargo y las llaves, dirá gracias hipócritamente, dará la vuelta y se marchará graznando hacia su escritorio.

La calle Lempira desciende hacia la ciudad, así es que caminar hacia abajo es relajante. El edificio donde trabajo está ubicado en su cima, ahí entre varias casas de estilo colonial emerge un rótulo que dice «Proyecto Amante: la solución a sus problemas sexuales». Bien podría aparecer cualquier otro rótulo que no hiciera pensar a la gente en sexo. Pienso que si me fuera volando en línea recta hacia la izquierda, de espaldas al norte, llegaría más rápido y descendería justo en el portón trasero del edificio de correos, trataría de ser extremadamente persuasivo para que nadie me viera y se asustara, además me sentiría muy bien si lo hiciera. Cada vez que vuelo me siento liviano, limpio, sin embargo, no puedo hacerlo porque desde el balcón del jefe se divisan todas las calles que llevan al correo, y me vigila con sus binoculares; por el contrario, podría ir rugiéndole a la gente indiscreta que me desnuda con la mirada cuando camino, nadie espera un rugido tremendo que los lance al suelo, mucho menos de un simple y miserable hombre como yo. Está lloviznando, el jefe no podrá ver bien desde el balcón, seguramente enojado ha guardado sus binoculares. En este instante se acerca adonde Sandra haciéndose el machito, le guiña un ojo, Sandra piensa que esta vez será la definitiva, que esta vez sí se lo dará. Ella no cabe en el asiento, comienza a elevarse, su cabeza topa con el techo, hasta que ya no soporta más la presión que la atora entonces ríe, llora, dice mamá, papá, palabras, pujidos, quejidos, otros muchos sonidos difíciles de comprender. El jefe le pide una taza de café, Sandra comienza a descender como avión en picada, cuando cae al suelo, se levanta bruscamente, hace graznar sus tacones alrededor del escritorio desesperadamente y comienza a preparar el enemigo que se interpone entre ella y su jefe: la taza de café.

---

*Subo las gradas de  
madera, acaricio su  
textura, nadie se  
detiene a  
observarlas,  
solamente las pisan  
de subida y de  
bajada.*

---

Camino con un paso extremadamente largo y apresurado, siempre lo he hecho así, me gusta mucho la rapidez, rapidez para escribir una carta, rapidez para preparar un pastel, rapidez para comer, rapidez para ser paciente, rapidez para hacer el amor, rapidez para todo, especialmente para cosas tan importantes como éstas. La gente me observa, me observa con lástima, con curiosidad, con desconfianza. Por eso les rujo, siempre trato de hacerlo lo más discretamente posible para no llamar mucho la atención. Desde aquí puedo ver el edificio del correo, está lleno de capitalinos, turistas, vendedores. Borearé su

base y entraré por la puerta trasera, los pasillos parecen estar un poco despejados, eso es bueno porque actúo con mayor soltura y seguridad al insertar la llave, todo será fácil este día, primero en una casilla, luego en otra y en otra hasta que haya pasado el tiempo suficiente para regresar al trabajo y que nadie sospeche nada. Por último, revisaré el apartado postal de Proyecto Amante, total casi nunca llega algo importante que venza mis ganas de saber qué es lo que dicen, qué es lo que encierran esas cartas.

Subo las gradas de madera, acaricio su textura, nadie se detiene a observarlas, solamente las pisan de subida y de bajada. Al fondo del pasillo de madera está la sección de apartados postales, casillas con puertecillas de metal dan la apariencia de seguridad, individualidad, pero es falso, todo es un orden ficticio para engañar a las personas y que se sientan importantes de decir «mi apartado postal es el 248», «el mío es 456»; para ser dueños del delirio numérico pagan alquiler que solamente yo disfruto, es como si todo este enjambre de números fuera mío. Detrás de esta ilusión de ordenamiento matemático solamente hay huecos expuestos a las manos de los trabajadores: muchas manos tocan la correspondencia, la huelen, la sopesan y la violan. Dentro no hay seguridad, es doloroso, las cartas están expuestas a enfermedades, vocabularios obscenos, restos de comida, malos olores, perfumes baratos, gases, eructos, mal aliento e innumerables y deleznable cosas que sólo yo sé.

Cruzo el pasillo, una mujer se aproxima, viene en dirección contraria a la mía, o va, no lo sé, viene y va es lo mismo, llega a mi lado, se para y me mira como a las demás personas, ¿esto es común?, me mira, me mira, qué mirada tan interrogativa. Soy un simple conserje-aseador y vivo en el Barrio La Plazuela del centro de Tegucigalpa, casa 205, no tengo teléfono, soy soltero, esquizofrénico, maníaco-depresivo. ¡Uuuuf! ¡Cuántas cosas me saca esa mirada, esos ojos de tigre de bengala! Parece

que me quitara la ropa, ¡qué vergüenza!: me ha desnudado. Ahora está a punto de tocarme, me ha tocado el hombro.

—¡Buenos días!, ¿no cree que hace un día hermoso hoy?

¿Un día hermoso? ¡Claro!, ¡claro!, ¡claro!, pensé que solamente a mí me gustaban estos días detestables, tristes, desesperantes, brumosos, asquerosos, pegajosos. Me he quedado estático, completamente desnudo, con un rugido en mi pecho que quiere estallar. Ahora se aleja tranquilamente, ¡qué espléndido!, ¡qué bello!, ¡qué formidable!, no hace graznar sus tacones como Sandra, su cuerpo es ligero, parece que no existiera. Mi mirada la sigue y se va tras ella; quedo ciego, completamente ciego. Sin querer mis labios se despliegan hacia los lados, es una sonrisa enorme y profunda, seguramente me veo como un ángel. El pasillo se distorsiona, su materia se retuerce como intestinos sufriendo un cólico, varias personas al fondo se estiran, se encogen, explotan, desaparecen. Las sillitas se abren y se cierran locamente dejando salir de su fondo lo que yo he querido ver: la palabra, la palabra que ahora puedo leer en el aire. La palabra ha escapado: el último deseo de un suicida se adhiere al techo para lanzarse. Declaraciones de amor, palabras de amores lejanos, palabras de amantes locos, insultos inesperados, recuerdos de jardines, de playas, de besos, de madres, de hijos. ¡Cuántas cosas se dicen los hombres y las mujeres!, ¡cuánta cosa escondida ha volado!, ¡cuánta cosa inesperada!, es como si hubiera leído todos los libros del mundo. El techo se ha llenado de palabras, mi vida se ha llenado de palabras. Nadie lo sabe, solamente yo, yo, un maldito conserje-aseador que quizás ha podido leer el corazón del mundo.

Subo cobardemente apoderado de un paso atontado que no es digno de mí, de mi corazón, de mis pulmones o de mis piernas. Es un paso cansado propio de otro hombre, o de una mujer que no conozco; de otro corazón que quiere latir sin compromiso. Me dirijo hacia allá, hacia Proyecto Amanate, pero ¿qué saben ellos de amor si no conocen la palabra, si nunca la han visto volar por los aires, penetrar por la nariz y los oídos, sentirla explotar en las venas y en el corazón? ¿Adónde voy entonces con mis espinas?, ¿quién querrá darle trabajo a un hombre convertido en vocal? Camino lleno de significados, las cartas vuelan en mi memoria, coletean como tiburones, sus esquinas se asoman a mi frente, la palabra me chorrea por los poros: es un hilo continuo de pensamientos ajenos pero míos, míos ahora como mis hijos. Aquí voy, seguramente ya casi son las tres de la tarde, el jefe debe de estar enojado, ¿qué decirle de la correspondencia que esperaba? si toda voló hacia mi interior, podría recitarla, narrarla fácilmente, pero pensará que estoy completamente loco y no es así, soy un hombre serio, trabajador. Ya estaré despedido sin duda, ¿qué me queda?, ¿volar como las palabras?, ¿qué dirán mañana las cosas?, ¿quién las limpiará para que pongan sobre ellas sus sucios traseros?, ¿quién?, ¿quién?

© Rebeca Becerra

---

**Rebeca Becerra** (Tegucigalpa, 1969). Estudió Letras con especialidad en Literatura en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH). Es poeta, narradora y ensayista. En el año de 1992 recibió el Premio Único de Poesía Centroamericana "Hugo Lindo" en la ciudad de San Salvador, El Salvador. Su obra aparece en múltiples antologías de Estados Unidos, México, Nicaragua, El Salvador y Costa Rica. Dirigió la revista *Ixbalam*, de estudios culturales y literatura. Entre sus colecciones de poesía destacan: *Las palabras del aire*, prologado por Helen Umaña; *Tiempo adentro*; y *El fondo de las cosas*.



## EL AMERICANO Y EL MAR

por Kalton Bruhl

Cuidé al viejo durante toda la noche. La fiebre y la trémula luz de la vela desfiguraban sus facciones. Deliraba. Agitaba los brazos, intentando alejar las amenazas que le acechaban entre sus recuerdos. De pronto, se incorporó sobre su camastro, y durante un fugaz momento de lucidez, juró vengarse. Los días pasaron y el viejo Santiago terminó por recuperarse. Todos queríamos saber qué había sucedido. Habíamos visto el esqueleto de un enorme pez vela sujeto a su lancha. Hacíamos preguntas. Él se refugiaba en el silencio. Una tarde, en el bar, se decidió a hablar. Nos contó sobre su lucha contra el pez, contra los elementos, contra sí mismo. Su narración fue tan vívida que podíamos sentir cómo la sed nos atenazaba la garganta, mientras el cordel nos quemaba las palmas de las manos. Lloramos de rabia y de impotencia cuando supimos que los tiburones habían devorado a su pez. Yo fui el primero en ver al americano. Se levantó de su silla y se acercó al viejo. Sostenía una libreta y un lápiz. Le pidió permiso para escribir su historia. Negociaron. El americano se marchó sonriente, el viejo quedó todavía más feliz. Juntos llevamos la caja de ron hasta su choza. Me paré frente a él y le prometí que mataría a todos los tiburones que pudiera. El viejo lanzó un grito. «Te lo prohíbo, Manolín —me dijo severamente—, gracias a los tiburones sigo con vida». Yo estaba desconcertado. El viejo sonrió. «Si hubiera contado la verdad —agregó—, todos se habrían reído de mí, y seguro que aquel americano idiota no me hubiera regalado el ron». Destapó una botella y dio tres largos sorbos. «Cuando estaba sujetando el pez vela a la lancha, aparecieron varias sirenas. Abrí los ojos como platos, no tenía ni idea de lo que debía hacer. Una de ellas extendió los brazos. Quizás deseaban ayudarme. Yo acerqué mi mano a la suya. Por suerte mis reflejos seguían funcionando. La maldita sirena había lanzado una terrible dentellada. Las sirenas no cantan. Sólo ríen, como dicen que lo hacen las hienas. Y esperan. Saben que la cordura pronto abandonará a sus víctimas. Soporté sus risas y sus burlas durante horas. La furia me hacía hervir la sangre. Estaba a punto de lanzarme al agua cuando sus risas se apagaron. Miraron a su alrededor y luego se vieron entre ellas. La luz de la luna se multiplicó en las escamas de sus colas cuando se hundieron en las oscuras aguas. Tardé poco en descubrir la razón de su huida. La sangre de mi pez había atraído a una multitud de tiburones». El viejo se detuvo y le dio otro trago a la botella. Un extraño resplandor iluminaba su mirada. «Yo también reí —continuó el viejo— mientras los tiburones devoraban el pez. Me acosté en la lancha, ajeno a los espantosos chasquidos de aquellas mandíbulas. Estaba cansado. Realmente cansado. Cerré los ojos y comencé a soñar con la afilada hoja de mi cuchillo deslizándose, suavemente, por las gargantas de aquellas malditas sirenas».

© Kalton Bruhl

---

**Kalton Harold Bruhl** (Honduras, 1976). Ha publicado numerosas obras, entre las que destacan sus libros de relatos: *El último vagón* (2013); *Un nombre para el olvido* (2014); *La dama en el café y otros misterios* (2014); *Donde le dije adiós* (2014); *Sin vuelta atrás* (2015); *La intimidad de los Recuerdos* (2017). Es autor de la novela *La mente dividida* (2014). Es premio Nacional de Literatura "Ramón Rosa" y miembro de número de la Academia Hondureña de la Lengua, Correspondiente de la Real Academia de la Lengua.

## UN POETA DE PUEBLO

por Juan José Sánchez González

Su momento había llegado. A Manuel le temblaba todo el cuerpo dentro de aquel traje de chaqueta azul oscuro que le quedaba un poco grande y que no estaba acostumbrado a usar. También sudaba, un sudor frío, incómodo, que le hacía estremecerse. Era como tener fiebre. Le daba miedo fallar, quedarse sin voz en el momento oportuno, ahora que iban a conocerle en persona, ahora que iban a verle en carne y hueso, y no en fotos o videos, ahora que iba a dejar de ser lo que él, un hombre de otros tiempos, consideraba ser un fantasma. Porque, aunque reconocía la utilidad de Internet, sin lo cual hubiera sido muy difícil dar a conocer sus poesías, publicadas en libros de corta tirada y prácticamente destinados a las bibliotecas públicas de los pueblos de la provincia, no dejaba de resultarle sospechosa esa forma de existencia en imágenes, existencia que le hacía posible a un mismo tiempo estar sin estar en cualquier parte del mundo. Él pertenecía a otra época, a una época hecha de presencia física, de piel, gestos, miradas... una época hecha de terca presencia en la que las cosas pesaban y olían además de tener forma y color. Su poesía, sus torpes poemas de jornalero autodidacta, habían nacido del recuerdo de ese viejo mundo lleno de presencia, una presencia a menudo indiferente, acostumbrada, pero con frecuencia capaz de despertar vivas emociones... no como ese mundo sin presencia de Internet en el que las existencias cambiaban a capricho, en el que cada ser era portador de una idea, un símbolo, pero no ya de la carne, la sangre, el calor y el olor que engendraron esa idea o ese símbolo. A veces temía haberse convertido él mismo en símbolo. Cuando leía algunos de los elogios que le dedicaban en el perfil de Facebook que su nieta le había creado o en los comentarios que hacían en cualquiera de los periódicos digitales que daban cuenta de alguno de los premios que recibía o de los libros de poemas que publicaba, percibía en ellos algo extraño. Le daba la sensación de que todos aquellos que afirmaban admirarle no habían leído ni uno solo de sus versos. Era como si, a pesar de nombrarle, esos elogios no fueran dirigidos realmente a él, ni siquiera a lo que sus poesías decían en concreto, sino a su temática general, a ese mundo de hambrientos jornaleros, de fatigas, enfermedades y trabajo del que sus poesías, gracias a las tópicas expresiones que empleaban los periodistas al hablar de ellas, se habían convertido en símbolo, ese mundo viejo del que todos procedían, de cuyos silenciosos sacrificios había surgido el bienestar del que ahora disfrutaban, viejo mundo con el que habían contraído una deuda de conciencia que era fácil de saldar mediante el superficial elogio del símbolo que lo representaba.

---

*A Manuel le temblaba todo el cuerpo dentro de aquel traje de chaqueta azul oscuro que le quedaba un poco grande y que no estaba acostumbrado a usar.*

---

Pero no quería pensar en eso esta noche. Como reconocimiento a la obra de toda su vida, a esos libros de poesías que le habían dado cierta fama, iban a concederle la medalla de oro de Villaumbria, la máxima distinción que un vecino del pueblo podía recibir como reconocimiento a su trabajo en favor del bien público. El alcalde, D. Faustino Gómez, seguía hablando desde el escenario del teatro municipal. A Manuel no le era nada simpático ese hombretón de cincuenta y dos años con su falsa simpatía y su fácil verborrea de político, pero en aquel momento envidiaba su seguridad y su soltura. Embutido en un traje de chaqueta negro, agitaba los brazos con vehemencia mientras hablaba de él ante el pequeño teatro abarrotado. Hablaba del sencillo hombre del campo que escribía poesías, del analfabeto que aprendió a leer y escribir para dar rienda suelta a su innato talento para los versos, del humilde jornalero jubilado que se había alzado en portavoz de su generación y de su clase social para ser la memoria de un mundo erigido sobre el trabajo, el sufrimiento, la esperanza y la muerte de aquellos hombres y mujeres que la Historia apenas recordaba... Había que reconocer que el alcalde sabía hablar. De repente había conjurado todas sus dudas. No pudo evitar emocionarse. Aunque intentó contenerse, una gruesa lágrima resbaló por su curtida mejilla de viejo trabaja-

dor del campo. Era verdad. Toda la poesía que había imaginado cuando no sabía escribir y toda la que había escrito después, cuando aprendió de forma casi autodidacta, con las escasas lecciones que recibió en una escuela para adultos, hablaba de lo mismo, de la perra vida que había llevado la gente como él, de sus penas, de sus lágrimas, de sus torpes esperanzas, de sus brascas alegrías... del viejo mundo pobre y triste en el que había nacido para trabajar, sufrir y seguir trabajando. Y ahora la recompensa llegaba, quizás un poco tarde, cuando estaba a punto de cumplir los ochenta y cinco años, pero llegaba. Al menos llegaba en vida y cuando su lucidez aún le permitía recordar a toda la gente que se quedó en el camino, a todos los muertos que habitaban sus recuerdos, todas esas caras serias y flacas, todas esas miradas llenas de pena y resignación... A ellos dedicaría su homenaje, para ellos era la medalla de oro que iban a concederle.

El alcalde dejó de hablar. Le dirigió una amplia sonrisa y le animó a subir con un amable gesto de la mano. Mientras Manuel se levantaba de su butaca en primera fila y subía al escenario, el alcalde explicó al público que iban a escuchar de voz de Manuel algunas de sus poesías publicadas, algunos de esos «versos llenos de verdad, de vida y de fuerza que rezuman el ambiente pobre pero lleno de nobleza de nuestros antepasados, con los que todos estamos en deuda».

---

*Manuel temblaba de pies a cabeza mientras subía los peldaños con pasos agarrotados. Tenía la boca muy seca. Caminó sobre las tablas del escenario, que crujían levemente a cada paso.*

---

Manuel temblaba de pies a cabeza mientras subía los peldaños con pasos agarrotados. Tenía la boca muy seca. Caminó sobre las tablas del escenario, que crujían levemente a cada paso. El alcalde le estiró la mano y Manuel se la estrechó con fuerza. Al oído le murmuró que estuviera tranquilo, que era como estar en casa. Después le dio una leve palmada en el hombro y le dejó solo sobre el escenario, frente al micrófono. Manuel miró al frente. Los focos del proscenio le impedían ver la pequeña platea llena de gente, solo intuía la intensa presencia de una multitud expectante. Decididamente, aquello era muy diferente a estar sentado frente al ordenador, aunque frente a la pantalla del ordenador pudiera estar

expuesto ante millones de personas y ahora solo lo estuviera ante varias centenas. Con manos temblorosas sacó una pequeña libreta escolar del bolsillo derecho de la chaqueta. Estaba abierta por la primera poesía que iba a leer. Un profesor de literatura le había aconsejado componer «un programa» que diera un sentido a su lectura. Así lo había hecho, seleccionando poesías inspiradas en las diferentes etapas de la vida de un jornalero, la vida de un hombre sin nombre que era él mismo, pero que podía haber sido cualquiera como él... Se ajustó las gafas, ahí estaba el título de su primera poesía, escrito con su letra grande, redonda y torpe: «Nací en un bujío»... empezó a leer, la voz le temblaba, débil, asustada... «No tengo memoria del día/ en que mi madre me parió», se detuvo, tragó saliva, escuchó la tos de alguien, continuó, «entre tierra, paja y cochinos/ entre sangre, lágrimas y dolor». A medida que seguía leyendo, comenzó a relajarse, comenzó a sentir esa fuerza tranquila que brotaba en él cuando, sentado en su mesa camilla, empezaba a escribir poesía. Su voz se hizo más fuerte, su lectura más segura, su larga figura encorvada se irguió ante el micrófono. Pasó a la segunda poesía «Mamé de tetas secas», más allá de la densa cortina de luz, la presencia intimidante de la multitud se disolvió, o más bien se transmutó en esa rara sensación en que se sumía cuando escribía y que era como la de estar acompañado por mucha gente, por gente que conocía, por gente que sentía como suya, por la intensa presencia de la vida de otro tiempo... «estaban secas de fatiga/ estaban secas de hambre/ hambre que roe la barriga/ hambre de pan y de vida»... ya leía de corrido, con voz firme, con voz que ya no era solo su voz, sino la de toda esa vida que palpitaba en sus versos... llegó a la tercera, «Dios no quiere a los niños», una dura poesía sobre la infancia, la enfermedad, el hambre, la muerte, sobre su hermano Diego, muerto de polio a los dos años, una poesía que hizo temblar su voz... y siguió leyendo, recorriendo su larga vida lúcida, convirtiendo en poesía las duras experiencias de su oscura existencia de jornalero... el trabajo sobre la tierra implacable, el mísero y precario sueldo, el cansancio, la fatiga... a veces interrumpido por los destellos de otra vida, por el despertar del amor y del sexo, por las mozas que lavaban la ropa en el arroyo o salían cantando del taller de costura... por los encuentros furtivos en los alegres días de la romería de San Isidro... y por las otras mujeres, «las putas que hacen olvidar/ las penas de un hombre roto», sobre las que hablaba sin tapujos, sin rodeos, porque también formaban parte de aquel mundo, porque también compartieron las miserias de aquellos hombres a los que dieron consuelo y

porque su destino fue más triste todavía... y evocó después el fantasma de su mujer, Laura, la «tímida niña de ojos alegres», la chica alta y morena que apenas se atrevía a mirarle, pero en cuya cara encontró «la chispa de vida/ que la tierra mataba», y con la que se casó, y con la que tuvo tres hijos, entre ellos Teresa, «Un ángel que no quiso el mundo», su primera hija, que murió a los pocos días de nacer. Y continuó con las poesías que contaban cómo la vida siguió después de la boda y del nacimiento de sus demás hijos, monótona, cansada, una rutina de trabajo y fatigas que fue disipando los breves destellos de aquella engañosa felicidad juvenil, «la alegría se nos fue/ con cada madrugada/ con cada larga jornada/ con cada tostada con café». Los niños crecían en un mundo que cambiaba, un mundo con televisiones, lavadoras, más coches, un mundo en el que Franco moría... un mundo en el que la presencia comenzaba a disolverse en cómodas casas que ya no olían a estiércol esparcido por el campo, ni a las flores de primavera, ni a lluvia, en el que ya no se sentía el frío intenso de los inviernos bajo el techo de paja de un chozo, en el que un amigo o un familiar se reducía a la voz arrugada brotada de un teléfono, un mundo que anunciaba ya ese mundo sin presencia de Internet... un mundo nuevo que le costaba trasladar a su poesía, que no le inspiraba como le inspiraba el duro mundo del campo, del trabajo y de la lenta muerte soleada, como si su poesía solo pudiera brotar del sufrimiento y no de la calma y la tranquilidad de una vida que lentamente mejoraba, que se hacía más cómoda, en la que el tiempo pasaba indoloro y como vacío. Su poesía se hacía menos sentida, más rebuscada, por eso apenas seleccionó unas cuantas de esa parte de su vida, solo algunas sobre sus nietos, sobre la vida tan diferente a la que estaban destinados... y sobre la muerte de Laura, «Quimio, silencio y adiós», cuando la larga enfermedad de su mujer volvió a dar al mundo la densidad opresiva de antes, cuando su poesía volvía a recuperar el vigor que mostraba cuando hablaba de otros tiempos, plena, contundente, dura... poesía que le había hecho ganar un prestigioso certamen convocado por la Diputación Provincial y que le había granjeado cierta fama más allá de Villaumbria.

Terminó de leer su última poesía, se mantuvo callado, parpadeando a la densa luz de los focos mientras cerraba la libreta y se la volvía a guardar en el bolsillo. No sabía qué hacer ahora. De la platea subió un ruido bronco, como de palos golpeados en una casa vacía. No estaba acostumbrado a recibir aplausos. Sintió como su cara se encendía, debía de haberse puesto colorado. De entre la cortina de luz comenzó a perfilarse una silueta que fue cobrando forma a medida que se acercaba. No era el alcalde. Era una de las concejales, una

---

*Sobre las escaleras,  
tras cruzar la cortina  
de luz, los ojos de  
Manuel parpadearon.  
La sala estaba oscura,  
estremecida por un  
lento murmullo.*

---

mujer de unos cincuenta años, alta, rubia, vestida con un largo vestido verde, con cara de estar siempre enfadada. No sonreía, su cara no expresaba nada. Llevaba en las manos una caja azul. Se situó ante el micrófono, junto a Manuel, sin decirle nada. Ante el público disculpó la ausencia del alcalde, que tenía otros compromisos que atender, y también se excusó por el retraso que acumulaba el acto... al hablar se giró un instante hacia Manuel con cara de reproche. No sabía cuánto tiempo había estado leyendo, media hora, una hora, tal vez más. La concejala anunció a continuación que iba a proceder a la entrega de la medalla de oro. Habló sin emoción, en un tono neutro, como el que anuncia que ha empezado a llover a gente que no le importa en absoluto que llueva. Se volvió de nuevo hacia Manuel, abriendo lentamente la caja, sobre cuyo aterciopelado fondo azul oscuro destacaba la dorada redondez de la medalla. Las tablas del escenario crujieron. Un par de tipos cargados con grandes cámaras de fotos habían subido. La concejala entregó la caja abierta a Manuel, que la recibió en sus manos agarrotadas. Ni siquiera escuchó la fría felicitación que la concejala murmuró al tiempo que le pasaba la caja sin sonreír ni variar su agrio semblante de mujer siempre enfadada. Volvieron a sonar los palos secos golpeados en una casa vacía y los tipos de las cámaras se inclinaron hacia ellos dos, apuntando con sus objetivos. Hicieron varias fotos y volvieron a desaparecer tras la cortina de luz. Sin decir nada más, la concejala estiró el brazo hacia las escaleras, invitándole a abandonar el escenario, aunque lo imperativo de su gesto hacía pensar más en una expulsión. Tenía prisa. En cuanto Manuel se giró hacia una de la escalera laterales que bajaban a la platea, anunció que había llegado el momento de escuchar a la comparsa «Los cagones», que acababa de ganar un importante certamen de carnaval.

Sobre las escaleras, tras cruzar la cortina de luz, los ojos de Manuel parpadearon. La sala estaba oscura, estremecida por un lento murmullo. Tras los primeros asientos, ocupados por sus familiares

y algunos desconocidos, apenas una decena, se extendían, vacías, las demás filas de butacas. El resto del público había abandonado la sala mientras leía. Cuando bajaba las escaleras se abrió una puerta lateral. Un intenso rayo de luz amarilla se coló en el oscuro interior de la sala de butacas. Una voz dijo afuera: «¡Venga, que ya se ha acabao!». Una multitud comenzó a entrar precipitadamente en la sala. Sus pasos, sus voces, sus risas, cubrían el lento murmullo de antes.

Manuel ocupó su butaca, en primera fila. La concejala había abandonado también el escenario, al que ahora iban subiendo hombres y mujeres disfrazados como bebés con pañales y chupete y cargados con instrumentos musicales. Manuel comprendió que la gente que volvía a llenar las butacas no había venido para conocerle en persona y escucharle, sino para ver a esos fantoches. La gala había sido preparada para atraer a un público al que no le interesaba el acto principal. Era a «Los cagones» a los que habían venido a ver, no a un viejo, no para escuchar sus torpes poesías sobre sufrimiento, hambre y sudor... empezaba a sentirse ridículo y decepcionado. Recordó lo que había pensado antes de subir al escenario, en su fama digital convertida en símbolo de una época con la que sus convecinos se sentían en deuda, una deuda de conciencia que no implicaba verdadera admiración, que incluso podía resultar incómoda y que desde luego no significaba estima por el hombre de carne y hueso que encarnaba ese símbolo. Miró la caja cerrada, que apretaba entre sus manos... comprendió entonces lo que significaba en realidad esa medalla, no era para recordarle, sino para olvidarle, para poder olvidarle sin remordimientos de conciencia... para poder olvidar ese negro pasado que su persona encarnaba y su poesía evocaba, para poder olvidar que existió gente que sufrió y murió así, de una forma tan fea, tosca y descarnada como sus torpes poesías de jornalero analfabeto... y para transubstanciar su existencia de carne y hueso en la del símbolo representado por la medalla de oro, para completar su total conversión en el símbolo etéreo al que se le puede fácilmente rendir tributo con un simple clic y un «like», como a esos santos de los que sus fieles solo se acuerdan el día de su fiesta. Al día siguiente, una de esas fotos que acababan de hacerle sobre el escenario, en la que aparecería sosteniendo su medalla con su dura cara de jornalero animada por un ingenuo y emocionado agradecimiento, aparecería en todos los periódicos digitales que se ocupaban de noticias de Villaumbria y sería retuiteada miles de veces y compartida y comentada en Facebook otras tantas, y todo el mundo tendría preparado un elogio, una frase, una palabra para ensalzar a la nueva medalla de oro de Villaumbria, símbolo inmortal de ese «ambiente pobre pero lleno de nobleza de nuestros antepasados, con los que todos estamos en deuda».

El zumbido hiriente de varios silbatos hizo vibrar el ambiente del pequeño teatro pueblerino, un coro de voces grotescas empezó a cantar algo sobre que la vida era para disfrutar como un niño. Ya no quedaba rastro de él por ningún sitio, ni del mundo que había evocado con su voz, el exorcismo estaba completado, el demonio de los tiempos duros y pobres había sido confinado en móviles, tabletas y ordenadores... el rato de aburrimiento había pasado al fin.

© Juan José Sánchez González

---

**Juan José Sánchez González.** Villafranca de los Barros (Badajoz), Doctor en Historia del Arte. Además de diversas publicaciones relacionadas con mi profesión, tengo publicados diversos relatos en las revistas literarias *Ariadna RC*, *Almiar*, *Narrativas*, *Relatos sin Contrato (RSC)* y *Pluma y Tintero*, además de en antologías como *El Vuelo de la Palabra*, *el cuento en Extremadura en 2015 y 2016*, en la *1ª y 2ª Antología de relato corto* publicada por Serial Ediciones y *Palabras Contadas de La Fragua del Trovador*.

## LA LUNA DE PANCHO

por Alberto Quero

La noche en que Pancho murió había luna llena. Era amarilla e inmensa, como de viernes santo. Y creo que esa era la única cosa que jamás supe con certeza sobre él: que el día de su muerte la luna brillaba. Creo que nadie en Tierra Negra supo jamás el origen de Pancho. Probablemente ni siquiera ese fuera su nombre, pero todo el mundo le decía así. Tampoco se sabía su edad. Yo le calculo unos sesenta y ocho o setenta años.

Ese aire indescifrable seguramente le venía del cabello, largo y canoso, siempre peinado hacia atrás. O de la barba, hirsuta y desordenada, también canosa. Pero siempre con una sonrisa anidando en ella, perdida. La tez, ampliamente curtida por el sol del mediodía, lo hacía verse más viejo de lo que sus profundas arrugas sugerían. En la frente, en la comisura de los ojos. La voz cansina y pausada.

Nunca se supo cuándo o de dónde llegó, si es que en efecto llegó. A lo mejor siempre estuvo allí, en la Calle 70, desde el inicio de los tiempos. Como una esfinge viviente puesta por Dios con un propósito indescifrable. Algunos dicen que había trabajaba en una compañía de teléfonos. Otros dicen que era profesor de matemáticas, hay varias versiones. Quizá en lo único en lo que todo el mundo concuerda es que Pancho se dio a las drogas y finalmente perdió el juicio. He oído decir que consumía marihuana. Por eso su familia decidió olvidarse de él. Le cerraron la puerta y lo obligaron a irse de la casa. Así fue como terminó en las calles.

---

*Ese aire indescifrable seguramente le venía del cabello, largo y canoso, siempre peinado hacia atrás. O de la barba, hirsuta y desordenada, también canosa.*

---

Siempre andaba en la Avenida 11. Barría el frente de algunas de las familias de la cuadra, y por eso le pagaban. Una tontería, pero le pagaban. Generalmente compraba el desayuno en la panadería de los portugueses de la Calle 72. Casi siempre lo veía con una bolsa de pan dulce y un litro de jugo. Después desaparecía.

Pasaba el día recogiendo latas. Comenzaba por el depósito de licores que estaba a media cuadra de mi casa. Para él ese sitio debía ser una mina de oro: montones de latas de cerveza, ya vacías, representaban grandes ganancias en el mercado negro. Iba juntando las latas en un saco. Cuando ya lo llenaba, se sentaba en alguna acera a aplastar las latas con una piedra. Ignoro para qué. Después las vendía. Nunca supe a quién. Aunque me consta que aquí en Maracaibo hay muchos sitios que se dedican a comprar latas para reciclar el aluminio. Parece que pagan cerca de diez bolívares el kilo. Y ese era otro ingreso para Pancho. De eso vivía.

No creo que a él le importara malgastar su talento en eso. Sí, su talento. Porque, profesor o no, hay algo de lo cual sí puedo dar testimonio en persona: de su inteligencia y de su cultura. Pancho era capaz de llevar una conversación bien fluida acerca del zodíaco y de la reencarnación. Sabía de los astros, de los faraones y de los más diversos temas esotéricos. Aunque casi siempre la conversación se volvía demasiado fluida y pasaba de un tema al otro, sin transición, sin pausa ni concierto. Y terminaba enredándose y olvidando lo que había dicho, sus pensamientos en diáspora. Y si en la Historia ha habido más de un loco genial, Pancho bien pudo ser uno más de ellos.

A eso de las cuatro ya había terminado su jornada. De algún sitio sacaba una silla blanca, de plástico, y se sentaba a la sombra de una pared alta, de la casa del ingeniero. Invariablemente ahí permanecía. Todos los días, hasta que oscurecía. Se entretenía viendo pasar el tráfico, o los transeúntes. Todo el mundo lo saludaba, y él lo devolvía con cordialidad. No era un hombre mezquino.

Por eso mismo, nadie se sorprendió cuando lo vieron adoptar a un perro. Callejero como él. Venido de la nada como él. Un perro cualquiera, sin color reconocible, que un día se dejó llegar a Tierra Negra, y allí merodeaba. Pancho lo hizo su mascota, y desde entonces se hicieron inseparables. Se

reconocieron, se encontraron. Después apareció una hembra. Y la gente de Tierra Negra decía que el perro de Pancho tenía novia, que seguramente iban a hacer familia pronto. Pero no sucedió así. Estoy convencido que la perra era estéril. Lo cierto es que Pancho también la hizo su mascota. Ya tenía por quién vivir. Dos seres distintos que de alguna manera dependían de él. No completamente, porque todo perro callejero sabe sobrevivir escarbando en los barriles de basura. Igual que el mismo Pancho. Pero como sea había una comunidad allí. Había un vínculo entre los tres. Era una elección de los tres.

Cuando caía la noche, Pancho desaparecía. Nadie supo nunca exactamente dónde dormía ni qué hacía, solo estaba claro que no dejaba el menor rastro. Los perros también desaparecían. Algunos de mis vecinos dicen que los peruanos de la Avenida 10 dejaban que Pancho durmiera bajo los aleros de sus casas. Otros decían que dormía completamente a la intemperie, donde lo sorprendiera la noche. Y parece que algo de eso había. Supuestamente Pancho se acomodaba en el estacionamiento en un edificio en la calle 7, frente a la farmacia San Remo. Parece que en algún sitio tenía guardado un colchón viejo y mugriento, en el que se echaba a dormir. Y una vez que había amanecido, lo volvía a esconder.

---

*Y así transcurrió el tiempo. Los días, los meses. Realmente no sé cuánto. Nadie sabe cuánto. Porque para Pancho todos los días eran iguales, todos los años, todas las semanas.*

---

De repente los dueños del taller mecánico de la 11 le permitieron pasar la noche ahí dentro. Y a esa noche siguió otra y otra. Según el conserje del edificio de al lado de mi casa, Pancho tenía un colchón guardado dentro del taller y algunos efectos personales también. Supongo que quizá algún ventilador que le habría regalado algún vecino. Porque la gente de por aquí a veces lo ayudaba con cosas. Generalmente cachivaches, pero que de algo le habrían de servir. No tanto con dinero, porque sé que les daba miedo que lo fuera a usar en alcohol o en drogas, en realidad con gente así nunca se sabe; nunca se sabe si están completamente rehabilitados o es que sencillamente no han tenido más oportunidad de seguir consumiendo.

Claro, en el caso de Pancho parece que nunca estuvo demasiado adicto. La única adicción de él era contemplar las estrellas. Sentarse en el borde de la acera y dejar que su mirada se perdiera en la noche. Me pregunto qué pensaría en esos momentos. Porque seguro que eran muchas cosas. Una vez, cuando llegaba yo a mi casa, Pancho me dijo que el cinturón de Orión siempre brillaba a no sé cuántos grados sobre el horizonte de Maracaibo. Y me lo dijo así, sin más ni más, sin que yo hubiera iniciado la conversación. Simplemente se acercó a mí, me lo dijo y se fue.

Lo cierto es que un día cualquiera, porque en la vida de Pancho todos los días eran iguales, encontró un albergue. Por supuesto, Pancho no era ni de lejos un vigilante. Si los dueños del taller lo dejaban dormir allí no era para que defendiera los carros estacionados, ni los motores que estaban arreglando, ni ninguna de las piezas que usaban como repuesto. Lo dejaban dormir ahí para que al menos pudiera dar razón si algo pasaba. Para que al menos hubiera un testigo si se llegaban a meter ladrones. Quizá los perros ladrarían y hasta le mostrarían los dientes a un eventual agresor. Por supuesto, también quiero creer que lo dejaban dormir ahí por caridad, para que no pasara la noche a la intemperie, como lo hizo durante muchos años, desde que la familia lo expulsó de la casa.

Y así transcurrió el tiempo. Los días, los meses. Realmente no sé cuánto. Nadie sabe cuánto. Porque para Pancho todos los días eran iguales, todos los años, todas las semanas. La misma rutina, la misma cosa. Por supuesto, supongo que al menos Pancho sabría cuándo era sábado y cuándo era domingo. Pero acaso será solo porque los comercios no abrían y había menos tráfico en la calle. Pero nada más. Porque por lo que a él respectaba, la vida era exactamente igual. Monótona, apacible, inútil. Salía en la mañana, regresaba en la tarde y desaparecía para dormir en las noches.

Hasta que un día no se le vio salir. Llegó la hora en la que habitualmente salía a barrer los frentes de las casas, y no apareció. Por supuesto, los vecinos comenzaron a preocuparse. El conserje del edificio de al lado, el de éste donde vivo yo y otro vecino lo fueron a buscar. Lo hallaron sobre una silla, la única que tenía en el sitio donde dormía, dentro del taller. Ya estaba rígido, lo que hizo suponer que había muerto alrededor de las tres de la madrugada. Y sin embargo estaba

perfectamente plácido. No había el menor signo de crispación ni de sufrimiento. Sencillamente se durmió y ahí quedó. Se durmió para siempre, mirando las estrellas, como siempre.

No hubo necesidad de llamar una ambulancia ni de llevarlo a un hospital. Simplemente ya no estaba más. Se llamó, sí, a un forense de la policía para que levantara un acta de defunción. Y, en ausencia de familiares conocidos, el municipio se hacía cargo del cadáver. Según tengo entendido, lo sepultaron en el cementerio San José. Lo que nunca logré saber es qué escribirían en la lápida, o si la tumba tenía siquiera alguna cruz. El mismo día que Pancho murió, los dos perros se esfumaron. Y nunca más se les ha vuelto a ver por estos contornos. Tal vez se marcharon con él.

Ahora que lo pienso, Pancho no era un mendigo. Ni siquiera un loquito inofensivo. Era un hombre feliz, profundamente feliz, porque vivía la vida que había escogido vivir. La vida de Pancho transcurría con la misma serenidad con la que debe transcurrir la de un monje trapense. Pancho era completamente dichoso en su mundo. En otro mundo.

Pancho hablaba con extenso placer acerca de las estrellas y de los planetas. Pancho hablaba mucho acerca de la luna. Casi con nostalgia, casi como si fuera suya. Su luna.

Tal vez ahora esté allí.

© Alberto Quero

---

**Alberto Quero.** Nació en Maracaibo, Venezuela. Narrador y poeta. Es Licenciado en Letras, Magister en Literatura Venezolana y Doctor en Ciencias Humanas por la Universidad del Zulia. Miembro de la Sociedad Iberoamericana de Escritores, el Parlamento Internacional de Escritores de Colombia y la Asociación Venezolana de Semiótica. Ha publicado cinco cuentarios: *Dorso* (1997), *Esfera* (1999), *Fogaje* (2000), *Giroscopio* (2004) y *Aeromancia* (2006) y *Borde* (2016). También ha publicado un poemario: *Los que vinieron* (2013). Ha obtenido los siguientes premios: Mención de honor en la XII Bienal de Literatura "Eduardo Sifontes" (1997), Segundo premio en el concurso estudiantil de poesía de LUZ (1998), Primer premio en el concurso estudiantil de cuentos de La Universidad del Zulia (1999), Primer premio en el concurso de poesía de La Universidad del Zulia (2001), Premio "Andrés Mariño Palacio", otorgado por la Gobernación del Estado Zulia a escritores noveles (2002), Primer premio en el concurso de poesía "Por una Venezuela literaria", Editorial Negro Sobre Blanco (2013). Textos suyos han sido recopilados en *Los espejos plurales* (Poesía, Universidad del Zulia, 2000) y en *Cuentos de monte y culebra* (Cuento, Universidad de Los Andes, 2004). Ha sido incluido en dos diccionarios de personalidades *Diccionario General del Zulia* (1999) y en *Quiénes escriben en Venezuela* (2005).



## LA COMETA

por Ramón Zarragoitia

La cometa es alegre como la vida misma. Se trata de un artilugio menudo, que ostenta colores vistosos: azul, verde, rojo, amarillo y refulge sobre el cielo del fiordo. En las expertas manos de Gunnar, tan pronto asciende hacia el olimpo del mediodía como, describiendo un picado inverosímil, a punto está de chocar contra el suelo de caliza; un hábil tirón será suficiente para volver a empezar.

Por el sendero de Skjeggedal ha llegado un hombre. Incluso con el viento en contra, Gunnar es consciente de su nueva presencia.

—Apenas has tardado veinte años. —Lo recibe.

Al darse la vuelta, descubrirá aquel mismo rostro: alargado, de piel curtida, con unos ojos del verde profundo del Báltico, el cabello cano y la sonrisa que tanto ha echado de menos.

—Lo importante es que por fin he regresado.

—Ni tu esposa ni tus hijos te esperábamos ya; supongo que nos venció la falsa esperanza.

—No discutamos, Gunnar... Ahora no, te lo ruego.

—Como quieras.

Gunnar conduce su cometa hacia el extremo derecho del ficticio campo de vuelo. Mediante una sucesión de rápidos gestos, el ingenio se posará sobre el terreno. Alrededor de un minuto más tarde, convenientemente desmontada, termina reposando en su funda de cremallera.

El viento del norte es hoy (si cabe) más frío y más húmedo. Pudiera presagiar tormenta. O acaso pudiera presagiar un traumático desenlace.

---

*Gunnar vuelve a girarse. Comprueba que el otro hombre ha desaparecido. En su lugar, tan solo el silencio de los fiordos una mañana de primavera.*

---

Gunnar vuelve a girarse. Comprueba que el otro hombre ha desaparecido. En su lugar, tan solo el silencio de los fiordos una mañana de primavera. Frustrado por la desaparición, arroja con violencia la funda del juguete. Un chasquido ratifica que alguna de las minúsculas varillas de fibra de carbono se ha quebrado: gastos, molestias, rabia, impotencia... reflejos de la propia vida.

No obstante, el fragor del viento arreciando traerá consigo una voz balsámica. Daría la impresión de tratarse de un megáfono que irradiara sus intimidades a todo lo ancho, largo y alto del fiordo de Hardanger. En realidad, las palabras tan solo resuenan en su cabeza:

*«Jamás regresaré. Inicé un camino sin vuelta; el mismo que tú, tus hermanas o tu madre emprenderéis algún día. ¿Por qué ese empeño con el reencuentro? ¿Tan vacío te sientes, hijo?»*

El joven se responderá a sí mismo en voz alta:

—¿Y por qué no es posible elegir? Al menos, el cuándo.

*«Porque Ella así lo ha decidido.»*

—¿Ella?... ¿Quién es ella?, ¿acaso, Madre?... No lo entiendo.

*«Ella es la omnipresente. Ella es alfa y es omega. Ella nos concede un tiempo menor al que llamamos vida, cuando en realidad no es sino un intervalo entre ella misma: quizás por eso no quepa escoger. Yo vivo ahora en ti, hijo: tus ojos son mi mirada; tus oídos el sonido que llega hasta*

*mí; tu aliento, el aire que respiro. No necesito regresar puesto que ya estoy aquí, con vosotros. Me he convertido en vuestro recuerdo... De alguna manera, nunca me fui.»*

—Ella.

«Sí, Gunnar, Ella. La única que existe».

—Ella —repite el joven, moviendo incrédulo la cabeza de lado a lado.

Apenas transcurrirá un instante antes de que Gunnar recoja del suelo la magullada cometa y se disponga a regresar por el camino de la nada.

© Ramón Zarragoitia

---

**Ramón Zarragoitia** (Gorliz, Vizcaya, 1970). Urbanista de formación, reparte su tiempo entre la Literatura y la Filología. Ha publicado la novela breve *Me miro al espejo... y me gusta lo que veo* (Groenlandia, 2013) y el libro de cuentos *Epistolario de un soñador* (Letras Cascabeleras, 2014). Su obra ha recibido algunos reconocimientos, como el Fundación Imprimátur o El Encierro de San Sebastián de los Reyes de relato. Entre otras, ha colaborado con las revistas literarias: *Periplo*, *Excodra*, *Agitadoras.com* o *La Bolsa de Pipas*. Mantiene el Blog **SCRIPTUM, Despacho de letras**.

## LA PIEL

por José Luis Díaz Marcos

En la Puerta del Sol, ante la Real Casa de Correos, la muchedumbre aplaudía gozosa los últimos estertores de un año que se desangraba, segundo a segundo, apuñado por las agujas del gran reloj.

Extraviado su amigo Lucas, «¡Ya aparecerá...!» entre las olas de la multitud, Carlos intentaba beber a morro sin malograr dientes ni uvas. A su alrededor, los villancicos se confundían con las voces y las risas, con los cohetes y las panderetas, con los *selfis* y los besos...

En la torre: *XI:LIX*<sup>1</sup>.

Un repentino vaivén lo empujó hacia atrás golpeando su cabeza contra alguien, supuso. Se volvió temiendo haber causado algún daño: junto a él, un desconocido se sujetaba la mandíbula con expresión furiosa:

—¡¿Eres imbécil?!

—Lo siento... Yo no...

—¡Tú, sí!

—Perdona... Ha sido

Y antes de que pudiera terminar la frase, un súbito puñetazo en pleno rostro hizo que la ruidosa noche explotara, «¡Tump!», en una silente oscuridad.

Se descubrió...

... tumbado, quejumbroso de repente, «¡Mi nariz...!» y embutido entre un bosque de piernas inmóviles. Arriba, encendido por las luces, el silencio.

«¡¿Qué pasa?! ¿Por qué todos...?».

Se alzó.

Y...

El energúmeno con el puño aún frente a él.

... recordó.

Y...

La Nochevieja en el kilómetro cero de Madrid se había detenido.

... comprendió, no obstante, sin entender nada.

En la torre: *XII*.

En las muñecas más próximas: *00:00*.

«¡El mundo, como también los relojes... se ha quedado sin cuerda! ¡¿Por qué?! ¡¿Y por qué yo no...?! Espera... ¿Esto no será...? ¿Cómo se llama la broma esa de imitar a las estatuas? *Manne... ¡Mannequin Challenge!*».

Reparó en la furia contenida del violento.

«No, claro que no... Esto no es ninguna broma...», se dijo acariciándose la nariz, aún doloroso latido. Y entonces sintió la humana tentación, «¡Bestia!», de la venganza:

---

<sup>1</sup> 11:59.

—¡Ahora mismo sería capaz de... de...! ¡Y no podrías hacer nada para impedirlo! ¡Nada!

«*Nada...*», se repitió girando sobre sí mismo, cayendo en la cuenta: «Podría quedarme con cualquier cosa... Podría hacer lo que quisiera con quien quisiera...».

Temió el alcance del cálculo.

Y así, perdido y asustado, descubrió en las alturas, sobre el enorme cono de la Lotería, minimalista árbol navideño, sendos globos infantiles: próximos entre sí, y de manera incongruente, ambos contradecían al helio que los llenaba flotando inmóviles en el espacio.

«Como en una pesadilla... ¡No! ¡Peor, mucho peor que en una pesadilla, porque estoy despierto! Para mi desgracia, estoy tan lúcido como sobrio. Porque esa es otra: ¡los pocos tragos que llevo no justifican, ni de coña, esta locura!».

De súbito, un parpadeo en la torre llamó su atención: la esfera translúcida del reloj titilaba como una mera bombilla a punto de expirar.

«¡Está ahí dentro! ¡Como en aquella película de Adam Sandler<sup>2</sup>, quien sea, o lo que sea, que haya pulsado el *Pause*,... está ahí dentro!».

Buscó abajo y enfrente, tras las vallas y el cordón policial también rígido que contenían a las *estatuas*, la puerta de la Real Casa de Correos.

Se abrió paso, como pudo, intentando no derribar *nada*: «Una caída, una sola, y los convierto a todos en el peor dominó de la historia...», se dijo.

Poco a poco, «No es precisamente... fácil...», fue progresando hasta la cabeza del gentío. «Un último paso y...», se tranquilizó sintiendo ya el metal del cierre amarillo.

Y fue ese exceso de confianza lo que a punto estuvo de desencadenar la multitudinaria reacción en cadena: un leve respingo suyo, apenas roce, y una chica, a su izquierda, se tambaleó como un bolo a punto de caer.

Aterrado, «¡Quietaaa...!»., logró devolverle el equilibrio.

Poco después, eludida ya la asfixiante muchedumbre, resopló de puro alivio.

«¿Y cómo entro? En buena lógica...», sospechó reparando en el policía detenido ante el portón de la Real Casa. «¡Ok, agente!»., confirmó rápido: en el cinto, un manojó de llaves.

«¡Como *resucite* ahora, voy a tener un serio problema!».

No fue, «¡Menos mal!»., el caso.

Descartó errores, «¡Tenía que ser la última!»., y entró en el edificio. En el vestíbulo, sobre su cabeza, el hueco sobre el que pendía la maquinaria del reloj, el hueco por el que parpadeaba una intensa luz.

Ascendió los peldaños, curioso y aprensivo, hasta la última plataforma de la torre. Y allí, mordido entre las cremalleras circulares del artilugio, yacía, exánime...

... un jirón de... «¡¿Piel...?!», brillante pan de oro<sup>3</sup> sobre cuya superficie, grande y oblonga como una tajada, huía una eterna proyección de imágenes: personas, espacios, texturas, animales, planetas...

«¡¿Un desgarro... cronológico?! ¿Algo así como un pellizco de la curva espacio-temporal en el reloj de la Puerta del Sol, uno de sus medidores? ¿Eso es posible? Lástima que Einstein no esté aquí para preguntárselo. Aunque, si estuviera... ¡Sería otra figurita del espantoso belén!».

Buscó a su alrededor, «Si *sangrara*...», la supuesta herida temporal.

---

<sup>2</sup> *Click*. Frank Coraci. 2006.

<sup>3</sup> Lámina muy fina de oro batido usada tradicionalmente en decoración.

Tocó el fino pellejo: «¡Ay! Está caliente... ¡El tiempo quema! ¡¿Y ahora...?! ¿Debo suturarlo en su orden, en su milésima desollada, para que la vida siga fluyendo?».

Estudió el mecanismo de relojería. «¡En algún sitio debe tener...!». Reparó en un fuste sobresaliente en el lateral más próximo, en la ondulación de una empuñadura.

Se encogió de hombros, «¿Qué puede pasar? ¡O funciona o no funciona!», y...

El conjunto traqueteó durante unos segundos liberando, de repente, el estorbo que lo detenía. Así, la piel y su eterna cadena gráfica de espacio-tiempos cayeron disolviéndose, aún en el aire, con un suspiro de humo.

—¡NO!

Carlos corrió, «¡Ay, ay, ay...!», escaleras abajo.

Con la incertidumbre en la garganta, y ya en el vestíbulo, salió: los miles de personas allí reunidos, अगरaría tiesa, para celebrar la llegada del nuevo año... «¡¿DÓNDE ESTÁN?!».

*Borrados* casi todos, alguien yacía al pie de la fuente.

«¡¿Lucas...?!», dudó.

Fue, corrió, hacia él.

—¡¡Lucas!!

Lo zarandeó, «¡Despierta! ¡Despierta!», consiguiendo reanimarlo:

—¡¿Estás bien?!

—S, sí... Solo... solo echaba un sueño: empalmar la fiesta de Nochebuena con la de Nochevieja es mucha fiesta incluso para mí... ¿Dieron ya las campanadas? ¿Y... y la gente? ¡¿Dónde está todo el mundo?!

—¡No lo sé, tío! Es cosa del tiempo...

—¿El tiempo? ¿Va a llover?

© José Luis Díaz Marcos

## KLAUS SCHUPPANZIGH (1703-1769)

por J. A. Santos

Klaus Alois Deodatus Ludwig Aloysius Antonius Augustus von Schuppanzigh (en algunas fuentes Scheupenzeug o Scheuppenzeugh) nació en uno de tantos diminutos principados de juguete del Sacro Imperio Romano en 1703. Los margraves locales, últimos, ligeramente degenerados exponentes de la más rancia nobleza imperial, gobernaban de forma amablemente absolutista sobre las protorrománticas ruinas de un castillo medieval, un gran palacio barroco que ocupaba una cuarta parte tanto del tamaño como del presupuesto del margraviato. Era éste una adorable ciudad de juguete que venía de ser arrasada en 1626, 1631, 1637, 1640 y 1645 y lo sería más tarde en 1762, 1806 y 1945, y la acompañaban margriavíticamente unos cuantos sotos y aldeas repartidos por el centro de Alemania en medio de la mareante sopa fractal que verá usted si comete el error de mirar un mapa político de Europa Central hacia 1700.

La casa de Schuppanzigh, a la que el Armorial de Praga llama Schoponitz y las primeras ediciones del Gotha Schupenigh (pues nuestro héroe, como el 80% de la población local, pertenecía a una rama muy menor de ésta, que al poder probar sólo 17 cuarteles de nobleza no tenía acceso a más que el vestíbulo del palacio) había logrado dar una moderada prosperidad a su diminuto principado, y así continuó hasta que durante la gran reorganización imperial de 1803 fueron traspapelados y olvidados por la burocracia. El último descendiente de los Margraves de Schuppanzigh (o Scheupenzagh, como se le muestra en algunos mapas) murió en un accidente de descapotable en Menton en 1934. Sobre el solar del palacio y el viejo castillo se alza hoy una importante fábrica de muebles de cocina de gama media.

El joven Karl Alois Ludwig creció cerca del gran palacio a la sombra de sus ilustres parientes. Por su apellido se le permitía pasear por los jardines siempre que no fuese a la vista de los margraves (secretamente afligidos porque sus propios veintisiete cuarteles de nobleza no bastasen para según qué cosas fuera de su principado), y durante su primera infancia entrar en el vestíbulo del palacio dos veces al año (en Año Nuevo y en el cumpleaños del Margrave) para admirar los frescos italianos recién pintados, a los que debemos imaginar todavía chillones, excesivos, como un cómic de superhéroes, y la gran escalinata triple que conducía a unas habitaciones privadas tal vez demasiado pequeñas para ésta. En su madurez en el exilio londinense Schuppanzigh aún tendría tiempo de escribir una monografía que sería leída ante la Royal Society intentando demostrar su estimación infantil de que había más escalones en la gran escalinata que en el resto del principado.

---

*A pesar de no haber demostrado ningún talento especial, desde joven Klaus pasa a formar parte del coro infantil de palacio.*

---

A pesar de no haber demostrado ningún talento especial, desde joven Klaus pasa a formar parte del coro infantil de palacio. Wissermeier especula en su monografía seminal que despertó —o al menos desaletargó— el interés por nuestro compositor tras un siglo de merecido olvido, (Gotinga, 1881) que el colocar a los niños de ramas menores de la familia en esta posición tal vez fuese una simple tradición familiar, o el regalo de algún margrave especialmente ilustrado a los miembros menos afortunados de su familia. En todo caso esto permitirá que a partir de los nueve años Klaus pueda cantar todos los domingos y fiestas de guardar en la capilla de Palacio, además del raro privilegio de subir hasta el final de la gran escalera y cantar ante la cama del príncipe el día de la fiesta de la Candelaria.

Sabemos que a los dieciséis años Klaus, tal vez recomendado por el director del coro —por su incipiente talento, o para que el margrave se librase de un pariente más—, parte hacia Leipzig para estudiar polifonía, órgano, contrapunto, armonía, e instrumentación. Teufelsdröckh, en el número 76 de *Papeles de música barroca en el Centro-Oeste de Alemania* (1943) apunta con el mismo sar-

casmo que le llevaría al batallón penal que la ausencia del canto en esta lista puede ser indicativo del verdadero aprecio del director de coro por el talento de Klaus Alois Ludwig Schuppanzigh, o Schuppanzeckhe, como aparece en los registros de la Academia de Leipzig. Desde luego nada en su educación ni en sus estudios en Leipzig haría presagiar su prodigiosa capacidad productiva. En Leipzig, además de música, sigue estudios de filosofía natural, literatura clásica y francesa y leyes, y según algunas cartas que se han conservado, tampoco se priva de las habituales francachelas (Grijander en 1960 afirmaba la existencia de al menos dos hijos ilegítimos con sendas costureras). No es hasta el final de esta época de estudios, de forma inusualmente tardía, que tenemos constancia de la primera obra completa de nuestro compositor —u obra en general, pues, cosa extraña, no han sobrevivido juvenilia alguna—; un motete a tres voces sobre textos de San Pablo, que luce en el catálogo Teufelsdröckh-Wissermeier-Grijander como TWG 1. Esta pieza de apenas tres minutos no deja entrever el prodigioso torrente de creatividad —o para ser precisos, de creación— que desplegará Schuppanzigh hasta poco antes de su muerte. Prodigioso torrente que saldrá sin previo aviso a partir de su vuelta a su ciudad natal en 1723, pues ya en ese año, el concienzudo —pero no exhaustivo, pues sigue escupiendo manuscritos la Fundación Schuppanzigh desde sus cavernosos sótanos— catálogo TWG da cuenta de siete sinfonías, veintitrés sonatas para laúd, una docena de preludios y fugas para órgano, cuatro cantatas profanas y quince sagradas, nueve partitas para violín solo, doce para violín y bajo continuo, el oratorio *Los sodomitas* y los tres primeros libros de madrigales, sólo en la primavera de ese año. Además de esto, el folleto *Una humilde propuesta de un seguro servidor*, en el que propone, discute y rechaza la adopción del bimetalismo por parte de los pequeños principados del Rin medio, así como el primer canto del uno de muchos poemas épicos inacabados en alejandrinos.

---

*Al año siguiente inicia un peregrinaje por toda Alemania: partiendo de Leipzig ve a Bach doblando la esquina, en Viena no aprende gran cosa porque la ciudad no se convertirá en el gran centro de la música hasta medio siglo más tarde.*

---

Klaus termina sus estudios con la determinación de poder acceder a todas las estancias del palacio. Al año siguiente inicia un peregrinaje por toda Alemania: partiendo de Leipzig ve a Bach doblando la esquina, en Viena no aprende gran cosa porque la ciudad no se convertirá en el gran centro de la música hasta medio siglo más tarde. Pero trabajando como músico itinerante por las muchas pequeñas orquestas principescas que salpican el Imperio aprende y compone —mucho más de lo segundo que de lo primero—. Por estos periplos el catálogo de 1724 es más reducido, quedando compuesto (mencionamos sólo sus obras más destacadas) por los 17 conciertos para dos pianos WTG 125, la tercera colección de sonatas para laúd, las treinta y seis

canciones para oficios de Viernes Santo, dos oratorios sobre textos propios, al menos una docena de cantatas y las siguientes catorce sinfonías.

Mientras dejamos que Klaus viaje por Europa, se forme como músico y nos dé los primeros, mínimos albores y rudimentos de su obra (de Sajonia salta a Turingia, de ahí a Bohemia y Moravia, donde casi se establece en Praga, no se atreve aún a pasar a Viena y pasa buena parte del final de la década en Polonia-Lituania con alguna ocasional escapada a Curlandia, finalmente decide ir a Viena, de ahí hace un Grand Tour por Italia que apenas dejará huella en su obra...) aprovechemos sus viajes para afrontar el gran problema crítico de la obra de Schuppanzigh (o Sczwopponzicz, como le nombran algunos críticos de Varsovia). Anticipándose medio siglo a otro crítico musical más ilustre, Wissenmeier dirá en 1884 que «la cantidad en su obra tenía una cierta calidad», aunque no podemos saber cuánto de este famoso comentario es un grito de frustración ante la tarea titánica de haber invertido treinta años de su vida en catalogar la obra de nuestro héroe y llegar sólo hasta la década de 1740, justo antes de los prolíficos años de París y Londres. Cortada súbitamente la vida de Wissermeier por su trágico e inexplicable suicidio en 1886, su trabajo sería continuado en el siglo XX por Teufelsdröckh y Grijander, que inasequibles al desaliento invirtieron décadas de su vida —en el caso del primero, que había sobrevivido a ciertos intercambios de pareceres con unos T-34 en la estepa, lo que él llamaba la prórroga— en mostrarnos sus amables minuetos, sus lentísimos —tal vez demasiado largos y reiterativos adagios—, la ocasional emoción en un aria de soprano surgiendo de varios minutos de gárgaras, los recitativos inacabables siempre precedidos de un aporreo de clavicémbalo, algunos momentos de brillantez en los cinco primeros minutos de un concierto o

una sonata que puedan recordarnos a Bach o Haendel reflejados en una piscina abandonada durante el invierno.

Mientras comenzábamos esta introducción a la obra de Schuppanzigh (aunque como diría Grijander en una de sus cartas desde el Frente Oriental, «uno está siempre introduciéndose en la música de Sch., ya sea por su cantidad, o por su calidad aplastantemente normal»), nuestro héroe ha vuelto al ancestral castillo de Schuppanzigh. Le acompañan una esposa polaca, un niño rubio y regordete, un gran baúl que contiene una espineta, y varios baúles más llenos de papeles, a los que hay que añadir el rastro de partituras garabateadas que nuestro compositor ha ido dejando esparcidas por Europa, enviándolas desde cualquier posada a una confundida retahíla de editores de Frankfurt, Amberes, París, Génova.

En una carta fechada en febrero de 1730, Klaus confirma que, tras no pocas esuelas, solicitudes, rogatorias y súplicas a la nube de subsecretarios y edecanes que rodea a su primo, ha conseguido por fin un puesto como Maestro de Capilla adjunto en Palacio. Añade también su sorpresa, ya que no recordaba que hubiera ningún Maestro superior al que adjuntarse: como descubrirá luego, su primo ha descubierto horrorizado que lleva décadas presentándose en la corte imperial sin tener *Kapellmeister* del que presumir, pero al mismo tiempo tampoco quiere que esa rama de la familia venida a menos empiece a creerse cosas: adjunto está bien. La carta, dirigida a su hermano, son veinticinco páginas escritas por ambas caras «en una diligencia entre Heidelberg y Estrasburgo», no es demasiado larga para los estándares de Schuppanzigh (en 1983 terminaría Grijander por fin la edición de su correspondencia de los años anteriores al exilio, que abarca 87 volúmenes bien gruesos en capitoné, a un espacio). Al final añade en una apresurada nota que, aunque le quedan cosas en el tintero, debe despedirse porque está acabando una obra o dos. Wissermeier luego afirmaría que en este viaje de Heidelberg a Estrasburgo escribiría Schuppanzigh además de esta carta el tercer movimiento de la Partita n.º 8 para violín y la totalidad del concierto para fagot y orquesta de cuerdas n.º 2 (que el propio Wissermeier confundía con el Concierto para Fagot y Orquesta n.º 2, casi 30 años posterior), así como varias revisiones de los cuartetos de cuerda 7, 9 y 11.

Schuppanzigh pasará veinte años como Kapellmeister de Schloss Schuppanzigh. Con la excusa de tener que proveer de forma regular a su primo de nueva música —y desde 1732 contando con una nueva orquesta que acompaña a su antiguo coro—, durante estos veinte años Klaus compone un torrente inabarcable de piezas, a prácticamente una sinfonía por semana, y cuando no hay sinfonía un magma de conciertos para uno, dos, tres pianos, piano y espineta, piano y dos espinetas, dos pianos y espineta (cada uno, claro, en sus tres movimientos rápido-lento-rápido como mandan los cánones), violín, dos violines, tres violines, dos violines y piano, dos violines y espineta, violín y dos pianos, flauta, flauta y violín, flauta y arpa, flauta y clarinete, flauta, piano y oboe (aunque aquí ya entramos en territorio del concierto grosso, que daría para otra lista completamente independiente), fagot, fagot y oboe, fagot y violín (gema infravalorada, de acuerdo con Wisserman; «la habitual Schuppanzada» según Grijander), fagot y trompa, trompa y violonchelo, violonchelo y dos violines, trompa y flauta.

---

*En una carta fechada en febrero de 1730, Klaus confirma que, tras no pocas esuelas, solicitudes, rogatorias y súplicas a la nube de subsecretarios y edecanes que rodea a su primo, ha conseguido por fin un puesto como Maestro de Capilla adjunto en Palacio.*

---

Además de todo esto, Schuppanzigh aún encuentra tiempo para escribir cuatro novelas, continuar su inmenso poema épico (inacabado a su muerte), una larga serie de monografías sobre temas tan variopintos como las más oscuras herejías bizantinas relacionadas con el problema de la relación del padre con el hijo, la posibilidad (avanzada por Athanasius Kircher en 1633) de que los recientemente contactados indios Navajos fuesen una de las tribus perdidas de Israel, los antiguos griegos micénicos, o ambos; las supuestas maravillas del reino de Golconda (una ciudad hecha de papel de colores, las concubinas aladas del marajá, o un pájaro mágico de latón que con su huida previene al marajá de la presencia de enemigos). Además de eso, su cargo le obliga a dar lecciones de música a los hijos del príncipe o al príncipe mismo, a diseñar y coordinar los grandes fuegos artificiales con que se celebra cada año el cumpleaños del Príncipe y del Emperador (y su correspondiente música conmemorativa), a ser Maestro de Ceremonias en todos los banquetes, casamientos, bautizos y or-



denaciones que se celebrarán en el Schloss Schuppanzigh (y a su correspondiente música conmemorativa), a diseñar los uniformes de los soldados del Margraviato, a recibir a los dignatarios extranjeros que se acercan a visitar a su primo (y a escribir su correspondiente música conmemorativa). En una carta a su editor (o tal vez un paquete porque adjuntos aparecen los dos conciertos para violín y fagot, las sinfonías 76, 77, 78 y 82, tres cantatas sagradas y tres profanas) Schuppanzigh asegura que lleva una vida tranquila y reposada, que en ese momento está tomándose una copita de Riesling en los jardines de palacio y que se ha dado el gusto de no hacer nada en todo el día, sentado mirando el Rin junto a la ventana del estudio en el que compone, y que en cuanto termine la ya extensa carta bajará a la capilla a ensayar con el coro en que cantaba en su infancia, terminará una sinfonía con la que amenizar el té de su primo el príncipe cuando reciba al margrave de Hesse el próximo jueves, seguirá con una novela que ha empezado hace poco en la que dos jóvenes de las Indias viajan a Viena con eróticos resultados y espera poder irse pronto a la cama, a ser posible antes de que anochezca de todo —pues está convencido de que un razonable número de horas de sueño, entre diez y doce, es imprescindible para una vida larga y saludable.

Sí, los años como Kappelmeister de su primo son sin duda los más felices para Klaus —que apenas en la treintena ya ha visto cumplirse su sueño de infancia—, si bien no los más productivos, pues como descubrirá, su cargo no es exclusivamente artístico, sino que también debe tutorizar a los herederos del principado, ayudar a los arquitectos a diseñar un nuevo teatro para el palacio y una ampliación de la capilla, diseñar un nuevo jardín inglés que contraste pero armonice con el existente jardín francés de setos geométricos construido tras el saqueo de los suecos en 1645, efectuar inventarios anuales de los almacenes del castillo donde se guardan las obras de arte y muebles que no se muestran en las habitaciones nobles, y muchas otras pequeñas tareas. Tampoco pensemos que Klaus descuida a su familia, pues tras la muerte de la joven polaca o livona en el parto en 1737, no tarda en casarse —sospechosamente poco después— con una antigua empleada de las cocinas que le dará otros cinco hijos que añadir a los tres mayores, de cuya educación se ocupará también.

---

*Por entonces Klaus  
llevaba ya una  
década —es decir,  
otra década— de vida  
errante por Europa, de  
nuevo como  
compositor libre.*

---

Estos años de felicidad terminarán en 1747 con la inesperada muerte por una pleuresía de su ilustre primo, que inspirará a Klaus algunas de sus obras más inspiradas, como la Misa de Requiem n.º 17 (calificada por Adorno en 1954 como de «escuchable»), los 24 primeros de los que serían los 75 Cantos Fúnebres a la Muerte del Príncipe Schuppanzigh (Grijander considera que el cuarto movimiento del n.º 37 cuenta con alguno de los momentos más sentidos de la música de Klaus, llegando a sonar en cierto modo como un epígono de sus coetáneos de la Escuela de Mannheim; Wissenheim ni siquiera

menciona el ciclo), o los Cuartetos para Instrumentos de Viento TWG 3827 N.º 1-9, que según Wissenheim no son sino obras de circunstancias compuestas para alguna troupe de músicos visitantes, pero que Grijander consideró sentidas cartas de despedida íntimas a su primo y a su reposada vida en el palacio de su infancia.

La subida al trono del nuevo príncipe, su tocayo Klaus XIV, llevará a Schuppanzigh de nuevo a una vida errante. Klaus XIV siempre consideró la tibia pasión por las artes de su padre como un afeminamiento innecesario —tanto más por su tibieza—, y de la noche a la mañana Klaus se queda sin encargos musicales, sin deberes como Kapellmeister, sin coro; todo en favor del nuevo regimiento de húsares del principado, orgullo y creación del nuevo príncipe, a cuyo entrenamiento y dotación según los más estrictos principios prusianos, franceses y suecos se destinará ahora la fortuna de la familia. Los Húsares de Schuppanzigh gozaron de merecida fama durante una década hasta su aniquilación en los primeros momentos de la Guerra de los Siete Años en 1756 a resultas de unas raciones botulínicamente mal envasadas.

Por entonces Klaus llevaba ya una década —es decir, otra década— de vida errante por Europa, de nuevo como compositor libre. Rebotará un poco por Francia, Italia, Venecia y Austria, pero hacia 1750 lo tenemos instalado en París, donde permanecerá hasta su muerte salvo por algunas escapadas a Londres (que le inspirarán las moderadamente conocidas 37 sinfonías Británicas).

De esta época proviene el único retrato que tenemos de nuestro compositor, un grabado aparecido en *Le Courant Mousiciel* (hon, hon, hon) de marzo de 1762, en el que aparece una reseña poco favorable de la última trilogía de óperas (Ricardo III, Ricardo IV, Ricardo V) de un «Chevalier de Schuppenzigh, de Hesse ou Hanovre». Ignoramos por qué esta falta de familiaridad del diario francés con nuestro compositor cuando éste ya debía de llevar una década en la capital francesa y sin duda su prolífica capacidad creativa no podía pasar desapercibida. Es singular, desde luego —tal vez atribuible al ancestral chauvinismo galo— la escasa repercusión que las obras de Klaus tienen en la prensa local: apenas media docena de reseñas detalladas cuando estos años la creatividad de nuestro compositor es un torrente imparable que cada semana lanza varias obras de longitud razonable a los escenarios de Francia y Europa; apenas unas pocas decenas de referencias en la prensa de la época. Voltaire relata en sus diarios la asistencia a un concierto en el que nos consta que se estrenaron dos obras de Klaus: apenas una mención de pasada a «dos obritas pasables de otro alemán». Sin duda hay que tener en cuenta el chauvinismo del gran viperino, pero —habrá por fin que admitirlo, como en su día lo admitieron Teufelsdröckh, Grijander y especialmente Wissnermeier!— todos los demás críticos de la época que se dignan a mencionar la obra de Klaus —que tampoco son muchos— tienen opiniones similares a la de Voltaire. En 1952 Adorno escribía a Teufelsdröckh aconsejándole «dejarse del estudio fútil de ese productor de banalidades pseudogalantes» y recordándole que tras el horror del Holocausto y dos bombardeos atómicos lo único que quedaba era dedicarse a ser registrador de la propiedad o fontanero. Pero Teufelsdröckh —que habiendo sobrevivido a Stalingrado, Kursk y Bagration en un batallón penal de la Wehrmacht no tenía mucha intención de hacer nada útil— siempre encontró conmovedora la convicción que Klaus —hasta el final— tuvo de que sus obras —por cantidad o por calidad— le harían inmortal, tal como cuenta en una carta de 1760 a su editor británico: «Tened por cierto que, como todas sus sinnúmeras primas y hermanas, estas 17 sinfonías en cuatro o hasta cinco movimientos (a la usanza bohemia, italiana o escocesa) serán sin duda recordadas en el futuro —y dígoles sin temor de ser acusado de soberbio— a la altura de obras de Micer Handel de Halle o Micer Bach de Leipzig o su hijo de Mannheim, todo esto sin desmerecer sus méritos». Desde luego que ni Wissenheim ni Teufelsdröckh ni Grijander presumieron jamás en que hubiera que dar la razón en esto a Klaus: en 1973 Teufelsdröckh escribía, tal vez desalentado por la edad o las secuelas de sus heridas del frente Oriental, que «si bien es imposible tener un conocimiento cabal de la gargantuesca, amazónica variedad de la obra de Karl von Schuppenzigh (sic), desespéro a veces de que en algún sitio de esa selva se pueda encontrar al menos una nota cuya aparición el oyente no sepa ver llegar desde un par de segundos antes». Este lenguaje inusualmente duro ya lo había usado Wissenheim noventa años antes, en los pocos y fecundos años anteriores a su trágica e inexplicable muerte. Es absurdo suponer que la música de Klaus es unánimemente mediocre, por supuesto. En 1989 Arteaga calificaba a al concierto n.º 12 para dos clarinetes y clarinete da basso WTG 12547 (no confundir con el concierto n.º 12 para dos clarinetes WTG 8479 o el concierto n.º 12 para clarinete y clarinete da basso WTG 27854) como de «interesante», por ejemplo. Otros críticos han destacado las resonancias handelianas de algunas obras de su última época como el *Te Deum* n.º 7 o la *Misa Solemne* n.º 4 (no confundir con la *Misa* n.º 4 de 1723, la *Misa de Navidad* n.º 4 de 1725, la *Misa de Acción de Gracias por la Victoria de Wolfe Ante Los Muros de Montreal*, [coloquialmente conocida como la *Misa de Gracias* n.º 4] de 1759 o la *Misa de Coronación* n.º 4 de 1740). Sin duda Klaus tuvo abundante oportunidad de escuchar —o tal vez incluso conocer— a Haendel durante alguno de sus viajes a Londres en la década de 1750, aunque ni Haendel ni ninguno de sus allegados parece haber mencionado jamás a Klaus o a su música.

---

*Sin duda Klaus tuvo abundante oportunidad de escuchar —o tal vez incluso conocer— a Haendel durante alguno de sus viajes a Londres en la década de 1750, aunque ni Haendel ni ninguno de sus allegados parece haber mencionado jamás a Klaus o a su música.*

---

Durante la última década de su vida Klaus Alois von Schuppanzigh (etc.) viviría un renacimiento creativo, componiendo una proporción importante de su catálogo, escribiendo una hexalogía de novelas libertinas de moderado éxito, varios poemas épicos (La Federicada, intento inacabado de gloriar las hazañas prusianas en la Guerra de los Siete Años, sería la gran frustración de los últimos años de Klaus, que en una carta de 1766 lamentaba la poca decencia de la Historia en recurrir por sí

misma al *deus ex machina*), así como de viajar por España, Francia, Italia, Inglaterra e incluso el Imperio Otomano (de donde se traería las 17 Sonatas Alla Turca, así como varias óperas sobre la vida en el serrallo), intentar con escaso éxito alternar con los enciclopedistas (se sabe que Diderot rechazaría educadamente una propuesta de colaboración, señalando que por desgracia no admitían artículos ya completos o escritos en francés macarrónico), y finalmente seducir a un número no por inverosímil menos realista de costureras, camareras, criaditas. En una carta de marzo de 1768, en la que adjunta sus últimos cuatro conciertos para piano, Klaus se siente satisfecho consigo mismo a pesar, dice, de que últimamente ha bajado la productividad en la misma medida en que ha aumentado la calidad.

Klaus Alois Walter Ludwig Christian von Schuppanzigh (en algunas fuentes Scheupenzeug, Escciuponciggi o Sciuponoccigo) muere el 18 de marzo de 1769 en París, de resultas de la ruptura de un absceso causado, según algunas fuentes, por pasarse muchas horas al día sentado ante el escritorio. Desde los años 60 la Fundación Schuppanzigh, fundada en 1952 por el veterano del Frente Oriental Johann Teufelsdröckh por razones que él siempre quiso achacar a las cosas que vio en Stalingrado, intenta promover su obra a pesar de las múltiples trabas que imponen la ignorancia, la crisis, la inflación de músicos tardobarrocos en la historia de la música y el aparente monopolio que una escasa camarilla de austríacos muertos ha impuesto en la música clásica, la falta de interés o los ratones que cada día en el archivo devoran y confirman para el olvido a uno o dos conciertos para oboe, una partita, un preludio que Karl Alois Walter Ludwig Christian von Schuppanzigh pasó días, semanas, tal vez meses puliendo con mimo con la esperanza de que la posteridad lo recordase más que a sus estirados primos del palacio, más que a esos estirados de micer Handel de Halle o micer Bach de Leipzig.

© J. A. Santos

---

**J. A. Santos** (Santiago de Compostela, 1984): Arquitecto de profesión, ha publicado diversos relatos en magazines online.

## OVACIÓN Y VUELTA AL RUEDO

por Eva María Medina

En una sala fría, un hombre serio, con bata y guantes blancos, observa a una serpiente con la cabeza machacada. El hombre pone música clásica. Coloca al reptil en una posición ventrodorsal y, con un bisturí, hace una incisión desde el cuello a la cloaca. Suda. Suda mucho. Frente, cejas... Con la manga de la bata, se quita el sudor. No dañaré ningún órgano, piensa. Con pinzas y tijeras, separa piel y músculos. Lo hace con mimo, casi con cariño. Al terminar, admira su trabajo. Limpia la mesa y coloca una lámina de corcho del tamaño del animal. Encima de la lámina sitúa el cadáver. Coge unos alfileres gruesos y pincha la piel, uniéndola al corcho. Despacio, con paciencia; siguiendo el curso de aquel cuerpo alargado. Primero, el lado izquierdo; después, el derecho. Al concluir, hace unas fotografías. Apaga la música y enciende una videocámara. Comienza la grabación. Expone las características del ofidio, añadiendo que ese ejemplar les llegó con la cabeza machacada. «Normalmente mueren por causas naturales.» Señala los órganos. «La tráquea», dice, «está formada por anillos cartilagosos incompletos, su porción ventral es rígida y el extremo dorsal es de naturaleza membranosa.» Fija la vista en el pulmón derecho. Lo exhibe. «Casi abarca todo el cuerpo.» Secreciones, mucosidad, un color blanquecino demasiado rojo. Mira a la cámara y habla de ello. Problemas respiratorios, piensa. Señala el izquierdo, más pequeño, diciendo que el funcional es el derecho. No así en el resto de reptiles. Con las pinzas mueve el corazón, mostrando ventrículo y aurículas. «Esta movilidad», indica luego, «facilita el paso de la presa por el esófago». Se imagina cómo esa telilla tan fina se dilata y por ahí pasan ratones, sapos, pájaros... Una digestión que puede durar días, incluso meses. Señala el tubo digestivo; de la boca a la cloaca. Explica que el jugo gástrico de las serpientes, al tener un pH muy ácido, le permite digerir los huesos de sus presas. Con las pinzas palpa el estómago, que tiene aire dentro. Se fija en unos puntos blancos, posibles parásitos, y hemorragias. Más golpes, piensa. «No hay cuerpos de grasa. Está muy debajo de su peso. El hígado parece sano.» Sitúa la vesícula biliar junto al páncreas y el bazo. Muestra dos riñones lobulados. Al dar con los ovarios, comenta que es hembra y explica las diferencias. Añade algo sobre los intestinos y se despide.

Apaga la videocámara. Se enjuga el sudor y pone la música. Cierra los ojos. Los arpegios lo envuelven. Se quita los guantes y se acerca al reptil. Palpa los anillos cartilagosos de la tráquea. Tan flexible, tan elástica. La rodea con los dedos y se ríe, mostrando unos dientes pequeños. Luego, hinca sus uñas y aprieta. De un tirón, la arranca. Se lleva un extremo a la boca y, con los dedos ligeramente arqueados, toca. Allegretto. Tres por cuatro. Laa sol si la sol si laaaaa sool fa sol fa mi reeeee... Cuando se cansa, tira la tráquea al suelo y escruta el cadáver. Coge las pinzas que mueve como si dirigiese una orquesta.

Detiene el brazo y, fijándose en la víctima, lo extiende como si blandiera una espada. Clava las pinzas en el hígado. Una y otra vez, hasta despedazarlo. Quedan trozos pegados a sus dedos que se limpia con el trapo. La melodía le deprime. Hay que seguir, seguir... Ahora agarra... las tijeras y trocea la vena cava. Se excita. Imposible parar. Mete los dedos en el estómago. Acaricia las paredes musculares. Aplasta con los nudillos la vesícula biliar, ese saco verde que le repugna. Extirpa ovarios, riñones, páncreas y bazo. Luego, taconeando sobre las masas viscosas con zapatos grandes y negros. Oye los aplausos. Escucha los oles, que braman. Se debe a su público. Coge los instrumentos. En la mano izquierda, las tijeras; en la derecha, el bisturí. Acerca las manos y alza los codos. Se sitúa frente al animal. Con los pies juntos inclina el cuerpo hacia un lado, da un salto, y clava tijeras y bisturí en el tubo digestivo. Aplauden, gritan. Saluda a la afición. Sujeta el trapo por la espalda con ambas manos, da medio giro, y lo levanta deslizándolo por el lomo de la serpiente.

---

*Palpa los anillos cartilagosos de la tráquea. Tan flexible, tan elástica. La rodea con los dedos y se ríe, mostrando unos dientes pequeños. Luego, hinca sus uñas y aprieta.*

---

¡Ole! El hombre se pone de rodillas con el trapo extendido sobre el suelo. Lo alza pasándolo de izquierda a derecha sobre la cabeza del reptil. ¡Ole, ole! Se levanta y saluda. Gritan su nombre, lo quieren. Mientras remata una verónica, sabe que no puede retardarlo más. Coge el bisturí y se concentra. Mira a la serpiente. Le corre un sudor frío. El estoque de muerte. Se lo debe. A su público. Se lo debe. Segundos, apenas unos segundos, y el hombre atraviesa el corazón del animal y lo extrae. Oye los vítores, las ovaciones. Se pasea por la sala empuñando el bisturí con el corazón ensartado. La multitud agita pañuelos blancos. El presidente otorga la lengua. El hombre abre la boca aporreada de la serpiente, estira la lengua del reptil y le da un tijeretazo. Rodea la mesa de zinc alzando la lengua bífida. El público brama. Le tiran claveles, tangas rojos, negros, que coge y huele mientras piensa en la próxima disección.

© **Eva María Medina**

---

**Eva María Medina** (Madrid, 1971) es licenciada en Filología Inglesa por la Universidad Complutense de Madrid. Sus cuentos han sido publicados en revistas literarias, españolas y latinoamericanas, y en diversas antologías. *Relojes muertos* (Playa de Ákaba, 2015) es su primera novela. Mail: [relojesmuertos@gmail.com](mailto:relojesmuertos@gmail.com). Web: [evammedina.blogspot.com.es](http://evammedina.blogspot.com.es). Facebook: <https://www.facebook.com/evamaria.medinamoreno>. Twitter: @EvaMedinae.

## LA ESPERA

por Enrico Boasso

Nubes de color rojo sombrío cubren casi enteramente el ángulo de cielo recortado por la ventana; el sol ya se ha puesto, baja lentamente la noche, comienza a terminar el día; mas no he logrado llevar a cabo mi proyecto. Quería solamente que hoy se sintiera mejor, que dentro de lo posible pasara una tarde agradable, que al menos en esta fecha especial pudiera superar la tristeza que la oprime. No obstante, he fracasado: he vuelto a casa sin un regalo, me han robado el dinero que había ahorrado a lo largo de la semana y, lo que más me aflige, no he podido ayudarla.

Desde hace más de una hora espero que se despierte. Me encuentro aquí, sentado en el piso, junto a ella; pero mamá continúa a dormir. Ha pasado los últimos meses derrotada, desmoralizada, abatida. Trascurre prácticamente todo el día recostada sobre el sofá negro de la sala, con la cara dirigida hacia el respaldo, recogida sobre sí misma, casi en posición fetal. Ayer se levantó solo para ir al baño; habló poco o nada; cuando sintió hambre, me indicó la cocina con un gesto de la mano; después comió en silencio, con la cabeza inclinada hacia abajo y el rostro escondido detrás de los cabellos; cuando terminó, posó el plato sobre la alfombra, se acostó, me dio la espalda de nuevo y empezó a llorar quedamente. Sé que se avergüenza de nuestra situación, y que se siente culpable por no haber logrado resolverla; mas no ha hecho nada de equivocado, simplemente hemos naufragado, y desde entonces flotamos solos a la deriva en un mar borrascoso, aferrados a una balsa de tablas atadas con cuerdas, la cual de seguro puede hundirse de un momento a otro.

Antes nuestra vida era muy distinta: Amelia trabajaba y mamá se ocupaba de la casa y me ayudaba a estudiar y a hacer los deberes; los fines de semana, si Amelia no se veía con ningún amigo, salíamos los tres juntos e íbamos al cine o paseábamos y cenábamos afuera. Cierta, discutían con frecuencia por múltiples razones y me parecían cansadas de enfrentar siempre los mismos asuntos que las dividían sin lograr nunca resolver sus diferencias, pero a pesar de todo esto éramos una familia, o al menos esto creía. Los problemas serios iniciaron con la crisis, cuando la empresa que había contratado a Amelia decidió despedirla junto con centenares

---

*Los problemas serios iniciaron con la crisis, cuando la empresa que había contratado a Amelia decidió despedirla junto con centenares de otros empleados para reducir costos.*

---

de otros empleados para reducir costos. Naturalmente, Amelia procuró conseguir otra ocupación; mas fracasó, y después de tres meses de esfuerzos inútiles se rindió. No lo admitió abiertamente; sin embargo, dejó de comprar el diario y de salir las mañanas para leer los anuncios de las agencias de trabajo. En un primer momento pasaba los días en silencio; a veces se sentaba a la mesa de la cocina y permanecía horas encerrada en sí misma. Después empezó a despertarse de pésimo humor: nada la satisfacía, se quejaba sin tregua y se enojaba excesivamente por cualquier nimiedad, sobre todo con mamá, con quien peleaba violentamente. La tranquilidad volvió solamente cuando llegaron a un acuerdo: Amelia emigraría, buscaría un nuevo empleo y, no bien hubiese podido mantenernos, nos habríamos reunido con ella.

El día que fuimos al aeropuerto rebosaba de entusiasmo. Como la salida estaba prevista para las tres de la tarde, llegamos hacia la una; mas no bien Amelia se presentó a la ventanilla de la compañía aérea, se enteró de que partiría con dos horas de retraso. Dado que deberíamos esperar, mamá sugirió almorzar. La vista desde el restaurante era magnífica. Delante de nosotros se desplegaban la torre de control, las pistas y una variedad increíble de vehículos y aviones; pero lo que llamaba particularmente mi atención, me fascinaba y absorbía era el poder observar por primera vez de cerca el rodaje, la carrera y el despegue de aquellos prodigios de la ingeniería.

Cuando finalmente llegó la hora de la salida, nos acercamos al embarque y nos despedimos. Amelia le dio un beso en la mejilla a Mamá, quien a su vez le deseó buena suerte. Acto seguido Amelia me abrazó, me atrajo hacia ella y me estrechó con fuerza contra su pecho; después, mientras sonreía y me observaba en silencio, me acarició lenta y suavemente la cabeza. Entonces, de improviso, se alejó de nosotros dos con paso decidido; mas no bien superó los controles aduaneros, se volvió e hizo un gesto con el brazo derecho que me pareció un saludo y al mismo tiempo una invitación a seguirla. Mamá contenía las lágrimas con dificultad; por mi parte, no podía dejar de pensar que en un mes o dos deberíamos volar. A continuación, nos dirigimos a la terraza y allí esperamos que partiera. Aunque sabía que no podía verme, cuando el aeroplano comenzó a rodar sobre la pista agité repetidamente las manos; en verdad, mientras el avión se levantaba de la tierra, exultaba de alegría. Mamá, en cambio, se mostraba apática, ausente; probablemente se hallaba absorta en nuevas preocupaciones que la afligían. No lo puedo negar, me molestaba su actitud: no lograba comprender ni el origen de su tristeza ni que temía. Aquel día no sólo creía que nos reencontraríamos en algunas semanas, sino también que los problemas se resolverían, que las peleas terminarían y, sobre todo, que pronto retomaríamos la vida que siempre habíamos tenido. En el autobús que nos llevó de regreso a casa me abstraí en un sueño de viajes y vuelos.

Pasados dos días sin noticias de Amelia, mamá se volvió ansiosa. Si un teléfono sonaba, dejaba inmediatamente aquello que estaba haciendo y corría a responder; pero cuando descubría que se trataba de otra persona, su rostro expresaba una profunda desilusión. Por cierto, también enviaba varios mensajes a Amelia cada día; mas todos estos intentos se demostraron vanos: no recibí jamás una respuesta. Poco después empezó a revisar el buzón tres o cuatro veces cada mañana; quizás en lugar de aceptar que no hubiera llegado ninguna carta, prefería creer que el cartero se retrasase.

---

*Cuando finalmente llegó la hora de la salida, nos acercamos al embarque y nos despedimos. Amelia le dio un beso en la mejilla a Mamá, quien a su vez le deseó buena suerte.*

---

Por mi parte, pensaba que mamá exageraba. Habiéndose trasladado a otro país, me parecía completamente natural que Amelia necesitase tiempo para organizar y ordenar su vida; en particular tenía que ver a ciertas personas que la ayudarían a integrarse y a buscar un alojamiento y un trabajo. A pesar de todo esto, con el pasar de los días, y aunque preferí callar, comencé a preocuparme. Me inquietaban no sólo la falta de una llamada o de un mensaje, sino también la imposibilidad de contactarla. Trataba de imaginar razones plausibles; pero como ninguna me convencía, me dominaba un malestar constante: una náusea y una sensación de angustia en el estómago

me perturbaban y me dificultaban concentrarme y estudiar.

Una mañana, aproximadamente una semana después de la partida de Amelia, mamá se levantó terriblemente agitada. Efectuaba varias tareas simultáneamente y deprisa sin detenerse ni siquiera un segundo. Por ejemplo, no sólo iba y venía de un extremo a otro de la cocina para preparar y servir el desayuno, sino también interrumpió varias veces esta actividad para lavar vasos y cubiertos y para enjuagar y tender vestidos que había enjabonado y dejado en remojo la noche precedente. En realidad, durante aquel día parecía dominada por una urgencia excesiva, como si hubiera sido forzada a actuar bajo una presión insoportable que la empujaba a llevar a cabo todos aquellos trabajos lo más rápido posible. Solamente por la tarde, cuando no resistió más la tensión y el agotamiento la venció, decidió sentarse sobre el sofá de la sala. Sin embargo, no había logrado calmarse, al contrario, de inmediato comenzó a susurrar una serie de eventuales explicaciones. Probablemente se habrá enfermado, murmuró mientras se retorció las manos, tendrá fiebre alta, sufrirá una sed intensa, y estará sola en la habitación de algún hotel sin que nadie la ayude; habrá tenido un accidente vial, sugirió como otra posibilidad, y habrá sido internada en un hospital; le habrán robado el dinero y el teléfono, prosiguió, y dormirá en la calle y para comer deberá mendigar. Lamentablemente, no cesó de imaginar imprevistos, desgracias y fatalidades hasta que se durmió poco antes del ocaso. Me daba cuenta de que la situación la desgastaba y que no podía evitar atormentarse. Tal vez había intentado mantenerse ocupada para alejar de su conciencia los temores que la afligían; pero luego se vio obligada a rendirse. La angustia crecía en su interior y tomaba posesión de su mente, de sus sentimientos, de ella misma como una vasta enredadera que se extendiera sin tregua. Como quiera que hubiera

sido, la noche de aquel día, seguramente a causa de todo esto, finalmente entendí que había sucedido. Se trataba de la razón más evidente, aquella que mamá había intuido; mas no pudiendo admirla, se había esforzado en negarla o por lo menos en huir de ella.

Poco antes de las cuatro de la madrugada me desperté de golpe de una espantosa pesadilla que no quiero recordar. Mientras me hallaba allí, en mi habitación, solo, a oscuras, agitado, ahogado y con el corazón que latía en la garganta, me asaltó una frase. Una idea desoladora surgió como un relámpago en medio de un cielo oscuro, sombrío, atravesó en un instante el caos de la jungla de sensaciones e imágenes que todavía me oprimían, y se formó inesperada y violentamente en mi consciencia. Y en el preciso momento en que pensaba las palabras sentía internamente con una certeza absoluta que ellas consistían en una verdad incontrastable: Amelia se había ido para siempre.

No bien logré calmarme noté un hecho manifiesto que hasta aquella madrugada no había advertido: si Amelia hubiera sufrido un infortunio, habríamos sido informados. Me sentía terriblemente triste y decepcionado. Había sido un ingenuo: mi deseo de volar no había sido sino una fantasía irrealizable, y mi voluntad de recuperar mi familia había sido solamente una ilusión que de improviso se disolvió en la nada. Y la felicidad que había conocido en aquel restaurante, y la esperanza de reencontrarnos en un no lejano mañana que aquel saludo de Amelia había despertado en mí, y la alegría, la emoción, la excitación que había experimentado en aquella terraza del aeropuerto habían sido producidas por una confusión, por un error, por una suerte de espejismo. Nunca hubiera podido imaginar que aquel almuerzo habría sido la última vez que habríamos comido todos juntos ni que después de habernos despedido no nos habríamos vuelto a ver. Se había tratado de un engaño: las promesas que nos había hecho, las actividades que habríamos compartido, los bellísimos lugares que habríamos visitado, aquellas interminables conversaciones sobre la vida que habríamos tenido habían sido una serie de mentiras, una densa y espesa cortina de humo concebida y desplegada no sólo para ocultar sus intenciones, para ganar tiempo y actuar sin ser molestada, o para partir sin verse obligada a dar explicaciones o a discutir, sino también para servirse de nuestra ayuda y de nuestro apoyo para llevar a cabo los preparativos de su viaje. Como quiera que hubiera sido, en algún momento decidió excluirnos de su futuro sin importarle todo aquello que nos sucedería. No me aflige tanto que se haya ido como que lo hubiese hecho a escondidas, en silencio, negándonos de este modo la posibilidad de hablar con ella para intentar convencerla de cambiar idea.

Aquella noche no logré volver a dormirme. Cuando me levanté aún no había decidido si afrontaría la cuestión, o bien si dejaría que mamá llegase sola a la misma conclusión; mas ya se había rendido a la evidencia. La encontré sentada sobre el sofá negro de la sala, con los ojos dirigidos hacia abajo y la mirada apagada, vacía, muerta. Me acerqué y la abracé fuertemente. ¿Por qué?, susurró, ¿cuándo lo habrá resuelto? Me he equivocado, agregó, lo presentía, pero no quería creerlo, afirmé mientras asentía moviendo ligeramente la cabeza. Acto seguido se volvió, escondió el rostro con las manos y empezó a llorar.

---

*No bien logré calmarme  
noté un hecho manifiesto  
que hasta aquella  
madrugada no había  
advertido: si Amelia  
hubiera sufrido un  
infortunio, habríamos sido  
informados.*

---

Siguieron días desoladores, opresivos, asfixiantes. Postrados por la situación, nos limitamos a efectuar solamente aquello que era absolutamente necesario sin hablarnos, salvo en contadas ocasiones: mamá continuaba encerrada dentro de sí misma, sentada casi siempre sobre el sofá, con la mirada perdida y colma de tristeza; en cuanto a mí, encontrándome invadido por la confusión y el desaliento, pasé la mayor parte de mi tiempo libre en mi habitación, acostado sobre mi cama, sin pensar en nada especial, sin leer, sin ganas de estudiar o de hacer los deberes. Me sentía aturdido y me faltaba la voluntad para realizar incluso las acciones más insignificantes, como si hubiera sufrido una paliza brutal y viviera en un estado de semi-conciencia. Pero una mañana, cuando me levanté para ir a la escuela, mamá me esperaba con la mesa servida. Se había maquillado, llevaba puesto un vestido elegante y en su rostro no se notaba ninguna huella de llanto. Se movía con decisión, llevaba a cabo las tareas domésticas sin la vacilación y el desgano que la habían dominado y, aquello que me



sorprendió particularmente, no estaba desmoralizada, al contrario, parecía haber superado el dolor. No le pregunté que tenía intenciones de hacer: era obvio que se había propuesto buscar un trabajo. Desayunamos y salimos juntos. Mamá volvió hacia las cinco de la tarde; estaba cansada, exhausta. Entró, me saludó sin mirarme, colgó el saco y la cartera en el perchero y se dirigió inmediatamente a la cocina, donde se preparó una suerte de almuerzo ligero. Esto se repitió con variaciones por aproximadamente una semana, hasta que comprendió que no importaba cuanto se hubiera esforzado, el resultado habría sido de todos modos vano: nadie la contrataría, no tanto por haber sido un ama de casa, por no haber tenido ninguna profesión, sino por la vastedad de la crisis.

Cada mañana, cuando viajo al centro de la ciudad, puedo constatar los efectos de esta realidad sobre las personas. Miles de mujeres, hombres y niños han perdido su fuente de sustentación y se han visto forzados a dejar la propia casa y a vivir y a dormir en la calle; a lo largo de la jornada vagan sin una dirección precisa o una meta preestablecida, se interesan solamente por los contenedores de basura que inspeccionan sistemáticamente uno después de otro con la esperanza de encontrar sobras de comida para lograr engullir algo; las veredas rebosan de desperdicios arrojados y desparramados sobre el piso por quienes separan de ellos botellas de plástico, latas de aluminio, papeles y cartones que posteriormente venden para ganar alguna moneda; y todo esto tiene lugar sobre el fondo de una serie incalculable de establecimientos comerciales quebrados: bares, restaurantes, negocios y agencias de servicios de toda clase en liquidación, cerrados recientemente o ya caídos en un estado de desidia absoluta se suceden casi sin solución de continuidad. Naturalmente, la gente se halla completamente alterada y los malos tratos se han convertido en la característica central de las relaciones entre las individuos: se discute agresivamente por una nimiedad; si alguien está apurado, en vez de pedir permiso empuja con fuerza para abrirse paso, lo cual suscita como reacción un agitado intercambio de insultos; y las sendas peatonales, e incluso los semáforos, se han vuelto prácticamente superfluos: sólo pocos automovilistas los respetan, al contrario, muchos conductores prefieren acelerar para obligar a los peatones a correr o a apartarse. Como quiera

*Cada vez que pienso en todo esto, incluso ahora mismo, en este preciso momento, me siento abrumado, invadido, sumergido por la vergüenza.*

que sea, cuando mamá comprendió que había sido condenada a la desocupación y que no podía hacer nada para remediar nuestra situación, se hundió en una oscura tristeza de la que todavía no se ha repuesto. A partir de aquel momento ha desatendido las actividades más habituales o comunes, en cambio, pasa la mayor parte del tiempo recostada en el sofá negro de la sala en el que duerme o yace en silencio, aunque en ciertas ocasiones también llora quedamente.

Encontrándome enteramente desorientado, no lograba imaginar cómo debía comportarme. Intenté confortarla y animarla: me acercaba, le acariciaba los cabellos, le daba un beso y, sobre todo, le hablaba para incitarla a levantarse y salir del abismo en el que había caído. Mas no respondía, no reaccionaba, al contrario, permanecía siempre apática, abúlica, desganada. Naturalmente, el desorden y la suciedad se apoderaron enseguida de la casa, y si bien comencé a cocinar, mamá comía poco y de manera discontinua. Ciertamente, habría podido hablar con alguien para pedir ayuda, pero sin parientes ni amigos a quienes dirigirme, ¿cómo habría podido explicar a una maestra o a un vecino que Amelia se había ido, que mamá subsiste oprimida por el dolor y la desesperación, que la casa se ha convertido en un depósito de basura y que no tenemos casi nada para comer? Habría sido imposible, absolutamente impracticable. Cada vez que pienso en todo esto, incluso ahora mismo, en este preciso momento, me siento abrumado, invadido, sumergido por la vergüenza. Por otra parte, tal vez habrían querido separarnos, y esto no lo habría podido aceptar. De este modo, cuando nuestros ahorros terminaron, me quedó una única solución: mendigar.

Aparentemente, el limosnear consiste en un oficio que no presenta grandes dificultades, que no exige preparación alguna y que cualquier persona puede ejercer; eventualmente sería necesario aprender a soportar la irritación y el rechazo que este trabajo genera. Quien nunca se ha visto obligado a humillarse para pedir dinero a desconocidos tal vez también piense que existe algún procedimiento para llevar a cabo esta actividad. Seguramente sería preferible acercarse a alguien que no tenga mucha prisa ni que se halle concentrado en un fin preciso, un individuo que, en cambio, se interese por aquello que lo rodea o cuanto menos que parezca abierto a los demás; en segundo lugar,

para atraer la atención sobre sí mismo, convendría relatar una historia penosa y conmovedora, pero verosímil y sobre todo breve, sin olvidar de mostrar una actitud abatida y de hablar con una voz suplicante; por último, no bien el rostro de quien escucha exprese compasión, incomodidad o incluso impaciencia o fastidio, resultaría indispensable pedir enseguida una moneda. No obstante, nada se aleja más de la realidad que aquellas conjeturas y esta descripción hipotética. En todo caso, el primer día que me propuse mendigar fracasó completamente.

Aquella tarde, cuando salí de la escuela, me dirigí hacia una de las avenidas principales del centro de la ciudad, y si bien me acerqué a varias personas, no logré pedirles dinero. Estaba aterrorizado: me dominaba una espantosa tensión interna que incluso me impedía abrir la boca. Soy muy tímido, de hecho, nunca me ha gustado hablar con gente que no conozco, y además me oprimía la vergüenza de deber humillarme delante de extraños por centavos, entonces, ¿cómo habría podido distraer de sus ocupaciones o peor aún molestar a mujeres y a hombres que no había visto antes, que no tenía ninguna relación conmigo y que no estaban en absoluto obligados a ayudarme? Y sin embargo, aquello que me imposibilitaba actuar era la eventual reacción de los demás: temía que se enojaran conmigo, me gritaran o me pegaran. Aquel día, cada vez que intenté mendigar, me asaltó un pavor terrible que me cerraba la garganta, me hacía temblar y me paralizaba.

Para resolver esta situación, decidí esforzarme en pedir favores a desconocidos. Por ejemplo, preguntaba la hora o donde se hallaba una calle a un transeúnte, o bien entraba en un negocio y con una excusa obtenía que un dependiente me diera una caja de cartón vacía. Unos días después, cuando mi inseguridad se había atenuado, finalmente logré mendigar. No se trató, sin embargo, de una victoria sobre mí mismo ni de un evento que merezca ser recordado, por el contrario, me sentía completamente abatido y envilecido. De todos modos, enseguida descubrí que me había preocupado inútilmente. Aunque algunas personas me rechazaron bruscamente, la mayor parte de los hombres y de las mujeres a los que me acerqué me ignoraron: fingían no haberme escuchado, miraban en otras direcciones o continuaban a caminar como si no me encontrara allí, junto a ellos, como si fuera transparente, como si no existiera.

---

*En todo caso, el mendigar se convirtió en una ocupación de tiempo completo, no sólo por el escaso número de personas dispuestas a ayudarme, sino también porque muchos otros se encontraban en mi misma condición.*

---

En todo caso, el mendigar se convirtió en una ocupación de tiempo completo, no sólo por el escaso número de personas dispuestas a ayudarme, sino también porque muchos otros se encontraban en mi misma condición. La consecuencia inmediata de esto fue que me vi obligado a dejar la escuela. Si bien siempre me había gustado estudiar, no puedo negar que me sentía aliviado. La razón reside en un único hecho: me había convertido en el hazmerreír de mis compañeros. Se trataba de una situación insoportable. Me humillaban constantemente tanto durante las horas de clase como en los intervalos: reían de mis zapatos rotos, me preguntaban si limpiaba el piso con el cuello de la camisa y, en vez de usar mi nombre, me llamaban esqueleto ambulante; y todo esto sucedía delante de los profesores, los cuales nunca intervenían.

De este modo hemos logrado sobrevivir. Ciertamente, no nos sobra el dinero, los suministros del gas y de la electricidad han sido suspendidos, y la casa se ha convertido en un caos de desorden, de suciedad y de basura que se pudre en el piso de la cocina y de la sala; mas por lo menos seguimos estando juntos. Como quiera que sea, hoy, en este día particular, y precisamente a causa de lo que hemos atravesado a lo largo de los últimos meses, habría querido aliviar la tristeza que la aflige. Había ahorrado unas monedas para comprarle un regalo: nada especial, tal vez una caja de chocolates, algo que la habría alegrado, cuanto menos que la habría distraído de su dolor; pero desgraciadamente he fracasado.

Esta tarde, mientras limosneaba en una estación del metropolitano, he sido agredido por un grupo de muchachos entre los catorce y los dieciséis años de edad. Probablemente habrán visto el monedero donde guardaba mis ahorros. Como estaba cansado y no había comido prácticamente nada a lo largo del día, me di cuenta de que se acercaban a mí cuando era ya demasiado tarde. Dos de ellos me afe-

rraron por los brazos para inmovilizarme, y mientras otros tres me pegaban en la cara, en el abdomen y en la espalda, quien parecía ser el jefe me ordenó entregarles todo mi dinero. Me rehusé y como respuesta fui de nuevo golpeado. Entonces alguien gritó que estaba llegando un convoy. Inmediatamente me tomaron de los tobillos, me voltearon completamente y, mientras me suspendían en el aire sobre las vías, me amenazaron de dejarme caer. Los vagones iniciaron a salir del túnel, sentí carcajadas y la sirena estridente del tren, noté que el maquinista gesticulaba agitadamente, y finalmente me rendí. Me arrojaron sobre el piso del andén y no bien tuvieron lo que querían, me escupieron encima, me patearon los costados y se alejaron de mí riendo. Las puertas de los coches se abrieron y la gente empezó a salir. Algunos pasajeros, los que me vieron, protestaron de mal modo, en cambio, quienes tropezaron con mi cuerpo, me insultaron. Cuando la plataforma se vació me arrastré lentamente hasta una silla de plástico rojo. Me levanté y enseguida sufrí un vahído. Me senté y me agarré fuertemente del asiento con la mano derecha y del respaldo con la izquierda. El dolor era espantoso, además me sangraba la nariz y una ceja; no pude hacer otra cosa que empezar a llorar.

Me sentía terriblemente frustrado e impotente, pero sobre todo estaba enojado. Lo que más me indignaba era el hecho de que cuanto había sucedido habría podido evitarse. Habría bastado que una de las personas que se encontraban en la estación hubiera intervenido. El miedo paraliza; mas no creo que haya sido este la única razón que permitió a los asaltantes proceder libremente. Después de la partida de mis agresores, cuando me arrastraba sobre el piso de la plataforma o mientras permanecía sentado y manifiestamente cubierto de suciedad, tierra y sangre, nadie, absolutamente nadie se acercó para preguntarme si necesitaba ayuda o si podía hacer algo por mí. Todos aquellos pasajeros sabían que estaba allí, que había sido atacado y que en aquel preciso momento estaba desesperado; y sin embargo fingían ignorar mi situación: se concentraban en el propio teléfono y tenían mucho cuidado de esperar el próximo tren de pie, lejos del grupo de asientos donde me había refugiado. Habría querido gritar, habría querido atraer su atención, habría querido dirigirme a cada uno de ellos para descubrir el motivo que los empujaba a actuar de ese modo; naturalmente, no lo hice: no habría servido para nada; probablemente habrán pensado que se trataba sólo de un chico sucio y esquelético de doce años que molestaba mendigando, una suerte de perro callejero y sarnoso, un animal repugnante y tal vez peligroso del cual convenía mantenerse a una distancia prudente.

---

*Me sentía terriblemente frustrado e impotente, pero sobre todo estaba enojado. Lo que más me indignaba era el hecho de que cuanto había sucedido habría podido evitarse.*

---

Volví a casa caminando. Poco antes de llegar entré en un supermercado. Cerca de la entrada, sobre un anaquel, en alto, a mi izquierda, se encontraba la caja de chocolates que habría regalado a mamá. Me alcé en puntas de pie, alargué el brazo, la tomé, miré el dibujo sobre la tapa, la giré, leí sus características, y la repuse en su lugar. Me parecía absurdo: se hallaba a pocos centímetros de mí, y sin embargo me resultaba absolutamente inalcanzable; y esto también valía para todos los productos que me rodeaban, incluidos aquellos con los que esta tarde habría preparado una cena especial: podía verlos, podía tocarlos; pero no habría podido

llevarlos conmigo. Me encaminé hacia la salida, mas me detuve antes de superar la línea de las cajas. Me volví y contemplé que hacía la gente: comparaban precios, elegían artículos, los introducían en sus cestas y, cuando terminaban su compra, se incorporaban a una fila y pagaban. Observé el ángulo donde se encontraban los dulces y de improviso pensé que me había convertido en una suerte de extranjero, de extraño, en alguien que ya no pertenece más al mundo en el que había nacido y crecido. Una mandíbula de acero me desgarró el abdomen: la angustia devino insoportable; dejé de inmediato el local.

Ahora me siento cansado, exhausto. Tengo hambre y frío, y si bien no sangro más, la cara y la espalda aún me duelen. Continúo sentado en el piso, con la nuca apoyada contra el sofá sobre el cual mamá está recostada; pero ella prosigue durmiendo. El rostro y las manos parecen heladas, y respira con dificultad, de manera irregular, inestable, casi imperceptible; ¿se habrá enfermado? No sabría que debería hacer ni con quien me convendría hablar; ¿cómo me gustaría que Amelia estuviera aquí! ¿Habrá al menos recordado la fecha de hoy? A veces me pregunto que hace a lo largo del día; qui-

siera saber a quien frecuenta, como es la casa donde reside, en que empresa trabaja y como pasa su tiempo libre. Tal vez no quería solo, como afirmaba, encontrar una ocupación adecuada a su experiencia, sino incluso empezar una nueva vida. Probablemente no soportaba más el hecho de verse obligada a hacerse cargo de nosotros dos, y el pantano de los conflictos sin fin no habrá ayudado. La crisis y el haberse convertido en una desocupada la devastaron, sin embargo, esta situación le ofreció una oportunidad para considerar nuevas opciones. Quién sabe hace cuantos meses o incluso años habrá empezado a madurar la decisión de alejarse de nosotros. Como quiera que haya sido, seguramente llevará a cabo su proyecto, cualquiera que este sea. Para recomenzar, para construirse una nueva existencia, no le faltará tiempo: Amelia es joven, tanto que nunca me permitió decirle abuela, debía, en cambio, llamarla siempre por su nombre.

Una vez creí que se había arrepentido, que había decidido regresar; pero fue mi deseo de volver a verla a confundirme. Una noche, poco antes de que nuestra situación precipitara, sentí pasos semejantes a los suyos. Enseguida me estremecí de la emoción y me concentré en los sonidos que provenían del pasillo externo, aquel que comunica los departamentos de nuestro piso. El ruido de tacos se acercaba, se hacía más preciso, más definido; a cada golpe sobre el suelo crecía mi tensión, temblaba ligeramente, el corazón latía con fuerza en el pecho; ha vuelto, me dije, todos los problemas se resolverán, mamá se repondrá, seremos de nuevo una familia; mas esta persona, esta mujer, no se detuvo delante de nuestra casa, al contrario, continuó a caminar, se alejó hasta que un instante más tarde una llave giró en el agujero de una cerradura, una puerta se abrió, luego se cerró, y finalmente restó solo el silencio, y un sabor amargo en la boca, la desilusión.

No lo puedo negar, la extraño terriblemente: desde su partida, sobre todo después de haber descubierto que nunca más habría vuelto, pienso continuamente en ella. En este preciso momento quisiera que se encontrara junto a mí y me relatará una historia, como hacía casi todas las noches antes de acostarse. En una ocasión me dijo que se trataba de una suerte de ritual que ya había usado con mamá cuando esta era chica: me acompañaba a mi habitación, se sentaba en mi cama y me leía; si no conocía o no entendía algún hecho, se detenía y me explicaba; terminada la lectura, me daba un beso, me acariciaba el rostro, me cubría con

---

*No lo puedo negar, la extraño terriblemente: desde su partida, sobre todo después de haber descubierto que nunca más habría vuelto, pienso continuamente en ella.*

---

una frazada, apagaba la luz y salía de mi cuarto. Si ahora pudiera elegir, le pediría que tomara mi libro preferido, o sea, aquel que narra las aventuras de varios héroes míticos: la del navegante que engañó y cegó un cíclope y que escuchó el canto de las sirenas sin sucumbir a ellas; la del príncipe que entró en un laberinto y mató una criatura con cuerpo de hombre y cabeza de toro; la del arquero enfermo que fue forzado a vivir en exilio por diez años en una isla remota; y la del comandante de ejércitos que sacrificó una hija para poder saquear una ciudad, y cuando regresó victorioso fue asesinado en su palacio mientras tomaba un baño por su esposa, quien a su vez fue luego ejecutada por su hijo menor ayudado por otra de sus hermanas para vengar la muerte del padre de ambos.

Otras veces conversábamos de sus intereses, de las actividades que realizaba en su tiempo libre, en sus vacaciones o durante sus viajes. Sobre todo, se complacía en hablar de sus visitas a un vasto y magnífico museo. Conservo siempre en mí el vívido recuerdo de su descripción de una pintura que amaba: la obra ilustra un grupo reducido de sobrevivientes de un naufragio al borde de la ruina definitiva. Me senté, me relató, sobre los cojines negros de un banco de madera largo, relativamente ancho y completamente plano que había sido colocado en una amplia sala de techo alto. En medio de una de las paredes de color rojo violáceo, prosiguió, se destacaba un cuadro de grandes dimensiones que representa una escena realmente ocurrida. Un comandante incompetente condujo una fragata a encallar en un banco de arena a decenas de kilómetros de la costa. La nave estaba condenada; pero los botes salvavidas no bastaban: mientras que alrededor de doscientos cincuenta individuos, entre los cuales se contaban el capitán y los oficiales, se sirvieron de estos para alcanzar la tierra firme, aproximadamente otras ciento cincuenta personas se vieron forzadas a construir una balsa. Esta embarcación de fortuna resultó ingobernable y la situación se deterioró rápidamente: a causa de varias disputas violentas, los barriles con agua dulce terminaron enseguida en el océano y quedaron únicamente los que contenían vino; pasada una semana, el hambre, el sol implacable, la

deshidratación y la locura empujaron a aquellos desdichados a arrojar al mar a los heridos para conservar las escasas raciones de alcohol, a suicidarse ahogándose y a la antropofagia; después de trece días de flotar a la deriva, la plataforma se hallaba ya a punto de hundirse; y es esta, agregó entusiasta, la circunstancia elegida por el artista: bajo un cielo sombrío, en la débil luz crepuscular que se filtra a través de las nubes, se forma a izquierda una onda que está por romperse sobre aquel precario conjunto de tablas y cuerdas; en primer plano se distinguen cadáveres, agonizantes y un padre devastado que sostiene el cuerpo inerte de su hijo entre sus piernas; al centro, en cambio, unos hombres divisan un bergantín: uno señala con la mano, otros tres, a pesar del agotamiento, intentan alzarse y alargan un brazo en la dirección de la vela, y otros dos acaban de sacarse las camisas y las agitan en el aire para llamar la atención; la tensión es altísima, quizás piensen que el socorro ha llegado, que la salvación está cerca, que el horror está por terminar; sin embargo, se equivocan: el barco se aleja y continúa su curso sin avistarlos; y sobreviene entonces ese momento en el cual la realidad precipita y toda solución se revela un espejismo, cuando se descubre que todo se ha perdido y que toda espera es vana, ese preciso y exacto instante en el que la esperanza se convierte en decepción, angustia o desesperación, y luego todo deseo se derrumba y resta solamente un desaliento opresivo.

Ya ha sobrevenido la noche. La casa está a oscuras y en silencio. La única iluminación proviene del exterior, de los faroles de la calle; sonidos apagados y lejanos de automóviles y motocicletas se filtran esporádicamente por los vidrios. En algunas ventanas de los edificios vecinos al nuestro hay luz. De seguro se trata de mujeres y hombres que cenan juntos sentados a una mesa, que hablan de lo que han hecho a lo largo del día, que bromean y ríen o miran un programa de televisión. Nada de excepcional, al contrario, estas personas son parte del mundo al cual también yo pertenecía hasta cuando fui expulsado del mismo unos meses atrás. Puedo contemplarlo desde afuera, puedo evocarlos en mi mente, sin embargo, se ha convertido para mí en algo del todo inalcanzable; como si un vidrio invisible e intangible mas irrompible me impidiera acceder a él. Cuando Amelia estaba por partir creía que en pocas semanas habríamos iniciado una nueva vida, en cambio, nuestro universo se ha derrumbado de improviso. Lo que hasta ahora no había notado y que tal vez nunca habría comprendido, si esta tarde no hubiera recordado cuanto ha acaecido recientemente, es precisamente que esa nueva existencia ya se ha realizado, solo que no es ni apasionante ni excitante, consiste simplemente en este presente que estoy atravesando. Como quiera que sea, no vale la pena seguir pensando en esto, no existe solución para nuestra situación. Quisiera solamente saber por qué hoy mamá todavía no se ha despertado. Normalmente a esta hora no duerme más. A veces toma una medicina para dormir, y acá en el piso, junto a su vaso, veo una caja de estas píldoras con sus dos blísters vacíos; pero no entiendo que sucede. De todos modos, cuando abra los ojos, y aunque no podré darle ningún regalo, la besaré, la abrazaré y la saludaré por su cumpleaños.

© Enrico Boasso

---

**Enrico Boasso** nació en Buenos Aires en 1963; durante su residencia en esta ciudad perteneció a la minoría italiana en Argentina. Es Licenciado en Ciencias Matemáticas y Doctor en Ciencias Matemáticas por la Universidad de Buenos Aires; ambos títulos fueron reconocidos por España e Italia. Trabajó como profesor e investigador de la mencionada universidad y como investigador científico del CONICET (Argentina); ha publicado trabajos de investigación en revistas especializadas. Desde el año 2005 reside en Trieste, Italia. Escribe en italiano y español. El relato "La Espera" es el primero que publica en español. Correo electrónico: [enrico.odisseo@gmail.com](mailto:enrico.odisseo@gmail.com).

## MICRORRELATOS

por Rolando Revagliatti

### REDACTOR

El chico que no habla es el hijo único de su fallecida única hija, y de su también fallecido yerno. Lo crió ella, viuda, al chico que no habla, su nieto. Es el chico que no habla quien redacta el breve texto que se inicia con: «*El chico que no habla es el hijo único de su fallecida...*»:

### HUIR

Claro que pensó en huir, harta de padecer la torpeza de los golpes de esa especie de marido colérico, de pésimo vino y borbotones de sevicia. También pensó en huir cuando su hijo cayera muerto por una bala *perdida*, entre los cohetes y petardos detonados por los chicos y adultos del barrio, después de transcurridos veinte minutos del año nuevo.

Pensó. Hasta que dejó de hacerlo. Después de veinte años la vieja sigue, loca, letárgica. Sigue huyendo.

### CORPULENCIA

Con semejante físico, es lógico, se da el gustazo de trompear, de vez en cuando, a escogidos cretinos en tren de patoteros. Ha noqueado, por ejemplo, a energúmenos choferes de colectivos. ¿Por qué limitarse a una discusión estéril, pudiendo escastrarlos? ¡Ha corregido a tantos, elevándolos con naturalidad por sobre su cabeza, agitándolos, hasta hacerles deponer actitudes necias, presuntamente arraigadas! Impuso siempre su corpulencia, y permítaseme enunciarlo así: su preclaro vigor, como factor desmoralizante frente a comportamientos repetitivos de groseros y malintencionados. Ya desde la niñez el admirable Hércules implementó los mentados recursos. Con las mujeres se contiene: se limita a la —también mentada— estéril discusión.

© Rolando Revagliatti

---

**Rolando Revagliatti.** Nació en Buenos Aires (ciudad en la que reside), la Argentina, en 1945. Publicó en soporte papel un volumen que reúne su dramaturgia, dos con cuentos y relatos y quince poemarios, además de otros cuatro sólo en soporte digital. Todos sus libros cuentan con ediciones electrónicas disponibles en <http://www.revagliatti.com.ar>. Ha sido incluido en unas setenta antologías: *Dramaturgia Latinoamericana: Argentina* (en República Dominicana, 2008); *Minificcionistas de 'El Cuento' Revista de Imaginación* (en México, 2014); *Poesía en el Subte* (1999), *Poesía Argentina Año 2000* (Tomo 1, selección de Marcela Croce, 1999), *MeloPoeFant Internacional* (bilingüe castellano-alemán, coedición en Perú y Alemania, 2004), *Pequeña Antología de la Poesía Argentina* (selección de Jorge Santiago Perednik, 2004), *Al Sur* (2008), *El Verso Toma la Palabra* (México, 2010), *Italiani D'Altrove* (bilingüe castellano-italiano, Italia, 2010), *El Cine y la Poesía Argentina* (selección de Héctor Freire, 2011), etc. Sus 185 producciones en video se hallan en <http://www.youtube.com/rolandorevagliatti>.

## ESPACIO, ESPACIO \*

por Carlos Suchowolski

Un día, y más exactamente una noche, notamos por primera vez que algo sucedía en el interior de las paredes, aunque no lo consideramos de excesiva gravedad. Los signos eran tan leves y esporádicos que no nos preocuparon, aunque debo reconocer que habíamos sido entrenados a lo largo de la vida para actuar con un talante resignado y pacífico, un tanto displicente, con notable indolencia y con la convicción de que debíamos dejar que las cosas transcurrieran a su ritmo; es decir, para que, en lo posible, a pesar de los malestares pasajeros, nada perturbara la rutina y pudiéramos seguir respirando con las mismas esperanzas.

El fenómeno, no obstante, fue poco a poco en aumento, indicando que algo proliferaba y se hacía más y más complejo allí dentro. No obstante, no fuimos capaces de ir más allá de asistir a ciegas, como con los ojos vendados y atados a las butacas ante una representación o como quienes sienten vergüenza de ser los primeros y quizás los únicos en abandonar la sala antes de que termine, provocando molestias, resentimientos y silenciosos gestos de venganza en los demás. De este modo, nos fue poco menos que imposible buscar, hallar y tomar medida alguna, y permanecemos a merced del tiempo, acunados a la deriva por la ingenuidad, el optimismo y la esperanza de un retorno a la normalidad, con la idea de que estábamos asistiendo al segmento creciente de la curva al que seguiría la pendiente marcha abajo. Mi mujer, puede que más pragmática, manifestó un aparente desinterés y apenas ponía la cabeza sobre la almohada se dormía como si no se escuchara nada. No obstante, aunque los inicios pareciesen poco amenazantes y la habituación progresiva, lenta y bien dosificada, permitiese justificar la conducta pasiva que seguíamos, debo reconocer que la amenaza se nos había anunciado desde el primer momento, desde los primeros y más sutiles pasitos inocentes, y que, a pesar de todo, nos negamos a tomar medidas, que intuíamos peores, antes incluso de que se nos ocurriera darles forma. ¿Cómo, por ejemplo, habríamos estado dispuestos a marcharnos y cambiar de casa, con todo lo que habíamos almacenado y acomodado allí dentro, con lo que nos habíamos acostumbrado a todo eso y a verlo donde lo habíamos colocado? ¿Cómo alejarse y empezar de nuevo en otra parte, en impensables condiciones de penuria?...

---

*El fenómeno, no obstante, fue poco a poco en aumento, indicando que algo proliferaba y se hacía más y más complejo allí dentro.*

---

Nos sentíamos presos en una trampa en la que no parecía imposible continuar viviendo.

Debo decir también que nunca nos engañamos con suposiciones fabulosas o mágicas; que siempre supimos que nos hallábamos ante una situación real (porque todo lo demás lo fuimos añadiendo, jugando con la imaginación a partir de hechos cuya objetividad nunca se nos ocurrió poner en duda). Tanto los primeros, los más tímidos pasitos, como, noches después, los primeros trotes, leves, infrecuentes e irregulares todavía, fueron atribuidos a andaduras y carrerillas verdaderas. Esas noches aún podía leer un rato antes de dormirme (porque los ruiditos no me distraían de manera continuada), y, precisamente me encontraba acabando, por suerte, una novela de Gombrowicz, donde, unas líneas, leídas contra aquellos golpeteos sincopados de fondo, que venían del otro lado con creciente insistencia, me llevaron a considerarlos muy relacionados —misteriosamente sin duda— con lo que esas páginas estaban describiendo; como ecos nacidos en realidad del libro (aunque noches más tarde, cuando ya lo había acabado y durante el breve paréntesis que como de costumbre abriera antes de dar comienzo a una nueva lectura —un intervalo que esta vez no se llegaría a completar—, comprendería que siempre había sido lo contrario, es decir, que habían sido ellos los que, dueños de la situación, trajeran hasta mí, codificados en morse, los pensamientos, las frases y los sonoros puntos suspensivos que había creído leer). En cualquier caso, aún después de convertirse en monótono, no se nos ocurrió tomar aquello demasiado en serio, y todas las cosas que nos vinieron a la cabeza con la intención de

---

\* Relato perteneciente al libro inédito *De lo que ya no está*.

explicarnos mágicamente el fenómeno, como lo de Gombrowicz, sólo fueron especulaciones desconcertantes que nos desarmaron por completo.

De todos modos, permanecemos muy atentos a lo que sucedía detrás de las paredes, o más bien, dentro de ellas, y conseguimos bosquejar, hasta un grado de precisión inverosímil, a qué podían deberse las diversas manifestaciones que llegaban hasta nosotros, leves al principio, esporádicas, luego *in crescendo*, multiplicándose y diversificándose, y en qué puntos concretos se localizaban creando líneas fragmentadas, arcos o segmentos en *zig-zag*. Los golpecitos iban de uno al otro lado a través del alma de los muros, de extremo a extremo de las paredes que se hallaban al frente, donde habíamos dispuesto la cómoda y un par de cuadros arriba, y, después, por las que estaban a los lados de la cama (sólo mucho después dejaron de respetar la pared en la que apoyábamos los almohadones al leer). A veces se concentraban, repicando en unas u otras zonas por vez, aunque dejando cada vez menos lugares sin ser visitados. Pronto comenzaron a cruzar de lado a lado de la habitación, girando en las esquinas y perfilando el marco de la puerta, como por debajo del suelo y, por fin, utilizando el techo, por el borde, atravesándolo en zigzag o siguiendo curvas definidas, arcos, cuerdas, parábolas, que nos parecían trazadas por geómetras telegrafistas que estuviesen haciendo mediciones del terreno y registrando los resultados de sus cálculos en la memoria ritual de sus recorridos.

---

*Era evidente que allí dentro, enfrente y a los lados, abajo, arriba, se libraban batallas de una fiereza y una incontinen-  
cia abrumadoras.*

---

Una noche, el ruido pasó a notarse especialmente, presentándose de modo más continuo e insistente y añadiéndose a los pasitos y estampidas habituales series prologadas de chillidos, que pronto parecieron constituir órdenes perentorias y desafíos o improperios que provocaban a su vez quejas y protestas. Pronto entendimos que se producían reyertas y en breve las tendríamos de manera frecuente y multitudinaria, no ya entre dos o tres individuos, sino entre grupos, manadas, clanes y, por fin, ejércitos que se verían envueltos en sonadas bataholas y violentas refriegas. Era evidente que allí dentro, enfrente y a los lados, abajo, arriba, se libraban batallas de una fiereza y una incontinen-  
cia abrumadoras, de francas pretensiones incondicionales que invitaban a permanecer al margen; con unos resultados que el silencio, que de tanto en tanto se imponía por un tiempo (volviendo, eso sí, a la presencia progresiva de los pasitos y las carrerillas), no podía más que transmitir cuan luctuosos y difíciles de superar debieron ser.

Todo esto, lo confieso, nos producía una gran consternación que, lógicamente, se remediada cuando, por fin, los ruiditos retornaban y el proceso iniciaba una nueva escalada, que, con toda nuestra fuerza, deseábamos que no repitiera la pasada virulencia. En esos lapsos respirábamos tranquilos, eso sí, cada vez algo más escépticos en el temor de que, alguna vez, todo concluyera con un colapso irreversible que, si bien nos podría liberar del agobio, pronosticara repercusiones igualmente indeseables para nuestras vidas.

Además, debo reconocer que los silencios que seguían a los grandes enfrentamientos bélicos nos mantenían en vilo, expectantes y a la espera de que todo volviera a empezar; algo que nos comenzaba a parecer patológico. Como si ya no pudiéramos vivir sin ellos.

En todos los casos, las noches transcurrían para nosotros cada vez con más dificultades para conciliar el sueño. La población del otro lado se multiplicaba de prisa después de cada crisis y, hasta que crecían, las crías se ocupaban de armar casi tanto alboroto, mediante sus penetrantes, sistemáticos, aunque inocentes chillidos, como durante las refriegas. Aunque estos eran dignos de ser tolerados, ya que nos llevaban a pensar en bebés faltos de suficiente leche materna, criaturas que imaginábamos tirando desesperadamente, con sus débiles dientes de leche, de unos pechos flácidos y desgastados, moribundos y sangrantes. Por otra parte, concluimos, el espacio en el que sin duda estaban creciendo los pequeñuelos debía ser lógicamente reducido como para permitir una convivencia aceptable. Las reyertas evidenciaban cuán difícil debía ser sobrevivir allí dentro, con unos recursos por lo visto escasos, y que tal vez fueran —como llegamos a pensar— inevitables. Todo eso nos sumía en una tristeza honda y una culpabilidad insoportable a la vista de nuestra espaciosa casa, en correspondencia con una impotencia que nos impedía movernos de allí, mientras todo progresaba.

Una noche nos despertaron sonidos diferentes a aquellos a los que nos habíamos acostumbrado y que,



cuanto caíamos rendidos en algún punto de la noche y nuestros extraños sueños los fagocitaban o integraban, parecían falsamente enmudecer. Estos, a diferencia de los anteriores, no cesaban más que por cortísimos descansos, y desde ese momento no se interrumpieron, al menos que nos conste. Eran sistemáticos, sincopados, maquinales, hasta el punto en que parecían provenir de cientos, de miles de carros de combate medievales, de enormes ruedas de madera y abrazaderas metálicas en movimiento; carros pesados que rodaban con evidentes esfuerzos sobre un terreno que debía ser rugoso y con la pendiente en contra. Se apreciaba la dificultad con la que lograban avanzar un palmo y cómo resbalaban muchas veces sin poder recorrer un mísero milímetro, fuera a donde fuera que pretendieran dirigirse. Las grandes ruedas giraban sin duda muchas veces en el mismo sitio, a veces durante largos intervalos, quizás por horas interminables, para engranar de golpe en seco y permanecer unos segundos, un minuto a lo sumo, en silencio; el tiempo de una expiración y una inspiración nueva tras el cual recomenzaba el trabajo, arañando la piedra del camino, trazándolo si acaso, por el que esos pesados carros buscaban en apariencia afianzarse y ganar algo de terreno. Era sin duda una visión imaginaria, pero capaz de permitirme comprender la naturaleza de los nuevos ruidos.

De nuevo, como era inevitable, permanecemos expectantes, sin vislumbrar lo conveniente (aunque, igualmente, lo que hubiésemos decidido no habría servido ya de mucho, como descubriríamos en breve). En cualquier caso, alelados en la cama, pegados con temor el uno al otro, asistimos al paso lento de las horas durante aquella sobrecogedora noche, sufriendo por anticipado ante la desgracia que se nos auguraba. Era evidente que se preparaba una contienda mayúscula, tal vez definitiva, que nosotros no nos sentíamos en condiciones de detener. Tendría lugar esa misma noche, que nos pareció interminable, en la que nos sentimos hundirnos bajo el fragor del ritmo de timbales y poleas, engranajes en marcha y resbalones abruptos, constantes, sin variaciones, rítmicos como arcaicos tambores de guerra o golpes de una infinidad de martillos sobre igual número de yunques, y del resoplar de fuelles alineados trabajando al unísono, allí, alrededor nuestro, del otro lado, abajo en el subsuelo, arriba, envolviéndonos como desde lo que cada vez más nos parecían los infiernos, tan ilocalizables y omnipresentes como habían sido considerados siempre; desde dentro. Se trataba de un ruido ensordecedor de tanto en tanto suspendido por los mencionados segundos de silencio de esos supuestos atascos que no obstante acababan superándose (aunque un par de veces nos pareció escuchar, con la dificultad del ensordecimiento que afectaba a los oídos y la posibilidad concomitante de que los estuviéramos imaginando, es decir, enloqueciendo, susurros perentorios, cortas órdenes emitidas por voces decididas que sonaban distantes y que nos recordaron a jefes militares japoneses de películas de guerra). Por lo demás, tampoco nos oíamos el uno al otro, más aún cuando nuestras voces sólo pretendían darnos ánimo en los momentos en los que el farrago se hacía más contundente y, gracias a ello, cuando los pequeñines no nos pudieran escuchar, si es que lo hacían, y suponer que pretendíamos vencerlos o desearles el fracaso. Estábamos el uno contra el otro, abrazados por momentos, buscando cada cual un recoveco propio o corriendo a reencontrarnos en cuanto estallaba otro trallazo que nos dejaba en suspenso.

---

*De nuevo, como era inevitable, permanecemos expectantes, sin vislumbrar lo conveniente (aunque, igualmente, lo que hubiésemos decidido no habría servido ya de mucho, como descubriríamos en breve).*

---

Para mayor desasosiego, percibimos que una fuerza inexplicable nos estaba empujando hacia arriba, con cama y todo, pasito a pasito, milésima a milésima, tan sutilmente que no habíamos notado cuándo comenzó, haciéndose cada vez menos sutil hasta hacernos por fin dar saltos hacia arriba, con audibles redobles que sonaban dentro de las paredes huecas acompañando los ya secos golpes que permanecían reverberando hasta detenerse unos instantes y volver a empezar, más y más y más. ¿Era todo aquello tan sugestivo y dominante como para que, de algún modo, del modo en concreto como lo vivíamos, percibiéramos la pesadilla tan fehacientemente, ya no sólo a partir de lo que habíamos creído estar oyendo sino de esa sensación de movimiento, de los impactos y de la suspensión, que violaba todas las leyes en las que se basaba nuestra certidumbre?...

De golpe, nunca mejor dicho, sufrimos una violenta sacudida simultánea contra los cuatro costados de la cama, que crujió como por el efecto de una gigantesca prensa.

Desconcertados, ya no pudimos seguir tomando aquello a la ligera. Teníamos que saber lo que pasaba. Y hacer algo. De modo que estiré la mano (ella también debió hacer lo mismo por su lado) con el ob-

jeto de alcanzar el interruptor del velador, pero mi mano chocó, antes de lo previsto, contra la pared, que estaba completamente pegada a mi costado, a ras del borde de la cama y el colchón. No obstante, el instinto me dijo que la lámpara no podía haber desaparecido, tragada por la pared o algo parecido (aún tenía la certeza de lo que era sólido, lo que era líquido y lo que era vaporoso, lo que era inerte y lo que podía tener vida), de modo que mi mano, algo dolorida a raíz del impacto, tanteó sobre la colcha buscándola hasta que, ¿por suerte?, dio con ella, ¡y con los restos despedazados de la mesita de noche que también habían sido lanzados sobre nuestra cama! (Con el alboroto de timbales y chirridos, no pudimos escuchar el progresivo quebrarse de las maderas y la destrucción de muchas de nuestras preciadas cosas...).

No obstante, el velador, al menos el mío, ¿por suerte?, funcionaba y, al accionar el interruptor, la bombilla se encendió deslumbradora poniendo en evidencia las ruinas. Fue un auténtico latigazo en pleno rostro, que hirió nuestra habituación a la oscuridad, para al momento desvelar una visión dantesca: estábamos metidos, con cama y todo, en una auténtica caja, una caja apenas más amplia que el espacio que ocupaba la cama con nosotros dentro y un montón de escombros, cristales, maderas rotas y demás destrozos; un espacio que a su vez comprobamos que continuaba estrechándose hacia el centro, acercando a la vez el techo hacia nosotros mientras la cama ascendía y los laterales del bastidor de metal crujían, doblándose hacia adentro y engulléndonos entre las sábanas y el colchón.

Y mientras nos abrazábamos, voluntaria pero también involuntariamente sin remedio, sucumbimos a lo que debimos suponer que acabaría sucediendo: que aquellas decenas de millones de criaturas contumaces y voluntaristas, tras las duras penalidades y múltiples desencuentros que noche tras noche estuvimos pacientemente comprendiendo, terminarían uniéndose a las órdenes de algún mando supremo para lograr, separando las paredes de sus anclajes y elevando el suelo hasta más allá del techo, conquistar el espacio que necesitaban a costa del que queríamos nosotros tanto.

© Carlos Suchowolski

---

**Carlos Suchowolski Kohn.** Nació el 16 de enero de 1948 en Mendoza, Argentina, y vive en España desde 1976, actualmente en Madrid. Publicó sus primeros relatos en la prensa de su país, siendo premiado por uno de ellos ("Pupilaje") con el tercer premio en el concurso organizado por el diario *Mendoza* en 1968, con el autor argentino Marco Denevi de jurado. En 1988, resultó finalista en el concurso internacional de cuentos que organizó la editorial Ultramar por el cuento "Comer con el pico y batir las alas hasta que haya máquinas en el cielo" que se publicó en la antología *La fragua y otros inventos*. Publicó desde entonces relatos y microcuentos en diversas revistas impresas y electrónicas de España, Hispanoamérica, Bélgica, Bulgaria, Italia, Francia, Alemania y USA, en el original y en traducciones a los respectivos idiomas. Fue seleccionado en tres ocasiones por la Sociedad Española de Ciencia Ficción, (dos en 2004 y una en 2007), para integrar sus colecciones anuales de "los mejores cuentos" escritos en el año anterior a juicio de los responsables de cada selección. En 2007, Mandrágora le publicó la novela *Una nueva conciencia*, revisada y reeditada en 2013 en Amazon. En 2009 fue finalista en el Concurso *Kan de Oro* que se celebró en el marco del Congreso de Ciencia Ficción y Fantasía de Sofía, integrando la antología que el Congreso publicó al año siguiente. Fue seleccionado para la antología argentina *Primeros exiliados*, las francesas *Lectures d'Argentine* y *Le livre d'or du Monsieur Dinosaur* en homenaje a Monterroso a cargo del grupo *Tradabordo* de las Universidades de Burdeos y de Poitiers. Participó en el Congreso Internacional de Narrativa Fantástica celebrado en Barcelona en noviembre de 2012 con una ponencia sobre el tema de "lo fantástico" y en el siguiente, de 2014, con una ponencia sobre "los monstruos perdidos de la modernidad". En 2014 editó en Amazon la colección de cuentos *Once tiempos de futuro* (revisión de una frustrada edición en Argentina), cuya traducción al alemán está en marcha. Su relato "Si una mala jugada del tiempo" (que compone los *Once...* antes citados) fue traducido y publicado en 2016 al alemán como parte de una antología de escritores españoles y americanos, *Rund um die Welt*; y en inglés en *Amazing Stories*. Ha terminado una segunda novela, *La botella precintada*, la segunda colección de relatos *De lo que ya no está*, una colección de cerca de cien microrrelatos y proyecta otra serie de cuentos, una novela corta para niños (igualmente iniciada) y el desarrollo de algunas de las ideas que ha publicado en sus blogs con vistas a un ensayo.

## FUNDÉ TROYA

por Gisela Vanesa Mancuso

**a**

Fundé Troya.

Enseguida ardía.

El campo abre un sendero, entre espigas, cuando sueño.

La guerra fue con armas literarias.

Saqueé al mundo en el que la hoguera sería el ataúd donde prendió el fuego.

El río me da miedo. El agua me teme. En sueños no puedo tirarme. El pie se sumerge. Escalofrío.

Destruí poblados. Dominios. Campos donde se concentraba el control del mal.

(Cuando borrás con la palma, hermano, nubes consteladas en una guitarra, lanzás la flecha desde el arco que no volverás a usar).

*Marraka* es la palabra. El signo no pretende lo que significa.

Grité cuando todos estaban muertos. Pude gritar cuando Troya se desvaneció en la última página del libro. Desaparecida. Como personaje grité: ¡*Marraka*!

Escalofrío. La garganta del demonio en dios.

Pude. Pude gritar cuando estaba muerta.

**aa**

La casa hundida. Oblicua, borracha, te miro desde afuera. Enderezo la persiana apenas levantada. La ventana. Me acerco. El vidrio siempre derecho. Erguida, tomo distancia. La *Aurora*. Águila guerrera. Con el nivel, no puedo medir la transparencia. Aleteo. No. No burbujea el mercurio. Tengo fiebre.

Me espío desde afuera. Sobre la mesa, anteojos; el libro de Troya cerrado; manuscritos con enmiendas y tachaduras.

Estoy fundando otra aldea.

**aaa**

¡*Marruma*!, grito.

El pájaro que entorna la puerta de roble a la madrugada. ¡*Ma-rru-ma*!, canta, en una sílaba de asma.

**aA**

Tus ojos verdes detrás del fuego azul de la hornalla. Veo.

¿Todavía tenés sueños después de la vida cuarteada?

El fuego azul detrás de tus ojos verdes. Veo.

## **A**

En una ilíada construí el continente.

Vinieron de otros mundos del primer mundo. Abrieron los ojos. No pestañaron. Los ojos abiertos durante la estadía.

«El asombro», decían, «lo habíamos perdido».

«El asombro, señora, porque aquí no hay nada».

## **Aa**

Epifanías.

El agua hierve. Salta la tapa de la pava.

La canilla gotea sobre el punto más blanco del piletón.

La botella transpira sobre la mesa.

Escribo sobre una hora en blanco, que era una hoja en blanco, que era el otoño blandiendo el cuchillo contra el invierno.

## **Aaa**

La gata duerme. Se despereza.

El pájaro de la madrugada llora entre las tejas y el cielo raso. Abre una puerta hinchada: todas las noches me pide que entre.

## **Aaaa**

La casa oblicua. El vidrio sucio.

Me acerco derecha a la ventana derecha. Me retracto: nada es transparente.

## **AaA**

No hay libros sobre la mesa.

El continente se tiró de cabeza al agua.

Cuando sueño le temo al río y el mar me teme.

## **AA**

No está la casa. Ni el vidrio.

El terreno es un campo de espigas, que se abre como un Jordán, para que camine hacia el sol sin mojarme.

El pájaro, en la entrada, me canta que entre.

© **Gisela Vanesa Mancuso**

---

**Gisela Vanesa Mancuso.** Técnica Superior en redacción - Escritora - Coordinadora de talleres literarios - Redactora en periódicos. <http://giselamancuso.wixsite.com/gisela-mancuso>.

## EL ARMARIO

por Ramón Araiza Quiroz

En el armario se ponían los manteles de mesa para los platos de cenas especiales, los cuchillos y tenedores, así como las cucharas ocupaban otro cajón. Las pequeñas cucharitas de plata estaban en un cajón especial; era el más pequeño del mueble. La abuela Dolores había dado indicaciones al carpintero hace muchos años: Quiero que este armario tenga un cajón muy pequeñito, así lo habría dicho seguramente.

Una noche de lluvia intensa, como la que azotaba el día que el carpintero le avisó a la abuela que ya había terminado su encargo, llegó un señor que decía venir a comprar el mueble. Extrañamente alguien le abrió la puerta, así sin más, sin preguntas pasó. El señor caminó por el corredor acompañado de Tobías: el perro que un día llegó de la calle con una plaquita en el pecho con su nombre grabado. El señor se detuvo en el jardín principal de la casa. El patio central contaba con dos maravillosas fuentes. La abuela Dolores le llamaba el jardín de los espectadores. Contempló el patio, se llevó una mano a la barbilla y se acercó un poco al perro: acarició la cabeza de Tobías. Después se sentó junto a uno de los pilares del corredor y se recargó en él. El perro se echó a su lado.

De una de las recámaras salió una joven de mediana estatura. Caminó, sin mirar a los ojos al señor, y cruzó el patio hasta a la habitación opuesta a la de ella. Tobías ladró. El señor hizo un movimiento de mano a manera de saludo a alguien más. Sí, de otra recámara salieron seis personas, a ellos les había saludado. Hablaban entre sí, cuchicheaban y el señor dirigía ahora su mirada hacia otro lugar. Tobías empezaba a quedarse dormido a su lado. La abuela Dolores hacía años que no vivía ya, las épocas la habían acabado, no pudo resistir más y un día anunció que muy pronto se iría para siempre, y lo cumplió. La abuela Dolores era una mujer fuerte, pero contra el paso de los años nadie puede. Los huesos le rechinaban, tenía arrugas que contaban historias propias y ajenas a ella; otras arrugas en su cuerpo se mantenían en silencio.

---

*De una de las recámaras salió una joven de mediana estatura. Caminó, sin mirar a los ojos al señor, y cruzó el patio hasta a la habitación opuesta a la de ella.*

---

Las seis personas se separaron: una regresó a la habitación de donde todos salieron; otra se retiró de la casa y una más avanzó por el corredor hasta perderse en la distancia, como un recuerdo, como las costumbres olvidadas de generación en generación. Las demás se fueron al comedor. La lluvia había disminuido su intensidad y las gotas transparentes y brillantes caían sobre el sombrero del señor que ahora se había colocado justo en medio del patio. Así como acarició a Tobías, ahora acarició el agua de la fuente central, aunque con la fuente primero lo hizo con su mirada, después con una de sus manos. Lo hizo en varias ocasiones, movió el agua con pétalos aquí y allá. Había también pequeñas hojas que en algún atardecer habían caído. Hojas que lo resisten todo. Tobías se durmió junto al pilar, era un buen animal, respiraba la tranquilidad del ambiente y no tenía nada de qué preocuparse, para él no había mañana, todo era presente. Estoy soñando, diría si la mascota hablara.

La jovencita de mediana estatura regresó para anunciarle al señor que la mesa estaba servida. El olor a chocolate amargo y pan recién horneado acompañaron sus palabras. El señor inclinó la cabeza a manera de agradecimiento y caminó hacia el comedor donde estaba el armario, en el sitio de siempre, donde la abuela Dolores había pedido que lo pusieran.

Se sentaron a la mesa y del cajón más chico la jovencita sacó las pequeñísimas cucharas de plata, las colocó al lado de los platos y sirvió una cena extraordinaria. El ventanal dejaba entrar los sonidos de la calle y los filtraba hasta los oídos de los comensales:

—Buenas noches...

—Sí, es una noche fresca...

—La lluvia se calmó mucho ya...

—Ven, Pablito, ya llegó tu papá...

En el comedor la conversación era nula. Todos saboreaban la cena.

El señor hizo una oferta:

—Puedo darles \$15,000 pesos mexicanos por el armario y lo que guarda en sus cajones. Me llevaría el retrato también con el pago.

—Se miraron unos a otros y la jovencita vio el retrato de la abuela sobre el armario.

Tobías despertó, se estiró y se alejó del pilar, después se alejó del patio y de las fuentes.

—Está bien, les ofrezco \$20,000. Me lo llevaría ahora mismo.

La jovencita volvió a ver el retrato de la abuela Dolores.

El silencio que se alojaba en el comedor permaneció ahí. Sin embargo, el agua de las fuentes comenzó a inquietarse y la puerta del comedor se cerró violentamente. Tobías ladró al fondo de la casa; en algún sitio donde se había vuelto a echar para nuevamente dormir. El retrato de la abuela Dolores se mantenía en su lugar. Nadie se movía. Nadie decía nada.

La jovencita retiró los platos y todo sobre la mesa. Después, tomó las cucharitas de plata, sin usar, y las metió en el pequeño cajón del armario.

El señor agradeció la cena, se levantó y salió del comedor. Se dirigió una vez más a una de las fuentes y miró el agua. La acarició con su mano como tratando de tranquilizarla. Caminó lentamente hacia la puerta principal acompañado por la jovencita: el olor a chocolate y pan persistía en el comedor. Se quitó el sombrero y se despidió con una leve inclinación de su cabeza. La joven cerró el portón y regresó al comedor con una sonrisa.

—\$20,000 pesos. ¡Qué iluso! Las cucharitas de plata y el retrato de la abuela valen más que eso. El armario es lo de menos. El marco del retrato es de oro. Esperemos a que llegue alguien que nos ofrezca mucho más.

Tobías entró al comedor y se echó al lado de la jovencita. Sobre el patio principal había caído la totalidad de la noche. El armario, con el retrato de la abuela y las cucharitas, seguiría en su lugar por mucho tiempo más. Habría que esperar una gran oferta. El agua de las fuentes protestaría cada vez que alguien no llegara al precio justo.

© Ramón Araiza Quiroz

---

**Ramón Araiza Quiroz.** Escritor mexicano. Autor de la novela *Ojalá mi pareja leyera este libro*, un best seller de la Editorial Selector. La novela *38 de junio, Rebeca no sabe lo que sucederá en esta extraña fecha*. Ha publicado más de una veintena de cuentos y un poemario titulado *11 de septiembre, La Urbe*. Su página es [www.ramonaraiza.com](http://www.ramonaraiza.com).

## “EL ALEJAMIENTO DEL PUNTO DE PARTIDA” (LA CASCARAÑA. Cuarta Parte)

por Edgardo Hernández Mejía

Quizás por el agotamiento que le produjo a Mateo el largo encuentro con uno de sus amigos de infancia, o por los numerosos recuerdos llegados a su mente aquella noche, fue que cayó profundamente dormido en una vieja mecedora de caoba de la sala de su casa. Ocasión en que soñó haber vivido, la calurosa noche del 12 de julio del 2014, una entrañable tertulia en la famosa taberna «LA CASCARAÑA», ubicada en la ruta hacia la Presa de Sabaneta de San Juan de la Maguana. Reunión a la que asistieron sus más allegados condiscípulos de la niñez, en la etapa en que ya todos se encontraban en la madurez de la vida.

Según la fantasía onírica de Mateo, todos sus viejos amigos que se presentaron la referida noche a «LA CASCARAÑA», luego de mencionar su nombre y comentar algo sobre los lejanos tiempos de las aulas de la escuela primaria, expresaron lo esencial del desarrollo de sus años de adultez.

En aquel sueño el primero en hablar durante la tertulia fue Vinicio, quien recordó a los presentes que él era el niño que frecuentemente llegaba tarde a la escuela con la excusa de que residía muy distanciado del centro de enseñanza. También dijo que fueron de su autoría muchos de los apodosos con que se identificaban a sus condiscípulos en aquella lejana época; tales como El Pinto, Mico, Fefita, Macatuerca, El Charro, etcétera.

---

*En el evocador sueño de Mateo figuró Rogelio como la tercera persona que se dirigió al público en la fantástica tertulia de sus amigos de la niñez.*

---

Después contó Vinicio que se había matrimoniado dos veces. La primera ocasión con Altagracia, una joven enfermera oriunda de Las Matas de Farfán, con la que procreó a sus hijos Vinicito y Altagracita, y en la segunda oportunidad lo hizo con María Antonieta, con quien no había tenido descendencia. Además, informó que emigró a New York durante la década de los años ochenta por razones económicas, pero que al tomar aquella decisión, justo el 30 de junio del 1983, no pensó en la posibilidad de nunca volver a residir en su país de origen, ni imaginó que lograría adaptarse plenamente a aquella «Babel de hierro», a pesar de los crudos inviernos y los sofocantes veranos que se viven allá. Conforme al sueño de Mateo, su amigo Vinicio llamó con insistencia a Deiro, el muy atento mesero de «LA CASCARAÑA», para ordenar un brindis colectivo de vino tinto, cerveza rubia y ron añejo, el cual pidió que fuera anotado en su cuenta personal.

Más adelante, se levantó de su asiento Margarita para comentar que en su niñez era muy delgada, y que siempre asistía a la escuela peinada con dos trenzas, las cuales le hacía su abuelita materna todas las mañanas. Agregó que en el 1982 se fue a residir a Santo Domingo con la finalidad de estudiar ingeniería en la universidad estatal, donde conoció a Hermógenes, quien luego fue su esposo, con el que procreó tres hijos que ya son mayores de edad.

Esta participante en el interesante encuentro coincidió con lo manifestado por Vinicio, en el sentido de nunca haber imaginado a la hora de partir de San Juan, que iba a irse de su terruño para siempre. No obstante, aseguró que guardaba en lo más profundo de su memoria las vivas imágenes de su lejana infancia, la que añoraba y en ocasiones le hacía humedecer los ojos; sobre todo cuando cantaba villancicos con sus pequeños nietos en época de navidad.

En el evocador sueño de Mateo figuró Rogelio como la tercera persona que se dirigió al público en la fantástica tertulia de sus amigos de la niñez. Este mencionó que su conducta más característica en el aula era la facilidad con que se distraía al dibujar en las últimas páginas de sus cuadernos, aviones y barcos de guerra en imaginarios combates. También recordó la vez que fue enviado al despacho

del director de la escuela, con fines disciplinarios, luego de haber reñido con Carlitos, porque le voceó repetidas veces «cabezón, cabezón de melón».

Relató después que había abandonado la comunidad porque su padre, quien era el colector local de la oficina de impuestos, fue trasladado a la provincia de Barahona, y que en aquel lugar residió junto a sus familiares alrededor de tres años. Contó que luego se mudaron todos al municipio de San Cristóbal, cuando su padre quedó sin empleo en el 1986 con el cambio de gobierno, y que años después se dedicó al comercio en la mencionada comunidad sureña; actividad que ejerció durante cierto tiempo con relativo éxito. Finalmente manifestó que nunca se había casado ni procreado hijos, pero que prácticamente adoptó a su sobrino Luis, quien estuvo acompañándolo aquella noche. Entonces levantó su copa de vino tinto y pidió brindar por la salud de todos los presentes.

Acto seguido, dentro del sueño de referencia, le tocó el turno a Ricardo, entusiasta personaje que antes de dirigir algunas palabras a sus viejos compañeros de infancia, pidió a Deiro, el dinámico y gentil mesero de «LA CASCARAÑA», que sirviera a los contertulios la bebida de su preferencia. Entonces recordó a los presentes que en la velada escolar navideña del año 1979 él fue quien realizó el papel de San José, en la escena del nacimiento del Niño Dios en Belén, y Eugenia había protagonizado el personaje de la Virgen María, con un hermoso muñeco en sus brazos que representaba al Niño Jesús. Luego se refirió a que trabajaba desde hacía muchos años en una cadena hotelera con asiento en Punta Cana, cerca de Higüey, y por ese motivo pasaba parte del año laborando en cruceros que navegan por las islas del Caribe. En cuanto al aspecto familiar, expresó haber contraído nupcias con una dama de Puerto Rico, a quien había conocido en el ejercicio de sus actividades turísticas. Agregó que tuvo un solo hijo, y que éste desde temprana edad fue a residir a La Florida, junto a sus abuelos maternos.

---

*Relató después que había abandonado la comunidad porque su padre, quien era el colector local de la oficina de impuestos, fue trasladado a la provincia de Barahona, y que en aquel lugar residió junto a sus familiares alrededor de tres años.*

---

Rato después, habló a los presentes otra dama, Rosa, quien en la fantasía de la citada reunión comentó que en su niñez fue una amante de los deportes; por lo cual aprovechaba diariamente los recreos de la escuela para jugar volibol con las compañeras de sexto grado. Manifestó, además, que a pesar de no haber sido muy buena estudiante, casi todos sus condiscípulos la recordaban por su actitud amistosa y por su vieja costumbre de llevar flores para adornar el escritorio de la maestra, así como por haberse comportado siempre con optimismo y alegría. Rosa expresó, para finalizar su participación en la tertulia, que trabajaba desde hacía muchos años como maestra en la zona sub-urbana de San Juan de la Maguana,

específicamente en una escuela primaria rural; por lo que se sentía muy impresionada y alegre con el retorno a su tierra de tantos compañeros de infancia, a los que desde hacía muchos años no veía ni sabía de sus vidas. Entonces pidió al tabernero Deiro que repitiera el servicio del ron añejo, vino tinto o cerveza rubia a los presentes que así lo desearan, a fines de realizar un brindis de pie por la salud de todos los asistentes a aquel encuentro y porque se repitiera pronto otra reunión similar.

En aquel inolvidable sueño tuvieron cabida las coloridas imágenes de las fiestas escolares de cada diciembre, realizadas con motivo del cierre de la docencia por la celebración de la navidad y el año nuevo; ocasión en que salieron a relucir Andresito, Pepillo, Carolina y Tavito, por haber sido quienes tradicionalmente armaban y decoraban el árbol navideño de la escuela. Del mismo modo, afloró la reminiscencia de los variados disfraces que preparaban los estudiantes para las fiestas del carnaval, y el recuerdo de los trabajos manuales ejecutados por cada alumno durante el mes de mayo, con el objetivo de llevarlo a los respectivos hogares el día de Las Madres. También surgieron entonces conmovedoras imágenes de los ensayos para el montaje de las veladas que se organizaban para conmemorar las fiestas patrias, los veintisiete de febrero y los dieciséis de agosto de cada año.

En torno a la mesa larga sin mantel, ubicada en la parte central del salón principal de «LA CASCARAÑA», aparecieron sentados uno al lado del otro, Elpidio, Alvarito y Lorenzo, quienes por conversar entre ellos, en ocasiones descuidaban la audición de lo que expresaba algún ex alumno que hacía uso de la palabra. Por esa razón cuando le tocó el turno a Cristina, lo primero que hizo fue



calificar a los antes mencionados compañeros de infancia como «los Tres Mosqueteros», porque, según afirmó, no se habían cansado de sentarse juntos ni de hablar constantemente, como lo hacían cada día en el aula, cuarenta años atrás.

Después del momento jocoso, Cristina se expresó con notorio dolor. Confesó sentirse muy sola en la vida por no haber logrado encontrar pareja, y estar residiendo sin más compañía que la de Chany, su fiel mascota, en el décimo octavo piso de un alto edificio de una zona muy poblada de Boston, adonde emigró junto a sus padres desde que terminó la escuela secundaria en la década de los años ochenta. Después de una pausa, Cristina pidió a los presentes ponerse de pie con la finalidad de observar un minuto de silencio en memoria de Johnny, su compañero de promoción en la escuela básica, quien deplorablemente falleció a destiempo, luego de un breve, pero abnegado y ejemplar ejercicio de la profesión de médico.

Más adelante, en las imágenes del sueño de Mateo apareció Felipe, otro viejo compañero de la niñez, el que se elevó espiritualmente para exclamar con voz vibrante y ojos humedecidos que en todos los lugares, los buenos amigos de infancia que integran una determinada promoción en la escuela primaria, con el paso de los años se alejan para siempre; como le sucede al árbol, que logra ser muy frondoso y lozano, pero con el transcurso del tiempo todas sus hojas van separándose de los ramos y dispersándose, para nunca más volver a encontrarse con el tronco que una vez les dio verdor al reunirlos en su seno.

La muy calurosa madrugada de aquel 12 de julio del 2014, Mateo despertó sudoroso y sobresaltado, entre añoranzas, nostalgia y sollozos.

© **Edgardo Hernández Mejía**

---

**Edgardo Hernández Mejía** nació en Santo Domingo, República Dominicana. Es Abogado, escritor e investigador de temas históricos. Actualmente es miembro de la Corte Suprema de la República Dominicana, Profesor de la Pontificia Universidad Madre y Maestra, miembro colaborador de la Academia Dominicana de la Historia y miembro de número del Instituto Duarte. Dentro de sus obras más conocidas se encuentran: *A Partir de Nuestros Designios*; *El Contenido de la Patria*; *El Arte Durante la Guerra de Abril*; *La Vida en Marcha*; *Choque de Luces*; *Liborio entre Flores y Fuego*; *El Día que Quitaron la Frontera* y *Nochebuena en Santo Domingo Viejo*. Dentro del campo jurídico ha publicado seis libros sobre temas de Criminología, Derecho Inmobiliario y Jurisprudencia. Correo electrónico: [edgarhernandezm@hotmail.com](mailto:edgarhernandezm@hotmail.com).

## POR UNA CABEZA

por Domingo Alberto Martínez

*Por una cabeza  
de un noble potrillo  
que justo en la raya  
afloja al llegar,  
y que al regresar  
parece decir:  
«No olvidés, hermano,  
vos sabés, no hay que jugar»*  
Carlos Gardel

Don Cornelio Manso del Sotillo, sobrino del marqués de Feria y Loscorrales, condestable del Porco, tesorero de la muy noble orden de San Lamberto de Zaragoza y señor de la Virgen de Estercuel, alcalde de minas, a la sazón, de la villa imperial de Potosí y, por más señas, recién casado, era un viejo crápula y disoluto, un perturbado, estragado tras años y años de libertinaje sin freno. El muy gentil caballero, a sus setenta y tantas primaveras —«la flor de la edad, ciertamente», solía decir Su Ilustrísima con una sonrisa de iguana—, había decidido sentar cabeza ante los ojos de Dios y lo más granado de la sociedad virreinal, esto es, banqueros, racioneros, capellanes, capitanes generales, muy ilustres alguaciles de la Real Audiencia de Charcas; allí estaban los infanzones, los hijosdalgo, los cristianos viejos con sus valonas blancas y sus jubones negros, y, en los primeros bancos, las alegres cortesanas, ricamente enjaezadas, con sus collares de perlas y sus brocados de Flandes. Para celebrar el enlace, don Cornelio escogió la suntuosidad plateresca de la catedral de Santa Onerosa y, como oficiante, al padre Angeliño Espíritu, gallego y franciscano, reputado de santo en toda la provincia por levitar entre pulgada y pulgada y media justo al consagrar la hostia.

La agraciada, pobrecita, era apenas una niña, novicia del convento de la Inmaculada, recién salida de las faldas de las monjas. Don Cornelio había pagado su peso en oro. Y como quien se da el capricho de una yegua cordobesa quiere desde el primer momento hacer uso de la misma, y lucir su gracia y su donaire, y montarla, y trotar y aun cabalgar a todas horas, así quiso él hacer uso y aun abuso de sus derechos conyugales. El viejo era un libertino, lo había sido toda la vida, y cubría a la muchacha como si él fuera un bigardo y ella, la pobre, pobrecita, una tierna beguina. La insultaba, la abofeteaba, le reprochaba su beatería, su falta de gracia, la llamaba china, loba, zamba prieta, la humillaba cada noche para diversión de los criados más indiscretos, que escuchaban junto a la puerta o agazapados entre los arcones. Le desgarraba el corpiño con los tentáculos de los dedos y, a mordiscos, con los cuatro tocones de los dientes, le cosía los pechitos blancos y el botón de los pezones.

---

*La agraciada,  
pobrecita, era  
apenas una niña,  
novicia del convento  
de la Inmaculada,  
recién salida de las  
faldas de las  
monjas.*

---

La muchacha, doña Catalina, lloraba sin consuelo. Lloraba y sollozaba, mientras su marido resoplaba como un fuelle. Lo hizo durante meses, hasta que ya no pudo soportarlo; y un día, corriendo, huyendo sin aliento, perdida en un laberinto de histeria y pasadizos, acabó por dar con las caballerizas. Allí conoció a Juanillo, el mozo de cuadras —un efebo mestizo, de piel cobriza, con los ojos grandes, negros como ascuas—, que también la conoció a ella.

El arrabal minero despertaba con el alba. Todos los días, a la incierta luz del amanecer, cientos de hombrecillos, los llamados mitayos,<sup>1</sup> iban asomando de sus madrigueras. Éste bostezaba, aquél se persignaba, el de más allá se acuclillaba y comenzaba a hacer fuerza. Luego unos y otros se dejaban ir, lentamente, entumecidos por el sueño todavía. Indios, cholos, moriscos, criollos, mulatos huesudos, de mirada huidiza, que chapaletaban en el barro y no dejaban de avanzar. El viento soplaba del norte, a ráfagas. Era un aire brusco, sucio de polvo. Se les enroscaba en los brazos, entre las piernas, los zarandeaba con fuerza nada más salir de casa; y sin embargo, ninguno se detenía, a pesar del cansancio y del frío, y de la losa del hambre, que les hacía encogerse y blasfemar a cada paso en media docena de lenguas distintas. Caminaban en fila de a uno o bien en pequeños grupos, hombro con hombro, igual que una recua de mulas. Dejaban atrás el poblado, aquel apretujamiento de rancherías, de cabañas y zahúrdas, y atacaban sin demasiado entusiasmo las primeras rampas del cerro.

El Cerro Rico descollaba poderoso y tranquilo, dominando el altiplano como una atalaya en el corazón de los Andes. Por su aspecto árido y terroso, por su tamaño y aquella marabunta de mineros que día tras día encharcaba sus laderas, que subía y bajaba y era engullida por los sumideros de las bocaminas, hacía pensar en un termitero humano. Más de un siglo había pasado desde que los españoles lo abordaran con sus picos y sus ansias de riqueza. En todo este tiempo, sus entrañas otrora de piedra y plata maciza se habían ido transformando golpe tras golpe en un amasijo de galerías y resquebrajaduras. Encrucijadas, bifurcaciones, pozos ciegos, socavones. Los mineros se afanaban, se arrastraban, trepaban a pulso, se descolgaban como arañas por las grietas más peligrosas. Cientos, miles de hombres topo, tan sucios de polvo y mugre que en lugar de carne y hueso parecían hechos de barro. Resonaban los gritos, los golpes de las barretas, y ellos picaban, picaban, picaban, cercados por la oscuridad, entre la confusión y el ruido. Picaban durante diez o doce horas, a veces durante todo el día —un día entero, sepultados bajo tierra— si por cualquier motivo doblaban turno.

---

*También Juanillo rezaba. Pensaba y pensaba, se devanaba los sesos y no podía creer la mala suerte que tenía. La humedad bajo tierra era una argolla que le apretaba el cuello.*

---

Escarbaban en las paredes con cien aparejos distintos, todos primitivos, la mayoría de ellos comido por la herrumbre. Alguno incluso lo hacía con las uñas, a mano desnuda, porque era tan pobre que no podía permitirse ni siquiera una rasqueta. Llenaban los costales hasta los bordes, se los cargaban a modo de zurrón y emprendían el viaje de regreso. Y rezaban, ¡vaya si lo hacían!, como hubiera rezado el más incrédulo entre los hombres de haber estado en su pellejo. Rezaban porque el camino era largo y el aire les quemaba como un trago de aguardiente. Rezaban porque los cestos, cargados de mineral, no bajaban de

las siete arrobas, porque jadeaban como perros en verano y los travesaños de las escaleras chirriaban de humedad sólo con poner la vista encima. Rezaban, sobre todo, para no tropezar. Porque sudaban, y el sudor les irritaba los ojos, pero les faltaban manos para frotárselos, sujetando el cesto a la espalda, apoyándose en las paredes, rezando para que la vela que llevaban atada a la frente no se apagara, justo entonces. Por eso rezaban, para no tropezar, a pesar de las tinieblas; para no resbalar y escurrirse por una brecha y rebotar entre las rocas y reventar, igual que una sandía, al estrellarse contra el suelo.

También Juanillo rezaba. Pensaba y pensaba, se devanaba los sesos y no podía creer la mala suerte que tenía. La humedad bajo tierra era una argolla que le apretaba el cuello. Levantaba el pico sobre los hombros y casi enseguida comenzaba a sudar; a los pocos minutos, el calor se volvía insoportable. El muchacho arremetía contra la roca. Golpe tras golpe, la galería se iba convirtiendo en una nube de polvo, de tierra, partículas de azufre, arsénico, plomo. Picaba, picaba, el polvo le arañaba bajo los párpados. Picaba, jadeaba, los ojos le ardían; intentaba respirar, pero se sofocaba. Tosía y escupía, y tenía que buscar una chimenea que trajese un poco de aire fresco del exterior para no caer redondo al suelo. Entonces pensaba en doña Catalina, cada vez que se le nublaba la cabeza. Los habían descubierto una noche, un mozo de espuelas, en las caballerizas de don Cornelio. Desde aquel momento su vida se había convertido en el vestíbulo del infierno. El Cerro Rico era un lugar hostil e inhumano. En el poco tiempo que llevaba cumpliendo condena, había visto a viejos carga-

---

<sup>1</sup> Mitayos, trabajadores forzados. Indígenas obligados a trabajar al servicio de la corona durante un periodo de tiempo determinado.

dos de arrugas, de hambres, de inviernos, de hijos; a niños expósitos, pequeños esclavos, que tosían y tosían y, a la entrada de las minas, molían la roca y cernían el polvo del mineral. Había visto a hombres hechos y derechos llorar como niños, y a otros que se arañaban el cuello con los garfios de los dedos como si quisieran hurgarse hasta los pulmones para poder al fin respirar.

Los días pasaban sin dejar apenas rastro. Día tras día pasaban los meses, y Juanillo sentía como si todo alrededor se fuera diluyendo. Avanzaba casi a ciegas, a trompicones. Respiraba aquel aire espeso, lo masticaba, aquel aire metálico y venenoso. Subía, bajaba, recorría toda una maraña de minas, galerías, corredores transversales. Atravesaba los túneles más angostos, los más inhóspitos, reptando la mayor parte del tiempo, con miedo de que el próximo temblor lo enterrara para siempre. A veces no podía evitarlo y, cuando la oscuridad se le anudaba a la garganta, dos gruesas lágrimas le resbalaban por las mejillas. Lloraba en voz baja, Juanillo, y con un poco de vergüenza. Lo hacía cuando sentía el mordisco de la fiebre y estaba solo, él solo, perdido como un náufrago. Tragaba aire a bocanadas, se detenía un instante, escupía a un lado y, entre un golpe y otro, le daban ganas de tirarse a un pozo de cabeza para acabar de una vez por todas con aquella vida miserable.

Con todo, lo peor eran los ojos. El sudor le empapaba el cuello, el pecho, la espalda, le corría con un escalofrío por los riñones y las corvas. El muchacho parpadeaba, picaba y parpadeaba. Tenía las uñas astilladas, llenas de tierra; cada vez que se frotaba el sudor era como si le atravesaran las pupilas con una aguja. A las pocas semanas de llegar al cerro los párpados se le habían infectado; se le llenaron de legañas, costras de pus, pequeñas llagas. Juanillo apretaba los dientes, entornaba los ojos, que le ardían, y seguía trabajando. Cuando el dolor era tan agudo que casi no podía ni respirar, masticaba hojas de coca. Todo el mundo lo hacía bajo tierra. La coca le amodorraba, le ayudaba a sobrellevar la angustia, la soledad, el dolor del hambre. Más tarde, al terminar la jornada, se acurrucaba lo mejor que podía dentro de alguna grieta y rezaba hasta caer dormido. Otros se emborrachaban. Bebían vino de quema, chicha de maíz, bebían y bebían y, al volver a casa, pagaban su frustración con sus mujeres, mientras los niños berreaban. El muchacho sólo tenía a su patrona, la Virgen de la Cabeza. Era a ella a quien imploraba, noche tras noche, con fervor de flagelante. Pero cada día era el mismo día. La esperanza se le escurría entre los dedos como si fuera arena fina, y el mozo Juanillo ya se veía hecho un despojo. Un viejo escuálido, tembloroso, afilado como una lasca, que deambula a tientas por las galerías más profundas, las abiertas en plena roca, a cientos de pasos de cualquier otro minero, y tan lejos de la superficie como lo está un pobre indio de la tribu yanacona de Su Sacra y Católica Majestad, el rey de España.

---

*Los días pasaban sin dejar apenas rastro. Día tras día pasaban los meses, y Juanillo sentía como si todo alrededor se fuera diluyendo. Avanzaba casi a ciegas, a trompicones.*

---

No es conveniente dejarse llevar por el desaliento, ni lamentarse por la derrota antes incluso de entrar en combate, pues hasta los galeotes que viven amarrados al remo alimentan la secreta ilusión de ser liberados un día. Juanillo perdió un ojo, el derecho; pero justo cuando pensaba que iba a quedarse ciego, sumido en la oscuridad más penosa, y rezaba, y se atormentaba, y se tiraba de los pelos, soñó con la voz de doña Catalina, que le susurraba tiernamente al oído: *fiat lux!* Y al despertar volvía a ver tan claro, aunque sólo fuera por un ojo, como no lo había hecho desde que lo encerraran bajo tierra. Para terminar de redondear la casualidad, que siempre habrá quien llame milagro, ocurrió por aquel entonces que el alcalde de minas entregara la cuchara, arrastrado hasta la huesa por sus ardores juveniles y sus ínfulas de Amadís octogenario. Cuentan las malas lenguas en los mentideros de la villa que al viejo se le había secado la mollera; que se bebía los días enfrascado en sus libros de caballerías y que las noches se le hacían cortas a lomos de doña Catalina. Cuentan que si fue ella misma, en el ardor del combate, la que dejó caer como sin darse cuenta lo oportuno de una expedición contra los indios rebeldes de la frontera; y quién mejor que todo un caballero de San Lamberto<sup>2</sup> para encabezarla, susurró suavemente, para sojuzgar aquellas marismas insalubres en

---

<sup>2</sup> San Lamberto de Zaragoza, patrón de los labradores. Su amo lo decapitó por no renegar de Cristo. El milagro viene descrito en el *Acta Sanctorum* del padre Bolland. San Lamberto recogió su cabeza del suelo y, ni corto ni

nombre del rey y ganar para la Vera Cruz las almas idolátricas de sus moradores. El alcalde de minas era un hombre anciano, irresoluto, que de primeras no dijo nada. Sólo picaba, picaba, rumiaba y resoplaba. La idea le seducía, se solazaba, la acariciaba, ya casi relinchaba. Tan buen sabor de boca le dejaba que no dudó en hacerla suya; y antes de una semana, para llevarla a cabo sólo faltaba fijar la ruta y ponerse en marcha.

La expedición era un despropósito. Iba a ser una merienda de negros, pues don Cornelio, a caballo, más que don Cornelio parecía don Quijote. No hay más cera que la que arde, murmuraba la gente en las iglesias mientras hacía cola para confesarse; y es que aquel hombrecillo mustio y desgarbado, que tan bien se conducía en el lecho de Venus, en el campo de Marte era un auténtico zote. El manípulo le sonaba a griego, la falange macedonia a árabe bereber, y puesto ya un pie en el estribo, todavía no era capaz de distinguir entre una gola y un gorjal, ni sabía a ciencia cierta para qué diantres se empleaba un bacinete, de no ser para lo excusado. Así y todo, allá que va el bizarro don Cornelio, todo gravedad y empaque, con el cabello recién teñido y una nueva dentadura de marfil y alambres de oro. Le sigue una tropilla de mercenarios mal pagados, un negro, un fraile, el cocinero, el cronista de la villa, dos chihuahuas peleones, Saladino y Bayaceto, un barbero, un mozo de espuelas, algunas acémilas con la impedimenta y media docena de mestizos ganapanes. Ya podría haberle acompañado un escuadrón entero de monos voladores o los trescientos elefantes de Aníbal, que el resultado hubiera sido el mismo. Los salvajes chiriguanos, sin más ropa que sus tatuajes, no tuvieron piedad de ninguno. Los derribaron con sus hondas de las cabalgaduras. Desollaron a los soldados, vivos todavía. A los peones no los dejaron ni revolverse. Se comieron a los chihuahuas, que el Señor los guarde, y a don Cornelio le cortaron la cabeza.

---

*La noticia causó un revuelo fuera de lo corriente. Pasaron semanas, y en la villa imperial parecía que no hubiera otro tema que ése. Doña Catalina se convirtió en viuda de la noche a la mañana.*

---

La noticia causó un revuelo fuera de lo corriente. Pasaron semanas, y en la villa imperial parecía que no hubiera otro tema que ése. Doña Catalina se convirtió en viuda de la noche a la mañana. El luto la hermozeaba, contrastaba con la suave palidez de sus facciones. Ella lo sabía, sabía que los hombres la observaban, que se detenían al verla aparecer y la seguían con la mirada, que se recreaban con la turgencia de sus atributos; y se dejaba ver, todas las tardes, camino de la iglesia de las Angustias, con sus elegantes vestidos de seda negra y encaje, y una lágrima rielando en los lagos de sus ojos melancólicos, siempre a punto de caer. Mientras tanto, el mundo entero parecía girar en torno a su marido. Las

fuerzas vivas de la ciudad acuñaron una tirada limitada de medallitas de cobre con su efigie. Se organizó una colecta para sufragar un busto nuevo en la plaza del Regocijo. Hubo jornada y media de volatines y acróbatas, cabras saltarinas, vacas enmaromadas; y como colofón y fin de fiesta, por San Cornelio, llegó lo inesperado. Por orden del nuevo alcalde y, según parece, a instancias de doña Catalina, se hacía saber que todo aquel que llevara más de cuatro años trabajando en el cerro sería considerado libre, siempre y cuando no fuera por causa de sangre ni por cualquiera de los delitos perseguidos por el Santo Oficio. Los pregoneros se desgañitaban por las esquinas, y en las corralas y los mercados eran las comadres las que no daban abasto. Unas se hacían lenguas de la nobleza de la viuda. Otras, las menos, torcían el bigote y decían que si aquí había gato encerrado.

Lo que nadie sabía es que doña Catalina todavía recordaba con cariño y cierta nostalgia las noches pasadas en las caballerizas. Cuando se hincaba de hinojos a la vista de todos y fingía rezar con una devoción impostada, no era por su marido por quien pedía; ni fue tampoco por los mineros, aquella sucia turba de gandules y borrachos, por quienes se arrodilló frente al nuevo alcalde de minas y, abrazándole las rodillas, gimió y lloró y suplicó largo rato, igual que una Magdalena, hasta que lo sintió suspirar y ablandarse. Pero esto nadie lo supo ni lo sabría nunca, ni siquiera su confesor, el padre Angeliño Espíritu, que a la vejez gozaba de una beatífica sordera. Si algo había aprendido en el convento de la Inmaculada Concepción era a nadar y guardar la ropa. La amnistía corrió en bandos y pasquines por toda la provincia. Escribanos, pordioseros y aguadores llevaron y trajeron en

---

perezoso, se fue caminando junto a sus bueyes hasta la cripta de Santa Engracia, donde pidió que lo enterrasen. Goya lo representaría en la cúpula de la *Regina Martyrum*, vestido con saya de baturro y con la cabeza bajo el brazo.

jácaras y agudezas la generosidad de la pobre viuda, tan joven, tan desamparada; e incluso las alcahuetas más redomadas se vieron en la tesitura de alabar las buenas prendas de doña Catalina, reputada ya de santa, o callar y tragarse el sapo.

El caso es que a Juanillo, antes de que supiese por dónde le daba el aire, lo cogieron por el pescuezo y, casi en volandas, lo sacaron de la mina. Eres libre, le dijeron. Es un milagro, suspiró él, pensando con devoción en la Virgen de la Cabeza. Y como seguía en el sitio, sin saber muy bien hacia dónde tirar, le calzaron un puntapié para que arrease, ¡con Dios!, o amanecía de nuevo en el pozo.

La tarde se consumía cuando alcanzó lo alto del cerro. Hacía frío en la cumbre, un cierzo áspero, seco; a su alrededor los matorrales se sacudían como si estuvieran en llamas. El muchacho, sin embargo, se resistía a emprender el descenso. Estaba muy cómodo allí solo, sin ningún capataz que le golpease ni le diese una orden. Se encontraba a sus anchas, y tan protegido que le hubiese gustado hacer de aquel lugar su refugio, levantar con sus propias manos cuatro paredes de adobe y que el resto del mundo siguiera su curso. Juanillo contemplaba los últimos fulgores del crepúsculo, las nubes carmesíes, añil y oro, y el brillo cristalino de la luna llena. El firmamento se abría ante sus ojos y se desplegaba como si fuera un códice sagrado, muy antiguo, cuyos trazos y colores se han ido desluciendo con el paso de los siglos, pero que aun así resulta espléndido todavía. Nimbos, estrellas, remolinos de plata y fuego. La noche estrellada palpataba sobre las cuatro regiones del mundo. El muchacho vio aparecer por el oriente la gran cruz de Viracocha, señor del viento y los mares; vio cómo las constelaciones trazaban surcos y jeroglíficos en su lenta deriva por el océano del cosmos. El cielo se había convertido en un semillero de fanales y luminarias, y él pensó en su señora, la Virgen de la Cabeza.

Bajó la mirada hacia el llano. No tenía prisa, y se dejó llevar con la docilidad de una pluma por los campos y los caminos, por las lomas salpicadas de ermitas, la de San Illán, la de Santiago, la de Nuestra Señora de los Remedios, por los cauces sinuosos de los arroyos. Vista desde lo alto del cerro, la villa imperial parecía un modelo hecho a escala o una ciudad de juguete. Las casas, las cuadras, los claustros, todo tenía un aspecto tan frágil, incluso las iglesias con sus espadañas, tan de barro y piedrecitas, que sólo con soplar o dar un grito, hasta el palacio que ocupaba la Real Ceca de la Moneda saldría volando como un castillo de naipes. Juanillo respiró profundamente. Se sentía libre, más grande de lo que era, y durante un instante paladeó el sabor sutil y embriagador de la arrogancia. Supo lo que era ser Jesús el Nazareno, el hijo del carpintero, cuando el Diablo lo elevaba por encima de los tronos de los hombres y lo incitaba al desvarío.

---

*Pensaba en su señora,  
la Virgen de la Cabeza.  
En la mina lo hacía a  
todas horas. Noche tras  
noche se arrodillaba  
frente a una oquedad  
abierta en la roca, que  
él hacía servir a modo  
de oratorio.*

---

El muchacho se santiguó un par de veces. Pensaba en su señora, la Virgen de la Cabeza. En la mina lo hacía a todas horas. Noche tras noche se arrodillaba frente a una oquedad abierta en la roca, que él hacía servir a modo de oratorio. Cerraba los ojos, entrelazaba las manos a la altura de la frente, *ave Maria, gratia plena, Dominus tecum*, y comenzaba a rezar. Juanillo recitaba con fervor sus oraciones. Se golpeaba en el pecho con el puño cerrado, *mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa*. Agachaba la cabeza hasta sentir el tacto húmedo del suelo. Se doblaba sobre sí mismo, igual que una «s» minúscula, y pedía a la Virgen que intercediese por él ante su único Hijo, que lo protegiese de los peligros del cerro y lo amparase bajo su cálido manto de terciopelo blanco. La mayoría de las veces estaba tan cansado tras todo un día de picar y picar y masticar tierra, que se quedaba dormido a las primeras de cambio.

Lo siguiente que veía era el rostro de doña Catalina. El Cerro Rico se perdía a su espalda, y con él el cansancio y el frío, la soledad e incluso el hambre. La luz de la luna se filtraba por un respiradero del techo. Dentro, en las caballerizas, doña Catalina descansaba en silencio, recostada entre los fardos de heno; una leve sonrisa le iluminaba el semblante. Parecía un lirio, tan frágil, o una escultura de mármol. La Santísima Virgen en el momento del tránsito y su ascensión a los cielos, con las ma-

nos entrelazadas sobre el regazo y las mejillas arreboladas, y el cabello en desorden, muy negro, que se le vencía hacia un lado. Juanillo se inclinaba sobre ella casi con reverencia. La besaba en la frente, en los pómulos, en los ojos cerrados. Bebía de sus labios como si estuviera sediento. Ambos se habían quitado la ropa, y sus cuerpos encajaban mutuamente como lo hacen las ruedas de un engranaje.

El viento arreciaba y decidió seguir adelante. Echó a andar cerro abajo, primero con cuidado, muy poco a poco, sorteando las piedras sueltas para no resbalar y dejarse los sesos. Conforme iba avanzando, no obstante, y según rompía a sudar, comenzó a animarse. Caminaba con paso alegre, triscando entre las rocas. Pensaba en doña Catalina, soñando despierto; y una sonrisa de anhelo floreció en sus labios.

El muchacho estaba de un humor excelente. Le dio por pensar entonces que si él hubiera sido Nuestro Señor Jesucristo, aquel viejo tahúr del Diablo no habría tenido ni que trucar los dados para sacarle ventaja y ganarle, al menos, por una cabeza. Y mientras la muy noble y señorial villa rica de Potosí se le insinuaba, y crecía, y abría como un burdel las cien bocas de sus calles y amenazaba con tragárselo de nuevo, el mozo Juanillo no se lo pensó dos veces. Redobló el paso, escupió por el colmillo y, como quien no quiere la cosa, se desató a silbar una vieja coplilla arrabalera.

© Domingo Alberto Martínez

---

**Domingo Alberto Martínez** nació en Zaragoza, España, en 1977. Filólogo de formación y apasionado de la palabra escrita, actualmente reside con su familia en la pequeña localidad de Tudela, capital de la Ribera navarra. Es autor de dos novelas, *Las ruinas blancas* (premio "Santa Isabel de Aragón", convocado por la Diputación de Zaragoza) y *Trovas de fierro* (premio "Alfonso Sancho Sáez", del Ayuntamiento de Jaén). Sus relatos, premiados en más de cincuenta certámenes literarios, han sido recogidos en las antologías *El pan nuestro de cada día*, *Libro de los engranajes*. *Los astrolabios* y *Palos de ciego*. Actualmente, trabaja en dos nuevas obras, *Lluvia de primavera*, una novela histórica, y la *nouvelle Campo Franco*.

### Rosa Ribas

Prat del Llobregat, Barcelona (España), 1963

<https://www.rosa-ribas.com>

\* \* \*

Estudió Filología Hispánica en la Universidad de Barcelona, y desde 1991 reside en Alemania, en Fráncfort. Fue lectora de español en el Instituto de Románicas de la Johann-Wolfgang-Goethe Universität de Fráncfort y profesora titular en la Universidad de Heilbronn. En el año 2008 dejó la actividad docente para dedicarse por completo a la escritura. Durante los años de actividad de investigación y docencia publicó artículos y materiales didácticos como el manual para profesores *¿Cómo corregir errores y no equivocarse en el intento?*, o las lecturas graduadas *La clave está en el pasado* y *Las tres muertes del duque de la Ribera*. Asimismo, es una de las autoras del manual de ELE *Con gusto*. En enero de 2006 apareció su primera obra, la novela histórica *El pintor de Flandes* (Roca, Barcelona), que ha sido reeditada en bolsillo. En octubre de 2007 con la novela policíaca *Entre dos aguas* (Umbriel, Barcelona) empezó la serie protagonizada por la comisaria hispano-alemana Cornelia Weber-Tejedor, a la que han seguido las obras *Con anuncio* (Viceversa, Barcelona, 2009), *En caída libre* (Viceversa, Barcelona, 2011), *Tres casos de la comisaria Cornelia Weber-Tejedor* (edición ómnibus de los tres primeros libros; Barcelona, DeBolsillo, 2016) y *Si no, lo matamos* (Grijalbo, Barcelona, 2016). También ha publicado las novelas *La detective miope*, policíaca protagonizada por la detective privada Irene Ricart (Viceversa, Barcelona, 2010 – DeBolsillo, 2014), *Las tres muertes del duque de la Ribera*, novela histórica para alumnos de ELE (Difusión, 2011), *Miss Fifty*, con ilustraciones de María Espejo (Reino de Cordelia, 2015. Esta novela fue publicada originalmente en 2012 por entregas semanales, con ilustraciones de Clàudia de Puig, en portal digital Sigueleyendo) y *Pensión Leonardo* (Siruela, Madrid, 2015), y dentro de la serie de la reportera Ana Martí, escrita con Sabine Hofmann: *Don de lenguas* (Siruela, Madrid, 2013; mención de honor en el Premio Hammett 2014), *El gran frío* (Siruela, Madrid, 2014) y *Azul Marino* (Siruela, Madrid, 2016; premio Valencia Negra). Lo último es la novela *La luna en las minas* (Siruela, Madrid, 2017), que ha sido premiada con el Galardón Letras del Mediterráneo en su edición de 2017 en la modalidad de narrativa. Ha participado también en diversas antologías de relatos, como *L'home llop del Poble Sec i altres narracions* (Publicacions de l'abadia de Montserrat, Barcelona, 2008), *Ellas también cuentan* (Torremozas, Madrid, 2008), *Salou. 6 Pretextos* (Ajuntament de Salou, 2010), *España negra* (Rey Lear, Madrid, 2013), *Fundido en negro. Antología de relatos del mejor calibre criminal femenino* (Alrevés, Barcelona, 2014), *Antología de relatos Fiat Lux* (Alrevés, Barcelona, 2015) o *Barcelona negra* (Siruela, 2016).

\* \* \*

Entrevista

**NARRATIVAS:** *¿Cómo resumirías tus comienzos literarios y el camino recorrido hasta ahora?*

**ROSA RIBAS:** Los comienzos estarían en una clase en un colegio del Prat y en un maestro, Don Juan, que, cansado de que no parase de hablar, me dijo algo así como «Ribas, seguro que eso que estás contando es muy interesante, ¿por qué no lo pones por escrito?». Así empecé a escribir las historias que después leía a la clase. Creo que desde ese momento supe que quería ser escritora. Después pasaron bastantes años en los que escribí sin atreverme a mostrarlo hasta que, finalmente, reuní suficiente valor para hacer públicos mis textos.

Y ya que estoy aquí, quería aprovechar para dar las gracias a «Narrativas» porque en esos primeros tiempos, llenos de timidez y de dudas, para mí fue un gran estímulo, un espaldarazo la



publicación en esta revista de un relato mío, «Venecia», en uno de los primeros números.

**N.:** *Aunque comenzaste dando clases de español, en un momento de tu vida tomas la decisión de dedicarte profesionalmente a la escritura. ¿Cuáles son las mayores dificultades que has encontrado a la hora de hacer de la literatura tu profesión? ¿Es más fácil vivir de la escritura en Alemania que en España?*

**RB.:** En mi caso ha sido posible porque vivo en Alemania y varios de mis libros han sido traducidos al alemán. Gracias a esto, no sólo he entrado en un mercado editorial grande, sino que participo regularmente en actividades, como lecturas o conferencias, que en Alemania, a diferencia de España, son siempre remuneradas. Esto permite que los autores tengamos más ingresos, aparte de lo que representan las ventas de libros y podamos vivir de nuestro trabajo.

**N.:** *Aunque has escrito libros de temática y género variados, muchas de tus novelas podrían encuadrarse dentro de lo que se conoce como género negro. ¿Qué posibilidades te ofrece este género literario para que apuestes tan a menudo por él?*

**RB.:** Es un género que aprecio y disfruto como lectora, con lo cual, tengo referentes y modelos. Técnicamente, ofrece un armazón narrativo y toda una serie de recursos estilísticos que a mí me han resultado muy útiles para abordar algunos de los temas que me interesan, como la emigración, el racismo, la intolerancia.

Muchos lo menosprecian porque el entretenimiento, ese elemento de intriga que suele captar al lector, es una parte constituyente de este género literario, se podría decir que está en sus genes. En cambio, a mí me fascina que se trate de un género tan marcadamente narrativo que, por otra parte, por más que les pese a los puristas, es un género proteico, con una gran capacidad de hibridación.

**N.:** *Varios de tus libros pertenecen a la serie protagonizada por la comisaria Weber-Tejedor. ¿Cómo nació ese personaje y por qué la idea de hacer una serie sobre él?*

**RB.:** Nace de una suma de elementos. Por un lado, mi propia experiencia viviendo en Alemania, aprendiendo a moverme en una cultura ajena, lo que creo que aporta una perspectiva propia; por otro, durante los años en los que trabajé en la universidad de Frankfurt, en el Instituto de Románicas, tuve muchos alumnos que, como Cornelia, se movían entre dos culturas y llevaban consigo la pregunta constante sobre su identidad. Me pareció que era un perfil muy atractivo para un personaje, de ahí que naciera Cornelia, de padre alemán (Weber) y madre española (Tejedor). Su madre, Celsa, es gallega, de Allariz, y emigró a Alemania en los años sesenta, lo que también me permitió introducir en las novelas, sobre todo en *Entre dos aguas*, este apartado de la historia que tenemos muy olvidado y que he recuperado en *La luna en las minas*. Parece que se nos olvida con facilidad que hemos sido emigrantes y exiliados también.

En realidad sólo quería escribir una novela con Cornelia como protagonista, pero al terminar la primera, vi que tenía todavía mucho que contar sobre ella y decidí empezar la serie. Ahora me queda por escribir la quinta y última, por eso me la reservo un poco. Me cuesta mucho despedirme de mis personajes, también me pasó con Ana Martí, de la serie de los años cincuenta que escribí con Sabine Hofmann.

**N.** *Has escrito varios libros junto con la autora alemana Sabine Hoffman. ¿Qué diferencias fundamentales describirías entre escribir de manera individual a hacerlo a cuatro manos? ¿Qué dirías que te ofrece cada una de ambas opciones?*

**RB.:** Escribir con otra persona supone tener un interlocutor en ese proceso de decisiones constantes que es la creación de una novela. Surgen así ideas que no habrías tenido en la escritura en solitario, analizas más, y, en nuestro caso, como escribimos en dos lenguas diferentes, hubo, sobre todo en *Don de lenguas*, un largo proceso de destilación. Por otro lado, tienes que hacer compromisos, es mucho más trabajoso y, en la parte de la escritura, me pareció muy difícil. Lo más productivo y gratificante es planificar tramas, desarrollar personajes, documentar historias entre dos. Escribir es una tarea personal, egoísta incluso. De ahí que la técnica variara en las

otras dos novelas de la trilogía, *El gran frío* y *Azul marino*: planificamos juntas pero el grueso del texto o el texto completo lo escribí yo.

**N.:** *¿Qué te gustaría que el lector encontrase en tus libros?*

**RB.:** Creo que sería algo invasivo decirlo. Cada lectura es una reescritura del libro; es la experiencia que hago yo misma como lectora o lo que recibo del contacto con los lectores, en los clubs de lectura por ejemplo. A veces la lectura se parece a lo que creo haber escrito, otras veces me sorprende saber lo que la gente encuentra en los libros.

**N.:** *¿Qué importancia le das al estilo a la hora de escribir?*

**RB.:** Es fundamental. Hablar de literatura es hablar del lenguaje, del modo en que lo manejamos para contar lo que queremos contar. Pero demasiadas veces se confunde estilo con amaneramiento y se consideran más «literarios» textos recargados de adjetivos o palabras rebuscadas. Para mí son mucho más importantes la claridad y la adecuación.

En el género negro, en cambio, hay una tendencia perniciosa a concentrarse exclusivamente en la trama y su desarrollo, cuando, desde mi punto de vista, es más importante cómo se cuenta, tanto narrativa como estilísticamente. Si recurro al escribir una novela negra recurro a un lenguaje claro es porque considero que es el más adecuado para mis fines narrativos. Hay un intenso trabajo de pulido detrás, porque creo que nada es más difícil que lograr la claridad.

En *Pensión Leonardo*, una novela mucho más intimista y evocadora, los recursos se adaptan a este tono y al hecho de que la narradora habla del momento en que tenía doce años. En *La luna en las minas*, he buscado expresamente un lenguaje naturalista para contrastarlo con los elementos fantásticos que contiene la historia, que se alterna con pasajes más líricos en los que quería subrayar determinadas atmósferas

**N.:** *¿Qué hay en la cabeza de Rosa Ribas antes de ponerse frente a una hoja en blanco? ¿Cómo concibes tus historias?*

**RB.:** Las historias van de algún modo formándose a partir de elementos muy diversos. Se trata tanto de las ideas, citas, fragmentos de texto que anoto en mi cuaderno, como de estructuras, al principio abstractas, en las que algunas de estas piezas van encajando. Como se trata de un proceso gradual, algo que va madurando dentro de ti hasta que tienes la necesidad de contarlo, no puedo precisar el momento concreto en que eso empieza a suceder.

Por poner un ejemplo, en la génesis de *La detective miope* se encuentran dos documentales que vi casualmente en la televisión. Uno trataba sobre las granjas de arañas en Arizona y mostraba como se «ordeña» a las arañas para obtener su veneno. El otro contaba la historia de por qué a los hawaianos les gusta tanto la música de vals, que es, además, su música nacional. Anoté algunas ideas en un cuaderno y, después de una visita al oculista, empecé a darle vueltas a lo que sería la novela *La detective miope*.

**N.:** *Como lectora, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en español y tus autores favoritos?*

**RB.:** Me gustan muchos autores, por suerte. Me cuesta mucho hacer una lista, porque sé que, además, será muy circunstancial y que cuando se publique esta entrevista pensaré en todos los autores a los que olvidado mencionar.

**N.:** *Por último, ¿en qué proyectos literarios está ahora trabajando Rosa Ribas?*

**RB.:** Como he publicado mucho en los últimos años, me lo voy a tomar con un poco más de calma. Estoy empezando una nueva novela y disfrutando del hecho de no tener fecha de entrega. Respecto a los contenidos, nunca hablo de los proyectos en los que estoy inmersa; tengo la sensación de que al hacerlo pierdo la tensión interior que necesito para poder escribir.

\* \* \*

## UN ÁNGEL EN CONSTRUCCIÓN

por Rosa Ribas

Bastaba con verlo para darse cuenta de que no era un ángel.

No es que sepa cómo son, pero, bueno, todo el mundo tiene una idea de cómo tiene que ser un ángel, ¿no? Porque, veamos, ¿cómo se imaginan ustedes un ángel? Un ángel masculino, quiero decir. No un ángel chica. Seguro que no se lo imaginan más bien canijo, con la nariz aplastada como la de un boxeador, el pelo más hirsuto que las cerdas del cepillo de raspar papel pintado y una sombra en la cara, la sombra azulada de una barba que ni afeitándose dos veces al día le acababa de quedar limpia. ¿A que así no se imaginan a un ángel?

Si les soy sincero tampoco me imaginaba que fuera así un pintor. Con esos bracitos que parecían cañas ¿cómo iba a acarrear los cubos de pintura? Si algunos pesan más de diez kilos. ¿Y cómo iba a darle al rodillo horas y horas? Para eso se necesitan buenos brazos y una buena espalda también. Y el aprendiz ese que nos mandaron la tenía incluso un poco combada, como si la columna se le hubiera torcido de sostener durante los diecinueve años que tenía el chaval esa cabeza demasiado grande y demasiado redonda.

—Parece un Chupa Chup de mil pesetas —dijo Raimundo al verlo aparecer.

Me reí, pero también pensé que no nos aguantaría ni la primera semana. No se lo dije al capataz. Yo en esas cosas no me meto. Los hechos hablarían por sí mismos.

No había un mono de trabajo de su talla y le compraron uno nuevo. ¡Pena de dinero tirado! Pensé. No va a durar lo que cuesta el mono.

Yo tengo dos monos, de quita y pon por lo que pueda pasar. Los amorticé hace años. Uno ya está bastante gastado y pronto tendrán que comprarme otro. Eso va a cargo de la empresa. En mi caso es dinero bien invertido. No como lo de comprárselo a un aprendiz que ya se veía que no valía. Blanco era. El primer día estaba tan limpio que el chaval parecía un astronauta.

---

*Ahora que lo recuerdo, aunque los dos se reían, a él no se le oía, sólo al otro. No sé si eso ya nos debería haber advertido de que había algo raro, pero ese día no me pareció extraordinario.*

---

Como siempre, nos cambiamos en la empresa y después nos fuimos los cinco en una furgoneta a la obra. Raimundo y yo, el capataz y los dos aprendices. Los chicos se veían algo tímidos. Raimundo y yo les contamos chistes del año del catapún. Es lo bueno con los novatos, que te ríen todas las gracias.

Ahora que lo recuerdo, aunque los dos se reían, a él no se le oía, sólo al otro. No sé si eso ya nos debería haber advertido de que había algo raro, pero ese día no me pareció extraordinario. Mi hermana la pequeña también se ríe de ese modo, abre la boca y no suena nada. Así que en ese momento nada nos llamó la atención, sólo lo que ya he dicho antes, que era un poco pequeño, pero eso no era nuestro problema. El problema sería que no hiciera bien su trabajo. Porque si el aprendiz no hace bien su trabajo, la bronca del capataz se la lleva el que lo tiene a su cargo. Como al chaval no se le veía yo muy apto, se lo coloqué a Raimundo, que se lleva mejor con el capataz. Y me desentendí de él hasta la comida. Entonces, casi por cumplir, le pregunté a Raimundo qué tal lo hacía el canijo. Me dijo que muy bien y me volví a olvidar de él.

Hasta la hora de volver. Mientras el chaval limpiaba los rodillos, Raimundo me lo señaló.

—¿Lo ves? —me preguntó.

—¿Qué?

—Fíjate bien.

—No veo nada —me encogí de hombros.

—Míralo bien. Pero bien mirado.

—Pues no...

—El mono, hombre. Mira el mono.

—No veo nada.

—Eso es. Nada.

Entonces caí en la cuenta de que estaba tan blanco y tan limpio como por la mañana, cuando lo había estrenado. Antes de que yo pudiera preguntar nada, Raimundo me dijo que sí, que el chico había trabajado todo el día, tanto o más que el otro aprendiz. Me piqué un poco porque pensé que me insinuaba que no había controlado suficiente a mi pupilo, pero no le dije nada. Si quería creerse mejor maestro que yo, pues regalado.

Cuando nos metimos de nuevo en la furgoneta, lo miré discretamente por el retrovisor. Tenía la mirada perdida en la ventanilla y no se le veía cansado como al otro chico que daba cabezadas. Y, corroboré, no tenía ni una mancha de pintura en la ropa, en la cara o en el pelo.

Al día siguiente le propuse a Raimundo que le diera un par de techos. Él entendió enseguida por qué. Llevamos muchos años trabajando juntos.

Pero al final de la jornada el aprendiz seguía tan limpio que hasta el capataz lo notó. El capataz es un tipo que te grita a la más mínima. Te grita si vas rápido; te grita si vas lento; te grita si cargas demasiado; te grita si cargas demasiado poco. El caso es que grita. A todos y por todo. Pero, aunque vio tan claramente como nosotros que el chico iba limpio como si acabara de salir de un anuncio de Ariel, no gritó. Movié la cabeza de un lado a otro con incredulidad, se dio media vuelta y se marchó.

*Entonces caí en la cuenta de que estaba tan blanco y tan limpio como por la mañana, cuando lo había estrenado.*

Pasó la primera semana y cada día era lo mismo. El chico trabajaba en silencio, parecía que no se cansaba y nos fijamos en que no comía ni bebía durante el trabajo. Y su mono de trabajo seguía blanco. Blanco como el primer día. ¿Y saben lo que era más raro? Que nadie le hizo nunca un comentario al chaval. Todos en la obra lo habían notado, los lampistas, los de los alicatados, los cristaleros. Hasta el aparejador. Pero no había nadie que se atreviera a comentarle nada al chico. Entre

nosotros, sí, lo comentábamos, pero cuando el aprendiz se acercaba, cambiábamos de tema. No era respeto. ¿Cómo le íbamos a tener respeto a esa media porción?

Bueno, si recuerdo bien, creo que a algunos el muchacho empezó a darles algo de aprensión, puede que incluso un poco de miedo, cuando estaba por ahí, quizás a una pared de distancia, pasando el rodillo arriba y abajo sin salpicarse una sola vez.

Fue Raimundo quien empezó con lo del ángel. Y yo le dije lo mismo que les digo a ustedes, que si se imaginaba a un ángel con esa barba como Pedro Picapiedra. Entonces me entró algo de desasosiego por primera vez, porque Raimundo no se rio cuando dije eso, sino me miró confundido, yo diría que incluso molesto.

Dos días más tarde casi nos peleamos porque le comenté en broma que el chaval era un ángel de brocha gorda. ¡Cómo se puso! Y debió de contárselo a un par de compañeros, porque ese día tuve que comer sólo.

Lo del ángel se lo empezaba a creer cada vez más gente. Algunos de verdad; otros por si acaso. Como lo de Dios. No quería que me acabaran cogiendo manía, así que me callé y en un par de días todo pareció normalizarse. Solo me molestaba que todos estuvieran cada vez más convencidos de que se iba a producir pronto una especie de milagro en la obra. No me pregunten de qué tipo, porque como me perseguía la fama de incrédulo, hablaban de eso a mis espaldas. Parece mentira, con los años de experiencia que tenemos muchos de nosotros y que algunos olviden que en un edificio en construcción las puertas no están donde deberían estar, las ventanas no están selladas y las tuberías no conducen agua sino voces y sonidos. Así que me llegaban frases y palabras en las que se repetían

palabras como «ángel», «milagro», «blanco». Entre otras bobadas.

Al final de la jornada, todas las miradas se dirigían al mono de trabajo del aprendiz, que parecía no notar para nada la forma en la que todos controlaban la limpieza de su ropa. Creo que llegó un momento en el yo era el único que no pensaba que ese chavalín era un ángel. Pero me callé. Allá ellos con sus supersticiones. Yo lo tenía muy claro, ¿sabe? Yo creo lo que veo y lo que veía no era un ángel.

Y por eso no deberían haberlo hecho subir al andamio. Era demasiado inexperto.

Y no deberían haberlo dejado solo moviéndose sobre los tablones.

Y alguien debería haberle puesto las correas de seguridad.

Y alguien debería haber apartado los restos de cuerdas y los plásticos para que no tropezara.

Y cuando quedó colgado a cinco pisos de altura, nadie debería haber gritado «vuela, vuela», sino correr, como hice yo, escaleras arriba para tratar de cogerlo antes de que las manos cedieran.

Por eso, al verlo muerto en el suelo, con el mono salpicado de sangre, no pude reprimirme. Señalé esa barba cerrada, que se afeitaba dos veces al día y les chillé a los compañeros:

—¿Es que no sabéis que los ángeles no se afeitan?

© Rosa Ribas

## JANE AUSTEN (200 años). RETRATO DE TODA UNA ÉPOCA

por Pedro M. Domene

*Jane Austen (Steventon, R.U. 1775-Winchester, 1817, R.U.), desacralizó toda una época a través de sus personajes femeninos, heroínas condenadas a un vacío o a sufrir el canje amoroso establecido. En sus novelas luchó denodadamente contra las normas establecidas por los factores del momento: la sociedad machista e injusta que le tocó vivir. Pero su estilo impecable, tan chispeante como irónico reflejó las costumbres de una aristocracia rural inglesa y consiguió crear unos personajes femeninos que le han otorgado fama universal.*

*La biografía, Jane Austen. Una vida (1999)<sup>1</sup>, de Claire Tomalin, actualiza, de alguna forma, el destino de esta mujer y, por extensión, se convierte en el retrato de toda una época.*

Jane Austen nunca hizo anotaciones autobiográficas en sus textos y su vida estuvo particularmente exenta de hechos interesantes, su curso tranquilo jamás fue alterado por grandes cambios o crisis en su existencia. La mayor parte de las cartas que quedaron en manos de sus hermanos y primos fueron destruidas tras su muerte, solo se conservan poco más de un centenar de cuando apenas tenía veinte años. De su infancia, por consiguiente, hay sólo un pequeño atisbo y lo ofrece ella misma cuando afirma haber sido una niña tímida, aunque lo bastante vívida para sentir su presencia en cualquier habitación. Jane era excéntrica y extravagante, nada bonita y, al parecer, ni siquiera muy femenina, aunque bastante estirada. Los biógrafos han encontrado que algunos de sus amigos y conocidos la describían como «ciertamente bonita, con una cara luminosa y llena de color, como una muñeca, pero muy expresiva; era como una criatura, una criatura muy animada y llena de humor» R.W. Chapman, el más distinguido estudioso de su obra, la muestra con una nariz larga y una boca pequeña; otro testigo de la época, de cuando Jane ya era adulta, la describe como una persona frugal, alta y delgada, con los pómulos salientes y coloridos; ojos brillantes, no grandes, pero de mirada risueña e inteligente. ¿Qué puede surgir de esta mezcla de datos que pueda servirnos para darnos una idea de esta singular novelista? Que Jane era más bien alta y delgada, y tenía el cabello rizado de un tono más próximo al castaño oscuro que al claro. Existe un rizo en su cabello y tenía los ojos grandes —posiblemente de color avellana o más oscuros— y brillantes, aunque la tendencia a tener problemas con la vista debía de afectarlos ocasionalmente. La nariz y la boca eran más bien pequeñas y las mejillas redondas, semejantes a las de las muñecas y proclives a sonrojarse cuando hacía ejercicio o cuando se emocionaba. No era, resumiendo, una belleza, pero sí resultaba atractiva a quienes la conocían bien y eran sensibles a su expresión animada, alerta e inteligente.

Hay un suceso en su vida digno de mención, y es la decisión de sus padres de abandonar, junto con sus hijas, el que había sido su hogar durante más de treinta años, Steventon, para trasladarse a Bath. Una sorpresa que le regalaron el mismo día que cumplía veinticinco años, en diciembre de 1800. Apartar a Jane Austen de Steventon fue destruirle el delicado mundo que se había creado, en el que podía ocupar su lugar en el seno familiar y también abstraerse de él cuando le era necesario. Durante los cuatro años siguientes al traslado a Bath, los Austen pasaban tanto tiempo fuera de su casa como en ella. En esa zona el clima era suave, las vistas espléndidas y Jane pudo disfrutar allí de los paseos por la costa y los baños en el mar, aunque, al parecer, nunca aprendió a nadar. La casa del número 4 de Sydney Place era nueva, estaba bien construida y tenía buenas proporciones y una gran terraza.

La noche del 2 de diciembre de 1808, Harris Bigg, pidió a Jane que fuera su esposa. Ella que sin duda quería mucho al hermano de sus amigas, aceptó la proposición. La diferencia de edades entre

---

<sup>1</sup> Barcelona, Circe, 1999; 368 págs.

ellos, cinco años, no era importante, pero Jane pasó toda la noche en vela y por la mañana hizo su maleta, se vistió con tristeza y buscó a alguien para que llamara a Harris. Le explicó con toda la delicadeza de que fue capaz que había cometido un error y no podía casarse con él; lo estimaba, se sentía honrada por la proposición que le había hecho, pero al pensarlo con más detenimiento se había dado cuenta de que la estima y el respeto no eran suficientes, y que no iba a ser ni justa ni correcta con él si aceptaba su ofrecimiento. A partir de este momento Jane dedicó todo su tiempo a sus hermanos y a su familia. En diciembre de 1808 tenía treinta y tres años y ya había asumido el papel de tía soltera.

## SU OBRA

Jane leía en casa, escribía y se dejaba llevar por la imaginación fuera de las paredes; a veces, penetraba en otro mundo, un mundo que tenía sorpresas y dramas propios. No hay divagaciones en sus novelas porque cada una de sus historias está concisamente construida y abarca cortos períodos de tiempo. Prefirió escribir sobre familias poco numerosas, solo la de los Bennet, con sus cinco hijas, fue la más numerosa a la que sometió un análisis exhaustivo. Las primeras obras, escritas a lo largo de varios años, fueron copiadas sin mayor orden en tres cuadernos. En Octubre de 1796 comenzó a escribir *First Impressions*, y la acabó al verano siguiente, es decir, unos nueve meses después, y en noviembre de 1797 retomó *Elinor and Marianne*, tras decidir que el formato epistolar no satisfacía por completo sus propósitos. Para dar a la novela la forma narrativa, tuvo que reestructurarla y reescribirla, tarea que realizó entre el invierno de 1797 y la primavera de 1798, y durante el cual le dio el nuevo título de *Sentido y sensibilidad*<sup>2</sup>. Entre 1798 y 1799 escribió el primer borrador de *Susan*, que acabaría llamándose *La abadía de Northanger*<sup>3</sup>. En cuatro años produjo tres de sus grandes novelas y no había cumplido todavía los veinticuatro años.

Cuando Jane Austen escribió la primera versión de *Orgullo y prejuicio*<sup>4</sup> tenía veinte años, la misma edad que su heroína Elizabeth Bennet; en 1813 cuando la obra se publicó, tenía treinta y siete. La novela era originalmente más larga que la versión final, porque ella misma dice que la «cortó y podó»; cabe suponer que en cada revisión logró caracterizar mejor los diálogos. Siempre ha sido su libro más popular. *Sentido y sensibilidad* siguió el mismo proceso largo y desgastador, pues pasaron dieciséis años desde que se escribió hasta que se publicó. La novela se encuentra en un punto intermedio entre la tragedia y la comedia, y la aclaración de los enredos amorosos que hay al final no cambia esa condición; el tono que prevalece en el relato es sombrío. Es un libro que emociona hasta las lágrimas, a pesar de que su trama es esquemática y de que tiene subtramas corrientes para poder desarrollar la historia: chicas seducidas y abandonadas, un tutor tiránico y una madre malvada y tacaña; un compromiso inadecuado. *La abadía de Northanger* no encontró editor hasta veinte años después de haber sido escrita, y se publicó cuando su autora ya había fallecido. La novela fue iniciada tras una tragedia familiar: la muerte en agosto de 1798, de Jane Williams, la prima de veintisiete años. Pero no hay en el libro rasgos de cuestiones personales, aunque, por su detallada descripción de Bath, ciudad bien conocida por todos los Austen, y sus referencias a novelas leídas y discutidas en el entorno de Steventon, el libro está escrito para entretenimiento de la familia. Parece ser que en 1800 estaban ya definidos los protagonistas principales y las estructuras de las tramas de estas tres novelas que ya había acabado, una de las cuales su padre había considerado lo bastante buena para desear que se publicara, y aunque la joven Jane las revisara y modificara, son esencialmente las versiones que se pueden leer hoy. Hay algo que llama la atención en estas tres primeras obras y es el hecho de que cada una de ellas aborda un tema radicalmente diferente: *Sentido y sensibilidad* es casi un debate, *Orgullo y prejuicio* un romance, y *La abadía de Northanger*, una sátira, una novela sobre novelas y sobre la lectura de novelas.

*Sentido y sensibilidad* se publicó en octubre de 1811 y se anunciaba como una interesante novela de Lady A. La edición en tres tomos se vendía por 15 chelines y hacia finales del verano de 1813 se había agotado. El editor pronto estuvo dispuesto a adquirir los derechos de la siguiente obra, *Orgu-*

<sup>2</sup> Madrid, Penguin Clásicos, 2015; 416 págs.

<sup>3</sup> Madrid, Alianza, 2016; 336 págs.

<sup>4</sup> Madrid, Alianza, 2016; 504 págs.

llo y prejuicio, en noviembre de 1812. Las críticas fueron, de nuevo, extremadamente favorables y se centraban en un personaje tan carismático como Elizabeth Bennet.

### **MANSFIELD PARK**

Ya en 1811, Jane había empezado a escribir *Mansfield Park*<sup>5</sup> que, entre otras cosas, era una novela sobre el estado de Inglaterra y cuestiona las situaciones que provoca el comportamiento de la realeza y la clase de sociedad que lo fomentan. Hay también en el relato una contraposición entre alguien que posee firmes convicciones religiosas y morales, que no está dispuesto a abandonarlas por ninguna causa, que se niega a aceptar un matrimonio de conveniencia, no basado en sentimientos genuinos, y que rechaza con repugnancia la inmoralidad sexual. Un grupo de jóvenes mundanos, adinerados, cultos y divertidos que persiguen el placer haciendo caso omiso de los principios religiosos o morales. Quizá sea su novela más controvertida aunque existen profundos desacuerdos sobre el significado de la obra. Hay una cierta unanimidad en afirmar que es una obra más ideológica y contiene tres temas básicos, típicos de la narrativa antijacobina: la Naturaleza, la Religión y el Matrimonio. La superioridad del campo frente a la ciudad es un tópico de la poesía y de las obras morales de la época, por ello sus novelas se desarrollan en el civilizado campo del sur o del centro de Inglaterra, con alguna salida a Bath o Londres. La mansión de sir Thomas Bertram, que da título a la novela, representa un estilo de vida ordenado, jerárquico y apacible que se ve amenazado desde el interior y el exterior. La amenaza interna reside en la deficiente educación moral que reciben las hijas de sir Thomas, María y Julia, y en la nefasta influencia de la señora Norris; la externa se encarna en dos visitantes de Londres, los hermanos Henry y Mary Crawford. Resulta interesante que la defensora de los valores de Mansfield Park durante la ausencia de sir Thomas sea Fanny Price, la sobrina pobre recogida en la mansión por caridad. Fanny a diferencia de sus primos no de se deja deslumbrar por el brillo de los hermanos Crawford y percibe la frivolidad de Henry en sus flirteos con María y Julia Bertram, además de las intrigas de los cuatro jóvenes.

En julio de 1813, la situación de Jane Austen era la siguiente: *Sentido y sensibilidad* se había agotado, dejándole ganancias; *Orgullo y prejuicio* se convirtió en todo un éxito; *Mansfield Park* había sido acabada y empezaban a cobrar forma las ideas que tenía para su siguiente obra, *Emma*<sup>6</sup>. Tenía treinta y siete años y estaba extraordinariamente activa y creativa. Su vida transcurría en su pequeño mundo, aunque viajaba con frecuencia a Londres donde trataba con los editores, disfrutaba de la compañía de colegas y asistía a teatros y recepciones. *Emma*, cuya heroína está lejos de ser intachable, se considera en general la novela más perfecta de Austen, sin fallos, sin escollos y sin cabos sueltos de principio a fin. El mundo que ofrece está tan cuidado y satisfactoriamente delimitado como el de cualquier drama de Racine. La primera vez que se lee depara una verdadera sorpresa, ya que al estudio de la psicología humana, se añade el placer de una historia detectivesca, y con cada nueva lectura aumenta la percepción y la comprensión de su estructura y sutileza.

### **FINAL**

En los primeros meses de 1816 Jane empezó a tener un malestar general, aunque se mantuvo ocupada trabajando en «The Elliots», nombre que dio originalmente a su novela *Persuasión*<sup>7</sup>, además de recuperar el manuscrito de *Susan (La abadía de Northanger)*, se decidió a cambiar el nombre de su heroína por el de Catherine y escribió una nota en la que explicaba que se trataba de una antigua obra acabada en 1803. El 18 de julio acabó *Persuasión*, un libro extraordinario en muchos aspectos, una especie de homenaje a todas las mujeres que habían perdido su oportunidad en la vida y que nunca volverían a tener una segunda; también es un notable viraje hacia un nuevo estado de ánimo con respecto a su visión de Inglaterra. Esta novela es «al tiempo, la más cálida y la más fría de las obras de Jane Austen, la más dulce y la más dura», escribió Reginald Farrer en 1917. Toda la calidez y la dulzura de la historia recaen en Anne Elliot, en sus reacciones frente a la gente, al paisaje y

<sup>5</sup> Madrid, Alianza, 2016; 624 págs.

<sup>6</sup> Madrid, Alianza, 2016; 576 págs.

<sup>7</sup> Madrid, Alianza, 2016; 320 págs.



los campos en otoño o el mar y la costa con sus simas y rocas románticas. Durante los tres últimos meses de 1816 la enfermedad de la narradora seguía su curso. A finales de enero de 1817 declaró que se encontraba mejor y empleaba toda su energía en aquello que era esencial para ella: empezar una nueva novela. No hay una expresa mención a *Sanditon*<sup>8</sup> de la que escribió doce capítulos, entre enero y marzo, y no se publicó hasta 1925. A mediados de abril ya no podía levantarse de la cama y por la noche le subía la fiebre. El 17 de julio hizo sol todo el día, pero por la noche volvió a llover, en el diario de Mary Austen se puede leer: «A las cinco y media de la tarde se dio por muerta a Jane Austen», lo que hay que interpretar como si hubiera tenido algún tipo de ataque y permanecía inmóvil; pero, de nuevo, puede leerse en el diario de Mary: «Jane exhaló su último suspiro a las cuatro y media de la mañana. Sólo Cassandra y yo estábamos con ella». El entierro se fijó para la mañana del 24 de julio. Casi doscientos años después se ha llegado a saber que Jane Austen había fallecido de la enfermedad de Addison, en realidad, una tuberculosis de las glándulas suprarrenales que produce vómitos, deshidratación y cambio de color de la piel; también es posible que padeciera de un linfoma o la enfermedad de Hodgkin, una especie de cáncer, que puede producir fiebres recurrentes y un debilitamiento que conduce a una muerte inexorable.

Henry James escribió que la novelas de Jane Austen eran «pequeños toques de verdad humana, pequeños atisbos de una visión juiciosa, pequeñas pinceladas maestras de la imaginación», o como se ha llegado a escribir, también, «esas deliciosas cosas diminutas que escribían las damas», aunque la narradora, en este caso, no se limita a ejecutar con maestría un trabajo minimizado, a afinar las pinceladas o a prescindir de adornos retóricos, sino que con el paso del tiempo su escritura se ha revelado esas sombras del pasado que llegan hasta nosotros decididas a justificar el paso del tiempo. Pilar Hidalgo ha señalado que Jane Austen es «un caso anómalo dentro de la novela universal. Puede que ningún otro gran novelista hay utilizado materiales tan limitados ni escenarios tan circunscritos (...) Su grandeza hay que situarla en la visión moral, coherente y austera, el dominio técnico y lingüístico, la intención irónica y satírica, y la capacidad de imbuir de significado moral o emotivo episodios aparentemente triviales. Su profundo enraizamiento en una tradición inglesa que tiene como eje la religión anglicana, la vida en el campo, y los usos literarios del XVIII, no hace sino servir de punto de partida a su universalidad»<sup>9</sup>.

© Pedro M. Domene

---

**Pedro M. Domene.** Nació en Huércal Overa (Almería) en 1954. Profesor de Lengua y Literatura. Colabora asiduamente en publicaciones literarias especializadas de España, México y Estados Unidos. Crítico literario en el suplemento Cuadernos del Sur del diario Córdoba y en las revistas Mercurio, Turia y Literal, Latin American Voices (Houston). Autor de varias antologías y publicaciones sobre narrativa contemporánea, *Narradores españoles de hoy* (1997), *Lo que cuentan los cuentos* (2001), *Microrrelato en Andalucía* (2008) y *Disidencias (en la literatura española del siglo XX)* (2010). Ha reunido sus ensayos en el volumen *Imposturas* (2000) y publicado obras de ficción para jóvenes como *Después de Praga nada fue igual*, II Premio de Narrativas Juvenil *Los Pedroches*, *Conexión Helsinki* (2009) y *Las ratas del Titanic* (2014). Acaba de publicar la novela *El secreto de las Beguinas* (Editorial Trifaldi, 2016).

<sup>8</sup> Barcelona, Alba Editorial, 2017; 372 págs.

<sup>9</sup> *Tiempo de mujeres*; Madrid, Horas y horas, 1995; 265 págs.

## MUJERES ARROJADAS

### La literatura sureña e insumisa de Kate Chopin

por Jesús Greus

La Luisiana, en los Estados Unidos, ha producido tradicionalmente buenos escritores. Acaso debido a ser un mundo de intensos contrastes, de culturas imbricadas de origen francés y español, con una naturaleza singular y un clima cálido y húmedo, mezclas raciales, esclavitudes, negritud, pobreza y delirios de grandeza. En ese mundo peculiar nació, en febrero de 1850, la escritora Kate Chopin. De soltera Katherine O'Flaherty, está considerada hoy como una de las pioneras de la literatura feminista norteamericana. Escasamente traducida al español, es por ello una autora poco conocida en nuestro país. El apellido procede de su marido, Oscar Chopin, con quien se casó en 1870 en Saint Louis.

Kate Chopin y su marido residieron un tiempo en Nueva Orleans, donde llevaron una vida sociable y desenfadada. Él emprendió la producción de algodón en una plantación próxima a la ciudad. El matrimonio tuvo cinco hijos varones y una niña. La vida no les iba mal. Los veranos los pasaban con los niños en el distinguido balneario de Grand Isle, en el Golfo de México, centro de reunión veraniega de la sociedad criolla. Pero Kate Chopin pronto daría síntomas de ser una mujer poco corriente y nada dócil. Ya en ese tiempo, nuestra futura autora empezó a poner en duda la legitimidad de la Iglesia católica al efecto de imponer criterios morales a las mujeres, pues a ellas afectaba principalmente su ancestral autoridad moralizadora. Es bien sabido que la mujer estaba en aquel tiempo sometida a la autoridad del padre y luego del marido. Kate Chopin, sin embargo, tenía un carácter rebelde y una inteligencia aguda que le inducirían a desafiar los preceptos de la buena sociedad. Por ejemplo, adquirió la costumbre de pasear sin compañía por las bellas calles de Nueva Orleans, algo inusitado y por lo que fue muy criticada por sus propios vecinos. ¡Una joven que se atrevía a pasearse en público sin acompañamiento! ¡Mírala: allá va otra vez esa descarada! ¡Sola!

Kate Chopin contempló con sus propios ojos la represión ejercida por los blancos dominantes sobre la población negra, y esto le repugnó. Ya en aquellos días se producían violentas confrontaciones entre blancos y negros, lo que no dejó indiferente la sensibilidad de Kate.

Por desgracia, los negocios de Oscar Chopin no fueron bien. En 1879, su correduría de algodón quebró, de suerte que la familia se vio en el menester de mudarse a Cloutierville, Luisiana, donde Oscar Chopin se dedicó a administrar pequeñas plantaciones, así como un almacén de suministros. Siendo gente mundana y acostumbrada a la vida social de una ciudad grande, el matrimonio no tardó en destacar entre la comunidad local. La cultura *cajún* ofreció a Kate interesantes experiencias y anécdotas que, en el futuro, servirían de sustrato para su producción literaria.

Kate empezó a escribir tras la muerte prematura de su marido, de fiebre amarilla, en 1884. La viuda hubo de hacer frente a una deuda de 12000 dólares. En lugar de arredrarse ante la desgracia, se empujó en sacar adelante, en persona, las cosechas de las plantaciones algodonerías administradas por el marido. Por desgracia, su esfuerzo resultó en fracaso. Mujer sensual y de ideas liberales, por esa época vivió una suerte de relación platónica con un granjero casado. Arruinada, regresó a Saint Louis con sus hijos. Y he aquí que, sumida en profunda depresión, un médico le aconsejó escribir como terapia. Kate se sentó ante su escritorio, dispuesta a poner por escrito, como mero pasatiempo, algunos de los acontecimientos de los que había sido testigo tanto en la ciudad como en aquellos apartados ingenios algodoneros. Como es natural, al contacto con el papel, todo un mundo y una psicología particular brotaron de manera espontánea de su imaginación calenturienta. No sospechaba ella en aquel momento las consecuencias que le acarrearía aquella en principio inocente actividad literaria.

Ante todo, la obra de Kate Chopin es una literatura femenina. Sus protagonistas son, esencialmente, mujeres. Es el mundo de la mujer lo que le interesa describir: sus preocupaciones, frustraciones, sometimientos, sueños, infidelidades, ya fueran éstas platónicas o reales, así como sus osadías en una época en que la mujer vivía marcada por deberes y limitaciones sociales, maritales y religiosas.

Kate Chopin no iba a ser una autora sumisa, ni mucho menos convencional. Su primera novela, *At Fault* (En falta), publicada en 1890, fue una obra audaz en torno al espinoso tema del divorcio, asunto tabú en la época. ¡Nadie osaba escribir sobre semejante ignominia! Una práctica execrable que atentaba contra la religión católica, mayoritaria en la región, así como contra las buenas costumbres y la decencia universalmente aceptada. Pues bien, Kate Chopin lo hizo. Cuatro años después publicó *Bayou Folk* (Pueblo bayou), una colección de relatos que describía el mundo criollo en que vivió inmersa. La obra le procuró un inmediato renombre nacional por su pintoresco retrato de la cultura local *cajún*. Los *cajun* constituyen un grupo étnico, principalmente de origen francés, que quedó en la región tras la incorporación de ésta a la Corona británica. Entre otras cosas, la autora reproduce, en los diálogos, el *patois* criollo, salpicado de palabras francesas con un peculiar acento inglés, bastante deformado. Para quienes no estamos habituados a esa jerga, no resulta siempre fácil seguir los diálogos. Para muestra, un botón: «*You kiar water to de grind stone wid it! I tell you, boy, dey be kiarrin' water in yo' skull time I git tho' wid you.*»

Sin esperarlo, Kate había dado con un filón literario y financiero con aquel tema de la cultura criolla de la Luisiana. Ese mundo tan sugerente de ingenios algodonereros a orillas del Mississippi, de pantanos y humedales, de esclavos negros, de imponentes casonas coloniales adornadas de frontispicios con columnas, a las que se accedía a lo largo de amplias avenidas sombreadas por gigantescas encinas adornadas de *spanish moss*, semejante a espumillón navideño. Y qué decir de aquella atractiva Nueva Orleans con su animado *French Quarter* y sus bellas mansiones que flanqueaban el bulevar de Charles Street, en cuyos salones se codeaba la crema y nata afrancesada y criolla.

El éxito permitió a Kate Chopin publicar sus relatos en algunas de las mejores revistas del país. En seguida se vio aclamada como una autora que describía en carne viva la cultura criolla. Esta halagüeña situación permitió a Kate Chopin sacar adelante su hogar y a sus seis hijos. La vida volvía a sonreírle tras los duros reveses de la fortuna. Mas Kate era una mujer demasiado inquieta e inconformista como para restringir sus capacidades literarias a sacar raja al tema. Es exactamente lo que hubieran hecho muchos otros autores: reproducir el filón hasta la saciedad. Por el contrario, en su siguiente colección de relatos, *A Night in Acadie* (1897), Kate Chopin se arriesgó a ofrecer un notorio cambio de contenido. Ahora, la autora sureña osaba describir a protagonistas, siempre femeninas, dotadas de un carácter poco ordinario. Y ello debido, sin duda, a que sus propias ideas y actos entraban en permanente conflicto con los convencionalismos y la moral pacata de la época, cuestión que no pareció importarle nunca. Ni que decir tiene que, nada más publicarse, la obra fue acogida con feroces críticas, y fue tildada de pecaminosa.

La ruptura con la moralidad oficial se concretó en su segunda novela, *The Awakening*, publicada en 1897 y que, por cierto, sí está traducida al español bajo el título de *El despertar*. Está considerada como su obra maestra, si bien, para desgracia de la autora, supuso su definitiva ruptura con los gustos literarios de su tiempo. ¡Qué atrevimiento el suyo! *El despertar* nos relata las deliciosas vacaciones estivales, que tantas veces vivió en carne propia la autora junto a su marido y sus hijos pequeños, en el selecto balneario de Grand Island, rodeados de una sociedad refinada y afrancesada. Pero aquí, la protagonista, Edna Pontellier, comete la frescura, primero, de enamorarse de un joven soltero en cuya compañía pasa gratos momentos y veladas. En segundo lugar, Edna hace gala, por mor de su libertad sentimental, de una actitud poco maternal hacia sus propios hijos, abandonados en manos de la niñera mulata. La obra supuso un escándalo por su descarada manera de exhibir el adulterio sin ambages y sin condenarlo. Una mujer de clase alta no se comportaba de semejante manera: estaba educada para casarse, tener hijos, criarlos y permanecer siempre devota de su marido. Lo contrario era inadmisibile. Pues he aquí que Kate Chopin tuvo las agallas de exponer semejante actitud emancipada, inconcebible en una mujer del siglo. El escándalo fue inevitable. Una vez más, la obra recibió acervas críticas tanto por parte de los lectores como de los profesionales. Algunos de los especialistas actuales consideran que Kate Chopin fue «la primera mujer de su país que adoptó la pasión como un tema digno de ser desarrollado en una novela seria.» Pero esto iba a tener un precio, y las consecuencias no se harían esperar: la venta de la novela fue prohibida en librerías. Kate Chopin había sellado su destino como escritora. A partir de entonces, tuvo que arrostrar considerables dificultades para publicar sus relatos. No volvió a escribir novela. *El despertar* no volvería a ser editada hasta varias décadas después, tras la muerte de su autora.

Otro de sus relatos, *Desiré's Baby* (El hijo de Desiré) resulta espeluznante al hacer referencia al intocable tema del racismo, tan arraigado en aquella sociedad de colonos que vivían entre esclavos negros, y donde el mestizaje estaba a la orden del día. Por hacer breve el cuento, Desiré es una muchacha que fue adoptada de niña por una conocida y solvente familia criolla de Luisiana. Actualmente casada con André, propietario de una plantación de algodón y de una bella vivienda, Desiré da a luz a un niño que, para mayor infamia suya, muestra rasgos negroides. El marido asume, de inmediato, que la culpable es la madre, sin duda de origen negro. La rechaza sin contemplaciones, y le pide que abandone el hogar: ¡Jamás admitirá el oprobio de dar su nombre a un niño de sangre negra! Desiré, roto el corazón, abandona el hogar con su hijo en brazos: desaparece a pie en los peligrosos pantanos que rodean la granja. André manda quemar en el acto ropas y objetos de la madre y del niño, incluida la cuna del pequeño, todo cuanto haya sido mancillado por una piel inmunda. Pero he aquí que, al arrojar al fuego las cartas que su mujer le envió durante el cortejo, André da con una carta de su propia madre dirigida a su padre y en la que revela algo atroz: ¡Es el propio André quien tiene orígenes negros por ascendencia materna! Demasiado tarde para Desiré y su niño, engullidos por el bosque subtropical.

En el relato titulado *At the 'Cadian Ball* (En el baile acadiano), se nos presenta otro dilema sugestivo en lo que respecta a las restricciones de una mujer de la época. Durante la *soirée*, organizada al objeto de que los jóvenes casaderos *cajunes* encuentren pareja, Calixta es la bella de la velada, y Alcée es el único joven a quien ella encuentra atractivo. En éstas, la joven Clarisse, a quien Alcée ya había cortejado antes en vano, logra hacer salir a éste del baile mediante un subterfugio. Alcée cae en la trampa. Una vez fuera del baile, Clarisse se atreve a confesarle su amor. ¡El mundo al revés! Es aquí una muchacha quien da una subversiva muestra de intrepidez al declararse a un hombre, algo inaudito en aquel entonces. Una vez más, el tema elegido por Kate Chopin resulta provocador y de todo punto indecente.

Me parece delicioso el relato titulado *A Pair of Silk Stockings* (Un par de medias de seda). Es una sencilla narración acerca del gozo que procura a una mujer, hoy casada y madre de familia, el encuentro casual, una mañana, de un dinero olvidado en su cartera. ¡Nada menos que quince dólares! En seguida, se echa a la calle con la intención de comprar ropa a sus hijos. Penetra maravillada en unos selectos almacenes, donde cae en la tentación de probarse unas medias de seda. La suavidad del tacto de la seda sobre su piel, hoy sólo habituada al algodón basto, la sume en estado de trance. Sin dudarle, se deja puestas las medias de seda, que por cierto no paga. El latrocinio ya está cometido, y sus fechorías no terminarán ahí. Contra lo que cabría esperar de una honrada madre de familia, la mujer olvida las necesidades de sus hijos. A continuación, se compra unas botas que hagan juego con las nuevas medias, se prueba guantes, se permite el estúpido capricho de gastar en revistas insustanciales. No contenta con todo ello, y embriagada por la voluptuosidad del gasto en innecesarias fruslerías, se permite a continuación el lujo de ofrecerse un pequeño banquete en un restaurante caro. ¡Una mujer a su aire, sin acompañamiento alguno! ¡Descarada! Y aún se concede la largueza de dejar una suculenta propina. ¡Como una reina! Reiteradamente se nos insinúa que, antaño, podía ella permitirse estos faustos hoy prohibitivos e ilícitos. El relato es, en fin, un canto exquisito a la emancipación y a la presunción desbocada de una mujer reprimida y enjaulada por formalidades y obligaciones domésticas. Una vez más, se trata de una narración encantadora y sutil que nos sumerge en una psicología característicamente femenina.

«Mildred Orme, sentada en el rincón más recogido del gran porche frontal de la granja Kraummer, estaba todo lo feliz que una joven podía esperar sentirse.» Así se inicia *A Shameful Affair* (Un asunto vergonzoso). Mildred, de visita en la granja, no sospecha que un día será capaz de cometer un acto reprochable e injustificable en una joven honesta. Todos los días, Mildred observa cuando los obreros se acercan al edificio para recibir su rancho. Aunque no exista contacto alguno entre ellos y la joven, un día uno de éstos le devuelve un papel que se le ha caído. Se trata de un mozo rubio, de ojos azules y cuerpo fornido. Mildred no puede evitar reparar en él, y así lo hará durante los siguientes días, aunque no ose cruzar una palabra con el joven: ambos se miran desde prudencial distancia en más de una ocasión. Un buen día, Mildred se interna paseando en el bosque. Al llegar al río, descubre al bello mozo en cuestión dedicado a la pesca. Le pide permiso para observar, y así lo hace, pero, al cabo de un rato, Mildred solicita al joven que le deje probar suerte con la pesca. Aferra, pues, la caña, y he aquí

que pica un pez. Al acudir raudo el muchacho en su ayuda, inevitablemente termina en sus brazos. El hombre la besa, y ella no aparta el rostro. Consiente con regodeo. Horrorizados en el acto de su desvergüenza, ambos se separan al punto. En los días siguientes, ella se plantea denunciarlo, como debiera, pero no lo hace. Cuando el joven busca ocasión para disculparse ante ella, Mildred le responde tajante que le perdonará el día que esté dispuesta a perdonarse a sí misma. El mensaje es claro, y el joven lo entiende: aquella muchacha de buena cuna admite haber cedido al deseo de besar a un trabajador, y ni siquiera se arrepiente de ello. El planteamiento es inmoral y retorcido. Aunque semejante minucia resulte hoy insustancial en nuestro mundo, con este texto Kate Chopin traspasaba entonces los límites de toda moral. Era una provocación.

Revelador del mundo emocional de Kate Chopin es su relato *Emantipation. A Life Fable* (Emancipación. Una fábula de vida). Texto inspirado, a propósito, por hechos vividos por la autora en la bella y frívola Nueva Orleans. El cuento se inicia así: «Érase una vez un animal que nació en este mundo y, al abrir los ojos a la vida, vio encima suyo y a su alrededor muros que lo confinaban, y ante él había barrotes de hierro a través de los cuales se colaban el aire y la luz del exterior: El animal había nacido en una jaula.» Allá dentro creció encarcelado el animal hasta que un día, al despertar, halló abierta la puerta de la jaula y escapó. El relato concluye diciendo: «Y así vive, buscando, hallando, gozando y sufriendo. La puerta que un accidente abrió continúa aún abierta, ¡pero la jaula ha quedado para siempre vacía!» Es sin duda a ella misma a quien describe, mujer indómita, luchadora, bravía, liberada de corsés sociales.

Kate Chopin pagaría las consecuencias de tanto desafío. Como corolario a semejante desfachatez literaria, la sociedad de Nueva Orleans le volvió la espalda. Los amigos la abandonaron, y su literatura cayó en el ostracismo. Kate Chopin no volvió a publicar un relato. El 22 de agosto de 1904 falleció arruinada y olvidada del mundo que un día la aclamó como destacada escritora. Fue el precio de su arrojo.

La verdad sea dicha, la literatura de Kate Chopin no destaca por su estilo, ni por su excelencia poética, por sus adjetivos o su vocabulario, excepción hecha del ya comentado lenguaje criollo. No podían faltar, claro está, algunos breves toques líricos: «Había escapado, y el sol convertía el reluciente prado en un palacio de gemas.» Pero no abunda la poesía en sus textos. La narración cobra mayor fuerza cuando se detiene a describir a personajes femeninos, como cuando retrata a Clarisse Laballière en el cuento titulado *At the 'Cadian Ball*: «Delicada como un lirio; resistente como un girasol; delgada, alta, airosa como los juncos que crecían en el pantano. Fría y amable y cruel por turnos...» Las heroínas de Kate Chopin hacen siempre ostentación de sentimientos atrevidos.

En resumen, Kate Chopin da voz, en cada uno de sus textos, a la frustración de la mujer de su tiempo, a su falta de libertad personal, sexual, emocional e intelectual. Expone su sometimiento a un hombre sureño y pendenciero, a menudo posesivo, racista y clasista. La esclavitud femenina siempre amparada, a propósito, por la religión. Contra toda norma, las protagonistas de Kate Chopin perpetran la audacia inexcusable de atreverse a redimirse de reglas y limitaciones sociales.

Cierto es que, de acuerdo a nuestros valores actuales, aquella sociedad decimonónica trató a Kate Chopin de manera injusta y vengativa. Jamás perdonaron la intrepidez de sus conceptos. Ella pagó el precio sin arredrarse. No echó marcha atrás. Arrostró sus ideas altruistas y su propia evolución vital con todas las consecuencias. Kate Chopin fue así, tanto en su vida como en su obra, una precursora de los derechos de la mujer.

El tiempo y la historia le han hecho justicia.

© Jesús Greus

---

**Jesús Greus.** Nació en Madrid. Licenciado por el Institute of Linguists de Londres. Fue colaborador de los periódicos ABC, Diario 16 de Baleares, El Día del Mundo, Libération du Maroc y, actualmente, de diversas revistas literarias digitales. Trabajó, además, como traductor para editoriales de Madrid. Es conferenciante, músico, gestor cultural y guionista. Como escritor, ha publicado: *Ziryab*, 1988. *Junto al mar amargo*, 1992. *Así vivían en al-Andalus*, 1988. *Claro de luna*, poesía. *De soledades y desiertos*, 2001, teatro. *Laberinto de aljarafes*, 2008, relatos. *La palabra perdida*, ensayo. *The Tower of Babel*, 2012, ensayo. *Las 1001 Noches, ese fantasma literario*, 2013, ensayo y *Aquella noche en el mar de las Indias*, 2015, novela.

## EL HIPÓCRITA QUE FALTÓ EN EL CATÁLOGO. COMENTARIOS AL MARGEN DE LA *VIRTUD DE LA HIPOCRESÍA* DE LUIS QUINTANA TEJERA

por Jesús Humberto Florencia Zaldívar

¡Protesto! El malandro de Luis Quintana no quiso incluir la historia de mi vida en su libro de relatos. Así que, desde lo más profundo de sus recuerdos o desde las ocurrencias de sus clases o de la crítica literaria, hoy vengo para manifestarme y justo cuando se presenta su más reciente libro que le dio por titular *La virtud de la hipocresía*, y no conforme, lanza la pregunta «¿Quiénes somos en realidad?».

No entiendo qué pretende el atrevido. ¿Decir que el corazón de los hombres está seducido por fingimientos y simulaciones?, ¿que en el disimulo se conforma la moral con la que se rigen?, ¿o solamente se trata de un grupo reducido de personajes que supieron acomodarse en una sociedad en donde se saca provecho de los ingenuos? ¿Estaré incluido o cualquiera que lo desee podrá afiliarse al gremio? ¿El que escucha, quien habla o lo escribe; ¿ustedes mismos, el que prefirió ausentarse, el que mañana enriquecerá la lista?

A la mayoría de los personajes, o quienes los inspiraron, el narrador los conoce desde los tiempos en que vivía en su natal Uruguay, a los que ya veíamos aparecer en libros como *Juegos de amor y muerte*, y sus *Lecciones de mitomanía*. Pero, seguramente, sólo dice o cree conocernos, porque esto forma parte de la técnica literaria que viene acompañando al autor durante el ejercicio de la escritura.

De esta manera, sus narradores se vuelven testigos de un suceso o de una conducta; y, como bien se sabe, un testigo sabe guardar distancia, pero no silencio, y puede colocarse en el lugar preciso para poder contemplar, pero sin ser visto. Su mirada se detiene para examinar, para dejarse seducir por los demonios que invaden a los personajes y se atreve, además, a compartírselos con sus lectores porque necesita de nosotros para hacernos sus cómplices. Lo que sucede en un par de guiños a lo largo del coloquio de hipócritas: «En las jornadas siguientes ocurrió de todo; tanto que mi pluma no se atreve a recuperar aquellos hechos en los cuales el pacto diabólico que, un hombre de Dios le había ofrecido al inocente joven, se consumaba» (67).

*Ocurrió de todo*, de todo lo que se puede contar, pero el resto lo deja a nuestra imaginación; hasta donde el deseo se atreve a incursionar. Como se puede apreciar, el narrador es el virtuoso que muestra los excesos, pero retrocede argumentando que la pluma es la que no se atreve a mostrar las consecuencias de las debilidades.

La pluma calla, pero el narrador sabe, a pesar de manifestar su vergüenza por lo que nos está contando, que, para todo pacto, se requiere del diablo como sinodal y a Dios como testigo. Aunque, en ocasiones intercambian los roles, porque son la misma entidad, pero intercambian de jerarquías cuando el objeto del deseo es un muchacho o una joven inocente: «Tú elige, pequeño Eduardo, de qué lado quieres estar, pero te aseguro que, si siguen en ese sendero absurdo de la santidad, no prevalecerás. Muchos me han buscado sin hallarme en el lugar en que creen que estoy. Yo, en cambio, te hallaré a ti cuando llegue la hora definitiva y todo resulte mucho más claro que el sol que nos ilumina» (23).

Entonces, el narrador se convierte en una conciencia, un provocador; él mismo oculta su verdadero nombre en las instituciones eclesiásticas, otras veces en las militares e incluso en la familia. No hay manera de evitar caer en las hipocresías y es cuando nos damos cuenta de que la belleza existe para ser profanada, de lo contrario, no existiría. O, para ser precisos, parafraseemos uno de los relatos, no faltará quien sepa *robar la inocencia*; ya que, dicho ladrón se llama Trinidad, *trinitariamente satánico*, nos aclara el narrador. Este personaje muestra un rostro, pero actúa de manera diferente. Ansía con intensidad lo prohibido, pero oculta sus instintos con lecciones de moral, pues nadie como Trinidad

para conocer el mal que lo habita, sabe que: «quien corrompe un cuerpo pone al borde de la perdición a esa misma alma» (63).

Continuando con la presencia del narrador, éste forma parte del mundo relatado, lo que sucede le afecta, lo altera, lo seduce. Tal cosa se entiende cuando exclama con indignación, o cuando confronta la «sabiduría» de su Dios personal, porque permite la existencia de los tiranos, de los lujuriosos, en los otros y en él mismo, o más bien, de los impulsos que los motivan. Si es verdad que evidencia su indignación (justificándolo en la escritura), los comportamientos ajenos lo cautivan y lo descubrimos cuando la pluma, ahora, describe la hermosura de las jóvenes, su belleza resaltada en la consistencia del cuerpo inocente. En efecto, lo imaginado es más intenso que lo visible, la mirada se desliza entre lo oculto y el narrador no lo puede contener.

El que otorga unidad a los diferentes relatos, es un orquestador de conciencias y, de manera no tan sutil (por la manera en la que presenta y concluye el libro y por la forma que interviene en los acontecimientos), sabremos que se incorporará al resto de los personajes, se vuelve uno más de entre los muchos atormentados y quizás sea el principal de los hipócritas. Sin embargo, este sujeto habría que aplicarle el principio de la virtud, porque, a diferencia del resto de sus compañeros, éste se confronta, exclama, se indigna, esto es, intentará apartarse de esa sociedad, y al saberse impedido a separarse, concluye con un ejercicio de razonamiento para comprender los mecanismos del mundo que habita.

Al ofrecernos un prefacio y un epílogo, el narrador se vuelve un personaje, acepta su cercanía con el resto de los individuos, pero, gracias a la técnica que nos proporcionan las memorias y la crónica (ingeniosamente sin caer en la intertextualidad autobiográfica), se sabe distanciado de los males... Conserva una perversa distancia, aunque en apariencia, porque, si es verdad que no participa en los acontecimientos, lo cierto es que lo cautivan.

Entonces, podríamos suponer que Luis Quintana, el autor, crea un alter ego, un Luis que no es el Luis que conocemos y que hoy nos acompaña. Se trata de un Luis que no se llama Luis, pero de quien inferimos la influencia de personalidades, porque ambos luses provienen de un lugar común y porque los personajes de quienes escriben son inspirados por habitantes de la misma región compartida. Pero existen sus diferencias, el primer Luis juega con el segundo haciéndole creer que es el mismo Luis, pero Luis toma su distancia.

Una vez aclarado el asunto, el que no es Luis y que podría ser yo mismo tratando de incluirme en los relatos, se dedica al oficio de la escritura, igual que el Luis original. Sin embargo, el otro Luis es el que escribe sobre las virtudes de los hipócritas. El primero mira al segundo otorgándole virtudes y conocimientos literarios, aunque le hace creer que no forma parte de la composición libresco. A su vez, el Luis que desconoce los planes de su autor, se distancia del resto de los personajes ofreciéndonos una explicación introductoria y sus conclusiones. Y quizás ambos han caído en las trampas de Estela Enríquez, de quien hablaremos más adelante.

Aunque, el compilador de relatos, separándose del autor, deberá cuidarse de que los personajes no descubran su auténtica personalidad. Recordemos que el libro está repleto de «Ladrones de inocencia», de «La política nuestra de cada día», de «Plagiarios seriales». Al igual que el segundo Luis, existen otros personajes que dominan las técnicas literarias y del convencimiento verbal, como es el caso de Trinidad (sacerdote y profesor de literatura). De esta manera, el ejercicio de la escritura, complementado con la seducción de la oralidad, es determinante para convencer a los inocentes, para sacar provecho de las oportunidades, para burlarse de las autoridades y de la legalidad, y al final de su existencia, sentir (hipócritamente, claro) que jamás transgredieron ningún orden.

Entre ladrones, plagiarios e hipócritas, se destaca el ingenio de Estela Enríquez del Campo, la inventora de *un cerebro inteligente*. Se trata de un relato redondito, en el que sabe apropiarse, como su nombre lo indica, de las inteligencias ajenas. No, más bien podríamos plantear la posibilidad que son los talentosos quienes saben aprovecharse del invento *estelar*-por Estela. Así, publicar una novela de carácter universal o ganar premios literarios, sólo es cuestión de crear un mecanismo, un cerebro, ¿un plagiario serial-artificial?, que nos permita estar a la altura de los grandes. El narrador dice que Estela murió sin dejar huella de su descubrimiento, pero no es del todo verdadero. El narrador teme porque, una vez leído *La virtud de la hipocresía* de Luis Quintana, me pregunto si el libro no es producto de la

invención de Estela, si no «será una obra de su autoría [porque] Estela Enríquez descubrió mucho más que lo revelado en sus investigaciones azarosas.»

Pero si Estela es peligrosa, compite con Lucero Miranda, personaje central de «La guardiana de la calle Sarandí». Se distingue como custodia, porque ella misma le da un sentido al mundo, le otorga sus límites y les ofrece una identidad o nombre. No obstante, de entre la multiplicidad de personajes, el universo de Sarandí queda limitado por ocho esquinas: un mendigo ciego, la bella dama, un señor mayor con su perro, un violinista con instrumento silencioso, una monja con hábito azul, un judío, el panadero y, por supuesto, *el lucero que va mirando*: Lucero Miranda. Al saber de todos ellos, Lucero les permite existir, al igual que a su ciudad y su calle con rasgos míticos. Bajo este panorama, al meterse en la vida de los otros, se vuelve severa, es la que podría manipular los destinos de la gente: «Lucero la está mirando y está penetrando plenamente en su secreto» (82). Lamentablemente, conocer y otorgarle un sentido a la existencia de los demás, tiene sus consecuencias. Al final, las revelaciones la conducen a un fracaso de sí misma y a la destrucción del cosmos creado desde su umbral. Jugar a ser Dios debe ser terrible: «Lucero, después de oír las manifestaciones tan complejas del universo que le rodea, siente pena por todos y en particular, siente pena por ella misma. Analiza brevemente las historias que ha presenciado y, angustiada ante el misterio infinito que el velo del tiempo descubrió para ella, cierra para siempre su ventana y la calle Sarandí queda sepultada en un arcano silencio» (89)

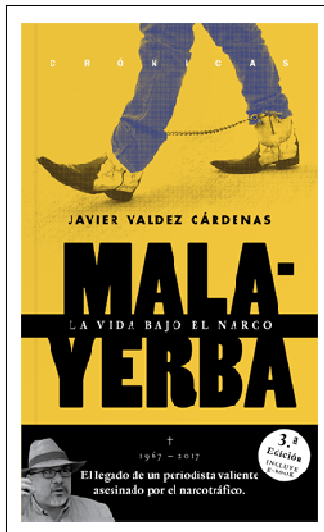
Curiosamente son estos dos personajes femeninos los más peligrosos. Muchos se consumen en sus propias pasiones, sin embargo, basten los dos ejemplos anteriores para comenzar a preocuparnos. ¿No será que Luis autor y Luis personaje fueron inventados por Estela o Lucero y que, es a ellas a quienes les deba su existencia? Lo mejor será entonces que me despida, no vaya yo mismo a desaparecer o terminar dominado o peor aún, seducido, por tan diabólicas mujeres.

© Jesús Humberto Florencia Zaldívar

---

**Jesús Humberto Florencia Zaldívar.** Maestro en Letras por la UNAM, Investigador de la Facultad de Humanidades y escritor de ficción. Premio Internacional de Narrativa Ignacio Manuel Altamirano por su novela *Todos santos* (2006).





**MALAYERBA, de Javier Valdez Cárdenas**

Editorial Jus  
 198 páginas  
 Fecha de publicación: 2016  
 ISBN 978-607-9409-59-3

\* \* \*

Ejercer de periodista en México es tan peligroso como hacerlo en Siria. En el país norteamericano que hace frontera con la primera potencia del mundo una guerra no declarada y sin cuartel ha dejado más de ochenta mil muertos y un sinfín de desaparecidos. A diario se encuentran fosas comunes y ristras de muertos desmembrados que indican la práctica habitual de la tortura. Más de cien periodistas han sido asesinados. Javier Valdez Cárdenas no es el último.

Durante toda su vida, hasta que ésta se truncó de forma dramática, Javier Valdez Cárdenas (Culiacán, 1967/2017) estuvo comprometido en desentrañar esa violencia ciega que asola su país, México, y ante la que finalmente acabó sucumbiendo. Sin abandonar el epicentro del huracán de la violencia asesina, el estado de Sinaloa, porque allí nació y allí murió tiroteado en medio de la calle a plena luz del día, y a través de medios escritos y radiados, el periodista mexicano abordó sin tapujos toda esa complejidad violenta que rodeó la guerra contra el narco que desencadenó Felipe Calderón y prosiguió Javier Peña Nieto sin visos de que esa sangría vaya a terminar a corto plazo. Con sus crónicas a través del medio Riodoce no sólo daba la palabra a las víctimas de esa balacera terrible, que ha convertido México prácticamente en un estado fallido, sino que apuntaba a la connivencia de los poderes políticos con los mafiosos y a la corrupción que pudre la columna vertebral del estado mexicano y que hace que su policía figure entre las más ineficaces del mundo con un índice de fracaso del 90%. El periodista galardonado con el premio International Press Freedom Award se movía por terrenos pantanosos.

La editorial mexicana Jus ha reeditado oportunamente *Malayerba*, un conjunto de crónicas periodísticas que Javier Valdez Cárdenas convierte en estremecedores relatos de no más de tres páginas. El periodista no hace más que dramatizar sucesos que él mismo vivió en propia carne o le contaron, y lo hace con economía de medios, frases cortas, y eficacia, sin truculencias innecesarias: la realidad es tan sangrienta que la escritura sólo puede ser un pálido reflejo de ella.

En *35 segundos* se centra en el horror de un video snuff: *En la imagen aparece un hombre adulto boca abajo. Tiene ambas manos en la cabeza. Ojos cerrados. Ojos cerrados y apretados. Alguien lo sujeta de la cabeza, le jala los cabellos.* La mítica del narco causante de tantos alistamientos está en *Fascinación por Javier*. *Se imaginaba con esa pistola de cachas de oro y empuñando el cuerno. Metiendo el cargador para estrenar su tableteo en cualquier camino de terracería. Y también rodeado de guaruras, no menos de seis.* Disecciona la violencia en *El hombre parece brincar. Baila inerte, involuntariamente. Se queda en el suelo y parece aflojar el cuerpo. No se le ve la cara. Sólo manchas rojas, afluentes que nacen de los orificios de bala.* En *Carrilla mortal* hay una advertencia siniestra que no es gratuita: *Si vas Culiacán no voltees. No veas a la gente de otros carros. No grites ni reclames. No pites. No cambies de luces. No manejes en chinga ni andes rebasando.* En *Sin palabras* retrata gráficamente un acto violento que se convierte en cotidiano: *Vi su carro abollado y volteé hacia la camioneta. Vidrios oscuros y arriba. Tocó el cristal. El elevador automático bajó el vidrio y se asomó la pistola. Dos tiros en la cara, a quemarropa, sin palabras.* En *Busco narco* no es ajeno a una cierta sensualidad dentro de ese ambiente bravucón y macho que impera en la sociedad mexicana: *Y sí, es una mujer indudablemente guapa: alta y morena, pelo lacio. Molde de mujer culichi: generoso patio trasero, unos cerritos frontales 34B y ese andar que parece ofrecer sus caderas desde la otra acera.* En *De cartón piedra* denuncia la inoperancia policial, cuando no connivencia con el crimen en donde ni el maniquí de una tienda de ropa se salva de la balacera: *Los sicarios se acercaron a los cuerpos. Dispararon de nuevo para garantizarle a la muerte su comité de recepción. Algunos policías del lugar corrieron, otros se escondieron con su revólver empuñado; no hicieron nada.* En *Cambio de bando* narra el proceso simple por el que un policía se pasa al narco: simplemente pagan sueldos dignos por trabajos indignos. El narco no es ajeno al sexo en *A punta de pistola: Abajo brasieres con encaje: libres los pezones amables. Arriba las minifaldas de licra: Montes de Venus rebasando el*

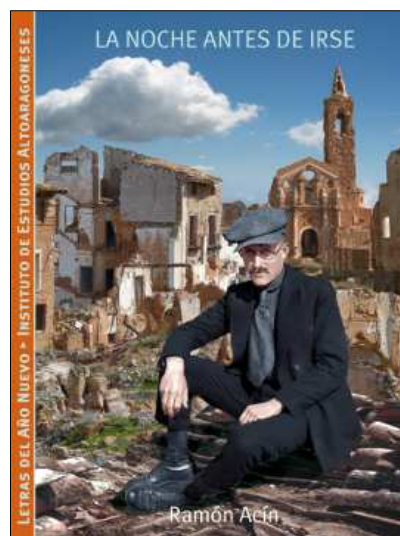
borde del calzón. Manotazos en las posaderas: una invitación al tacto, a palpar y a viajar por los poros epidérmicos de esas musas. La violencia sañuda y explícita desborda en *Carne asada: Pero aquellos le daban y daban: con el puño cerrado abrieron la piel en cara y cabeza, pintaron mapas oscuros en pecho, espalda y panza; heridas de quemaduras en las seminales y peludas bolsas frías. Sólo hablaban entre ellos, y ni para responder a las agresiones verbales tenían tiempo.*

Leer *Malayerba* es adentrarse en la sinrazón de una violencia banalizada que se ha enquistado en la cotidianidad mexicana, descifrar un alfabeto de sangre que forma parte de la idiosincrasia de una población que nace y vive con ella a cuestas, lo que es terrible y desazonador y hace que la solución al problema sea una utopía. Desigualdades sociales sangrantes, corrupción a todos los niveles y ausencia de toda ética están detrás de esa masacre civil que ha convertido un hermoso país en intransitable. Trabajar en el narco supone tener un cierto pedigrí, conducir coches caros y tener chicas bonitas a tu disposición; una vida breve es la contrapartida. Si destacas por tu crueldad tendrás además una narcorrido que glosará tus fechorías.

El autor de *Mis Narco* y *Con una granada en la boca* sabía que tenía una cita con la muerte y que sus escritos le llevaban inexorablemente a ella, y ni aun así dejó nunca de escribir y denunciar lo que veía. Su vida era *una crónica de una muerte anunciada*. Lo callaron para siempre el 15 de mayo de 2017. El bato murió con el sombrero puesto. Un héroe, sin duda. Y además un buen hombre y un buen amigo al que siempre recordaré con cariño y respeto.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com.es>



### **LA NOCHE ANTES DE IRSE, de Ramón Acín**

Instituto de Estudios Aragoneses  
Colección: Letras del Año Nuevo  
Fecha de publicación: 2016  
94 páginas  
ISBN 978-84-8127-279-6

\* \* \*

Aureliano Mercader se convierte en el protagonista de *La noche antes de irse*, cuando se indaga sobre su vida.

La petición: «Mira qué fue de Aureliano Mercader» es un encargo envenenado que obligará a perseguir su rastro, a profundizar en su biografía y así, con olfato de sabueso, entre datos, recuerdos, documentos y fotos se va construyendo la identidad de un hombre que emerge entre la niebla del tiempo.

De esta manera conocemos los orígenes oscenses de Aureliano, su estancia en el seminario de Belchite, sus andanzas políticas en Barcelona, su paso por la universidad romana de San Anselmo, su huida a Australia, sus estudios de arte, su amistad con Ramón Rius o el final de sus días en el asilo St. Leonard's-on-Sea, compartiendo vejez con otros ancianos y con su reencontrado amigo. Algunas pistas llegan a emparentarlo con Ramón Mercader, el asesino de Troski, pero sin poder confirmar el valor de esta teoría, el vínculo se reduce a meras habladurías.

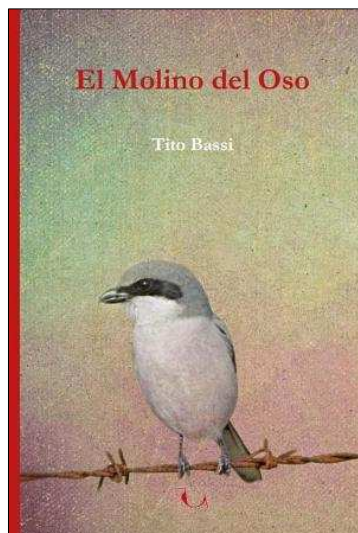
Ramón Acín ha tejido una historia en torno a la búsqueda y al descubrimiento de una existencia que resulta un enigma por descifrar y que ofrece unas dimensiones insospechadas al biógrafo que se va sumergiendo en ella. Una personalidad uncida a una fisonomía, a una forma de concebir la vida.

Cartas, legajos y fotografías son el rastro a seguir hasta dar con el auténtico Aureliano Mercader, un hombre, como todos, lleno de claroscuros, matices e incógnitas, una identidad en la que todos nos conocemos y nos reconocemos.

Ramón Acín clava el anzuelo en la curiosidad del lector y la alimenta de reflexiones, de apuntes y hallazgos que no solo muestran a Aureliano Mercader. Pero para saber más, hay que leer esta historia.

© María Dubón

<http://dubones.blogspot.com.es>



## **EL MOLINO DEL OSO, de Tito Bassi**

Editorial Vitela  
Colección: Narrativa  
Fecha de publicación: 2015  
138 páginas  
ISBN 978-84-942439-5-0

\* \* \*

Tito Bassi, hombre de negocios y auténtico trotamundos, nacido en Insubria, en la Suiza italiana, ha querido construir en esta obra, su primera novela ahora reeditada en España, una ficción basada en algunas experiencias personales. Como señala el narrador guatemalteco Arturo Monterroso en el prólogo, Tito Bassi posee «la soltura de un escritor que se ha ejercitado en el viejo oficio de contar lo que se ha vivido» y lo hace bajo un alter ego, Antonio Ferrari, testigo y actor secundario de los acontecimientos que se cuentan.

Con esta narración asistimos a la transformación vital y psicológica de José, un americano profundamente marcado por su escabrosa infancia y por la difícil relación con su padre. Al principio se presenta como un individuo adinerado y sin escrúpulos, que apenas tiene relación con su propio hijo. Sin embargo, el lector va descubriendo paulatinamente su arte abstractamente erótico y las obsesiones que explican su personalidad: el sexo, su enfermedad física, la nula relación con el padre, el sentimiento de culpabilidad respecto a la muerte de la madre, etc. Por ello, su salvadora será Josefina, quien decide dar un giro a su vida separándose de su marido y se casa con él. A partir de ahí, ambos inician un viaje que les cambia la vida por completo. De hecho, esta decisión será clave para que al final de la historia nos encontremos con un protagonista totalmente diferente, que consigue salvarse del lastre del pasado y estar en paz consigo mismo. Por tanto, con el paso del tiempo, José logra trascender la oscura realidad que le tocó vivir.

En este recorrido vital, Tito Bassi aborda temas habituales como el amor, la infidelidad, la amistad incondicional, la muerte y el perdón. Más allá de ellos, destaca un asunto muy recurrente en sus obras: la homosexualidad. En esta ocasión se aborda desde una perspectiva conflictiva y delicada, que es la no aceptación de la condición del hijo por parte de su padre. A este argumento secundario se suma otra constante: las alusiones frecuentes a la masonería, que vinculan varios lugares y antepasados del protagonista. El lector llega a tener la sensación de que todo parece estar conectado, lo que otorga cierta intriga al relato. Además, a esto también contribuyen las anticipaciones que se van haciendo a lo largo de la obra, como la del trágico final de uno de los personajes más importantes.

Los personajes se encuentran bien desarrollados psicológicamente, especialmente José, con sus fobias y obsesiones. Sin embargo, también hay que destacar a su amigo Antonio Ferrari, quien posee una extrema sensibilidad para percibir los contrastes en los que se inserta la vida y la personalidad del gringo, y para comprender a cada uno de los personajes que nos vamos encontrando en la historia, como Stuart, el hijo de José. Ferrari parece sentirse comprometido con la difícil situación familiar de la que es espectador en primera línea, de manera que decide participar en ella intentando que los distintos personajes vean los errores de sus propios comportamientos y rectifiquen. Durante todo este viaje vital del que somos testigos el lector va adoptando la perspectiva de Antonio y experimenta sus mismas sensaciones.

A pesar de que la historia se divide en nueve capítulos, existen dos partes claramente diferenciadas. La primera se corresponde con la época en la que José presenta un carácter más rudo y melancólico, con cierta misoginia y totalmente obsesionado con el sexo. La segunda se inicia con el capítulo titulado «Nuevos aires», en el que la filosofía de vida de José cambia radicalmente, defendiendo, junto a Josefina, una actitud más vitalista. La historia de José es la de un misógino que finalmente acaba haciendo el viaje de su vida con una mujer en un barco, un hombre obsesionado por el sexo, sus traumas infantiles y una enfermedad física que lo atormenta, pero que termina encontrando la felicidad tras vivir uno de los peores acontecimientos de su existencia.

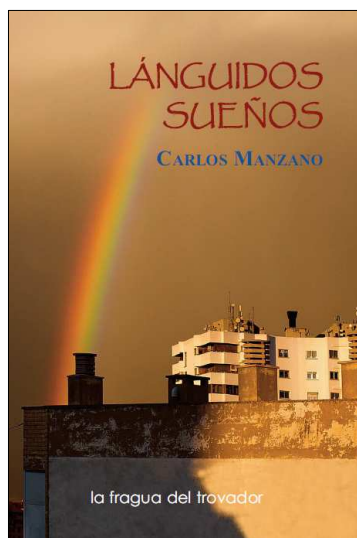
De forma pareja al cambio experimentado por el protagonista, la novela sufre otro bastante significativo. En la primera parte nos encontramos una historia más interesante donde predomina la acción variada y el desarrollo de la psicología de los personajes. A diferencia de esta, en la segunda

parte el ritmo de la narración se ralentiza considerablemente a raíz de un viaje y, especialmente, por la inclusión de la correspondencia entre José y Antonio Ferrari. El atractivo del relato va disminuyendo hasta concluir con un final abierto.

La prosa de Tito Bassi, marcada por algunos rasgos propios del español de Guatemala, es clara y fluye con soltura a lo largo de toda la obra. Se caracteriza por su sencillez, quizás porque el autor no busca un estilo singular, sino que prefiere facilitar una lectura ágil y entretenida para cualquier tipo de lector.

Resultan muy atractivas las observaciones sobre la naturaleza del arte, al hilo de la dedicación pictórica desarrollada por José, que aparecen poco a poco a lo largo de la narración a modo de sentencias: «El arte era un embudo resbaloso, lujurioso e inexorable» (pág. 37), «les dije que en el arte abstracto hay que interpretar con fantasía, que hay que poner a prueba lo que uno sabe, lo que ha visto y lo que ha vivido considerando que el artista puede distorsionar o simbolizar la realidad en forma subjetiva» (pág. 40). Gustave Flaubert aconsejaba que hay que amar el arte, ya que «entre todas las mentiras es la menos mentirosa». Y al lector no debe importarle cuánto de real hay en esta historia y en la literatura en general, sino las reflexiones, vitales y metaliterarias, que pueda sacar de ella.

© Nerea del Rocío Tovar Romero



### **LÁNGUIDOS SUEÑOS**, de Carlos Manzano

Editorial La Fragua del Trovador  
166 páginas  
Fecha de publicación: 2016  
ISBN 978-84-15044-68-0

\* \* \*

#### **DOBLE MIRADA**

Sin habérmelo propuesto, he encadenado la lectura de varios libros que son recopilaciones de relatos, género que había sido casi un perfecto desconocido para mí. Y hoy quiero hablarles de uno que me ha parecido muy especial: *Lánguidos sueños*, del escritor aragonés Carlos Manzano.

Es un placer descubrir que hay autores que no se dejan llevar por las modas, ni escriben para satisfacer los deseos puramente mercantilistas que mueven a determinados editores. Y Manzano es uno de ellos. Su escritura podríamos clasificarla de clásica, por su perfección y pulcritud. No hay un adjetivo de más, ni un adverbio de menos. Orden, exactitud matemática y pasión por lo que hace se unen en una obra que merece ser leída por todos, incluso por los devoradores de *Best Seller*, para ver la diferencia entre lo literariamente bueno y lo comercialmente exitoso.

En *Lánguidos sueños* encontraremos la obra de un escritor valiente, que exprime las ideas de frustración, fracaso y desilusión para sacar de ellas un buen puñado de relatos que se mueven entre lo perturbador y lo sorprendente, lo cotidiano y lo extraordinario.

No voy a hablarles aquí de los dieciocho relatos que componen este libro, editado por *La Fragua del Trovador*, pero sí me voy a permitir destacar tres de ellos, pues sin desmerecer ninguno, afirmo que son pequeñas obras maestras:

«El deber cumplido» es una audaz incursión en la literatura negra, protagonizada por un ex guardia de seguridad, convertido en sicario casi sin quererlo y que cumplirá el deber a su manera y de manera sorprendente.

«Cita en una noche calma» lleva al absurdo un encuentro entre dos jóvenes, que pretenden flirtear y terminan la cita de la peor manera posible, y la frustración va creciendo en el lector hasta casi desear que el final no sea feliz.

«Salvaguardar las conciencias» es una historia *gore*, contada desde el punto de vista de quien es linchado por la turba y nos coloca ante el espanto de las masas desatadas, la complicidad de la masa

y el hermetismo de una sociedad que en el fondo se sabe culpable y oculta su asesinato con brutal naturalidad,

Y comentario aparte merece un relato que en realidad es un ensayo: «La dignidad del fracaso», que condensa en unas pocas páginas toda una filosofía sobre el saber perder.

Busquen esta pequeña joya, de menos de doscientas páginas, y si no la encuentran pídanse a su librero de cabecera, pues sabido es que no la tendrán en *El Corte Inglés*, donde no saben distinguir lo bueno de lo comercial.

© José María García Sánchez

\*

Los 18 relatos que componen este libro de Carlos Manzano, muchos de ellos narrados en primera persona, reflejan, como no podía ser de otra manera, la visión que su autor tiene del mundo y los personajes en un momento temporal crucial de la vida cual es la mediana edad, las distintas formas de plantear el diálogo y las relaciones con el entorno, aquellas que particularmente le interesan y vive con mayor intensidad. En este sentido no son descripciones neutras, sino una distorsión selectiva (toda obra artística lo es), para destacar un sesgo, unas vivencias y unos acentos que singularizan a cada personaje, a la percepción que recibe y a la respuesta que emite.

La soledad, la nostalgia, el lamento por las ocasiones perdidas que en la poesía tiene su expresión más descarnada y ensimismada —*Je me souviens des jours anciens, et je pleure*: Canción de Otoño, de Paul Verlain—, y el mundo que ha quedado atrás, trasfondo de varios de los relatos, despierta y pulsa en el lector sentimientos y registros propios, más allá de las situaciones concretas puestas negro sobre blanco. Hay una mirada hacia un ayer cargado a la vez de desesperanza y de esperanza: el reconocimiento del fracaso y las diversas soluciones que cada personaje toma a su cargo, el medio para superarlo en una encrucijada de presente, pasado y futuro resumido en una receta: «*No es la cantidad de sueños alcanzados lo que marcaría un nivel aceptable de éxito, sino más bien la serenidad con que somos capaces de asumir que no los vamos a (o que no debemos) lograr nunca*».

En los relatos encontramos el carácter despiadadamente competitivo de la sociedad actual —«Entrevista laboral»—, la distancia, más bien el abismo que nos separa de nuestros semejantes, cada uno con lo suyo y a lo suyo, atento a las miradas y los detalles, no por nimios carentes de significado —«Cena familiar»—, o la mujer inalcanzable como ideal, «ella» por antonomasia —«El escritor y la memoria»—. Son en unos casos la huella de los juguetes que el paso del tiempo ha roto, y en otros historias con origen y punto de llegada en nosotros mismos.

Algo a destacar es la medida exacta y precisa de su extensión, ajustada al tema, los personajes y el mensaje que contienen. Un valor que raramente se encuentra en el mundo literario.

Pero quisiera detenerme en los dos relatos que mayor impacto han tenido en mí por haberlos vivido como más próximos, tanto por su tema como por el tono, el esquema que los desarrolla y su desenlace.

El primero de ellos es «Cartas desde el exilio». Si una de las virtudes de la ficción literaria es despertar la imaginación más allá de lo estrictamente descrito, abrir nuestra mente a un mundo diferente y más rico que el propio y acotado contenido en la letra impresa, dicho objetivo aquí está logrado de una forma sobresaliente. Lo que el narrador va trenzando abre puertas y ventanas, posibilidades, sugerencias, historias paralelas, a medida que avanza la lectura. Es mucho más lo que el lector intuye (o cree intuir) aquello que supone (o quiere suponer), que lo encerrado en el texto. Sentimientos y preguntas, pero preguntas sin respuesta, son el resultado, el decantado poso de ese epistolario compuesto de diez cartas dilatadas en el tiempo, cada una con su momento. Un relato sobre el cual gravita, al menos para mí, la cuestión: ¿Qué voluntad había en conservar esa cartas, en salvarlas del olvido?, ¿por qué y para qué?... Y sobre todo: ¿para quién?

Con unas pinceladas precisas y profundas Carlos Manzano nos dibuja la sociedad y la miseria de unos años oscuros, los de la postguerra civil, la emigración, la necesidad, de los que poco o nada sabemos. Y sin embargo es allí donde están nuestras raíces, las nuestras y las de aquellos que nos dieron la vida...

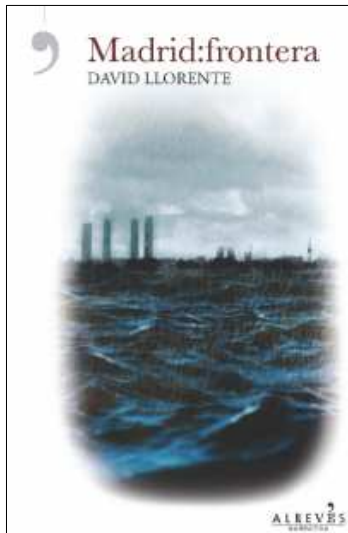
El segundo de los relatos al que me quiero referir es «La dignidad y el fracaso», que comienza con unos versos de una canción de Luis Eduardo Aute que no me resisto a transcribir:

*Pero, quiero que me digas amor,*

que no todo fue naufragar  
por haber creído que amar  
era el verbo más bello...  
dímelo... me va la vida en ello.

Ahí, y en el texto del relato, se entremezclan la nostalgia por lo perdido —*les jours anciens*— junto al aprendizaje que cabe sacar del fracaso, en definitiva, una visión positiva de la vida por encima de las frustraciones y los errores que conlleva.

© José Vaccaro Ruiz



### **MADRID: FRONTERA, de David Llorente**

Editorial Alrevés  
Colección: Narrativa  
256 páginas  
Fecha de publicación: 2016  
ISBN 978-84-16328-36-9

\* \* \*

#### **DOBLE MIRADA**

*La bolsa de basura (negra, de veinte litros de capacidad) vuela por encima de la alambrada y cae a los pies de las escaleras. Los mendigos (que parecían aletargados) se levantan. La lucha por la basura (apréndelo de una vez) es encarnizada y cruenta. ¿Los han visto ustedes? Yo hace tiempo que los veo revolviendo en los contenedores de basura de mi ciudad. Parecen zombis. Van a su aire metiendo sus pinchos. Algunos revuelven en los contenedores de los supermercados.*

Algo distópico que entra a formar parte de la cotidianidad. A todo nos acostumbramos. Miren a México. Mirémonos nosotros mismos.

*Sueñan los androides con ovejas eléctricas, 1984, Fahrenheit 451, La naranja mecánica, La carretera...* La lista de novelas distópicas es larga y notable. La distopía, que puede coquetear a partes iguales con el género futurista (es futurismo en sí mismo) o con la novela negra (tanto *La carretera* como *Sueñan los androides con ovejas eléctricas* son, además, novelas negras), es un género muy apreciado en el que sus autores, preocupados por el futuro de la sociedad, suelen hacer predicciones que lamentablemente se cumplen. Las modernas sociedades han quemado libros (*Fahrenheit 451*); se han obsesionado por el control absoluto de sus súbditos (*1984*); caminan hacia la autodestrucción (*La carretera*); banalizan la violencia (*La naranja mecánica*). Quienes practican la distopía, que siempre es negra (ningún autor imagina un mundo idílico sino todo lo contrario), son autores (George Orwell, Philip K. Dick, Anthony Burgess, Ray Bradbury, Cormac McCarthy) con una enorme conciencia social y críticos con sus sistemas. Las novelas distópicas por sistema suelen ser narraciones frías. *Madrid: frontera* es gélida,

Preguntado David Llorente en el reciente festival de novela negra de Cubelles Noir si su novela era una distopía, su respuesta fue clarificadora. El ganador del premio Dashiell Hammett, Francisco Umbral, Ramón J. Sender y Silverio Cañada, expatriado a Praga, dijo vivir como una distopía lo que ha estado sucediendo durante todos estos años en España mientras él estaba, como otros muchos, en ese exilio laboral forzado: la de ciudadanos arrojados de sus viviendas como si fueran delincuentes, obligados a vivir en la calle como ratas mientras con sus impuestos salvaban el culo a los bancos que los desahuciaban. Un mundo enloquecido y al revés. La realidad social era para David Llorente tan distópica en ese momento que lo único que hizo fue subrayarla con fuerza y originalidad en una novela titulada *Madrid: frontera* en la que se permite la licencia de que ese mar tan soñado en la capital del reino exista, rodee la ciudad y golpee con fuerza contra sus costas; un mar oscuro, por supuesto. *Detrás de las ruinas de la antigua estación de Atocha se encuentra el mar de Madrid. El agua del mar de Madrid es oscura como la tinta. Las olas revientan contra las piedras de los acantilados y la espuma salta muy alto, tan alto que a veces (según se dice) llega a mojar las estrellas.* Madrid era navegable en *Todo está perdonado* de Rafael Reig, premio Tusquets de novela 2010.

Así es que en *Madrid: frontera* hay policías, como los de *La naranja mecánica*, adictos a la violencia. *Con los hombres hay que emplearse a fondo. Los antidisturbios son maestros en eso de meter los*

*pulgares en los ojos, en luxar hombros, en romper los dedos de las manos y los dedos de los pies, en aplastar cabezas contra el suelo, en patear costillas. Así es que en Madrid: frontera hay desahuciados como los que ya no salen en los telediarios: Todos tienen (guardada en el cajón) una carta del banco que los amenaza con el desahucio. Todos tienen miedo de ser los siguientes a los que sacarán a rastras. Los siguientes en meter su vida en dos maletas. Los siguientes en descubrir la destemplanza de la piedra. Los siguientes en oír el canto de las sirenas. Los siguientes en saltar por la ventana. Por eso deciden salir a la calle. Así es que en Madrid: frontera hay millares de pisos vacíos mientras los desahuciados malviven en las calles: Madrid es una ciudad de pisos vacíos. Los agentes de policía han conseguido echar a la calle a todas las familias que no tenían casas con jardín. Las calles de la ciudad de Madrid están llenas de comebasuras. No se ve el suelo Los cartones ocupan las aceras y el asfalto. Así es que en Madrid: frontera hay antisistema indignados (no-gobernables): Los agentes antidisturbios cargan contra los no-gobernables. Hay quien prefiere un golpe en el cráneo (las mandíbulas que crujen y las fosas nasales que se llenan de sangre) y hay a quienes les encanta hundir los pulgares en los ojos, tronchar una muñeca o partir los dedos de un pisotón.*

*Kira, El bufón, Ofrezco morir en Praga, De la mano del hermano muerto y ahora Madrid: frontera remachan la carrera ascendente de este autor original y comprometido. David Llorente ahoga al lector con una prosa hipnótica y un estilo endiabladamente personal que se sirve de un diálogo entre dos, de principio a fin, el uso de la segunda persona y del imperativo (órdenes y avisos de lo que sucederá indefectiblemente) y los paréntesis. ¿Qué fotos son esas? / Las cartas de terror de los que van a ser desahuciados/ ¿Y qué más? / La policía arrastrando a la gente fuera de sus casas / ¿Y qué más? / Los antidisturbios (babeantes y extasiados) pegando a los que protestan.*

A través de una arquitectura literaria absolutamente original y rompedora, el madrileño nacido dos años antes de la muerte de Franco dinamita las convenciones de la novela negra y el género fantástico para golpearnos con un relato social del que todos somos protagonistas y víctimas y en el que ese Madrid, un personaje más, adquiere universalidad porque puede ser cualquier ciudad del mundo arrasada por la mal llamada crisis (estafa) global que ha llegado para resituarnos.

Nada define mejor lo que es esta novela que una frase del libro: *Me llamo David Ezequiel González-Caballo. La pérdida de la identidad (no saber quiénes somos) es la madre de todas las desgracias. Y otra de la contraportada: Que llego de la mano de un escritor que de repente toma conciencia de su enorme responsabilidad y te agarra de las solapas y te grita: ¡Despierta! Un grito literario indignado de 250 páginas explosivas en las que David Llorente narra el caos que nos rodea y ahoga como ese mar oscuro que cerca Madrid.*

Estamos en plena distopía y no nos hemos enterado.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com.es>

\*

Cuando te enfrentas a una novela, ésta te puede sorprender por la calidad de su escritura, por su originalidad, por lo interesante de la trama, por la complejidad de sus personajes.... O por todo ello. Esto último es lo más difícil, pero David Llorente lo consigue con *Madrid: frontera* una novela que nos cautiva desde sus primeras líneas.

Todo ocurre en un Madrid futuro, que tiene costa en un mar de aguas negras (como la tinta), donde los *comebasura* son expulsados de sus casas por los auténticos dueños de todo (los bancos) en un régimen totalitario gobernado por un líder carismático (Ezequiel Caballo), apoyado en una policía siniestra y dominado a base de terror.

¿Es ciencia ficción?

No. Es una denuncia social de aquello que estamos viviendo en la actualidad.

¿Es una novela fantástica?

Tampoco (no completamente). Lo único irreal es que Madrid tenga mar.

¿Es una distopía?

Si. Pero muy parecida a la realidad del día a día de mucha gente.

¿Queda esperanza?

También, pero para ello debemos despertar.

Una novela escrita a base de preguntas y respuestas, escrita en segunda persona del singular y en tono asertivo es, desde luego, original. Y la escritura es perfecta. Sin servirse de guiones ni artificios de puntuación, logra que el lector siempre sepa dónde está, quien habla o que está pasando.

¿Y los personajes?

Son casi lo mejor.

¿Por qué?

Por la ambigüedad de algunos (no se pierdan a Igi W. Manchester/David Ezequiel González Caballo), la perversidad de otros (los curas merecen una mención especial) y la mezquindad de muchos.

¿Y por qué deberíamos leer *Madrid:frontera*?

Porque si ya estamos cansados de novelas insustanciales, de esquemas repetitivos e historias de buenos y malos, en esta obra encontraremos un antídoto contra el aburrimiento y la monotonía. Llorente ya nos había mostrado su habilidad para hacer cosas distintas a lo que publica el común de los mortales en *Kira* (que escribió siendo muy joven) y en *Te quiero porque me das de comer*, dos novelas que, si no lo habéis hecho ya, buscaréis en las librerías después de leer *Madrid:frontera*.

© José María García Sánchez



## **LAS HUELLAS DEL LOBO**, de Francisco Javier Aguirre

Ediciones Alfeizar

135 páginas

Fecha de publicación: 2017

ISBN 978-84-947009-2-7

\* \* \*

Es un hecho histórico que tras la muerte del dictador Francisco Franco muchos españoles que habían vivido ocultos durante más de treinta años por temor a las represalias y a los comités de exterminio, abandonaron sus escondites y salieron a la luz, desmantelando años de ostracismo y silencio y recuperando una voz negada por el miedo y la represión.

De esa circunstancia parte la novela de Francisco Javier Aguirre *Las huellas del Lobo*, que obtuvo la distinción de finalista en el II Certamen Alfeizar de novela. Tras la muerte de Franco, dos personas, aunque por motivos completamente distintos, inician la búsqueda de un antiguo maqui del que poco se sabe, excepto que anduvo hostigando a la Guardia Civil por la zona del Maestrazgo turolense tras la contienda civil y que dejó en Zaragoza mujer e hijo. Es tras la muerte de esta precisamente, de la madre, cuando el hijo es informado de que su padre tal vez aún viva oculto en la sierra turolense y de algunas circunstancias más de las que hasta ese momento era absoluto desconocedor.

Toda búsqueda, como bien sabemos, supone al mismo tiempo una indagación en uno mismo, un recorrido interior y personal. Toda búsqueda implica un movimiento en principio hacia el exterior, pero también hacia lo particular, hacia lo íntimo. Buscar significa salir del territorio de seguridad donde nos desenvolvemos con la confianza que da conocer sus códigos no escritos para adentrarnos en otros mundos, en otras vidas, en otros espacios donde somos inevitablemente extranjeros.

Los dos personajes principales de esta excelente novela buscan al mismo hombre, aunque, como se ha dicho antes, por motivos muy distintos: a uno le mueve el propósito de llegar hasta sí mismo, escudriñar las fuerzas que lo impulsaron a ser quien es, descubrir de dónde viene, qué hace aquí; el otro, impelido por un mandato que no puede desobedecer pero que nace del odio y el resentimiento, busca más bien lo que está por llegar, su propio futuro, lo que le espera más allá del instante presente. Podría decirse que mientras uno busca en su pasado, el otro rastrea en su futuro.

La búsqueda del padre desaparecido es, por otra parte, una indagación en un tiempo que nos fue robado, en un pasado extirpado a fuerza de balas y muertes que, a pesar de todos los esfuerzos, jamás podrá ser recuperado:

«Pienso que los muebles son los mismos de hace treinta años, y la escueta decoración la misma. Quisiera captar las vibraciones de todo, recuperar los sonidos registrados, las voces y los susurros que aletean en el ambiente quieto, el rumor de los pasos escondidos, cualquier huella del tiempo pasado. Me invade una emoción que no puedo confesar; no le voy a decir a este hombre que Francisco El Lobo fue mi padre, que lo es, que lo busco, que seguramente vive en algún sitio aunque haya olvidado su nombre y hayan mermado sus fuerzas.» (Pág. 119).



Esa búsqueda, cómo no, se encuentra inserta en un contexto socio-político determinado, los meses que siguieron a la muerte del dictador y los primeros atisbos de democracia y reconciliación, lo que hace que la búsqueda de una persona que se enfrentó abiertamente a las fuerzas fascistas no sea fácil: el temor a hablar, la desconfianza de los lugareños, el miedo todavía presente, suponen una complicación que no será fácil superar. Y en ese camino, de alguna manera, coincidirán ambos.

*Las huellas del Lobo* es una extraordinaria novela donde la prosa de Francisco Javier Aguirre, un escritor meticuloso, riguroso, perfeccionista y buen observador del mundo, alcanza altísimos niveles literarios, que nos plantea una historia veraz y emotiva, absolutamente contemporánea a pesar de la época en la que se sitúa, que tampoco renuncia a su buena dosis de intriga y que, por si fuera poco, nos tiene reservada alguna pequeña sorpresa para el final.

© Carlos Manzano

<http://www.carlosmanzano.net>



### **LA REGATA, de Manuel Vicent**

Editorial Alfaguara  
Colección: Hispánica  
252 páginas  
Fecha de publicación: 2017  
ISBN 9788420430454

\* \* \*

El País de cada domingo quizá no valiera la pena de no ser por el artículo con el que Manuel Vincent cierra la última página. Corrijo: es lo único que merece la pena desde hace tiempo. Agudo, certero, ingenioso. Raramente su disparo (literario) de cada domingo se aleja del centro de la diana. Las novelas, sin embargo, son otra cosa. En *La regata* se le ve sobrado de conocimientos, tanto en materia de geografía como de navegación. Cualquiera diría que es habitual de los saraos mediterráneos con la gente de la jet set y que ha tomado nota de cada

palabra de la nomenclatura naviera, de cada detalle y lugar y todo eso lo alumbra con anécdotas banales de los profesionales del bon vivant, con la vida frívola de unos personajes que asoman a la ventana televisiva en un carrusel de cotilleos y corrupciones.

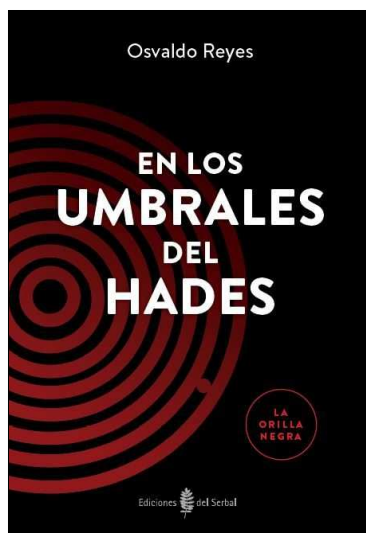
Manuel Vicent ha dibujado a la perfección la reacción de los habitantes de este submundo como arrabaleros de una tribu en la que la necesidad de defenderse pasa por ser prioritario ante el acoso de los plebeyos, siempre envidiosos, y de esos patricios que no dudarán en dejarlos caer antes de que el peligro llegue a sus torres. Cualquier desmán se comprende y se tapa, se olvida, no se menciona bajo ningún pretexto, no existe. Viven en un mundo perfecto, una burbuja de whisky y banalidad donde todo les está permitido y la impunidad garantizada a no ser que se desmanden demasiado y a la justicia no les quede otro remedio que ponerlos entre rejas. Inútiles, vacíos, eternamente en un escaparate que las revistas del corazón se encargan de recrear para solaz de clientes de peluquería y televidentes a miles.

*La regata* puede leerse de dos maneras. Una, como una especie de crónica mundana de espectador cotidiano de programa de cotilleos en Tele 5 o algo parecido. Dos, como un reportaje de actualidad con el telón de fondo de un mediterráneo lleno de corrupción y de sangre en patera. Famosos, políticos, empresarios, esculturas femeninas de bronce y sexo para hacer las delicias de quienes poseen dinero y éxito en sus negocios (sin entrar en el cómo lo consiguieron).

Sin que la considere una gran novela, creo, sin embargo, que hay que admitirle el acierto de mostrarnos un buen retrato del momento que vivimos y de personajes a quienes nosotros, pero sobre todo los medios de comunicación, han aupado a la fama, al éxito social y económico y que han pretendido idealizarlos, presentárnoslos como modelos de comportamiento y de trabajo (¿no habría que pedirles cuentas a estos medios?) y que no han hecho otra cosa sino medrar bajo el paraguas de políticos que les otorgaban un visado de impunidad en sus negocios y de confraternización en la corrupción generalizada.

© Antonio Tejedor García

<http://lagartosquebrada.blogspot.com.es>



## **EN LOS UMBRALES DEL HADES, de Osvaldo Reyes**

Editorial El Serbal  
Colección: La Orilla Negra  
364 páginas  
Fecha de publicación: 2017  
ISBN 9788476289129

\* \* \*

Osvaldo Reyes (Panamá, 1971) es un médico ginecólogo-obstetra que escribe novelas negras. *El Efecto Maquiavelo*, *En los umbrales del Hades*, *Pena de muerte*, *La estaca en la cruz*, *Sacrificio* y *El canto de las gaviotas* son algunos de sus títulos.

*En los umbrales del Hades* pertenece a ese subgénero dentro de la novela negra que mezcla la ficción criminal, en este caso la misteriosa desaparición de una serie de niños a manos de un perverso psicópata, con el esoterismo. ¿Un John Connelly panameño?

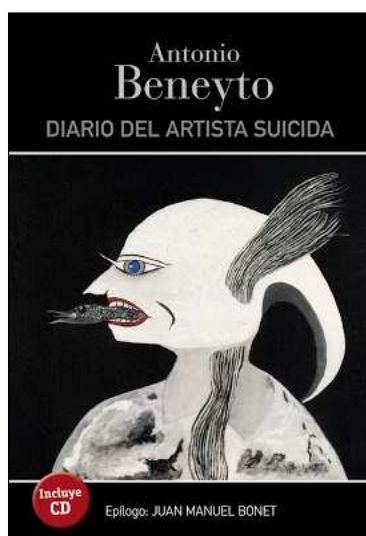
Cuando el cuerpo de un niño aparece a las orillas de un río, con señales de haber sido golpeado salvajemente, se desata una investigación a gran escala para averiguar quién está detrás de este hecho delictivo y de otros similares que han afectado a otros niños en las inmediaciones.

Al margen de una intriga compleja, en la que las piezas, los niños que desaparecen, van encajando con precisión en el plan diabólico urdido por un depravado delincuente, el escritor panameño ofrece al lector el lado oscuro de una serie de personajes, como la propia Jamilen Lasso, la psicóloga forense investigadora, que resulta muy peculiar hasta en su vida sentimental. *El hombre con quien había decidido pasar el resto de sus días era demasiado racional. Una versión latina del señor Spock, de Viaje a las estrellas, aunque sin las orejas puntiagudas, con mayor control de sus sentimientos y un despliegue de lógica que haría parecer al conocido personaje como un niño de pecho en medio de un berrinche.*

A la intriga criminal, las extrañas desapariciones de los niños, Osvaldo Reyes añade ese drama oculto en el corazón de Jamilen y su extraña pareja Lucas, matrimonio consumido por el dolor de la pérdida de su hijo pequeño, que estalla de forma sorpresiva mediada esta novela entretenida que se lee sin dificultad. Un thriller psicológico que en general sale airoso de algún que otro bache narrativo en su tramo final.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com.es>



## **DIARIO DEL ARTISTA SUICIDA, de Antonio Beneyto**

Ònix Editor  
Colección: Nueva Biblioteca Íntima  
355 páginas  
Fecha de publicación: 2017  
ISBN 978-84-946434-7-7

\* \* \*

Antonio Beneyto, el artista y escritor albaceteño establecido en Barcelona desde hace 50 años, destapa aquí sus secretos. En una cuidada edición de Ònix Editor ofrece los textos de su diario correspondientes a 1988 y la última parte de 1989.

Superar las ocho décadas de existencia parece favorecer la desinhibición que exige manifestar las vivencias íntimas en una etapa dura, difícil, confusa... que el autor describe minuciosamente a lo largo de sus apuntes diarios. El desnudarse de esa forma conlleva su riesgo, por lo cual Beneyto advierte que ha hecho pequeñas modificaciones, sobre todo en nombres y circunstancias, para evitarse demandas judiciales y otras complicaciones. Revelar la vida

íntima supone dejar en evidencia, a veces, a determinadas personas que pudieran sentirse heridas por lo que se manifiesta.

A pesar de esas elipsis, el texto es un retrato elocuente de lo que significa la vida artística en todas sus dimensiones. A lo largo de las páginas asistimos a los proyectos, las inquietudes, las obras, las dudas y los momentos de desesperación del protagonista, que con cierta reiteración piensa el suicidio como salida al agobio que padece. El título del libro es claro al respecto.

La ajetreada vida de la bohemia en la Barcelona de finales de los 80 se nos muestra en toda su algarabía. Además de un relato personal, encontramos un retrato coral por el que desfilan pintores, escritores, galeristas, amigos, amantes y toda una serie de personajes significativos del ambiente.

Frente a la obsesiva idea del suicidio como solución, Beneyto manifiesta aún su esperanza en encontrar el amor. También la creatividad es su refugio. «Debo dedicar todo mi esfuerzo, todas mis energías, a mi obra de creación, sin olvidarme nunca del tiempo que dedique al amor. Es lo más hermoso que hay en la vida. Sin él, sin el amor, no sé vivir», confiesa.

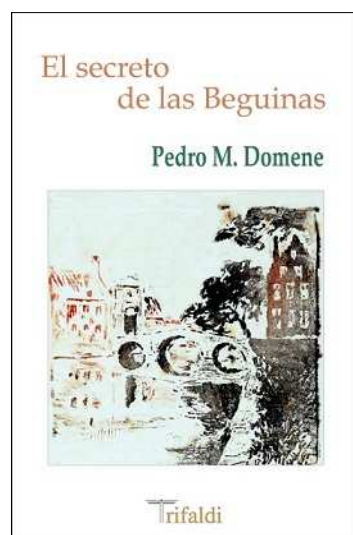
Otro de sus agobios es la soledad: «La gente me rodea, pero yo me veo demasiado solo. Sin nadie a quien *amar*, sin nadie que me *ame* como yo verdaderamente deseo. *Oigo* el amor, pero no lo *escucho*. ¿Terrible, no?». Es significativo cómo reclama algo más que la mera compañía placentera: «Prácticamente todos los días que estuve en Albacete me encontré con Lucía. Menos el último día, que también pensaba hacerlo, pero sin embargo solo hablamos por teléfono. Yo el día antes ya me había dado cuenta de que allí nada pasaba sino follar, follar, follar... y para eso solo no me interesa tener compañía».

Junto a estas confidencias, el autor va dando cuenta de sus viajes, de sus implicaciones con otras culturas, sobre todo la polaca, y de sus vínculos ya indelebles con el ambiente artístico y cultural de Barcelona.

Un texto ameno que, a pesar de la inevitable fragmentación de un diario, ofrece una imagen consistente de la vida del artista, con un estilo incisivo y sugerente.

El libro está ilustrado por el propio Beneyto y cuenta con un epílogo esclarecedor de Juan Manuel Bonet, traducido a cuatro idiomas. Incluye un CD con imágenes y textos amenizados con música de J. S. Bach.

© Francisco Javier Aguirre



### **EL SECRETO DE LAS BEGUINAS, de Pedro M. Domene**

Editorial Trifaldi  
Colección: Narrativa  
232 páginas  
Fecha de publicación: 2016  
ISBN 978-84-942054-6-0

\* \* \*

Las beguinas están consideradas como las primeras feministas de la historia, mujeres que decidieron vivir su religiosidad al margen de las estructuras eclesiásticas y por esa razón fueron perseguidas desde su nacimiento en el siglo XII. Formada por mujeres laicas e independientes se volcaban, sobre todo, en la ayuda al menesteroso y en acompañar a los heridos graves o a los enfermos incurables al tránsito a la otra vida.

Unas extrañas muertes de soldados de los Tercios de Flandes en un convento de Beguinas es el desencadenante de esta novela que podríamos encuadrar dentro del thriller histórico. *No existe, tras varias semanas de interrogatorios, atisbo alguno de culpabilidad de estas trece jóvenes salvo que, bajo sus benditas manos, murieron no pocos jóvenes que habían llegado con múltiples heridas desde los cercanos campos de batalla hasta ellas.*

Novela de dos planos narrativos con la que el crítico literario Pedro M. Domene (Huerca-Overa, 1954), colaborador de las prestigiosas publicaciones Cuadernos del Sur, Artes y Letras, Turia, Literal, Latín American Voces y Narrativas, entre otras, incide de nuevo en el terreno de la ficción

tras *Después de Praga nada fue igual* (2004), *Conexión Helsinki* (2009) o *Las ratas del Titanic* (2014). En un primer plano, en el actual, dos hermanos que son historiadores, investigan un oscuro Auto de Fe de la Inquisición contra un convento de Beguinas en la ciudad de Brujas a comienzos del siglo XII. *Cuando Giordano, enojado por sus blasfemias, obliga a aplicarle un mayor tormento a ella, la Madre mantiene sus fuerzas para responderle en un lenguaje que el fraile desconoce, y es entonces cuando este asegura que, en verdad, se trata de una invocación al demonio.* El otro plano narrativo, para mí el más conseguido desde el punto de vista narrativo, reconstruye ese proceso inquisitorial trasladando al lector años tiempos de los Tercios de Flandes y nos sumerge en una historia sentimental prohibida y de alto voltaje.

Pedro M. Domene ilustra la brutalidad de los procedimientos inquisitoriales con un detallado compendio de torturas. *Azotes, potro, garrucha, incluso la rueda, tan popular en aquellas tierras, se sucedían día tras día sobre los cuerpos de estas mujeres que, desvanecidas y maltratadas. Siempre eran devueltas inconscientes a sus celdas hasta que, transcurrido el menor tiempo posible, se volvía al suplicio con un nuevo interrogatorio.*

*Si alguien, por piedad cristiana, se hubiera acercado a sólo unos pasos de la pira humeante, habría apreciado la mueca de horror en lo que aún pudiera apreciarse del rostro de aquellas condenadas.*

Pedro M. Domene reconstruye con rigor histórico y riqueza literaria el pasado, en el que literariamente parece sentirse cómodo con la utilización de un lenguaje arcaizante, pero no consigue que el tramo contemporáneo de la narración esté a la altura del pretérito. Debió centrarse, desde mi punto de vista, en el pasado y olvidarse del presente, que la lastra, para conseguir una novela más ajustada en interés y en lo estilístico.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com.es>



### **MARGEN INTERNO. Ensayos y semblanzas, de Juan Malpartida**

Editorial Fórcola  
Colección: Señales  
288 páginas  
Fecha de publicación: 2017  
ISBN 978-84-16247-84-4

\* \* \*

A Ortega le gustaba mucho la palabra *incitación*, que sugiere el guiño que ciertas cosas nos hacen mientras señalan caminos que llevan a nosotros mismos. El vocablo es doblemente pertinente al hablar de *Margen interno*. Por un lado, Juan Malpartida ha recogido en él diversos artículos en los que sigue la llamada de escritores y libros. Por otro, no será difícil encontrar, entre esta variedad de estímulos, algunos que lo sean también para nosotros. Lo primero explica la

unidad del libro. Lo segundo, su interés.

Aunque los escritores y temas abordados van desde la poesía a la ciencia pasando por la pintura o la biografía, hay una unidad no forzada que viene dada por el centro desde el que se acometen esos asuntos. Los rasgos de estilo, la recurrencia de ciertas ideas, las relaciones entre unos artículos y otros o la presencia que en este libro tiene Octavio Paz componen un todo diferente a la suma de sus partes.

El libro se abre con el epílogo de *Huellas*, la poesía de Malpartida desde el año 1990 hasta el 2012, en el que aparece su visión del género desde un punto de vista biográfico y personal. Me gusta la idea que hay ahí de un «azar necesario», del azar como «imantación a la necesario» que todo lector ha experimentado en los momentos en que autores y textos parecen casualmente venir en el momento oportuno o que toda persona ha vivido cuando, echada la vista atrás, lo arbitrario adquiere la figura de un destino. Ha despertado en mí el recuerdo de una anotación de Jünger en la Segunda Guerra Mundial, en la que dice que, aunque el número de las casualidades es incalculable, es probable que lleven a idéntico resultado. Al final de una vida que, vista temporalmente, aparece llena de puntos casuales, aparece la efigie de nuestro destino.

La poesía hispanoamericana es tratada concienzudamente en un artículo recogido de su publicación en la *Revista de Occidente*. De él salen, de algún modo, los dos textos siguientes, dedicados a Octavio Paz, en los que ilumina la concepción que el poeta tiene del hombre y la poesía (tan relacionadas entre sí) enmarcándola en la línea que, procedente del romanticismo, recorre el arte y la filosofía de los siglos XIX y XX. Otros poetas (Gil-Albert, Gil de Biedma, Dámaso Alonso) serán convocados en este libro.

Podemos, del mismo modo, ver derivarse del segundo artículo sobre Paz, en el que habla de la crítica de arte del poeta, los textos sobre Picasso que abren otro campo de incitación de Malpartida. Pero tampoco sería descabellado decir que estos mismos artículos sobre Paz abren la puerta a otros dos terrenos que, aparentemente alejados del literario, son articulados con él. Me refiero al de la biología y al de la antropología, que reclaman tanto a Malpartida como al propio Octavio Paz. Darwin y Lévi-Strauss tienen un papel destacado en este libro y son tratados en dos artículos.

A Carpentier le dedica unas páginas que nos introducen magistralmente en el autor y en las que alude a su condición de barroco, algo que incita a ponerlo en relación con nuestro tiempo, al que se ha definido como «neobarroco» en cuanto a su espíritu. Pensadores como Diderot o Emerson, críticos literarios como Steiner o correspondencias como la de Brenan y Caro Baroja dan idea de la amplitud de intereses del autor.

Cada cual tiene una biografía como lector, que acaba configurando una perspectiva. Este libro ejemplifica bien la de Juan Malpartida. Contrastándola con la nuestra, veremos apuntar caminos que son llamadas a nuevos escritores, nuevas obras, nuevas aventuras.

© Juan Fernando Valenzuela Magaña



### **DELINCUENTES DE MEDIO PELO**, de Gene Kerrigan

Sajalín Editores  
Colección: Al margen  
Fecha de publicación: 2017  
406 páginas  
ISBN 978-84-943782-6-3  
Traducción: **Damià Alou**

\* \* \*

«Si te dedicas al crimen, le decía Jo-Jo Mackendrick a Frankie cuando este era adolescente, tarde o temprano cumplirás condena. Si no puedes afrontarlo, ha llegado el momento de que aceptes un trabajo reponiendo cajas en el supermercado». Y eso es lo nuclear de esta espléndida novela negra *made in Ireland* que gira en torno a un tipo que no quiere acabar en un supermercado y para ello idea un golpe mal planificado, una chapuza en toda regla.

Unos delincuentes de poca monta, cansados de sus golpes pequeños, deciden dar un gran golpe. Frank Crowe, con madera de líder, capitanea ese grupo. Secuestran al que creen que es un banquero, Justin Kennedy, y no es más que un abogado, pero perseveran en su error y a cambio de la libertad de su esposa Angela emplazan a Justin a hacerse con un millón de libras. Luego doblan el rescate. La poca profesionalidad del grupo, el que sean unos delincuentes de medio pelo a los que un secuestro les viene grande, empeora las cosas y todo vira hacia un final dramático. *Martin no lo creería nunca. Las cosas al principio van en una determinada dirección, y luego se tuercen.*

Gene Kerrigan es un escritor de no ficción y periodista especializado en casos de corrupción que tiene en su haber cuatro novelas negras. *Delincuentes de medio pelo*, que publica Sajalín, es la primera de ellas. El irlandés conduce con pericia una trama absorbente, maneja bien el crescendo narrativo, dibuja a vuelapluma una serie de caracteres criminales y refleja a su vez el panorama desolador de una parte de su país hundido en la pobreza y la marginalidad, la sociedad de la que nacen estos antisistema.

*Muy de vez en cuando mataban a alguien, un peatón, otro conductor, un agente, y la mayoría de las veces a ellos mismos. Pero lo más frecuente, cuando los chavales se cansaban de la persecución y daban el esquinazo a la policía, era que, como espectáculo final antes de irse a la cama, quemaran el coche.*

Nada que objetar a este relato vigoroso y seco, con violencia ajustada, una buena descripción psicológica de los personajes y que se inclina por empatizar con la víctima, Angela, que se pasa la novela encerrada en maleteros de coches, en armarios o sótanos y siempre bajo la presión asfixiante de un pasamontañas para que no vea a sus captores y bajo la amenaza constante de morir o ser agredida, y en la traslación de esa angustia al lector el autor lo borda. *Angela estaba tumbada boca abajo sobre el colchón cuando el secuestrador de voz suave entró con la ración de fish and chips y una botella de agua mineral.*

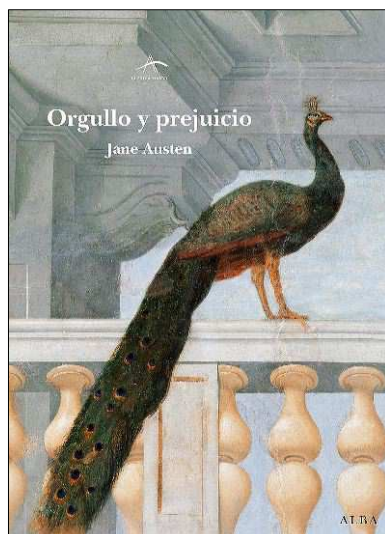
Gene Kerrigan se sirve de una narración multifocal —el *modus operandi* de los delincuentes con sus tensiones entre los más duros, que no tendrían ninguna duda en asesinar a la víctima en caso de que todo se torciera, y el más humano, que a punto está de liberarla; el operativo policial para averiguar quiénes son, atraparlos y liberar a la víctima; la angustia insufrible de la secuestrada que escucha las conversaciones de sus captores y emplea su tiempo de encierro en intentar averiguar sus flaquezas; la flema de Justin Kennedy, el marido, que debe reunir ese millón y refunfuña cuando se lo doblan, quizá el personaje más ambiguo por su oscuridad patrimonial: *Como muchas de esas operaciones desde que la economías alcanzara ese momento tan boyante, Kwarehawk se fusionaba igual que un pez pequeño pero rollizo se fusiona con las fauces de un tiburón*— para ofrecer al lector la visión más objetiva posible de lo que está narrando, aunque ello implique una cierta distanciación periodística. El irlandés, además, hace gala de un muy buen oído para construir diálogos y con ellos pergeña a los personajes de este drama coral que nace del equívoco de tomar a un abogado por un banquero y no apearse del error.

Un drama coral el de *Estos delincuentes de medio pelo* en el que destaca ese despiadado cerebro del grupo que lo cohesionan mediante la violencia y el terror. *Crowe golpeó a Christy en la garganta con el borde de la mano derecha. Christy se tambaleó, jadeando. Se llevó las manos a la garganta. Crowe le dio una patada en los huevos. Christy emitió un sonido ronco y fuerte y cayó al suelo. Crowe levantó el pie derecho y lo dejó caer sobre la cabeza de Christy. Se oyó un crujido de huesos aplastados. El guardaespaldas se quedó inmóvil.* En las antípodas, la víctima inerte y además mujer, Angela, que, en algún momento, llega a dudar de su propio marido. *¿De verdad Justin estaba regateando? ¿Estaba confiando en sus habilidades negociadoras para tratar con una gente cuya brutalidad quedaba más allá de su entendimiento?*

El final es lo único que se tambalea de esta novela que se mueve dentro de una lógica aplastante. *A veces hay gente que merece que la maten. Lo merecen por lo que han hecho, porque lo volverían a hacer y porque las emociones y el dolor causado exigen una venganza sangrienta.* Ese acto de justicia poética, y quien lo efectúa, es lo único irreal de esta novela negra que se enmarca dentro del realismo social, un detalle que no ensombrece la alta calidad de la misma.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com.es>



## **ORGULLO Y PREJUICIO**, de Jane Austen

Alba Editorial  
Colección: Clásica Maior  
Fecha de publicación: 2009  
424 páginas  
ISBN 9788484284888  
Traducción: **Marta Salís**

\* \* \*

*Es una verdad mundialmente reconocida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita una esposa.*

Así comienza *Orgullo y prejuicio*, una obra clásica de la literatura universal en la que se describe la falta de libertad e independencia de las mujeres de principio del siglo XIX, condenadas a conseguir un matrimonio ventajoso que les permita llevar una vida

digna. Su autora, Jane Austen, fue pionera al incluir en sus novelas unos personajes con gran profundidad psicológica y muy reales. Aunque sus tramas románticas acaban felizmente, aprovecha

para criticar las costumbres y normas sociales de su época. Hija de un párroco y séptima de ocho hermanos, Jane Austen recibió una educación liberal y pudo desarrollar pronto sus inquietudes literarias. De su quehacer como escritora destacan también las novelas *Sentido y sensibilidad* y *Emma*.

La novela *Orgullo y prejuicio* se publicó en el *Morning Chronicle*, el 28 de enero de 1813, en 3 volúmenes, a un precio de 18 chelines. Como Jane Austen nos indica en el título: *Orgullo y prejuicio*, estos son los principales defectos en los que se sustenta la historia. El señor Darcy es vanidoso, egoísta y arrogante. La otra protagonista, Elizabeth, tiende a prejuzgar a las personas de forma negativa.

El matrimonio Bennet y sus cinco hijas solteras, de entre 15 y 23 años: Jane, Elizabeth, Mary, Kitty y Lydia componen una familia un tanto atípica. No gozan de una buena situación económica y la señora Bennet busca con ahínco un marido rico para alguna de sus hijas, pues teme que la muerte de su esposo la deje desprotegidas. Si esto ocurre, el señor Collins tomaría posesión la propiedad que habitan, ya que es heredero de todo y la finca se encuentra vinculada, esto significa que se transmite por línea masculina, de manera que con el fallecimiento del padre, las mujeres perderían gran parte de su fortuna.

Caído del cielo llega el señor Bingley, el nuevo vecino, que ha alquilado temporalmente una finca en la que vivirá con sus dos hermanas, la señorita Bingley y la señora Hurst, así como su cuñado, el señor Hurst. Con la llegada del caballero, la familia Bennet se revoluciona. Invitaciones, bailes, charlas, paseos por el jardín... Hay que conseguir una boda sea como sea, y a la señora Bennet no le importan los medios para lograr tal fin, pues tiene cinco hijas por casar. Poco después llegan Fitzwilliam Darcy, amigo íntimo de Bingley, y un grupo de amistades. Los candidatos a yerno son muy distintos: Darcy es rico, elegante y culto. Da la impresión de comportarse con altivez cuando Elizabeth le escucha rehusar la sugerencia de su amigo Bingley para que la saque a bailar, ya que no le parece tan bella como para merecer su atención. Elizabeth se siente herida en su amor propio y aprovecha cualquier oportunidad que se le presenta para ironizar sobre el joven. Por otro lado, Bingley es tranquilo y muy agradable, baila con varias muchachas disponibles, pero su atención se fija en Jane Bennet. Deseosa de fomentar una unión tan ventajosa, la señora Bennet propicia momentos para que Jane y Bingley estén juntos.

El primo que heredará el patrimonio de los Bennet, el señor Collins, visita a la familia. Collins es un clérigo aburrido que pasa las tardes leyendo a sus primas los *Sermones* de Fordyce. Siguiendo las recomendaciones de lady Catherine de Bourgh, y consciente del empobrecimiento que su herencia causará en las jóvenes Bennet, decide compensarlas casándose con una de ellas. Propone matrimonio a Elizabeth, pero esta lo rechaza. La madre intenta presionarla para que acepte, pero el señor Bennet apoyará la negativa de su hija favorita, que empieza a enamorarse de un oficial recién llegado, el señor Wickham. Wickham sostiene que ha sido privado de su legítima herencia por el señor Darcy, algo que refuerza los reparos de Elizabeth hacia él. Tras el rechazo de Elizabeth al señor Collins, este se casa rápidamente con Charlotte Lucas, la mejor amiga de Elizabeth, quien acepta su ofrecimiento consciente de su situación: ya ha cumplido los 27 años y solo dispone de una pequeña dote.

Elizabeth visita a Charlotte, que vive con la tía de Darcy, Lady Catherine. Darcy acude a casa de su tía y con el trato diario, los encantos de Elizabeth acaban por resultarle agradables y le declara su amor «contra su propia voluntad», manifestando su intención de casarse con ella, «a pesar de su origen inferior, su degradación, su reprensible familia». Elizabeth se siente ofendida por sus palabras y dolida en lo más hondo al conocer que Darcy convenció a su amigo Bingley para que cortara la relación con Jane y por sus supuestos abusos hacia Wickham. Elizabeth se manifiesta rotunda al responderle que él es «el último hombre en el mundo con el que podrían convencerla para que se casara». A la mañana siguiente, Darcy busca a Elizabeth mientras da un paseo, le entrega una carta y se despide. En la carta explica sus acciones, pues considera que Jane no siente nada por Bingley y su relación no sería feliz. Aclara que no ha despojado a Wickham de su herencia, Wickham es un jugador y eligió una elevada suma de dinero en vez de una posición estable, también intentó fugarse con Georgiana, la hermana de 15 años de Darcy.

Las aclaraciones de Darcy, hacen que Elizabeth se avergüence del orgullo y el prejuicio que habían alterado su criterio. Semanas después, Elizabeth se va de vacaciones con sus tíos, que la animan a visitar Pemberley, la finca de Darcy, mientras él se encuentra fuera. Elizabeth se encuentra inesperadamente con él mientras visita la propiedad. Darcy ha cambiado respecto a ella, ahora se muestra más cálido y amistoso, y la relación entre ambos mejora. Llega la noticia de que Lydia se ha

fugado con Wickham y con este hecho cae la deshonra sobre los Bennet, las posibilidades de que las demás hermanas se casen quedan muy mermadas.

La familia realiza indagaciones y descubre que Wickham dejó el servicio para eludir deudas de juego. Cuando Elizabeth le explica la situación a Darcy, este se encarga de encontrar a Wickham y sobornarlo para que se case con Lydia, pagando sus deudas y le da dinero. Elizabeth descubre casualmente la mediación de Darcy por unos comentarios de Lydia, y se arrepiente de haberle rechazado. Lady Catherine advierte los sentimientos que hay entre la pareja y ve en peligro la posibilidad de casarlo con su hija. Aprovechando la estancia de Darcy en Londres, Lady Catherine visita a Elizabeth y la presiona para que le abandone. El efecto que logra es el contrario al pretendido, pues la relación entre Darcy y Elizabeth se estrecha fuertemente y cuando él le propone de nuevo que se casen, Elizabeth acepta. Finalmente, Jane contrae matrimonio con el señor Bingley.

Jane Austen muestra la forma en la que la posición social y la poca libertad condicionan la vida de la mujer. Su personaje, Elizabeth, se rebelará contra todo esto, ella piensa por sí misma y no está dispuesta a permitir que nadie le diga cómo debe vivir su vida. La autora aboga por que las mujeres reciban una educación similar a los hombres, pues tienen capacidad para algo más que la música, la pintura, las manualidades o la danza y que su principal objetivo no sea atraer un marido. Esta faceta reivindicativa de la novela, le añade un plus a la historia.

© **María Dubón**  
<http://dubones.blogspot.com.es>



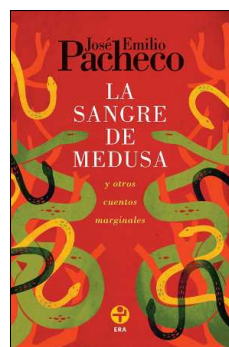
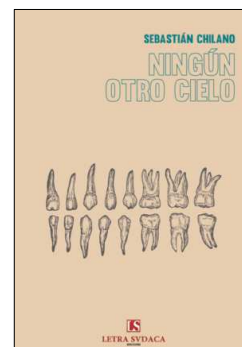
## Novedades editoriales

### **Ningún otro cielo**

Sebastián Chilano

Letra Sudaca Ediciones, 2017

El Flaco y Elías toman cerveza tranquilamente en una casa de La Caleta cuando ven llegar un vehículo del que descienden varios hombres. Los hombres traen un muerto para que El Flaco practique su ritual de suturas, agujas, incisiones y vinagre, un ritual de salvación y delincuencia. Este es el principio de una historia que se construye a partir del cruce de mundos: el de los adultos y el de los adolescentes, el de los hombres y el de las mujeres, el de la vida privada y el de la vida en comunidad, el de los vivos y el de los muertos. En realidad, como Sebastián Chilano ha sabido mostrar a lo largo de su obra, cada personaje es un mundo, y cuando estos se aproximan demasiado, colisionan. Y el mar, otra vez, aparece con su susurro constante, pero no cumple la función de un paisaje, por el contrario: es un personaje central, incluso un dios, que puede dar oportunidades o arrebatarlas. Ningún otro cielo repasa esas zonas de dolor y violencia a la vez que indaga en la soledad y la muerte: las obsesiones del hombre.



### **La sangre de Medusa y otros cuentos marginales**

José Emilio Pacheco

Ediciones Era, 2017

*La sangre de Medusa* apareció en 1990. A diferencia de otras antologías de cuentos de José Emilio Pacheco, el presente volumen reúne los relatos de su etapa inicial, los publicados en su primera madurez en revistas de escasa circulación y algunos más que no se habían recopilado. Léidos en su conjunto, estos cuentos dejan ver la permanente fascinación de José Emilio Pacheco por la Ciudad de México y por el puerto de Veracruz: escenarios en los que aparecen personajes que exhiben los aspectos más oscuros de sus debilidades, pero también revelan momentos luminosos que concentran dignidad y nobleza. En los relatos que integran *La sangre de Medusa*, José

Emilio Pacheco puso en práctica el recurso de la difícil sencillez, arte en el que fue maestro.

### **Resort**

Juan Carlos Márquez

Editorial Salto de Página, 2017

En un complejo hotelero de la costa española ha desaparecido un niño alemán. Para esclarecer con urgencia lo sucedido —una amenaza para la temporada turística—, las autoridades deciden retener durante setenta y dos horas a los huéspedes y ordenan un despliegue de policías de paisano en el hotel. Pero sobre este perturbador trasfondo tienen lugar otros dramas cotidianos, propios de unas vacaciones en familia. La batalla por el territorio cerca de la orilla. La falta de hamacas en la piscina del hotel. La comida del bufet. La tensión sexual. Molesta como el vecino y su sombrilla, como el niño con la pala, como la arena en los zapatos, *Resort* es una cáustica y divertida mirada sobre las vacaciones, las relaciones familiares y —sobre todo— el egoísmo, el desapego y la banalidad que caracterizan nuestro tiempo.



### **Tipos móviles**

Leonardo Sabbatella

Mardulce Editora, 2017

Buena parte del talento de Leonardo Sabbatella reside en la capacidad de seguir a un personaje como a través de una lupa, volviéndolo gigante y deforme, pero a la vez frágil y querible. La narración se vuelve una especie de travelling, de estudio de caso: en todos lados hay huellas de su gusto por la pintura, por la música, por las formas literarias más extremas, como un modo de expandir el sentido de un libro. Sabbatella nació en Buenos Aires en 1986. Ha sido colaborador de revistas culturales en donde publicó artículos y entrevistas a escritores

## La mentira en la sangre

Efraim Medina Reyes

Lom Editorial, 2017

El joven vasco Jon Gorriti busca darle un giro importante a su vida cuando, con este nuevo nombre, toma rumbo a Temuco, ciudad que, para él, hasta ese momento, no era más que un lejano punto al sur del mundo. La realidad en aquel territorio es inestable y turbulenta. Al arribo del joven Gorriti, la tensión acumulada por la lucha secular del pueblo mapuche parece a punto de estallar. Él no quedará indiferente. En medio de esta convulsión se encontrará con Vero, una de las razones de tan largo viaje. También con sus nuevos compañeros okupas, jóvenes anarquistas que asumen con decisión temeraria la defensa de las aspiraciones del pueblo mapuche. Como uno más de aquellos combatientes, Jon vivirá experiencias de enorme aprendizaje: la formación política, el crimen, el amor al límite, la violencia y la mentira; pero, sobre todo, se transformará en el chivo expiatorio de una maquinación muy bien pensada que lo hará, inevitablemente, enfrentar sus miedos y sus más profundas contradicciones. La mentira en la sangre es una novela ruda y valiente, muy actual y de gran contingencia; una novela que ha sido capaz de poner un dedo en una herida crónica de nuestra sociedad.



## La procesión infinita

Diego Trelles Paz

Anagrama, 2017

«Eso que trajo la dictadura nos persigue porque nos define. Y no se va a ir nunca», le dice Francisco a Diego el día de su reencuentro en Lima. Han pasado casi diez años desde que se fueron de Perú, huyendo de sus vidas en un país desfigurado por la violencia y la incertidumbre. De Nueva York a Londres, entre la evasión y el desenfreno, el recuerdo les traerá de vuelta sus aventuras veraniegas en la Europa efervescente del nuevo milenio: viajes promiscuos en los que, además del alcohol, la cocaína y las fiestas non-stop, cultivaron una extraña adicción a los *trickies*, tríos sexuales en los que la única regla sagrada era no tocarse entre ellos. Un episodio traumático en

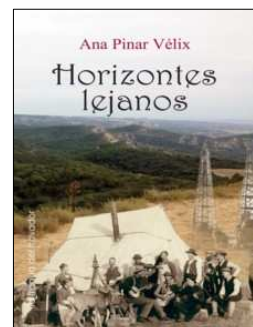
Berlín entre Francisco, una bella prostituta y una oscura banda de delincuentes metaleros (Los turcos) destrozará la vida exagerada de ambos amigos y hará reaparecer los fantasmas ocultos de ese pasado de violencia que creían muerto.

## Horizontes lejanos

Ana Pinar Véliz

Editorial La Fragua del Trovador, 2017

Travis Natwick contempla su enorme rancho en Texas desde la mecedora del porche. Afortunadamente los pozos petrolíferos que le han hecho rico no se ven desde donde él está sentado, recordando... Desde su nacimiento en una carreta en mitad de Kansas, que le fue contado tantas veces por sus padres. Aún no había demediado el siglo XIX y el Oeste era un horizonte lejano, misterioso y prometedor. Esta historia es un homenaje a las películas del Oeste y a los juegos infantiles que las reprodujeron en el parque y en el patio de la escuela. En tiempos que parecen volverse tan lejanos como los horizontes de los amplios territorios que recorren los personajes de esta novela. Teñidos de melancolía.



## El niño que robó el caballo de Atila

Iván Repila

Editorial Seix Barral, 2017

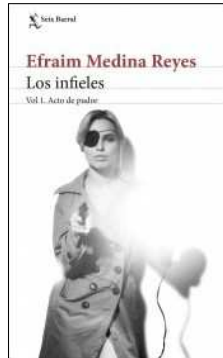
Dos hermanos, el Grande y el Pequeño, luchan por salir del pozo en el que han sido confinados en mitad de un bosque. A pesar del hambre, no prueban el contenido de una bolsa de víveres que descansa en el fondo cenagoso del agujero. Se alimentan de lo que proveen las paredes húmedas y arcillosas, y beben agua con sabor a tierra. Que sobrevivan o no depende de su fortaleza y de su ingenio. A través de una trama sencilla de gran poder metafórico y de una prosa de enorme belleza, esta impactante fábula para adultos encierra una incisiva reflexión sobre la condición humana.

## Muertos a la carta

Pablo Cazaux

Editorial Menoscuarto, 2017

El protagonista de esta novela es un misterioso chef que trabaja en el restaurante Le Rêve. Allí recibe a los comensales más insólitos, los desamparados, los muertos que aún ignoran su condición. Les prepara la comida idónea para la ocasión y les revela lo que ninguno de ellos quiere escuchar. *Muertos a la carta* mezcla un poco de humor negro, una pizca de acción, algunas exquisitas recetas y unos diálogos ágiles y directos para ofrecer una metáfora de ese inapelable viaje a lo desconocido. Pablo Cazaux, que con esta novela ganó el IX Premio Tristana, narra la misteriosa labor de ese peculiar chef, personaje a un tiempo tierno y terrible... como lo es la vida.



## Los infieles. Vol 1 Acto de pudor

Efraim Medina Reyes

Editorial Seix Barral, 2017

Todo empieza con una bala en la cabeza de un profesor de filosofía, padre de dos hijos y cercano a pensionarse... Un melodrama que solo puede hacerlo vibrar Efraim Medina, que está de vuelta después de tantos años de silencio. Con su inconfundible lenguaje sórdido y su humor negro se adentra en la vida de un personaje típico con toda la experiencia atípica que podría tener un filósofo, una vida sexual apasionante, las reflexiones que roban carcajadas y todos los giros inesperados, la búsqueda de un malo que no es malo, las infidelidades que están tan bien justificadas que casi parecen naturales y aprobadas. Una narración que sucede en dos líneas de tiempo (el pasado y el presente de su protagonista), con la angustia de la muerte respirándole

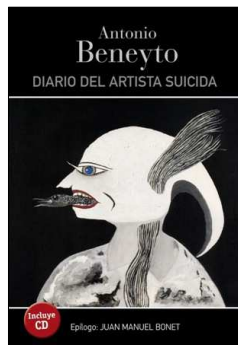
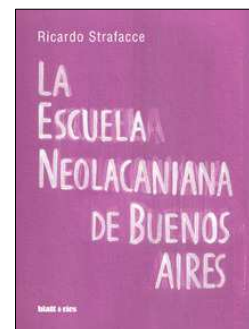
en la nuca y su gran preocupación por entender y arreglar su vida y la de sus seres queridos. La culpa por no querer a sus hijos equitativamente, las reflexiones de sus relaciones y el concepto de amor que nadie quiere decir pero todos saben que es, apasionado y real, sin promesas.

## La Escuela Neolacanianana de Buenos Aires

Ricardo Strafacce

Blatt & Ríos, 2017

Un grupo de psicoanalistas decide fundar una asociación y con ella, un protocolo de atención a los pacientes basado en el maltrato: el «verdugueo». Inspirado en profundas razones teóricas, lecturas y discusiones, el verdugueo asume diferentes modos. Cada analista desarrolla el suyo propio y en la asociación compiten por ver quién verduguea más o mejor a sus pacientes. Las formas del maltrato ascienden en número, calidad e inventiva. A estos modos del maltrato está dedicada la novela, y al agasajo en el que analistas y pacientes, perversos y verdugueados, se encuentran en una casa del country Los Cuatrerros, propiedad del líder de la asociación. Lo que sucede en ese agasajo es también materia novelística. Contada con gran capacidad narrativa, aguda y con mucho ritmo, *La Escuela Neolacanianana de Buenos Aires* muestra que Ricardo Strafacce, el gran biógrafo de Osvaldo Lamborghini (poeta, novelista y funambulesco practicante del psicoanálisis vernáculo), sigue siendo una máquina fabulosa de transfiguración de la escritura y de la más inagotable tradición contemporánea de la literatura argentina.



## Diario del artista suicida

Antonio Beneyto

Ónix Editor, 2017

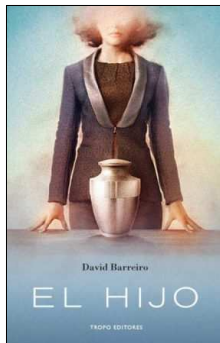
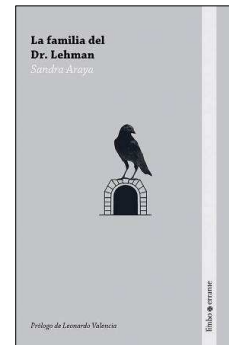
«Un novelista, un narrador, cuenta no verdades. Y yo soy esencialmente novelista, narrador; así pues, relato no verdades, aunque la crítica, los amigos, me califiquen de poeta-pintor o viceversa». Así concluye Antonio Beneyto su presentación de este *Diario del artista suicida*, en el que, puntualiza, ha realizado cambios de nombres reales, vivos, por apócrifos y también situaciones en ficción. No existe fractura entre la obra gráfica y la narrativa de este creador que defiende la estética postista y el surrealismo, pero también un ciertorealismo. Autor, entre otras obras, de los libros *Los chicos salvajes*, *Cartas apócrifas*, *Tiempo de quimeras*, *El otro viaje*, *Eneri, desdoblándose* y *Còdols en Nueva York*, combina en estos la escritura con la ilustración y los juegos con las tipografías, con las letras, en definitiva. En su opinión, no hay acto de lectura sin escritura.

## La familia del Dr. Lehman

Sandra Araya

*Editorial Limbo Errante, 2017*

Atravesando lugares donde hasta el nombre ha sido borrado por el polvo del camino, deambula una familia, de la que no sabemos ni el origen ni el destino. Solo lo que dejan a su paso. Amy Lehman nos introduce en ese paisaje yermo y sin anclajes, en una familia a la que devora por dentro la imposibilidad de poder establecerse en algún lugar. Peregrinan en un espacio físico y un paisaje humano que nada puede hacer ante lo que esta familia aparentemente modélica y sin suerte desata a su paso allá donde va. Una reflexión sobre la identidad y los procesos de destrucción de la misma, que implican el sometimiento psicológico y la aniquilación del ser íntimo. Búsqueda de la memoria personal y, a la vez, de esa pequeña colectividad que significa la familia. Qué estamos dispuestos a hacer en su nombre, qué estamos dispuestos a soportar para poder seguir perteneciendo a ella.



## El hijo

David Barreiro

*Tropo Editores, 2017*

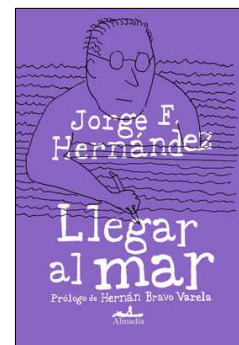
Teresa Falcón Aymerich considera que tiene nombre de escritora de novelas decimonónicas, o incluso de protagonista de esas novelas. Sin embargo, vive en la Madrid de hoy, en la agreste realidad. A sus cincuenta y tres años es directora de Recursos Humanos en una gran empresa. El mismo día que le comunican que corre seriamente el riesgo de ser despedida, la policía le anuncia que Rubén, su único hijo, ha muerto en un accidente de tráfico. Teresa, incapaz de albergar cualquier tipo de sentimiento, tratará de hacer frente al duelo con templanza y una gran dosis de humor negro, aunque sabiendo en el fondo que la clave para trascender su dolor radica en comprender quién fue realmente su hijo y quién es ella misma.

## Llegar al mar

Jorge F. Hernández

*Editorial Almadía, 2017*

Llegar al mar. Las sílabas imitan la repetición del oleaje y su misterio, anuncian un paisaje entrañable en el horizonte, nos sitúan al pie de una aventura escrita en los espacios en blanco de la vida diaria –esos que la imaginación y la casualidad llenan con sorpresas e invenciones. El aniversario personal, la novedad literaria, las presencias que van y vienen al compás de la querencia y la memoria, la relectura de los clásicos, el paseo por una ciudad soñada. Un elogio al oficio del microhistoriador. La música de The Beatles. El magisterio proverbial de Jorge Luis Borges. Los designios del cuerpo, que se debate entre el dolor y los placeres. Este libro recoge los textos publicados entre octubre de 2012 y octubre de 2014 por Jorge F. Hernández en su columna semanal «Agua de azar». Ciclo escritural donde la cotidianidad y la reflexión se condensan en una prosa serena y poética, cada página escrita con la tinta del corazón le da la vuelta a la rutina, descubre el mensaje al fondo de la botella y revela como urgente el diario ejercicio de reinventarnos para ser quien, en el fondo, somos desde siempre.



## La diosa y la noche. La novela de Rosa Luna

Jorge Chagas

*Editorial Fin de Siglo, 2017*

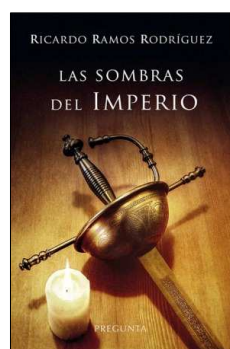
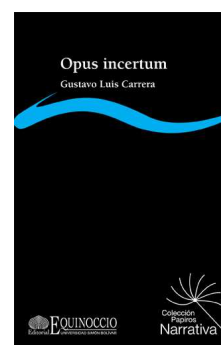
Rosa Luna ha muerto y los tambores lloran. La periodista Clara Moreira recorre Montevideo entrevistando a personajes que le permitan reconstruir la vida de la legendaria vedette de las llamadas para su novela. En un hospital, el músico Federico Brosman intenta sobrellevar la amnesia provocada por un inexplicable accidente. Desde Toronto, Lidia, asediada por un sueño recurrente, evoca su vida en el extinto conventillo Mediomundo. Prolífico escritor de novelas y ensayos históricos, seis veces ganador de los Premios Nacionales de Literatura, galardonado con el Premio Morosoli de Plata en Narrativa, Jorge Chagas apunta a desentrañar los misterios de Rosa Luna, la bailarina más adorada del carnaval, carismática, fuerte, vulnerable, que embrujaba a todo aquel que la viera moverse al ritmo de los tambores.

## Opus incertum

Gustavo Luis Carrera

Editorial Equinoccio, 2017

A través de las nutridas historias reunidas en *Opus incertum*, observamos la maestría de Gustavo Luis Carrera en el arte de las experimentaciones formales, el empleo de estrategias estructurales —superposición de planos narrativos y arquitectura polifónica— en concordancia con la intertextualidad y el monólogo, técnicas que, aunadas al manejo de lo oral, son aportes claros y distintivos de su narrativa. Como nos tiene acostumbrados, la cuentística del autor estrecha vínculos con sus raíces, el pasado y lo inmanente del género humano. Los cuentos reunidos en *Opus incertum* están concebidos como «mosaico de tributos narrativos» a los mentores, así como a los «cerca-nos inspiradores» de Gustavo Luis Carrera. En esencia, narrativa, aliento lírico y acción reflexiva armonizan en esta obra, dotan de sustancia a la palabra y contribuyen a reunir lenguaje e imaginación para producir relatos de sugestivo interés.



## Las sombras del Imperio

Ricardo Ramos Rodríguez

Pregunta Ediciones, 2017

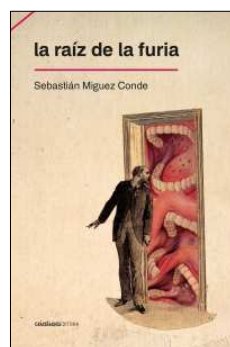
Publicada originalmente en 2015, en esta novela histórica se dan cita lo mejor de las tramas costumbristas y grandes dosis de emoción y suspense. Ambientada en la España del Siglo de Oro, cabalgando entre la realidad y la ficción, personajes como Miguel de Cervantes, el rey Felipe II, don Juan de Austria o el misterioso caballero del Trébol os conducirán a traiciones, engaños, corrupción política, épicas batallas y amores imposibles. Tras el compendio de biografías noveladas *Bilbilitanos en la historia* y su nueva novela *El eco entre la bruma*, ambas obras también publicadas en Pregunta, Ricardo Ramos Rodríguez se muestra, con esta reedición de *Las sombras del Imperio*, como una de las voces más destacadas de la joven literatura aragonesa.

## La casa pierde

Juan Villoro

Editorial Almadía, 2017

La tortuosa técnica de un boxeador proviene de una culpa de la infancia que jamás ha podido superar. Las desapariciones nocturnas de la esposa de un escultor metido a cónsul lo conducen a espiarla para saber lo que no desea. Un grupo de amigos se interna en el desierto en busca de una experiencia mística que resulta aplazada por la abrumadora realidad. Juan Villoro ofrece diez historias en las que las experiencias afectivas, analizadas desde el laboratorio de la ficción, muestran sus dobleces, sus zonas oscuras. En 2000, este libro recibió el Premio Xavier Villaurrutia y ubicó al narrador en la precisión de su escritura: prosa precisa y veloz, personajes cotidianos en trances extraordinarios, intensidad narrativa a toda prueba. Los personajes de estos cuentos se atreven de una vez por todas a subir al ático en el que se guardan las claves de su felicidad o su desventura. En cualquier caso, el hallazgo nunca es lo que esperaban. Y Juan Villoro nos lleva justo a ese lugar donde suceden al mismo tiempo la iluminación y la caída.



## La raíz de la furia

Sebastián Miguez Conde

Criatura Editora, 2017

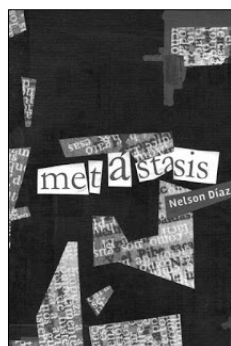
Este primer libro de Sebastián Miguez Conde es, sin proponérselo, además de una vertiginosa colección de cuentos y microcuentos, un manifiesto contra la almidonada literatura academicista y una rebelión contra las tendencias de moda. Es la voz del Otro en estado puro, la de la verdad de la calle imponiéndose a los regodeos de las bellas letras. Es la voz del pibe de los mandados de un boliche de la Ciudad Vieja, la de un *stripper* en Buenos Aires, pero también la de una anciana que no soporta la crueldad contra los animales, la de un niño algo desamparado, la de Piedad —que antes se llamaba Plinio— y la de los personajes de fábula que vienen a aliviar, con una delicadeza casi naif, ahí donde las drogas han dejado espacio, a los olvidados narradores de estos cuentos.

## Éste es el mar

Mariana Enríquez

Literatura Random House, 2017

Ritos de pasaje, adolescentes fanatizadas con estrellas de rock, inframundos donde conviven seres que han complotado para que Kurt Cobain, Sid Vicious y Jim Morrison mueran repentinamente y pasen a la historia... En *Éste es el mar*, Mariana Enríquez alcanza una nueva forma de escritura, hurga en lo macabro, atraviesa el universo de lo desconocido y lo monstruoso para posicionarse en un territorio poco explorado de la literatura argentina. Su prosa es tan adictiva como sombría e inquietante. «Mariana Enríquez es una escritora fascinante que exige ser leída. Como a Bolaño, le interesan las cuestiones de la vida y la muerte; su ficción nos impacta con la fuerza de un tren de mercancías.» (Dave Eggers).



## Metástasis

Nelson Díaz

Editorial Yaugurú, 2017

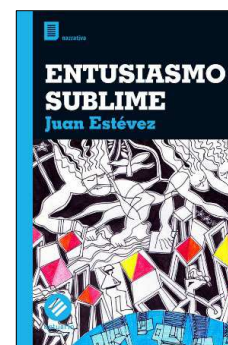
*Metástasis*, recientemente publicado por la editorial Yaugurú, viene a cerrar la trilogía Terminal Moebius, tal como había quedado anunciado en la solapa de *Resaca* (2015), el segundo libro de esa serie que comenzó con *Corporación Medusa* (2007). Vale la pena ahora, entonces, volver a explorar en conjunto esos tres libros de Nelson Díaz, que adquieren, con el proyecto terminado, una definición más precisa e interesante, además de una cualidad —más que bienvenida— de rara avis en el contexto de la narrativa uruguaya reciente. La trilogía de Roger, el protagonista, supone una propuesta literaria diferente, radical en su formulación, que coloca a Nelson Díaz en un lugar alternativo, más cercano a obras tan originales e irreductibles como las de Julio Inverso o Felipe Polleri.

## Entusiasmo editora

Juan Estévez

Estuario Editora, 2017

«En esta novela, inquieta e incisiva, el pasaje desde la adolescencia a la juventud es también el pasaje de un Uruguay quieto y gris a otro igual de gris, pero mucho más violento. Un recorrido en el que sus personajes transitan entre la exclusión y la miseria, en el que atraviesan las veredas pobres de Mercedes y los cuarteles de San José, duermen en los quilombos de Fray Bentos y sobreviven como pueden en las calles suburbanas del Gran Buenos Aires. En ese paisaje las prostitutas y los milicos, los inmigrantes y los derrotados deambulan perdidos sin gloria ni destino. Pero entre la traición y el despotismo un afiche de Kropotkin se sostiene como un estandarte secreto que termina ardiendo en una ofrenda a la dignidad humana. La historia de *Entusiasmo sublime* es la historia del empecinamiento frente a la desesperanza y es el relato de la lucha contra la propia claudicación, quizás la peor de todas las derrotas.» (Henry Trujillo).



## Quédate este día y esta noche conmigo

Belén Gopegui

Literatura Random House, 2017

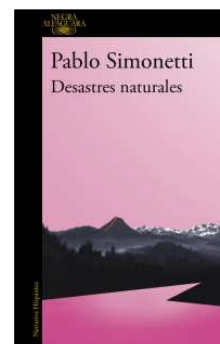
Esta es la historia de Mateo y Olga, y es una solicitud de trabajo que tiene a Google por destinatario. Es también la confesión de quien ha de valorar la propuesta. A Mateo, interesado por los robots, le obsesiona averiguar si el mérito debe ser desterrado de las relaciones humanas. Olga, matemática y empresaria retirada, cree que los modelos estadísticos son narraciones y que la probabilidad es una forma más precisa de nombrar el acto de ser libre. Podría ser una historia de amor en la medida en que el encuentro, el diálogo y el deseo de oír la voz del otro construyen un relato común. Y porque, como en las historias de amor, ese encuentro alberga el desencuentro de dos formas distintas de ser y estar en el mundo. Mateo tiene la vida por delante y se niega a aceptar que esa vida no se pueda escribir desde la libertad. Olga, bastante más allá del medio del camino, no teme relegar el yo al fondo de un cajón ni asociar su cuerpo a una sociedad de la mente. Les une la misma voluntad de entender el comportamiento de la realidad y de sentir qué sucede cuando una máquina se da cuenta de que es una máquina. Un Dante vehemente y una Beatriz a punto de partir recorren un espacio que es infierno y también paraíso.

## Desastres naturales

Pablo Simonetti

Editorial Alfaguara, 2017

El recuerdo de un viaje al sur de Chile se convierte para Marco en un fragmento clave en la construcción de su pasado y su identidad: fue la única vez que se sintió cercano a su padre. En el presente, cumplidos los cincuenta, reflexiona acerca del papel que tuvieron en su vida ese hombre poderoso e inaccesible, su familia de raíces conservadoras y machistas, y el rigor de la época en que le tocó crecer. La erupción del volcán Villarrica a fines de 1971 y otros desastres naturales que vuelven a su mente con insistencia sirven de augurio y metáfora de los cataclismos personales que le tocaría vivir. Asistimos al paso que da Marco desde la cima de su infancia hacia los territorios de la sexualidad, con su carga de miedo e incertidumbre, y luego a la ruptura con el orden familiar. Mientras el país se encorva bajo la dictadura, Marco vive el rechazo de su mundo como una catástrofe y su mundo vive su diferencia como una fatalidad.



## El mar y los siglos

Josefina Martos Peregrín

Ediciones Esdrújula, 2017

Josefina Martos Peregrín es una escritora única. No resulta fácil seguir su linaje, aunque su linaje signifique estilismo, intensidad y mordacidad. Alterna con soltura estilizados, pero potentes microrrelatos y cuentos extensos pero majestuosos. Sin embargo, gusta sobre todo de las palabras. El lector sediento de sensación de maravilla y exigencia estilística reconocerá en este libro su Grial. Y por un módico precio (el noble esfuerzo que supone el saboreo de una creación rigurosa), llevado de la mano de un lenguaje increíblemente sabroso, plástico, vívido, podrá codearse con demiurgos y Moiras, titanes y héroes, jenizaros y musas, *djinnns* y algolas, arcángeles y reje-

neadores.

## La maestra de canto

Silvia Arazi

Editorial Letras del Sur, 2017

*La maestra de canto* es una novela que narra, en tres partes que se articulan como tres movimientos de una pieza musical, un tramo en las vidas de una joven pareja de artistas: Ana y Federico. Ella, aspirante a cantante de ópera y él músico en la orquesta Sinfónica. Ana conoce en casa de su maestra de canto, a Úrsula Fuchs, joven bella y enigmática, e inmediatamente queda subyugada por su voz y su talento. A partir de ese día la vida de Ana cambia —y también la su pareja— ya que se inicia una inquietante relación triangular que producirá un viraje definitivo en sus vidas. Como telón de fondo, la obra de Silvia Arazi nos muestra secretos y desmesuras del mundo de la ópera, sus luces y sombras, a través de la «maestra de canto» Mara Bertollini, una mujer excéntrica y no menos sabia que recorre la historia junto a otros personajes inolvidables: León, un violinista que hace del fracaso su bandera, Mariuccia y Valerio, con su aporte de gracia y de humor, el Maestro Folger, así como la música y la voz, que aparecen como verdaderos protagonistas de la historia.



## Peso estructural

Gonzalo Castro

Editorial Entropía, 2017

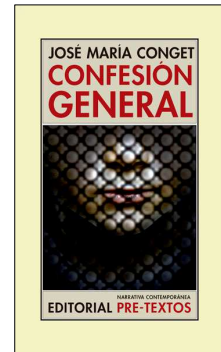
Es conocida la idea que postula a la rarefacción del lenguaje, o su torsión poética, como la médula de lo literario. El concepto proviene de las ciencias físicas: el proceso mediante el cual una sustancia se hace menos densa, más sutil. Ambas intenciones, la voluntad de instituir una lengua propia y la de quitarle compresión a la materia narrativa, atraviesan *Peso estructural*. De un lado, Ingre: una joven profesora de danza contemporánea y su vida en la ciudad, el roce social, la exploración de la sexualidad, las preocupaciones por la materialidad de las cosas. Del otro, su hermano Juan en una embarcación varada en un río de Brasil, la omnipresencia exuberante de la naturaleza, el hallazgo de una lógica liberadora en el estancamiento. Como *Hidrografía doméstica* y *Hélice*, esta tercera novela de Gonzalo Castro propone una voz en constante propagación de sensibilidades textuales.

## Confesión general

José María Conget

Editorial Pre-Textos, 2017

Circulan por las páginas de este libro los secretos familiares, el misterio de los sueños, la exploración del miedo primigenio y la constatación de que, en épocas todavía no periclitadas, los lugares propicios para el amor eran pocos. También encontrará el lector el mito de Scherezade en versión dentista, una meditación sobre el bloqueo literario y otra sobre el concepto de autoría, la historia de un hombre que se enfrenta al significado verdadero de la madurez y la de un niño atormentado por la obsesión del pecado y del infierno. Completa el volumen el homenaje a tres canciones francesas que el autor tararea a menudo. José María Conget (Zaragoza, 1948) es licenciado en Filosofía y Letras. Ha ejercido como profesor o gestor cultural en Glasgow, Lima, Londres, Nueva York y París y varios pueblos y ciudades españolas. Actualmente reside en Sevilla. Es autor de novelas, cuentos y ensayos. Sus últimas publicaciones han sido las colecciones de relatos *La ciudad desplazada* (Pre-Textos, 2010) y *La mujer que vigila los Vermeer* (Pre-Textos, 2013) y la novela *La bella cubana* (Pre-Textos, 2014). Escribe también sobre tebeos y películas.



## Limbo

Noé Jitrik

Editorial Final Abierto, 2017

*Limbo* posee una estructura «circular» (comienza y termina con los mismos protagonistas); un libro repleto de correspondencias entre historias más pequeñas (o «sub-tramas»), particulares, que se suceden (notoriamente, la aparición de sangre, un hombre «de pie equino», un cura, varios libros, las palabras «grave» y «gravedad», la expresión «dios mío, dios mío», varias apariciones, otras tantas desapariciones...). Novela de repeticiones y re-apariciones, de alucinantes perplejidades, de acontecimientos imprevistos e imprevisibles, sus personajes, argentinos exiliados en México, pasan y/o presencian una serie de situaciones que, imposible conocer con exactitud,

pueden ser tanto «reales» (vivas) como soñadas o imaginadas (pesadillescamente).

## Las lágrimas de la verdad

José Luis González Deza

Mira Editores, 2017

Durante la Guerra Civil hubo personas capaces de dar lo mejor, y también lo peor, de sí mismos. La novela pone de manifiesto estas dos realidades y se aleja de la visión interesada y parcial de malos contra buenos creando historias que se unen para después separarse. En *Las lágrimas de la verdad* descubrimos personajes que, para alcanzar el poder, no sienten ningún escrúpulo en fomentar el odio o recurrir a la traición. Por el contrario, hay quienes se esfuerzan en buscar espacios de convivencia a través del corazón y no de la razón, a pesar de que sus creencias sean antagonicas. José Luis González Deza con la precisión y buen hacer de un maestro de ceremonias hace desfilar por estas páginas a sus protagonistas, verdaderos arquetipos de carne y hueso (la magia de la palabra insufla vida), compartiendo un tiempo y un espacio: los años convulsos de la Guerra Civil a lo largo del territorio aragonés.



## Cosas consabidas

Rosario Barahona

Yerba Mala Cartonera, 2017

«Yerba Mala Cartonera une a su vasto catálogo el nombre de Rosario Barahona Michel en una entrega que aprovecho para expresar mi mayor admiración por los amigos de esta editorial. El cuento de Rosario se llama *Cosas Consabidas* y sólo hubiera podido escribirlo una mujer; en este caso, una de las más prestigiosas narradoras del país, que ya ha dado muestras claras de cambio con Magela Baudoin, Giovanna Rivero y Liliana Colanzi, para mencionar sólo a tres de una pléyade de narradoras bolivianas. Rosario es Premio Nacional de Novela Alfaguara y pocas veces este galardón ha sido tan merecido.» (Ramón Rocha Monroy).



## Madre mía

Florencia del Campo

Editorial Caballo de Troya, 2017

A un lado del océano, una madre con cáncer. Al otro, una hija buscando su lugar, su identidad, su libertad imposible. *Madre mía* es una autoficción sobre el dolor, sobre la pertenencia y sobre la familia. En esta novela, Florencia del Campo traza un recorrido descarnado y honesto a través de los elementos que delimitan las filias: la culpa, el amor, el reconocimiento, la obligación, la distancia, lo extranjero de nuestra propia condición familiar. No hay pudor en esta historia, no hay respiro. La afilada voz literaria de la autora se mezcla en un arriesgado viaje con las múltiples voces de una conciencia sarcástica y necesaria y los diversos escenarios de las ciudades de acogida, y construye así un retrato implacable: por muy limpia que esté la herida, no se puede huir de la raíz.



## Las enemigas

Claudina Domingo

Editorial Sexto Piso, 2017

*Las enemigas* es un libro de nueve relatos de vena psicológica y fantástica que exploran tres temas fundamentales: los vínculos con la raíz materna, la muerte y la gemelidad. En varios de los relatos la imbricación de la madre y la muerte da pie a un tratamiento trágico; se trata, pues, de la presencia de una madre devoradora del alma del hijo, una manifestación de los impulsos enemigos que existen en toda experiencia de maternidad y que la sociedad busca esconder. En otros casos se explora la ausencia de la figura materna y sus secuelas psicológicas en individuos confrontados interiormente por esta carencia. Cada cuento tiene una muerte como centro gravitatorio

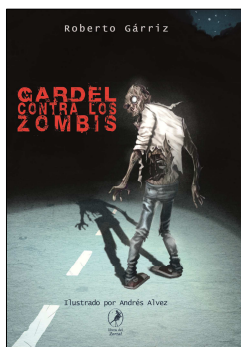
más que como punto final; en torno de esa muerte —la propia, la de la madre, la de la hija, la del hermano, la del enemigo— los personajes se ven lanzados a un proceso de transformación psicológica, base de la trama de cada relato.

## Paisaje punk

José Donayre

Editorial Altazor, 2017

La atracción entre las personas no siempre se convierte en amor. El vínculo, a veces, se transforma en tragedia, cuando no en hastío, aborrecimiento, indolencia o ingratitud y quizás en delirio, ilusión o devaneo. Desde la ficción breve hasta el cuento largo cuasi *nouvelle*, José Donayre vuelve a trazar una línea narrativa de difícil clasificación, pero que tiene la virtud de atrapar por la imaginación desplegada, y envolver por los variados registros y escenarios. Estamos ante cuentos con desenlaces inesperados, pero que no dejan de inquietar, sorprender y asombrar desde la primera línea, pues exploran también los reveses y posibilidades de la ficción fantástica, con la que el autor ha desarrollado un estilo muy personal, el cual es apreciado por investigadores, críticos y lectores. Los once relatos de *Paisaje punk* reflejan lo que sugiere el título, pero esconden además sendos secretos y revelaciones que cada lector sabrá callar o atesorar.



## Gardel contra los zombis

Roberto Gárriz

Libros del Zorzal, 2017

Algo horrible crece en la oscuridad. Tacuarembó es el más extenso de los 19 departamentos que componen la República Oriental del Uruguay. Y el más difícil de defender. Lo atraviesan las rutas que conducen a Brasil, Argentina y la propia capital, Montevideo. Por la noche, en el interior de ese departamento, una ola de sucesos sangrientos se desata. Las fuerzas de seguridad no tienen respuesta, no están preparadas para soportar la amenaza. ¿Es una invasión? ¿Es un desafío de la naturaleza? Solamente Gardel puede tener la fuerza y la inteligencia suficientes para enfrentar el horror y sobrevivir. Es el hombre indicado en el lugar correcto. ¿Podrá

salvar al Río de la Plata y su zona de influencia? *Gardel contra los zombis* es la última novela inédita de Roberto Gárriz en lengua castellana. Ilustrada por Andrés Alvez, nos llega gracias a Libros del Zorzal, en la magistral traducción de Agustina Blanco.

## Andar sin ruido

Carlos Frontera

Editorial Páginas de Espuma, 2017

En los buenos cuentos, como en la vida, los silencios importan y definen y lo condicionan todo: el silencio de una novia cuando abandona a su pareja; el de un objeto que está a punto de estrellarse contra el suelo y se detiene de pronto; el de una risa en la cocina que ha dejado de oírse; el de unos pies que avanzan de puntillas; el de un salón con todos los muebles pegados contra la pared; el silencio que sigue a ciertas palabras que, nunca, nadie (ni un niño, ni un adulto) debería escuchar ni haber escuchado. Jamás. Jamás. Con su primer libro, armado con una maestría sorprendente para manejar ese silencio y la profundidad de las historias que narra, Carlos Frontera retrata en *Andar sin ruido* —con un estilo incisivo y rotundo, pero al tiempo hilarante en el que hasta una onomatopeya es capaz de desencadenar la catástrofe— el vacío que queda cuando no queda nada que decir, el ruido que provoca algo que se rompe, lo que queremos incluso cuando dejamos de querernos.



## El refugio de los canallas

Juan Bas

Editorial Alrevés, 2017

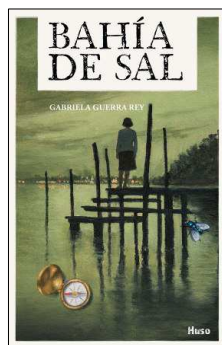
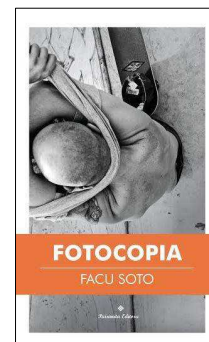
*El refugio de los canallas* es la novela de madurez del veterano escritor y columnista de prensa bilbaíno Juan Bas. Mediante una conseguida estructura y un ritmo narrativo rápido, la novela salta en el tiempo constantemente, adelante y atrás, entre 1946 y 2015, para dar vida y muerte a una pluralidad de personajes contrapuestos y tocados por una gratuita tragedia. *El refugio de los canallas* trata con fuerza el tema shakespeariano del odio irresponsable que unos padres infundieron en sus hijos hasta causar la destrucción de todos ellos. Del sinsentido y la estupidez cruel, despiadada, autista y endogámica que fue la larga lacra de ETA, así como de la existencia de un GAL esencial y terrible con una bajeza moral comparable a la de la banda. Y trata en definitiva de la razón de Estado cuando transita por secretas cloacas; y del patriotismo, que a veces es el último refugio de los canallas y otras, el primero.

## Fotocopia

Facu Soto

Paisanita Editora, 2017

*Fotocopia*, la hermosa novela donde Facu Soto sorprende con el devenir de la relación entre un padre gay y su hija. Con un estilo pop, dejándole lugar a la ternura y la ironía, los protagonistas se apropian del relato, y el acontecer de sus narraciones transforma a esta historia en un exponente de la literatura en la que la presencia del narrador ha desaparecido. La maestría de Soto para construir la voz y los clisés expresivos de sus personajes, se une a la solidez y libertad con la que se revelan sus emociones. Soto colabora en Soy de Página 12 y Sentido G, entre otros medios, es director de proyecto en Portal de noticias Buenos Aires Inclusiva y titular de Cátedra en Universidad de Flores.



## Bahía de sal

Gabriela Guerra Rey

Huso Editorial, 2017

«¿Por qué íbamos a querer salir si ahí teníamos todo?». Así nos trae María de la Sal a la abrumadora realidad de Bahía de Sal, un pueblo cuyos habitantes solían tomar los caminos acuosos para nunca más regresar. Marcados por el infortunio climático, las tribulaciones económicas, los vaticinios sentenciosos de los orishas y el fantasma de la migración obligatoria. Bahía de Sal puede ser cualquier pueblo latinoamericano, real o ficticio, pero lo que ahí sucede tiene un realismo descarnado, acompañado por la sazón humorística que ha servido a tantas aldeas de la región. Insertados en un tiempo y espacio indeterminados, en Bahía de Sal, no obstante, se reflejan hechos que vivió

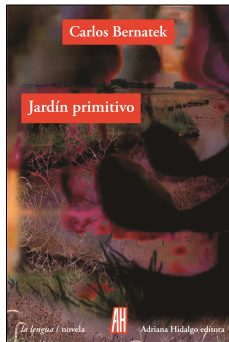
la humanidad en el último siglo. Sin embargo, su acontecer está marcado por las relaciones y experiencias de su gente. Aunque todos los personajes son ficticios, fueron inspirados por vivencias reales. A lo largo de sus páginas, el pueblo deviene protagonista mientras María de la Sal contará su historia y la de su gente como el último recurso para rescatar el pasado que convertirá el futuro en sueño promisorio, dándole a los habitantes un derrotero allende el mar. *Bahía de Sal* obtuvo el Premio Juan Rulfo a Primera Novela, 2016.

## La novia francesa de Ho Chi Minh

Óscar Sipán

Editorial Limbo Errante, 2017

Posguerras en toda su crudeza y su lirismo; absenta y exilios; inquietantes pintores de concursos; amores de una noche y de más de una vida; el conde Drácula en hoteles de paso; la sensualidad de lo prohibido; el Annapurna y el Triángulo de las Bermudas; la fotogenia del mal; Pío Baroja y Ho Chi Minh. La emoción de adentrarse en historias en las que no podemos dejar de sentirnos protagonistas. El universo Óscar Sipán en su muestra más personal y depurada. El maestro del cuento en trece píldoras a cuál más sugerente. Sipán es autor de diferentes libros y ha recibido numerosos premios literarios.



## Jardín primitivo

Carlos Bernatek

Adriana Hidalgo Editora, 2017

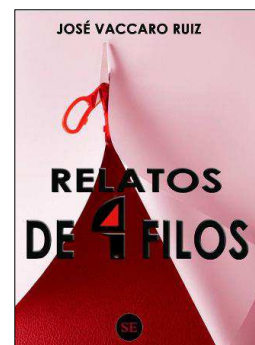
Siempre dudamos en develar un secreto, si no es tan fácil de describir. ¿Cuál es el de esta novela? No cabe duda de que Bernatek se complace con una incesante apología del borde más harapiento de las vidas. Pero poco a poco, con la sapiencia de quien retoza en lo siniestro, nos va mostrando lo que encubre. El lector de esta novela quizás pueda asombrarse por estas ficciones descarnadas protagonizadas por Ovi y donde parece ponerse en un altar la clásica frase «el hombre es el lobo del hombre» —o de las mujeres—, y donde se expone una moral saqueadora, propia del sobreviviente o del buscavidas. En *Jardín primitivo*, Carlos Bernatek continúa la vida de Ovidio Jordiel Balán, protagonista inolvidable de *La noche litoral*.

## Relatos de 4 fillos

José Vaccaro Ruiz

Serial Ediciones, 2017

*Relatos de cuatro fillos* nace como homenaje a García Lorca que, puestos a inventarse figuras sangrientas no se quedaba corto: un bisturí de cuatro fillos pone la carne de gallina. Sobre un fondo negro azabache, encontramos textos especialmente duros («El amigo», «La ciega», «Era tan fácil», «El tiro de gracia» o «Antes de nada», por citarlos algunos), junto a otros de humor («Roque», «bcnegra» o «La fórmula milagrosa»). Y no podían faltar los basados en las experiencias del propio autor, en la cárcel Modelo de Barcelona («Círculo de lectores», «Amor de hijo» o «Ángel Custodio»). La tercera edad está presente en «Lepine Catalino Silver» y «La nena». La maldad y la soledad del mundo en que vivimos queda latente en «La novicia», «A hierro muere», «El último eslabón del poder» o «Qué hora es». Los refugiados están presentes en «Colliure, final de trayecto» y «La huida». Y la «ternura» como único exponente en él, titulado «La muñeca». Al igual que «Nunca más» como homenaje a Allan Poe y a su poema «El Cuervo». La infancia, en lo bueno y lo malo, también está presente («Jugando a cocinitas» o «Era tan fácil»). 27 relatos con los que poder viajar, sentir o experimentar trayectorias dispares de 4 fillos.



## Hijas de Agar

Pilar Salamanca

Editorial El Desvelo, 2017

Es la historia de cuatro mujeres de la misma familia. La historia de una venganza. Una historia que empieza en Egipto durante los años de la construcción del Canal de Suez y que acaba en Cairo, después del triunfo de la revolución de los Coroneles, con la nacionalización del Canal. Un monólogo transcrito sin comas ni puntos precedido de un juicio (real) y clausurado por una condena (también real). Una pesadilla. Un Nilo de palabras. Pilar Salamanca es escritora, traductora y periodista. Doctora en Filología Inglesa por la Universidad de Salamanca, se especializa en Historia Contemporánea del Oriente Medio tras licenciarse en Árabe e Islam en la Universidad Autónoma de

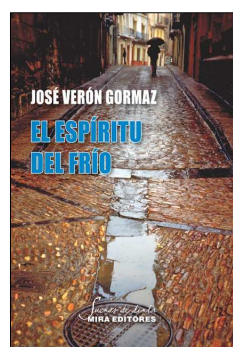
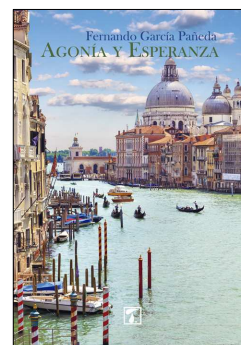
Madrid. Ha publicado *Enaguas de color salmón* (Premio Fray Luis de León, 1999), *A cielo abierto* (Premio Blasco Ibáñez Ciudad de Valencia, 2000); *La Isla Móvil* (2005), *Cráter*, (Premio Miguel Delibes de Narrativa 2007), *Los Años Equivocados* (Premio de Novela Ciudad de Salamanca 2009), *Soñar con Ballenas* (2012) y *El Olvido y otras cosas imposibles* (2016).

## Agonía y esperanza

Fernando García Pañeda

Editorial Tandaia, 2017

Frédéric Heywood y Anna Wellesley eran dos jóvenes alegres, ingeniosos y con ganas de comerse el mundo cuando se conocieron. Reconociéndose como hechos el uno para el otro, vivieron su amor incondicional durante unos meses de felicidad sin límite. Pero los condicionantes sociales de ella, perteneciente a una familia acaudalada y aristocrática, la llevaron a romper su relación con un simple aspirante a escritor de clase media. Varios años después, las circunstancias han cambiado. Frédéric se ha convertido en un escritor de éxito y prestigioso. Por su parte, los Wellesley, cuyas empresas han quebrado por efecto de la crisis financiera, se encuentran arruinados y viviendo más de su nombre que de sus escasos ingresos. Al reencontrarse a las puertas de Venecia, donde ambos van a residir durante algún tiempo, Frédéric se debate entre el resentimiento que ha sentido durante todo ese tiempo de separación y un sentimiento que remueve su interior y no sabe interpretar.



## El espíritu del frío

José Verón Gormaz

Mira Editores, 2017

Una larga narración ambientada en la sierra turolense abre este libro: «El espíritu del frío» alude a la desolación que la violencia ha vertido sobre aquel hermoso lugar, convertido en escenario de los residuos crueles de una guerra fratricida. El protagonista es un humilde pastor que nada sabe de ideologías, aunque siente en lo más hondo de su alma el valor emocional del ser humano, al tiempo que deplora en silencio las terribles consecuencias de los hechos violentos. Las partes segunda y tercera de este volumen de relatos reúnen pequeñas variaciones de corte vario, incluyendo un pequeño homenaje a Julio Cortázar en «Camino tomado» y un cuento sencillo, «La

mascota nocturna», inspirado en la sinceridad inocente de la infancia. El libro se completa con «Dos rarezas de ayer», un apéndice que contiene dos inquietantes narraciones, con la Inquisición y su locura cruel como horizonte de la primera de ellas y, en la siguiente, el extraño deseo individual de buscar y transgredir la última y definitiva frontera sin temor a las consecuencias.

## En la noche de los cuerpos

Esther Ginés

Editorial Adeshoras, 2017

Olivier es un pintor obsesionado con la idea de crear una obra que trascienda. En un momento de crisis creativa, decide buscar una musa que inspire su trabajo. Se fija en una joven desconocida, Laia, en la que ve todo lo que lleva tiempo persiguiendo. Toma la decisión de secuestrarla y convertirla así en el centro de sus obras. Es Cecilia, la que hasta ahora ha sido su musa, la que le ayuda a llevar a cabo este acto que cambiará las vidas de los tres y los unirá de un modo peligroso y adictivo. ¿Hasta dónde se puede llegar por una obsesión? ¿Cuánto estamos dispuestos a arriesgar por alguien a quien se ama? Contado a través de la voz de Cecilia, *En la noche de los cuerpos* es un relato desgarrador sobre los límites de la obsesión, el papel de la mujer en el mundo del arte y la expiación de la culpa.



## Lo normal

Rafael Camarasa

Ediciones Contrabando, 2017

Con humor, ironía y ternura Rafa Camarasa (Valencia, 1963) consigue que los diecisiete relatos que integran este libro reflejen un mundo donde lo normal es ser «anormal». Un mundo reconocible pero sacado de quicio en el que, a través de las grietas que nos ofrece una realidad astillada, podemos asomarnos y contemplar los curiosos e insólitos conflictos que dibujan el presente. Partiendo de situaciones y contextos muy cotidianos, el autor incide en temas tales como la soledad, el desamor, la frustración, la fragilidad humana o la incomunicación. Y lo hace con un lenguaje claro y transparente, veteado aquí y allá por alguna imagen surrealista y, a veces, una sabia

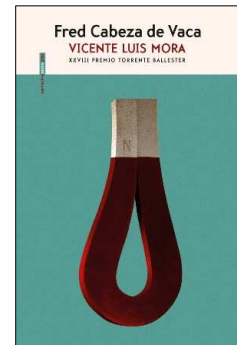
gota de vitriolo.

## Fred Cabeza de Vaca

Vicente Luis Mora

*Editorial Sexto Piso, 2017*

Una académica se propone escribir una biografía sobre «el artista español más universal desde Picasso»: Fred Cabeza de Vaca. Para ello, se sumerge en una investigación que pretende reconstruir la vida del artista fallecido, pero principalmente para intentar descifrar el enigma detrás del artista y de la polémica persona. A través de entrevistas tanto con colegas como con algunas de las exparejas del artista (de las que lleva un registro numérico, como si fueran objetos para coleccionar y desechar) y de los escritos y diarios del propio Cabeza de Vaca, emerge una figura por momentos fascinante, por momentos repulsiva, que funciona perfectamente como arquetipo del hechizo y los excesos del mundo del arte contemporáneo. Así, como lectores nos debatimos para buscar comprender si Cabeza de Vaca era un genio o un farsante, un visionario o un oportunista, un inteligente promotor de sí mismo o un arribista sin remedio. Utilizando una técnica parecida a la del *collage*, Vicente Luis Mora ha creado un fascinante retrato de un artista, de una época y de un mundo, el del arte contemporáneo, definido por los excesos y por la radicalidad de llevar la obra hasta límites que, como muestra el caso de Fred Cabeza de Vaca, a menudo terminan por devorar la existencia entera de quienes deciden ofrendarse a sí mismos en pos del glamur y la fama implícitos en el arte actual



## Que explote todo

Arelis Uribe

*Los Libros de la Mujer Rota, 2017*

*Que explote todo* es el segundo libro de la escritora y periodista Arelis Uribe, autora del libro de cuentos *Quiltras* y columnista de varios medios nacionales. Este libro reúne distintos textos que viajan por temáticas que cruzan la vida e ideología de muchas identidades, en especial mujeres que buscan no sólo luchar por un bien común y por una vida de respeto mutuo en un mundo liderado por lo masculino, sino que buscan de alguna u otra forma destruir desde la base todas las ideologías y los discursos imperantes, hacerlos explotar para construir el mundo y construirse ellas mismas y sus paradigmas desde cero, donde esta igualdad de género sufra un cambio radical,

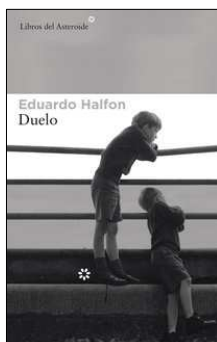
completo y para siempre. *Que explote todo* demuestra una vez más que Arelis Uribe es una de las plumas más ágiles y comprometidas de la generación de escritores nacidos en los 80.

## Una playa de septiembre

Sofía González Gómez

*Editorial La Isla de Siltolá, 2017*

El primer libro de esta joven autora se compone de relatos escritos con un estilo claro y directo. Parten de escenas cotidianas revestidas de ficción para hablar de sentimientos efímeros y desembocar en finales inesperados. También derriban puentes entre lo auténtico y el anhelo. Todo un descubrimiento. Sofía González Gómez es investigadora predoctoral en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En la Universidad de Alcalá se graduó en Estudios Hispánicos y realizó el Máster en Investigación Literaria y Teatral, especializándose en narrativa española contemporánea y en la industria cultural nacional. En ambas titulaciones, obtuvo Premio Extraordinario. Ha sido becaria de iniciación a la investigación en la universidad y becaria de excelencia de la Comunidad de Madrid. *Una playa de septiembre* es su primer libro.



## Duelo

Eduardo Halfon

*Libros del Asteroide, 2017*

En este nuevo libro del proyecto literario de Eduardo Halfon, el autor guatemalteco, siempre indagando en los mecanismos de la construcción de la identidad, se sumerge en aquellos que se originan en las relaciones fraternales: duelo como combate que se inicia con el nacimiento de un hermano y duelo también como luto por su muerte. Una novela profunda y emotiva que acrecienta la reputación del autor, «uno de esos escasísimos escritores —como señaló la revista francesa Lire— que no necesitan escribir largo para decir mucho».

## El reparto del olvido

Juan Ignacio Colil

Editorial Lom, 2017

El calor del verano se deja sentir sobre Santiago y sus habitantes. Ciro, el protagonista de esta historia, es una especie de investigador privado que vive casi en el límite del fracaso, trabajando en lo que pueda mientras espera un golpe de suerte que cambie su vida monótona y gris. Atraído por un posible caso para investigar, se ve envuelto en una historia inesperada: la búsqueda de una mujer mayor de quien no se conoce el paradero desde hace décadas. Quien solicita su colaboración es un anciano que al parecer no está en pleno uso de sus facultades mentales, pero posee entusiasmo, convicción y un fuerte amor por la poesía. Los hechos se precipitan y empujan a Ciro dentro de esta historia, que se tornará cada vez más compleja e insólita, rastreando personajes oscuros de la dictadura y relatos que rayan en lo absurdo. Un viaje a través del tiempo, de la historia reciente de Chile, y un viaje también a través del viejo Santiago.



## Desconfianza

Jorge Marchant Lazcano

Tajamar Editores, 2017

¿Qué fue de Marta Bernales y Rosario Huidobro, dos grandes del teatro chileno? Más aun, ¿qué pasó cuando, mucho tiempo atrás, interpretaron María Estuardo, momento en que se inicia la corrosiva desconfianza entre ambas? Ya en el ocaso de sus vidas, las dos rivales se verán obligadas a convivir en la residencia para ancianas del Sindicato de Actores. Allí también se encontrarán con otras viejas leyendas, como Ofelia Alarcón, actriz cómica afectada por el alzhéimer, y Sarita Montes, una belleza ahora desfigurada por un accidente vascular. Marta y Rosario cargarán con sus enemistades, triunfos y frustraciones, así como con la nostalgia por una época mejor. Vivirán este reencuentro con una disposición que recorre desde la abierta hostilidad hasta la resignación. Figura crucial en esta historia es también el ya fallecido Tobías Villalba, célebre pintor chileno, un seductor de tomo y lomo, que retrató a la Bernales en su rol de Isabel I de Inglaterra, con implicancias que solo se revelarán cuando la actriz decida donar el retrato a la casa que la cobija.

## Ladran los hombres

Diego Luis Sanromán

Editorial Pepitas de Calabaza, 2017

En el mundo de los relatos de Diego Luis Sanromán hay hombres que chamullan en jergas incomprensibles y ladran como mastines, jóvenes que se flipan con sustancias orientales en ciudades arrasadas por la guerra y por cuyas calles anegadas de lluvia los delfines flotan como obuses plateados, zapatos vengativos que danzan solos y son como trampas para osos, carreteras que se pierden entre el sopor de las tardes de domingo, maestras tan atroces como la diosa Kali, pequeños burgueses que transforman sus hogares en refugio para vagabundos, niñas que crecen demasiado rápido y que pronto sienten la irresistible vocación de la sangre, llamadas de teléfono perdidas que tal vez anuncien absurdas hecatombes, pobres tipos a los que les brotan raras excrecencias en el ombligo.



## El color del silencio

Elia Barceló

Editorial Roca, 2017

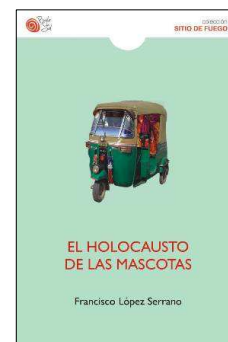
16 de julio de 1936, Islas Canarias. Un asesinato desencadena el golpe de Estado de Franco y el inicio de la Guerra Civil española. 20 de julio de 1969, Rabat, Marruecos. Una familia celebra el aterrizaje en la Luna en el jardín de una antigua mansión. Un asesinato tendrá lugar esa misma noche, destrozando el destino de la familia. Madrid, época actual. Helena Guerrero es una artista de renombre internacional, conocida por las sombras que invaden sus cuadros y que, aparentemente, reflejan un misterio de su pasado que nadie ha sabido nunca explicar. Ahora, después de muchos años viviendo en el extranjero, en Adelaida, Australia, tres sucesos conspiran para traerla de vuelta a Madrid, tres episodios que reconfigurarán su pasado y su futuro: una terapia psicológica llamada «constelación», una boda en su familia y un correo electrónico de su distanciado cuñado le darán las pistas para descubrir qué sucedió realmente con su hermana Alicia, en 1969.

## El holocausto de las mascotas

Francisco López Serrano

Editorial Baile del Sol, 2017

El giro inesperado de una idílica excursión a la cascada. El despertar de un padre de familia convertido en niño de pecho. La extraña ceguera de un individuo incapaz de ver a su vecino. La detención entre dos plantas de un ascensor lleno de demenciados. La peregrinación de un joven poeta español a Los Ángeles con la intención de regalar a Bukowski una garrafa de vino o el accidentado periplo de un muchacho que traslada el cadáver de su madre sobre el techo de un motocarro por las carreteras de la India, son algunos de los temas que componen los relatos de *El holocausto de las mascotas*, libro en el que destacan la precisión y la elegancia del estilo, la riqueza de matices de sus historias, y un sentido del humor y una ironía desbordantes. Como en sus anteriores libros de cuentos, López Serrano prosigue indagando en las ambigüedades y sorpresas que subyacen en toda apariencia de normalidad, narrando el insólito encuentro entre la realidad cotidiana y lo extraordinario.



## La composición de la sal

Magela Baudoin

Editorial Navona, 2017

Todos los cuentos de *La composición de la sal* relatan situaciones de la vida cotidiana en las que aparentemente no pasa nada, pero que por debajo están a punto de colapsar. Allí se juegan el afecto y la fricción humana, las heridas y las cicatrices, lo que se dice y lo que no se dice. «En su libro, Baudoin describe, con humor e inteligencia, un complejo universo contemporáneo por medio de una pluralidad de voces que no obstante su variedad otorga una elegante coherencia al libro en su conjunto. Cada cuento explora un episodio hasta límites inesperados, y el final, siempre sorpresivo y sutilmente justificado, evita con eficacia una clausura convencional, y sugiere una o varias

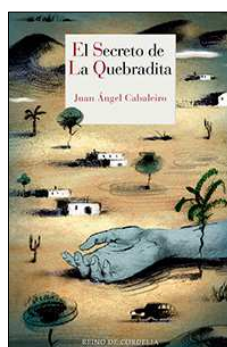
posibilidades de resolución nunca explícita, circunstancia que provoca en sus lectores una suerte de incomodidad perdurable.» (Alberto Manguel).

## La visitante

Claudia Solans

Adriana Hidalgo Editora, 2017

La novela se abre en Tucumán, lugar al que llega la ingeniera Fátima Moran. Su propósito es pragmático: realizar una investigación y finalizar su tesis. No sabe, al llegar, que la espera otro viaje más decisivo, más a lo profundo de esas tierras vacías y despobladas a las que los españoles de la conquista dieron el nombre de valle de Tafingasta, tierras que, imperturbables, siguen gravitando sobre la vida y el destino de los hombres que las habitan. Lugar que atraparà a la protagonista hasta cambiarle la vida. La profunda sugestión del lugar, cuya explicación no está en ningún libro ni nadie puede transmitir, es la que siente Fátima desde el primer momento. Siglos después de que sus habitantes primigenios, misteriosamente, levantaran sus construcciones y las abandonaran, esos cerros, especialmente el Muñoz, guardan secretos atávicos o próximos que ella, como extranjera, intentará develar.



## El secreto de La Quebradita

Juan Ángel Cabaleiro

Editorial Reino de Cordelia, 2017

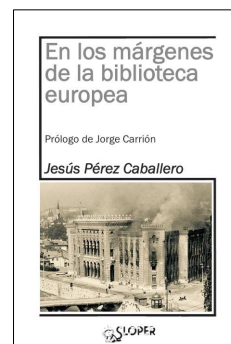
La banda del gordo Reyna da un golpe en un chalet de una urbanización de lujo de Tucumán. Todo parece ir bien hasta que en el piso superior encuentran a tres jóvenes alrededor del cadáver de una chica. Uno de ellos resulta ser Leo Abramovich, hijo del gobernador de la provincia. A partir de ese momento, el gordo Reyna tendrá que iniciar un peligroso juego para proteger a los suyos y evitar que le carguen con la muerta. Y mientras lo hace saldrá a relucir una macabra historia sobre los oscuros vicios del poder político de la región, que oculta en una finca apartada, La Quebradita, una repugnante afición enloquecida y sórdida. Con esta novela, Juan Ángel Cabaleiro ha obtenido por unanimidad el XX Premio Francisco García Pavón de Narrativa Policiaca.

## En los márgenes de la biblioteca europea

Jesús Pérez Caballero

Editorial Sloper, 2017

Un paseo por un continente saturado de cultura y de muertos. Pere siempre en la dirección opuesta, hacia la orilla donde lapidan las identidades. Pere, en la treintena y en los márgenes, es de Gandía, aunque conserva destellos recientes de sí dispersos entre Berlín y Madrid. De Berlín huyó porque es peligroso vivir bien si no se está produciendo nada. De Madrid salió dando un portazo y henchido de pancartas grandilocuentes. Empezará un viaje al fin de la noche europea, donde Bruselas es un constructo amable y marginal, y los prejuicios van en busca de razones para contener un turismo todavía imaginario. Con prólogo del prestigioso escritor viajero Jorge Carrión.



### Carreteras secundarias

Raúl Tort

Ediciones Alfeizar, 2017

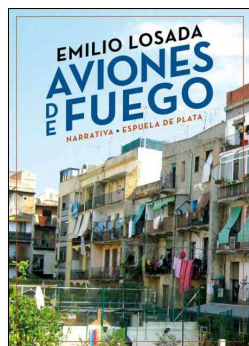
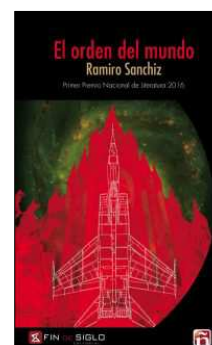
A un pueblo blanco de Almería, encastrado en una montaña sobre el Mediterráneo, llega un hombre que ha perdido su fortuna y se dedica a pintar retratos de turistas. Conoce a una joven bonita con la que inicia un romance y todo parece discurrir sin sobresaltos hasta que es partícipe involuntario de un suceso truculento. El asalto a un banco, un cuantioso botín y los desmanes de quienes quieren apoderarse del producido del robo vienen a enredar la vida del protagonista y de su compañera en una aventura trepidante y de final imprevisible. Varios personajes curiosos, desde el policía encargado del caso, un traficante de drogas, mujeres intrigantes y un dandy venido a menos intervienen en la trama que, sin ser autobiográfica, refleja las experiencias vividas por el autor en ese entorno casi mágico de la Sierra Cabrera y el Desierto de Tabernas, set natural de tantos filmes del Oeste.

## El orden del mundo

Ramiro Sanchiz

Editorial Fin de Siglo, 2017

Federico Stahl es uno de los grandes personajes de la literatura latinoamericana de este principio de siglo. En *El orden del mundo*, asistimos a una de sus aventuras más intensas y emocionantes: lo que comienza con modales de novela realista, con recuerdos de la infancia y un registro transparente, va complicándose a medida que nos adentramos en las circunvalaciones mentales de Stahl. Sanchiz sabe que en literatura la forma es el fondo. Hay en su narración más universos de los que creemos, y un continuo y desmesurado intento de poner en orden la entropía del mundo —¿la basura del mundo?—, sin que ello implique desconocer a qué delirios puede llevar ese intento. Este libro es corto pero alberga multitudes, como Stahl y como el mismo Sanchiz.



### Aviones de fuego

Emilio Losada

Ediciones Espuela de Plata, 2017

Sobrecogido tras establecer el primer contacto con el ente que pena en el piso del Raval que le ha cedido su amiga Marta, Robert, un periodista en paro que estrena soltería, se refugia en un bar. Allí simpatiza con el recién recalado en Barcelona Landelino. La incipiente amistad se fragua en los días sucesivos en las tascas del centro y en paseos por los barrios aledaños, sin que Robert suelte prenda sobre su inaudito compañero de piso. Mientras se confiesan sus respectivos traumas, Landelino logra reactivar la anquilosada vocación de novelista de su amigo, quien, por su cuenta, averigua que el «muerto a medias» lideró en los 70 una peculiar organización anarcohedonista. Cuando da con la benjamina de aquel grupo, la carismática Alasanfán, queda absolutamente rendido a sus encantos. Con todo, *Aviones de fuego* es un canto a la Barcelona que fue, a sus resquicios sobrevivientes a una postmodernidad mal entendida y a la Cataluña sin bandera. «*Aviones de fuego* es una novela espléndida, plena de amabilidad, a ratos espeluznante y a ratos de rodar en carcajadas. Es la novela que merece Barcelona y para ello ha surgido Emilio Losada, igual que un espectro adormilado, para testimoniar un tiempo y una ciudad que arde de vitalidad y entusiasmo». (David Martín del Campo).

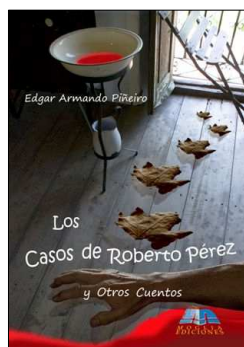
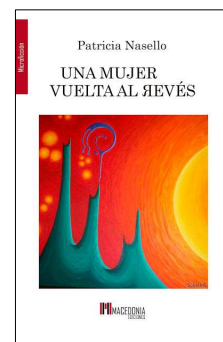


## Una mujer vuelta al revés

Patricia Nasello

Editorial Macedonia, 2017

Patricia Nasello (Córdoba, Argentina, 1959), obtuvo el título de Contadora Pública por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC, 1983), profesión que nunca ejerció. Publicó los libros de microrrelatos *Una mujer vuelta al revés*, Macedonia ediciones, Morón, Argentina, (2017) *Nosotros somos eternos*, Macedonia ediciones, Morón, Argentina, (2016) y su versión en ebook, Ediciones Libros al Albur, Sevilla, España (2015), y *El manuscrito*, edición de autor, Córdoba, Argentina, 2001. Miembro, junto a y Sergio Astorga (México/Portugal), del Comité de Redacción de Brevilla, Revista de Minificción. Dirige Profesora Lilian Elphick (Chile) Editora de contenidos de las siete ediciones (la séptima permanece inédita) de Microfilias (sección Micros), Revista Electrónica de los Géneros Breves en Español. Posee trabajos publicados en periódicos, revistas culturales y antologías de cuentos, soporte papel y digital.



## Los casos de Roberto Pérez y otros cuentos

Edgar Armando Piñeiro

Moglia Ediciones, 2017

En esta narrativa, el paisaje, las tormentas, las figuras, los rostros, se nos presentan con la claridad, el nivel de detalle y la perspectiva especial que caracterizan a la expresión que se capta y luego se muestra gracias a una cámara. Y están también la nostalgia, la fuerza del recuerdo y el sentimiento. Al leer estos cuentos uno puede sentir el gusto por la pesca siestera o por una zambullida en el estero, compartir el encanto del patio pueblerino y la singularidad de la labor docente rural. Los cuentos surgen, sin duda, de manera más o menos directa, de vivencias reales del autor, en un pueblo de la Provincia de Corrientes. En general, los hechos narrados se acurru-

can en los suburbios del pueblo, en la soledad limpia del campo, en antiguas casonas o viajan momentáneamente a la ciudad para que los personajes completen la historia. Personajes que son una especie de naufragos en el tiempo social, pero que existieron y de alguna manera subsisten en las tradiciones y el imaginario colectivo. Y sobre todo en el recuerdo del autor, amorosamente atrapados en su afán de creación literaria.

## Pájaros en la boca y otros cuentos

Samanta Schweblin

Literatura Random House, 2017

La presente compilación incluye veinte relatos ya publicados en ediciones anteriores de sus libros de cuentos y en ediciones internacionales, así como un relato inédito publicado por la revista *Granta*. La selección, llevada a cabo por la propia autora, configura una antología de su mejor prosa breve hasta la fecha, así como una pieza indispensable de la literatura contemporánea argentina. Heredera de la más prestigiosa tradición literaria, en la línea de Raymond Carver y Flannery O'Connor, Schweblin maneja el lenguaje de una forma extraordinaria, con una prosa sobria y eficaz al servicio de historias que se mueven en el límite entre lo real y lo fantástico. Los cuentos de Schweblin, perturbadores y desconcertantes, plantean un enigma que provoca y atrapa profundamente al lector.



## La princesa y la muerte

Gonzalo Hidalgo Bayal

Editorial Tusquets, 2017

Según cuenta Gonzalo Hidalgo Bayal en el Epílogo, todo empezó como un delicioso reto que se propuso para caminar junto a su hija por la playa: «Durante cuatro años, en el paseo matinal que nos llevaba desde la casa azul a las barcas de los pescadores, yo inventaba o improvisaba un relato unipersonal, fábula para un solo oyente que, al final, emitía su veredicto y aprobaba o desaprobaba... Si la fábula había merecido el visto bueno, yo escribía por la tarde la historia». Así surgieron estas maravillosas veintuna fábulas que el lector puede ahora disfrutar, como variaciones encantadoras sobre reyes y princesas, caballeros y pretendientes, dragones y muerte... Pero también sobre

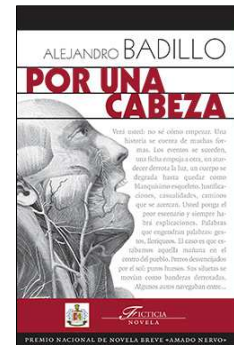
mucho más, porque los temas y los personajes se fueron ampliando con toda naturalidad y las fábulas acabaron hablando «del amor, de la lealtad, de las paradojas del poder o de la justicia, de los límites de la verdad y de la apariencia».

## Por una cabeza

Alejandro Badillo

Editorial Ficticia, 2017

Dos hombres beben en un bar. Afuera se escucha un balazo. Un grupo criminal discute. Se oye el grito desgarrador de una motosierra. De pronto se hace el silencio. Los dos hombres descubren entonces un cuerpo decapitado. Y, a partir de ese momento, la cabeza de la víctima se convierte en el centro que ronda la violencia de toda una región, sus miedos, el sinsentido de las muchas vidas rotas, sus deseos de escapar de sí mismos y descubrir esa posible identidad que les ha sido arrebatada, una razón que vaya más allá de la paranoia, de la venganza, de la muerte, en un mundo que poco a poco se convierte en el más sórdido de los posibles y que, en su monstruosidad, amenaza con devorar todo a su paso.



## Toño Ciruelo

Evelio Rosero

Editorial Tusquets, 2017

Si hay algo que distingue al asesino es su entorno, quienes le rodean. Y para saber más sobre Toño Ciruelo, la indagación debe empezar desde la raíz, la infancia y juventud, el colegio y la universidad, el trabajo, los hechos nimios y complejos que configuran el rostro del monstruo, su proceso particular, porque ningún asesino es idéntico a otro. Gracias a una exploración intestinal encarnada en Eri Salgado, asistimos al despojamiento progresivo de las caras que adopta el asesino, hasta mostrar su última y definitiva cara, la de sus víctimas. Un descenso al centro del mal que absorbe al lector y lo involucra ineludiblemente, pero al mismo tiempo un ascenso

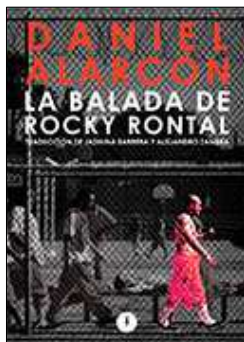
hasta la cima literaria que reafirma la rotunda maestría de Evelio Rosero.

## En la ciudad líquida

Marta Rebón

Editorial Caballo de Troya, 2017

Las ciudades líquidas son aquellas cuyos contornos se reflejan en las aguas de un río o de un mar. Para la autora, son también una metáfora del espacio interior en que uno se sumerge cuando, en estado de suspensión, se lee, se traduce o se escribe. Pero lo que hay dentro de este libro no se puede explicar. Marta Rebón, una de las más importantes traductoras del ruso de este país, hace un recorrido íntimo y profundo por la literatura, los paisajes y las lenguas que han determinado su vida. Esta obra es un homenaje a autores como Chéjov, Dostoievski, Pasternak o Nabokov, entre muchos otros, y es un homenaje a la palabra y a su doble filo, ya que en ella habitan a la vez la silueta y su reflejo, como ciudad líquida que también es. La magnífica escritura de Marta Rebón nos ofrece ahora una nueva perspectiva: su propia mirada del mundo, su elegante voz, su sabiduría.



## La balada de Rocky Rontal

Daniel Alarcón

Editorial Estruendomudo, 2017

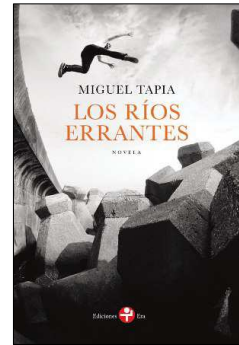
Tal como es su propia identidad, mitad peruana, mitad estadounidense, Daniel Alarcón se ocupa en este libro de cárceles que pueden ser muy diferentes entre sí, pero que en esencia son siempre mundos tan ajenos al de la libertad que se caracterizan por la crueldad, la exacerbación de la violencia, los traumas nunca superados. Hablamos, por ejemplo, solo de los textos que abren y cierran el libro, dos piezas cortas, pero magistrales. La primera crónica, «El manuscrito», se ambienta en el penal de Lurigancho, un infierno sobrepoblado en Lima en el que un recluso escribe como única vía de salvación. Un sueño de fuga que realiza a trompicones, pero que defiende con la fiereza del mejor de los escritores. «Si te metes con mi literatura, te metes conmigo», dice en un momento. La última crónica, aun más magistral y la que le da el título al libro, ocurre en California y es un recorrido por varias décadas de un hombre condenado a vivir la sombra de la violencia, directa o indirectamente, como si de un destino no elegido se tratara. «Esta es la historia de tres crímenes terribles —escribe Alarcón—. El primero es tu infancia».

## Los ríos errantes

Miguel Tapia

Ediciones Era, 2017

El protagonista y narrador es un adolescente que vive en una ciudad del norte de México, trabaja en un taller de reparaciones y tiene sus primeros escarceos con distintas muchachas, algunas amistades masculinamente silenciosas, deseos de ser músico. Vive con su madre, ve a veces a su padre (modelo de fracaso sentimental), va a fiestas, visita una cantina, se enamora de una joven que no le hace mucho caso. La violencia es algo de lo que se habla a veces, algo que les ocurre o les ha ocurrido a otras personas, a veces cercanas; es un rumor de fondo o una atmósfera cargada... hasta que en una fiesta la violencia alcanza al protagonista y lo envuelve, en escenas de acción extraordinarias.



## Cuando todo era fácil

Nando López

Editorial Tres Hermanas, 2017

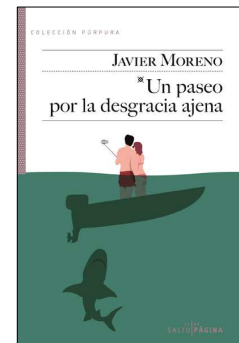
Óscar transita entre los treinta y los cuarenta con la sensación de no haber llegado donde imaginaba. Por eso se despierta un día con la necesidad de abandonar Nueva York, la ciudad en la que ejerce como fotógrafo de cierto éxito y convive con su novio, para regresar a un Madrid en el que lo reciben sus amigos de siempre, aquellos que lo recuerdan y lo identifican más bien con lo que fue o prometía ser que con lo que es. No puede imaginarse lo que le espera. Nando López (1977) es novelista, dramaturgo y Doctor Cum Laude en Filología Hispánica. Como docente ha ejercido tanto en Secundaria y Bachillerato como en el ámbito universitario, donde es profesor en el Máster de Escritura Dramática de la Universidad de Alcalá de Henares.

## Un paseo por la desgracia ajena

Javier Moreno

Editorial Salto de Página, 2017

Ricos cuya última excentricidad consiste en suicidarse ante el objetivo de una pareja de artistas del selfie. Un arquitecto que contacta a través de las redes sociales a chicas para que fotografíen partes de su cuerpo que servirán de modelos para el diseño de vanguardistas elementos arquitectónicos. Una nueva aplicación de móvil que tiene acceso a nuestros datos y decide por nosotros todas las acciones de nuestra vida. Un hombre estatua que filosofa mientras imita el gesto del *cogito* de Descartes. Un joven obeso agraciado con un premio que consiste en encerrarse en un almacén de caramelos Solano por tiempo indefinido. Un hombre que protagoniza el anuncio más largo de la historia: su propia vida. Un empleado de una funeraria que disputa una carrera a los mandos de un coche fúnebre... Son algunas de las historias de este libro de título inevitable. Un viaje en clase turista por el Infierno de nuestro tiempo, sin Virgilio ni guía de viaje que nos acompañen de la mano.



## La noche sin ventanas

Raúl Tola

Alfaguara, 2017

Las preguntas invaden a Madeleine. Tras perder a sus padres y verse obligada a migrar de Lima a París, la ocupación nazi la convertirá en adalid de la Resistencia Francesa. No lo sabe, pero en la misma ciudad otro compatriota vive inmerso en tribulaciones similares. Se llama Francisco, ejerce de embajador peruano y es uno de los intelectuales latinoamericanos más influyentes de su tiempo. Él, junto con un grupo de jóvenes de buenas familias —como su hermano Ventura, José el Chupacirios o el Arequipeño Víctor Andrés— fundó la llamada Generación del Novecientos, que encontrará en el horror de las guerras mundiales la prueba de fuego para constatar las consecuencias de sus opciones ideológicas. *La noche sin ventanas* es un ambicioso fresco en el que Raúl Tola entretiene estas dos épicas para reflexionar sobre la relación entre las ideas y la vida, entre el heroísmo y la honestidad intelectual, al tiempo que alza, entre el estallido de las bombas y el espanto de los totalitarismos, un bello himno a la libertad.

## La superficie más honda

Emiliano Monge

Literatura Random House, 2017

*La superficie más honda* es un bestiario del hombre como lobo de sí mismo: de la árida intimidad del terror familiar hasta la voracidad de un linchamiento, físico o mediático, la ira y la erosión son aquí las soberanas. Como si los personajes fueran peones de una voluntad vaporosa pero total, el destino personal y el devenir social actúan en estos relatos como una fuerza anónima que lo ordena todo. Es decir: que lo disuelve todo. Con un estilo implacable, Emiliano Monge construye precisas atmósferas de opresión. Desde las primeras palabras de cada cuento, se insinúa una vaguedad acechante, un vacío que se expande feroz hasta llevar a los microuniversos a su disolución final. Agujeros negros de ironía se abren por todas partes, pero en este caso el humor no ofrece un alivio o una salida, sino que hace aún más profunda la corrosión. Personajes —y lectores— se descubren sospechando que quizás nunca han estado aquí, en esta delgada profundidad que llamamos mundo, y al final no queda más consuelo que el de la desbandada.



### Dicen de mí

Gabriela Wiener

Editorial Estruendomudo, 2017

¿Quién es Gabriela Wiener? ¿Cuál es el peligro de una mujer mirándose en un espejo roto? Puede que las rajaduras de este espejo estén todavía prendidas del marco o, por el contrario, sean ya esquirlas desperdigadas en el piso. Lo cierto es que cada pedazo ofrece una versión distinta de quien se mira. El enrostramiento que Gabriela Wiener pretende en *Dicen de mí* tiene mucho de venganza. Un ejercicio de memoria que podría resultar nocivo para sí misma: la deconstrucción de su propio Yo a partir de miradas ajenas que, al mismo tiempo, configuran los abismos de su propia identidad. El ingreso a un tren fantasma personal donde los traumas fraternales, el

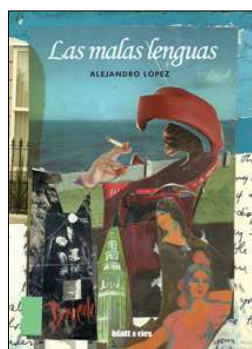
egoísmo sentimental, los devaneos juveniles y la convivencia son contadas a partir, ya no de ella, sino de quienes gozan y padecen al mismo tiempo de una Gabriela Wiener o de todas.

## Cierta distancia. Manual de supervivencia para amantes de la literatura

Miguel Sanfeliu

Editorial Sílex, 2017

«Este es un libro muy personal. Tal vez es lo más cercano a una biografía que escribiré nunca. Piglia decía que uno encuentra su vida en los libros que lee, y algo de eso hay en estos textos. Este libro nació como consecuencia de la necesidad que sentí de pronto de explicar lo que para mí era la literatura, el sentimiento de culpa que sentía si no escribía, algo que no me ocurría a mí solo y que no tenía nada que ver con el hecho de haber publicado o no. Uno puede ser escritor sin haber publicado nunca un libro. Ese ha sido mi caso durante muchos años, así que sentía la necesidad de indagar en esa pulsión casi física que le robaba tiempo a mi familia, que condicionaba mis fines de semana, que me tenía cavilando todo el tiempo. En estas páginas se mezcla mi interés por los libros con mis experiencias vitales. Sí, la eterna dualidad: vida y literatura. Cuestiones que despiertan mi curiosidad y, espero, despierten también la curiosidad de los lectores.»



### Las malas lenguas

Alejandro López

Blatt & Ríos, 2017

Un cadáver enterrado en el patio de la casa de Máximo Posse es descubierto por unos albañiles que trabajan en trasplantar un árbol de granada para poder colocar en su lugar una pileta de poliuretano. A partir de este incidente, *Las malas lenguas* empieza a desentramar una historia familiar que se vuelve cada vez más compleja, oscura y fascinante, como toda buena historia familiar. Herencias, adopciones, empleadas domésticas, taxi boys, relaciones incestuosas y contactos sobrenaturales con un primo muerto son algunos de los ingredientes de esta novela que transcurre entre Buenos Aires, Corrientes y Milán y con la que Alejandro López confirma una vez más ser un maestro en el arte de componer narraciones complejas, corales, pero sobre todo adictivas.

## Era el cielo

Sergio Bizzio

Interzona Editora, 2017

Un hombre llega a su casa y encuentra que su esposa está siendo violada y amenazada con un puñal. Pero decide ocultarse y no intervenir. Luego de la brutalidad del episodio, ninguno de los dos confiesa lo que ocurrió. *Era el cielo* se erige sobre los ciomientos del silencio para retratar el malestar de un matrimonio y proponernos un recorrido pesadillesco por el costado más miserable y perverso de las relaciones afectivas. Un drama profundo para descender hacia los infiernos personales; una novela que mantiene una tensión sorda, protagonizada por un hombre obsesionado con su deseo de venganza, que se mueve entre la cobardía, la incomodidad y la culpa. *Era el cielo* fue llevada al cine, dirigida por el brasileño Marco Dutra, durante 2016, con excelentes críticas y repercusión de público.



## Los pacientes del doctor García

Almudena Grandes

Editorial Tusquets, 2017

Tras la victoria de Franco, el doctor Guillermo García Medina sigue viviendo en Madrid bajo una identidad falsa. La documentación que lo libró del paredón fue un regalo de su mejor amigo, Manuel Arroyo Benítez, un diplomático republicano al que salvó la vida en 1937. Cree que nunca volverá a verlo, pero en septiembre de 1946, Manuel vuelve del exilio con una misión secreta y peligrosa. Pretende infiltrarse en una organización clandestina, la red de evasión de criminales de guerra y prófugos del Tercer Reich que dirige desde el barrio de Argüelles una mujer alemana y española, nazi y falangista, llamada Clara Stauffer. Mientras el doctor García se deja reclutar por él, el nombre de otro español se cruza en el destino de los dos amigos. Adrián Gallardo Ortega, que tuvo su momento de gloria como boxeador profesional antes de alistarse en la División Azul, para seguir luchando como voluntario de las SS y participar en la última defensa de Berlín, malvive en Alemania, ignorando que alguien pretende suplantar su identidad para huir a la Argentina de Perón.

## Vienen mal dadas

Laura Gomara

Roca Editorial, 2017

Ruth Santana es una joven desahuciada y pluriempleada que vive en el umbral de la pobreza para pagar lo que considera su deuda con los bancos. Vive en una ratonera insalubre y desde hace unos meses espera a la salida de los supermercados para coger pan o yogures. Por alguna razón que ni ella misma comprende, sigue luchando. Una noche, un desconocido le hace una oferta. Quiere que le ayude a reventar cajeros automáticos. El hombre le ofrece dinero rápido para pagar su deuda con el banco y volver a llevar una vida normal. Le ofrece la libertad. A cambio, Ruth tendrá que renunciar a sus escrúpulos. Y, tal vez, a algo más. De la mano de Hugo Correa y su dispar banda de atracadores, Ruth Santana descubrirá una Barcelona más oscura, más peligrosa y más viva de la que había imaginado.



## El huerto de los corderos

Alejandro Sandrock

Editorial Cuarto Propio, 2017

La novela relata la vida de un joven que, desde su ingreso a la más prestigiosa escuela de curas de su ciudad y su posterior incorporación al Seminario, para formarse como cura, va descubriendo y sufriendo las torcidas formas con que la iglesia católica aborda la sexualidad de sus «hijos» dilectos. Su triste paso por la escuela, (en la que es objeto de burlas por sus maneras afeminadas) su religiosidad e inquietudes personales lo deciden a entrar al «servicio de Dios»; y comienza su preparación para entrar más tarde al Seminario. En este proceso es abusado sexualmente por un preceptor, crimen que es silenciado por sus superiores, bajo la usual excusa de «proteger la honra» de la víctima. A partir de entonces comienza una dura travesía interior, enmarcada en los ritos religiosos y la intensa experiencia de amor con un seminarista mayor.